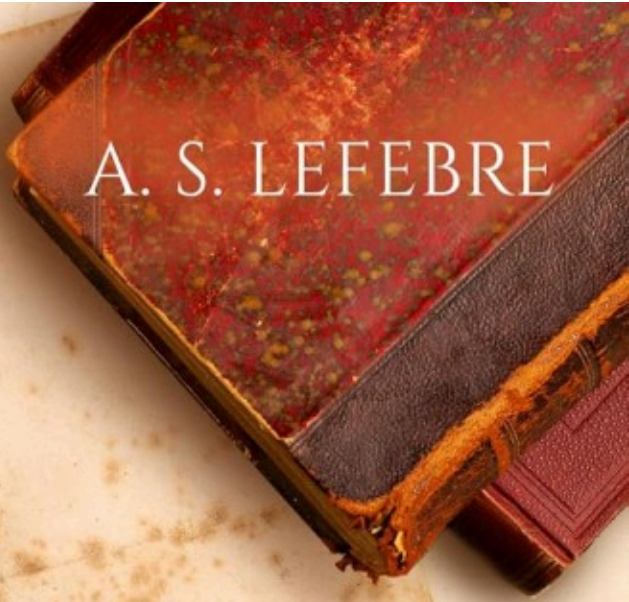




A. S. LEFEBRE

UNA FORTUNA
por tu amor

Selecta



A. S. LEFEBRE

UNA FORTUNA
por tu amor



Selecta

Una fortuna por tu amor
Serie Apostando por el amor 4
A. S. Lefebre
Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer

@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*A mis abuelitos Roberto y Zoraida,
un amor como el de ellos es de admirar.*

Prólogo

Londres, junio 1838

Pasaba de la medianoche cuando Mathias había decidido que ya era momento para retirarse, ya que no había nada interesante en aquel baile y la presencia de su familia lo tenía aislado, debido a que ninguno de ellos se había enterado de su presencia ahí, y tampoco quería que se enteraran.

Se había presentado en aquel baile con un único objetivo: localizar a Melissa Brogman, ya que su mejor amigo le había hecho un encargo referente a ella, lo que no tomó en cuenta es que apenas la conocía y detrás de una máscara iba a ser imposible encontrarla. Se dirigió a la mesa de bebidas y pidió un trago de whisky, aún no había bebido y, ya que se iba a retirar, era el momento de empezar; como cada noche, se iría ebrio a la cama y en compañía de una mujer si es que le apetecía, aunque de momento no había dejado de pensar en aquellos ojos color plata que había visto hacía un par de horas y que por más que los buscara no había tenido suerte en encontrarlos nuevamente.

¿Se habrá ido ya?

No entendía qué era lo que le había sucedido al ver ese destello rubio pasar frente a él, pero su corazón -que hasta el momento había pensado que no tenía- latió con fuerza y se sintió tan atraído por ella que no pudo evitar acercarse y decirle lo más estúpido que en su vida había dicho a una mujer, la realidad era que en ese momento así lo había sentido y hubiera dado lo que fuera solo para volver a ver aquellos ojos, que, en este momento, al ver la luna desde la terraza se los recordaban.

Buscó otro trago de whisky y nuevamente se dirigió a la terraza; debía admitir que la propiedad de los Rosethon era hermosa y que, a pesar de que sus familias habían sido amigas desde hacía muchos años y había varios vínculos, era la primera vez que la visitaba. Sus jardines eran hermosos, pero no era de extrañarse, ya que la condesa adoraba tanto las flores, al igual que su madre, por lo que dedicaba su mayor tiempo a ellas. Dio un vistazo al salón y pensó que tal vez alguna de todas esas damas pudiera estar disponible para él esa noche; tal vez debía de dar un último recorrido, aunque eso de buscar damas complacientes y disponibles ya le estaba aburriendo, desde que había terminado la relación que mantenía con Amanda Hamilton hacía más de seis meses, ya que la muy zorra le había armado una escena de celos, y ella había sido la que se había ido con uno de sus amantes y además de eso había insinuado que tenía sentimientos hacia él, cuando habían acordado que la relación que iban a mantener no era de exclusividad, sino para placer cuando a alguno de los dos le apeteciera. Por ese motivo únicamente se presentaba en los bailes o distintas actividades sociales casi siempre con su mejor amigo y esperaba una sonrisa o mirada coqueta de alguna dama, para lanzarse a la caza.

Bebió el contenido de su copa y se dirigió a buscar otra, esta vez se dejó atraer por un bocadillo cuando la vio venir; venía del mismo salón en donde la había encontrado horas antes. Pasó frente a él y no pudo evitar quedar prendado de ella, la observó dar un vistazo al salón y dirigirse hacia uno de los costados en donde estuvo unos minutos, luego se perdió en una de las entradas que daban al jardín; no lo pensó y la siguió, debía saber quién era y si no aprovechaba esa oportunidad no habría otro momento, así que la siguió con cuidado de que no se diera cuenta por el jardín a una distancia prudente y la vio sentarse en una de las bancas a admirar la luna, aquella luna tan parecida a sus ojos. Se acercó despacio a ella y sin pensarlo dijo lo primero que se le vino a la mente: -¡Te encontré! - Pudo notar la sorpresa con la que lo miró; sus ojos lo estudiaban con curiosidad, como si ella en ese momento hubiese estado pensando en él, y debía admitir que le gustaba pensar que realmente fuera así.

-Había pensado que no te volvería a ver, aunque presiento que estamos destinados a estar juntos, iba a ser cuestión de tiempo para que nos reencontráramos.

¿No podía haber dicho otra cosa?

¿Qué diablos le estaba pasando con esa mujer? no solo lo hacía decir lo primero que se le viniera a la mente, sino que lo ponía nervioso.

-Milord, está usted muy seguro de que estábamos destinados -dijo en un tono muy serio.

-Te lo dije antes y te lo repito, eres el amor de mi vida.

¿Qué? Otra vez le decía eso, aunque ya se lo estaba creyendo; su corazón galopaba como mil caballos en una competencia y esa sensación de plenitud que sentía junto a ella no la había sentido nunca.

-¿A cuántas damas le ha dicho lo mismo?

¿Acaso sabía quién era él? No, era imposible y, por lo que había observado, ella no lo sabía.

-Me creería si le dijera que es a la primera a quien se lo digo.

Y así era, ya que nunca se había sentido tan tonto frente a una mujer.

-Si debo ser sincera, diría que no. No le creería.

¿Ni tras una máscara podía ocultar quién era? Dibujó una sonrisa llena de coquetería en donde se marcaba un hoyuelo en la mejilla izquierda.

Hoyuelo que no pasó desapercibido para ella.

-Créalo, ya que así es -aseguró.

-Ni siquiera sabe quién soy o si ya me ha visto antes.

-No lo necesito, fue mi alma quien la reconoció y puedo apostar que la suya también lo hizo.

Realmente estaba perdido, ya que se dio cuenta de que en ese instante decía la verdad.

-¿Qué está dispuesto a apostar? -indagó dibujando una pequeña sonrisa.

-Toda mi fortuna -dijo muy seguro.

-En ese caso, creo que a mi alma se le ha olvidado avisarme. ¿Soy millonaria? -Dibujó una sonrisa.

Mathias no pudo evitar soltar una carcajada, estaba totalmente embelesado por esa mujer.

-Dígame que no lo siente, esa atracción, eso que hace que estar junto a usted sea diferente.

Como deseaba que dijera que sí, que lo sentía, por un instante se dio cuenta de que necesitaba que su respuesta fuera afirmativa; la observó expectante y la vio pensativa, una llama de esperanza se encendió en su pecho.

-Si he de ser sincera, no sé de qué me habla -dijo casi en un susurro.

-Oh, mi bella niña, sé que lo sabe y lo siente.

-Cuénteme a cuántas damas ha dicho eso, no mejor no, ya que no me gustaría saberlo.

Se sentó junto a ella y al tenerla aún más cerca sintió su corazón galopar más rápido. Y una corriente eléctrica atravesar su cuerpo.

-Voy a ser sincero y sé que no me lo va a creer, pero a ninguna.

-Soy la excepción, será porque aún no caigo rendida a sus brazos.

La verdad es que no se le había pasado esa idea por la mente.

-Qué más quisiera, pero no, es usted, cómo explicarlo, es la primera vez que lo siento.

-No sé qué decirle -titubeó.

Tomó valor y le tomó el rostro con una mano y la hizo fijar su mirada en la de él; estaba llena de sorpresa y un brillo encantador.

-Sus ojos son idénticos a la luna, grises grandes y brillantes, son muy hermosos.

La vio sonrojarse, se veía hermosa, al menos sus mejillas rosas.

-G-gracias, los suyos también son hermosos.

Dejó de observar sus ojos y bajó la vista a sus labios: eran carnosos; la vio morder el inferior. Qué tentación era probarlos.

-¿Qué me haría si la beso?

La observó bajar la vista a su boca y no pudo contener las ganas de querer devorar la de ella; lo sintió como una invitación y, sin darle tiempo de responder, bajó su rostro y se apoderó de su boca; empezó a mover los labios despacio, con suave roces, ahí se dio cuenta de que era inocente y que no había besado, por lo que los lamió pidiéndole permiso para entrar; la sintió titubear, aun así abrió

su boca y la invasión de su lengua la tomó por sorpresa, no lo rechazó; cuando sus lenguas se encontraron, danzaron saboreándose; su boca era deliciosa, era dulce y estaba extasiado; había olvidado dónde estaba o qué estaba haciendo ahí, solo se concentró en aquella boca que saboreaba con deleite; se separó poco a poco, mordiendo su labio inferior y succionándolo; fijó su mirada en los ojos de ella, su brillo era espléndido; acarició con cariño su rostro sin perder el contacto de su vista.

-Dígame que lo ha sentido.

-Yo-yo... creo que sí... -admitió, con un suspiro.

-¿Ahora sí me cree que estamos destinados?

La notó ponerse pensativa y hasta concentrada, dio un vistazo a su alrededor y fijó nuevamente sus ojos en él.

-Creo que el baile ya ha acabado, debería volver.

-¿Puedo saber quién eres, quien está tras esa máscara?

La vio suspirar y le regaló una mirada que no pudo definir.

-Si está tan seguro de que estamos destinados, cuando nos volvamos a encontrar sin máscaras nos vamos a reconocer.

-Estoy muy seguro, por eso lo haré como dices, por lo que te prometo que el día que te vuelva a encontrar te convenceré de que eres el amor de mi vida.

Prometió, aunque en ese momento ya no pensaba en lo que decía.

-Si eso sucede estaré ansiosa de que me convenzas.

Tomó su rostro y la besó nuevamente, segundos después ambos se despidieron con una promesa. Mathias aún no estaba del todo seguro de si la reconocería como había dicho, pero sí estaba seguro de que esa noche había encontrado al amor de su vida. Se dirigió a su casa y por primera vez en cuatro años no se había ido a la cama ebrio.

Nataniel Beckham le arrebató de las manos la copa de whisky que acaba de servirse, era la tercera vez que lo hacía, no lo había dejado dar ni siquiera un sorbo al dichoso trago y lo necesitaba, ya que lo había encerrado en aquella habitación para darle el mejor y más largo de sus sermones; no era la primera vez que lo sermoneaba, pero ninguno había sido como ese y lo peor es que, en realidad, él no tenía absolutamente nada que ver con la muchacha; claro, por más que se lo decía a su padre, este no le creía, todo gracias a su brillante reputación de libertino, pero es que no podía decir toda la verdad, ya que había prometido a su amigo que guardaría el secreto y que lo ayudaría, y eso había estado haciendo cuando lo encontraron en el jardín de los Collen, con lady Melissa Brogman, la hija de Edward Brogman, el duque de Rusterd, en una escena un poco comprometedora para la vista de cualquiera que creyera que un abrazo era indecoroso, o sea, de todos, especialmente del duque, y si a eso le agregaban su reputación...

Jordán Hugh había sido su mejor amigo desde el colegio y su compañero de andanzas desde que había regresado de Norteamérica unos años más tarde que él, hasta hacía unos meses que había conocido a Melissa Brogman y se había reformado, ya que estaba muy enamorado, pero el duque no le permitió su cortejo y la prometió con un viejo asqueroso. Luego de que el duque lo amenazara de muerte para que se alejara de Melissa, Jordán había desaparecido, no había huido como todos creían por la amenaza, sino porque tenía un plan en marcha y necesitaba que Mathias le entregara una carta a su amada, favor que hizo Mathias, y eso fue lo

que ocasionó que la muchacha se soltara a llorar, pensando que la había abandonado y Mathias la consolara; en ese preciso momento el duque apareció y los encontró dando una escena.

Y lo peor había sido que el viejo duque había tenido la osadía de amenazarle de muerte, pero Mathias no se dejó amedrentar por tal amenaza, sacándole pecho y retándole a que lo hiciera delante de los invitados, lo que ocasionó que se organizara un duelo después del quinto día, al amanecer -bien decía su vieja amiga que esa valentía le iba a ocasionar problemas-, aunque no le importaba, así que él no se iba a dejar amenazar así como así por un loco como ese, que creía que todo lo resolvería de esa forma, dando amenazas por doquier y más de un pobre tonto se las creía. La noticia viajó hasta Worcestershire, directo a la casa de sus padres, lo que ocasionó que Nataniel Beckham, conde de Whistport viajara inmediatamente a Londres y negociara con el duque para que suspendiera el duelo, prometiéndole alejar a Mathias de ahí y de su hija por una buena temporada o para siempre, ya que lo que el duque quería era que estuviera lejos de su hija. Al viejo duque no le pareció tan descabellada la idea con tal de que desapareciera, lo aceptó y anuló el duelo. Por ese motivo ahora estaba ahí encerrado en el estudio de Whistport Manor, escuchando a su padre planear donde pasaría parte de su futuro.

-Deberías agradecerle a Sebastián que no te destierro y te envío al otro lado del mundo.

-Es que me estás enviando al otro lado del mundo, padre -protestó.

-Tú ya viviste en Norteamérica y, por lo que sé, fue agradable tu estancia ahí. -La mirada de Mathias se tornó fría.

-Si hubiera sido así, no crees que me hubiese quedado ahí.

-Volviste porque Sebastián lo hizo -le recordó-. Si no, te hubieses quedado allá.

-Piensa lo que quieras -bufó sin interés, nada de lo que dijera iba a hacerlo cambiar de opinión.

-De igual forma, no te vas inmediatamente; pasarás una temporada en Hampshire con tu hermano, ya que quiere que en, cuanto llegues a Norteamérica, te hagas cargo de uno de sus negocios y quiere prepararte antes.

-¿Sebastián dándome el cargo de una empresa? No lo puedo creer
-dijo sarcástico en tono burlón casi riendo a carcajadas.

-Tu hermano te aprecia y deberías agradecer que confía en ti.

-Supongo que la empresa va para la quiebra y luego me culpara de ello.

-Suficiente, Mathias, agradece la oportunidad que tu hermano te está dando y demuestra que no eres como todos hablan.

-Sabes que no me importa lo que hablen de mí.

-Por Dios, muchacho, ¿qué fue lo que hicimos mal contigo?

-Vosotros, nada -dijo encogiéndose de hombros.

El conde se llevó los dedos pulgar e índice al puente de la nariz. ¡Cómo le gustaría que su hijo actuara diferente! Nataniel no sabía qué había hecho a su hijo cambiar de la forma que lo hizo y se estaba arrepintiendo de enviarlo nuevamente a Norteamérica, ya que hacía siete años abordó aquel barco, con muchos sueños, y había regresado sin la menor intención de vivir y, desde ese momento, se había convertido en el hombre sin corazón que era, en una calavera. Y, si no fuera por la seguridad que le daba su hijo Sebastián de que lo mantendría vigilado, no hubiera optado por esa opción, se lo hubiese llevado a Worcestershire, pero lo quería vivo y el duque lo había amenazado con matarlo si se volvía a atravesar en su vista, y conociéndolo lo haría.

-Mañana temprano viajarás a Hampshire; iría contigo, pero ya sabes cómo se pone tu madre, debo regresar mañana.

-Tranquilo, padre, no voy a perderme ni a escapar, iré directo a la casa de Sebastián.

Nataniel suspiró.

-Si tanto te importa tu vida, lo harás.

-Iré a hacer las maletas. ¿Me puedo retirar? -Se levantó, pero antes de llegar a la puerta su padre lo detuvo.

-Johnson se encargará de eso; esta noche te quedas aquí, no vaya a ser que te dé por pasar la noche en juerga y con alguna de tus amigas y te vea el duque.

-Es exactamente lo que pensaba hacer, tengo una cita con una exquisita y muy complaciente dama. -Dibujó una sonrisa de medio lado, aún no era seguro que tendría compañía, pero adoraba

mortificar a su padre con sus andanzas.

-No irás -le aseguró.

-¡Por un demonio, padre! Cuando esté en manos de Sebastián, estaré peor que en un monasterio, déjame darme el último gusto.

Nataniel negó con la cabeza.

-No saldrás y, si no quieres que te envíe a buscar momias a Egipto, lo mejor será que obedezcas.

Mathias se levantó y se sirvió una copa de whisky, que el conde iba dispuesto a quitarle nuevamente de las manos.

-Si debo mantenerme encerrado aquí, al menos déjame beber -dijo apartando la capa y la botella con un mohín; necesitaba beber, aunque sea un trago.

-Sales al amanecer -le advirtió-. Y no pienses escaparte, te tengo vigilado.

Salió del estudio dejando a un muy malhumorado Mathias, que se dejó caer en el sillón, dispuesto a beber todo el contenido de la botella que tenía en las manos.

El dolor de cabeza era insoportable, hacía mucho que no sentía un dolor así, aunque no solía sentir resaca y usualmente, cuando se embriagaba, terminaba en la cama de alguna mujer y ellas hacían su resaca más agradable, brindándole placer, pero en ese momento no era así, ya que su padre le había prohibido la compañía femenina, incluso lo había amenazado con encerrarle en la habitación, así que había elegido la bebida para que fuera su acompañante esa noche, la que había sido su fiel compañera durante mucho tiempo, su anestesia y el veneno para matar sus demonios.

Cerró los ojos, el traqueteo del carruaje solo aumentaba su dolor de cabeza, ya que su padre no le había dado tiempo ni siquiera para beber un té. La imagen de una hermosa muchacha llegó a su mente, con aquellos grandes ojos, que eran idénticos a la luna de esa noche; aún podía recordar la sensación que sintió al verla y no perdió oportunidad para acercarse a ella. La primera vez fracasó, pero tal y como se lo había dicho estaban destinados y la volvió a encontrar, todavía podía escuchar su suave voz, percibir su aroma dulce y a lavanda y la suavidad de sus labios. Eso sin duda había sido lo mejor, recordar aquel beso lo hacía sentir vivo, como no se

había sentido en muchos años. Cómo le gustaría que sus palabras fueran ciertas y que, si estaban destinados a estar juntos, se volvieran a encontrar. Sabía que, si era así, la reconocería; bueno, no estaba del todo seguro, pero tenía la ligera sospecha de que así sería; aunque no supiera su nombre o no hubiera visto su rostro, había algo en ella que le decía que era especial. No lamentaba haber ayudado a su amigo, pero maldito fuera ese viejo duque por condenarlo; ahora debía alejarse de Londres y en poco tiempo de Inglaterra y todas sus esperanzas de volver a encontrar a aquella muchacha se iban con ello, ya que sería imposible encontrarla cuando estuviera al otro lado del mundo. Cómo odiaba Norteamérica; si no guardara el secreto que lo atormentaba cada noche, le hubiera suplicado a su padre para que no lo enviaran ahí, ya que no se creía capaz de soportarlo.

Su mente viajó nuevamente a aquella noche de luna llena unas semanas atrás y a unos dulces labios; si se concentraba, podía sentir su calor, su sabor y ese temblor inocente lleno de dudas. Mathias estaba seguro de que ese había sido su primer beso y, como lo había disfrutado, de cierta forma, se sintió muy bien ser el primero. Cómo añoraba besar nuevamente esos labios, escuchar su voz y sentir su suave tacto; había sido como un sueño, un sueño del cual no le hubiese gustado despertar, pero ahí estaba enfrentando su realidad de camino a Hampshire, donde según su padre iba a iniciar su nueva vida. Vaya nueva vida iba a empezar. Solo esperaba que la culpa y sus demonios no fueran más fuertes que él.



Anne observaba a Katherine dar vueltas por la habitación, estaba muy molesta y, a pesar de que había estado indispuesta los últimos días, su enfado no desapareció por más que lo intentara.

-¡No lo puedo creer! -chilló.

-¿Kathy, que sucede? -indagó con curiosidad.

-Sebastián me acaba de decir que su hermano se quedará aquí una temporada.

-¿Qué hay de malo en eso?

-Anne, sabes todo lo que se habla de él últimamente y si viene aquí no es precisamente de visita, su padre lo envía aquí para que

Sebastián lo vigile; ese imbécil no solo se la pasa levantando faldas, sino que va y se las levanta a la hija de un duque, que encima está comprometida.

-Oh, eso debe ser grave, pero la culpa...

-Lo suficiente para que mi suegro se enfrentara al duque y desaparezcán al idiota de mi cuñado de Londres por una larga temporada.

-Al menos no lo obligaron a casarse.

-Tendría que estar loco el hombre para obligar a su hija a comerte tal estupidez -dijo con vehemencia-. La mujer que se case con Mathias va a vivir un infierno. -afirmó.

-A lo mejor cambie, algunos lo hacen -comentó Anne con inocencia.

Katherine se rio a carcajadas, al menos su enfado había disminuido.

-Anne, cuando eso suceda, el mundo de detendrá.

¿Tan imposible era que un hombre como aquel cambiara?

Con ese pensamiento Anne se dirigió hacia la biblioteca; desde que Elizabeth había sido contratada y pasaba la mayoría del tiempo con los mellizos de Katherine, ella disponía de más tiempo libre, por lo que, en las tardes, cuando no estaba con ninguna de ellas, se encerraba ahí a leer un libro o a dibujar, aunque le gustaba dibujar en el jardín en un escondite secreto. Al entrar en la biblioteca, examinó la extensa estantería de libros; había estado leyendo la colección de libros de mitología que le había regalado uno de los socios a Sebastián, solo le faltaban dos para terminarla, así que eligió uno de ellos; al dirigirse a su habitación, notó que hacía un clima de maravilla, así que lo pensó mejor, tomó su cuaderno de dibujo, sus lápices y se dirigió al jardín, a aquel pequeño escondite que casi nadie conocía y en cual podía pasar horas en la tranquilidad de su soledad; al llegar ahí, se sentó en el césped y empezó a pasar las páginas, notó que los últimos dibujos eran muy similares, ya que era la misma persona una y otra vez.

Desde el baile de máscaras había tenido un par de ojos clavados en su mente, una mirada que de solo pensarla la hacía estremecer y suspirar; sonrió, había sido un bonito recuerdo y cada vez que lo rememoraba se llevaba los dedos a los labios acariciándolos, aún podía sentir la calidez de él sobre los suyos, las suaves caricias y la

forma tan tierna en la que la había besado. Había retratado aquel rostro que se ocultaba tras un sencillo antifaz, muchas veces sin comprender por qué lo hacía.

¿Realmente tenía razón y estaban destinados?

No, no la tenía, ellos no están destinados, ya que ella se había enamorado hacía unos años de Paul Hite, el hijo del carnicero y este le correspondía; prácticamente, se había comprometido, así que no podía estar pensando en otros hombres, aunque Paul aún no había regresado, ni tenía noticias de él.

Revisó nuevamente sus dibujos y encontró uno que había hecho de Paul a los pocos días que este se fue; apenas si recordaba su rostro o su voz, y sus besos nunca habían sido como los de aquel extraño. «Eras una niña», se recordó, o al menos eso decía Paul; aunque no había cambiado mucho, seguía teniendo el mismo cuerpo menudo, aun así, ya estaba llegando a la edad para poder casarse; dentro de algunos meses cumpliría los dieciocho, a lo mejor eso era lo que esperaba Paul y regresaría al tiempo justo para que se casaran y llevarla con él a Escocia, en donde se había quedado.

Anne supo por la señora Hite que Paul se había quedado a ayudar a su hermano, ya que su abuelo había sido un laird y unos meses después de que llegaron murió; al no haber tenido hijos hombres, el heredero de todo había sido Patrick, por lo que Paul se quedó ahí y le envió una carta con su madre, en donde decía que no olvidaría la promesa de regresar por ella; por ese motivo, seguía esperándole, pero de eso ya había pasado un año y fueron las únicas noticias que obtuvo de él, y ni ella ni su madre habían vuelto a preguntar por Paul. Anne cerró los ojos para tratar de visualizar la imagen de Paul, pero a quien vio fue al extraño de ojos ambarinos y la forma en que la miraron.

Abrió los ojos y meneó la cabeza, tratando de borrarlo de su mente.

¿Qué le estaba sucediendo?

Sabía que no lo volvería a ver, ya que ella no frecuentaba los mismos círculos sociales y que todo aquello que había dicho, que estaban destinados, era solo para llamar su atención; no obstante, cómo le gustaría volver a encontrarse con aquellos ojos, los cuales

no podía sacarse de la cabeza; debía admitirlo, había sentido algo por él, así como él se lo había dicho, había sentido una vibra especial.

2

Si había pensado que jamás vería a Katherine más enfadada, se había equivocado, ya que nunca la había visto así. Anne salió rápidamente de la habitación luego de que Sebastián subió a informarle a Katherine que debía estar presente en la cena, ya que ahí iba a estar su hermano y esta se enfadó tanto, porque no pudo negarse, que terminó arrojando lo que tuviera a mano a Sebastián. Anne no tuvo otra cosa que hacer más que correr, a menos que quisiera ser golpeada por algún adorno volador.

Caminó hasta la habitación de Elizabeth, pero no la encontró ahí; supuso que estaba en la cocina, ya que los mellizos estaban durmiendo; así que decidió ir a su habitación. Durante la mañana no se había sentido bien y el escuchar parte del día las discusiones de Katherine con Sebastián y todo el parloteo sobre el hermano de Sebastián la tenían agotada y, por último, la discusión que acababa de presenciar había hecho que su dolor de cabeza regresara.

Estaba fastidiada de oír hablar de Mathias Beckham, ya sabía absolutamente todo de él y su vida sin siquiera haberlo visto alguna vez; llevaba casi dos años trabajando para Katherine y en ningún momento el hermano de Sebastián los había visitado. Al parecer, la relación de hermanos no era buena y Mathias no era del agrado de Katherine desde que lo conoció, ya que él se había comportado con ella como un completo idiota y había hecho un comentario a Katherine que, por lo que sabía, Sebastián tuvo que encerrarla en la habitación porque iba a correr sangre.

¿Tan desagradable era Mathias Beckham?

Ya se daría cuenta, ya que el susodicho iba a vivir ahí una

temporada, aunque tras las advertencias que perfilaba Katherine a cada instante dudaba siquiera que Mathias pudiera dirigirle la palabra y sospechaba que, si lo hacía, no iba a ser Sebastián, si no Katherine quien lo iba a mantener encerrado en una habitación alejado de cualquier cosa que tuviera vida en esa casa.

Y también estaba la advertencia de Katherine hacia Elizabeth y ella, de que ninguna se le acercara o le hablara. Había veces que Katherine era insoportable -¿Cómo hizo Clara para soportarla tantos años?-. Bueno, aún lo hacía, ya que la amistad que ellas tenían era sin duda muy especial.

Luego de dar una pequeña siesta, Anne se dirigió a la habitación de Katherine; se detuvo en la puerta para ver si escuchaba algún ruido, por lo que pudo percibir todo estaba en calma y los gritos de hacía unas horas habían desaparecido. Vio a Elizabeth correr a toda prisa a su habitación, pensó en seguirla, pero en ese instante Katherine salió de la suya, como si presintiera que estaba ahí sonrió, aunque era una sonrisa falsa, se notaba que aún estaba molesta.

-Iba a ir a buscarte, necesito pedirte un favor muy importante para mí -dijo en tono cansado.

-Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites. -Aunque en ese momento no estaba segura de que esa afirmación fuera correcta.

Katherine asintió.

-Como ya escuchaste, hoy cenamos con el hermano de Sebastián, de hecho, ya está aquí, así que podrían Elizabeth y tú acompañarme en la cena, por favor. -Hizo ojitos de súplica.

Anne lo dudó, no estaba acostumbrada a compartir la mesa con ellos; usualmente, tomaba sus comidas en el comedor con los demás empleados, ya que el ambiente era más divertido y era a lo que estaba acostumbrada desde niña, aunque, desde que Elizabeth había llegado, había algunas ocasiones en las que compartía la mesa con Katherine, especialmente para el almuerzo, debido a que los pequeños también lo hacían y una mano extra era bienvenida.

-Sabes que no me agrada, pero lo haré, te acompañaré, sé que es importante para ti.

-Realmente lo es y mucho, me hubiese gustado que Clara estuviera

aquí, ella siempre sabe tranquilizarme, pero cuento contigo y ahora con Elizabeth y sé que junto a vosotras trataré de mantener la calma -dijo con un tono de voz muy suave.

-No soy Clara, pero sabes que siempre hago todo lo que esté en mí para que estés bien. -Le regaló una sonrisa-. ¿Cómo sigues?

-Lo sé, Anne, y gracias por ello; y ya estoy un poco mejor, los tés de la señora Claus son una maravilla.

-Creo que toda su comida es una maravilla, a este paso engordaré.

Ambos sonrieron, Anne entró en la habitación y se dirigió al ropero de Katherine para prepararle un vestido para la cena.

-Yo sí que engordaré -Katherine fijó la vista en un punto invisible en la pared y luego dibujó una radiante sonrisa-. Saca el color crema, por favor.

Anne asintió y se dispuso a sacar el vestido y colgarlo en la pared. ¿Qué había querido decir?

-¿Tomará un baño ahora?

-No, lo haré antes de acostarme; por cierto, Anne, podrías lucir uno de los vestidos nuevos y has que Elizabeth también lo haga; de cierta forma, hay que recibir a las visitas bien presentadas -dijo con ironía y desprecio.

-Me encargaré de que Elizabeth lo haga, ahora ven.

Luego de dejar preparada a Katherine en la habitación, se dirigió a la suya, abrió el ropero y dio un vistazo a sus vestidos, todos en su mayoría eran sencillos y muy cómodos, aunque sí contaba con alguno un poco más elegante; eligió uno en tono lavanda, que la señora Clarit había hecho en la última visita a su tienda, ya que su hermana había insistido en que se lo hiciera, aprovechando que la tela era muy bonita; el vestido llevaba un bordado en el escote de diminutas flores en rosa, que lo hacía ver muy lindo. Se lavó la cara y cepilló su cabello; desde que había empezado a trabajar para Katherine, era muy poco común que lo tuviera suelto. Cómo extrañaba vivir con sus padres.

¿Por qué se le tuvo que ocurrir la genial idea de escarpar tras Paul? Y lo peor era que se lo confesó a quien no debía hacerlo, aunque, pensándolo mejor, hubiera sido una mala idea, como todos dijeron en su momento; en ese momento no había pensado en los peligros

del viaje.

No se quejaba, adoraba trabajar para Katherine, ya que ahí tenía la libertad y las comodidades que no obtendría en ninguna de las casas para la que pudiese haber trabajado. Katherine no la trataba como a una empleada e insistía en que sus obligaciones fueran limitadas.

Se trenzó el cabello y se hizo un moño, se vistió rápidamente y se dirigió a la habitación de Elizabeth; debía ir a tratar de convencerla, aunque sabía que no iba a ser complicado, ya que Eduardo estaría presente en la cena y Anne sospechaba que entre ellos pasaba algo, solo bastaba con ver las miradas que se lanzaban cuando estaban en la misma habitación. Cómo le gustaría sentir algo así... Suspiró y entró en la habitación de Elizabeth.

Sí, Anne era una soñadora y creía en el romance.

Tal y como imaginaba, convencer a Elizabeth no fue tan difícil, protestó un par de veces, pero al final no se negó, igual no podía hacerlo, ya que iría porque iría. Según palabras de Katherine cuando quería obligar a alguien ir a un lado donde no quisiera, especialmente a la modista.

Katherine y Sebastián ya se encontraban en el comedor cuando ambas entraron. Anne se sentó en medio de Katherine y Elizabeth; observó el mohín que Katherine hizo a Sebastián y las miradas suplicantes que daba Sebastián a Kathy.

Katherine estaba enfadada con él y después de lo que había visto no le extrañaba. La mesa se mantuvo en silencio hasta que escucharon pasos y el hermano de Sebastián entró; pudo notar que la tensión de Katherine aumentó y Elizabeth se sonrojó ligeramente. ¿Qué le pasaba con ese extraño?, ¿acaso Elizabeth ya lo conocía? Y si fuera así, en qué momento sucedió, ya que hasta hacía un mes Elizabeth no conocía a nadie en ese lado del mundo.

Anne salió de sus pensamientos cuando escuchó la voz de Sebastián; apenas si se había dado cuenta de que este estaba hablando, ni siquiera había prestado atención al hombre que en ese momento se sentaba delante de ella, ya que estaba con la vista fija en el plato vacío que tenía sobre la mesa.

-Anne, creo que aún no conoces a mi hermano -atrajo su atención-. Mathias, ella es Anne Williams, es también miembro de esta familia.

Anne subió la mirada y se fijó en él, en ese momento se dio cuenta de que la observaba fijamente y le regalaba una sonrisa muy encantadora, que mostraba un llamativo hoyuelo en la mejilla izquierda, pero hubo algo más que llamó su atención y fue lo que hizo que todos sus sentidos reaccionaran y su corazón palpitara con fuerza; conocía esa mirada ambarina y la forma penetrante con la que la observaba. ¿Podría ser el mismo?

Si era así, por qué el destino era tan cruel con ella, ya que ese caballero no era ni más ni menos que Mathias Beckham, el libertino con peor reputación en todo Londres.

-Un gusto, señorita Anne. ¿No hemos visto antes?

Mathias no podía creer lo que sus ojos estaban viendo y lo que estaba sintiendo; apenas había entrado en la habitación, sintió la misma sensación que había sentido semanas atrás, aquella cuando vio a la dueña de sus sueños, estaba ahí, de eso podía estar seguro, bien lo había dicho: la iba a reconocer.

Cuando la muchacha levantó la vista y fijó sus grandes y hermosos ojos en él, no le quedó la menos duda, era la misma. Estaban destinados a estar juntos, aunque pronto maldijo y se arrepintió del lugar en donde la había encontrado; su némesis estaba ahí y se encargaría de envenenar a Anne y ponerla en su contra, aunque ya buscaría la forma de que no fuera así.

«Anne», paladeó el nombre mentalmente, qué lindo nombre tenía su niña de ojos grises.

-No lo creo, ella no suele frecuentar los mismos lugares que usted -respondió Katherine, con un dejo de desprecio en su voz. Sacándolo de sus pensamientos.

Y ahí estaba su cuñada clavando su aguijón. No la odiaba, pero sentía que iba a acabar haciéndolo. ¿Cómo demonios llegó a pensar por un instante que hubiera sido agradable casarse con ella? Había llegado a la conclusión de que solo su hermano era capaz de soportarla.

-Solamente me parece conocida -replicó en tono neutro, no tenía intenciones de entablar una discusión con ella.

-Es la hermana de lady Bathampton, creo que en algún momento la conociste -aclaró Sebastián.

-Oh, si, la conocí en el baile de los Fibuts. -Desvió su atención a Elizabeth-. Señorita Beth, un placer volver a verla.

Mathias notó un ligero sonrojo en Anne y una ligera incomodidad; sospechaba que ella también lo había reconocido. Se dio cuenta de que estaba observándola más de lo debido, por lo que decidió desviar su atención en Elizabeth. Había conocido a la muchacha por la tarde, cuando se iba a reunir con Sebastián en la biblioteca; era una mujer hermosa y con acento norteamericano, aun así, no era nada comparada con Anne, ya que su niña era hermosa, tenía un rostro precioso marcado por ese cabello rubio oscuro y unas diminutas pecas; no pudo evitar sentir su corazón acelerarse. Notó una mirada amenazante a sus espaldas y en ese momento vio al cuñado de su hermano y un antiguo amigo entrar; a simple vista, notó cómo sus ojos se iluminaban al ver a Elizabeth y la sonrisa de ella aumentar. -Ahí había algo-. Lo vio dudar de dónde debía sentarse y escogió el espacio disponible que había dejado al evitar sentarse frente a Katherine.

-Supongo que así debía ser -contestó Elizabeth.

-Es nuestro destino... -dijo observando a Anne; pensó que tal vez ella captara la indirecta, pero no fue así, ya que luego de desviar su mirada sintió un escalofrío al sentir la vista de Anne y Eduardo clavada en él. ¿Qué podía hacer? Así era él, aun así, se angustió cuando volvió a observar a Anne; primero se había puesto tensa y luego su mirada se llenó de tristeza y decepción, menudo idiota, cómo se le ocurrió decirle eso a Elizabeth, eran las palabras que había dicho a Anne, ella era su destino no ninguna otra e iba a pensar que se lo andaba diciendo a todas las mujeres. Se puso serio por un minuto y trató de que Anne se centrara en su mirada, pero fue imposible, ella simplemente lo estaba ignorando. No podía haber sido más idiota.

-Quería informarles que Mathias vivirá aquí durante una temporada -informó Sebastián-, así que, Mathias, te agradecería que no molestes a las señoritas; creo que ya tienes suficientes problemas como para querer más. -Su tono era autoritario y muy muy molesto para él. ¡Maldito seas, Sebastián!

Aún no sabía si las damas sabían el motivo por el que estaba ahí o

su tan hermosa reputación, de todas formas ¿por qué demonios tenía que hacerle esa advertencia delante de ellas? No pensaba ir tras ninguna, no hasta que pisó ese comedor; aun así, no era seguro que quisiera acercarse a Anne, ya que estaba más que seguro que ella lo rechazaría, pero... ¿y si no fuera así?

-Conozco las condiciones en las que estoy aquí, Sebastián, y, en cuanto a las señoritas, no haré nada que ellas no quieran -resopló molesto, había sido el único momento en que había quitado la mirada de Anne. Y lo hizo para lanzarle una mirada asesina a Sebastián.

-Podrían dejar esos asuntos fuera de la cena, por favor -protestó Eduardo.

Mathias agradeció en silencio.

Aunque Mathias había intentado llevar el curso de la cena con normalidad, no podía dejar de observar a Anne, apenas podía su vista se clavaba en ella, disfrutando de su leve sonrojo, así que decidió desviar su atención con la única persona que no lo había visto feo en esa mesa y así fue, se entretuvo en una pequeña conversación con Elizabeth, en donde ella hablaba de donde había vivido en Norteamérica, aunque se arrepintió, ya que la última mirada que le dio Anne al abandonar el comedor se clavó en su pecho; apenas si prestó atención a Sebastián que le indicó que lo esperaba en la biblioteca antes de salir del comedor.

-Espero que sigamos charlando de su tan peculiar lectura muy pronto.

-En alguna ocasión, tal vez.

Eduardo ayudó a Elizabeth a ponerse de pie y le regaló una mirada cargada de sentimientos antes de retirarse.

Se quedó unos minutos a solas y observó el espacio en el que había estado sentada Anne y suspiró, la había encontrado, pero tenía el presentimiento de que no iba a poder conquistar su corazón; se levantó y se dirigió a la biblioteca donde lo esperaba su hermano.

-Sebastián, podrías evitar dar ciertos comentarios frente a tus protegidas -le dijo apenas entró en la biblioteca.

Sebastián estaba sentado en el sillón tras su escritorio con unos papeles en la mano.

-Simplemente una advertencia para las muchachas, aunque con Katherine no dudo que estén más que advertidas -dijo sin levantar la mirada de los papeles.

Eduardo entró en ese momento y se dirigió a servirse un trago; cómo deseaba beber algo en ese momento, y luego más hasta que lo hiciera olvidar el mal rato que acababa de pasar.

No obstante, había prometido a su padre que no volvería a beber y estaba más que seguro que Sebastián se encargaría de que lo cumpliera.

-Lo sé, Katherine me odia, aunque quién no podría odiarme, soy despreciable. -Se dejó caer en la silla frente a Sebastián; segundos más tarde, observó un vaso con un líquido ambarino frente a él.

-Bebe -le ordenó Eduardo- y mi hermana no te odia, créeme estarías en el mismísimo infierno si fuera así, solo está muy molesta. Cuando tengas la oportunidad, discúlpate, aprovecha la oportunidad ahora que vas a estar una temporada aquí -le aconsejó sentándose junto a él-. Por cierto, tienes un serio problema, hombre, ¿dónde dejaste al mocoso lleno de vida que conocí hace algunos años?

Mathias suspiró, sabía de lo que hablaba, ya que él no era ni la sombra de lo que había sido algunos años atrás.

-Créeme, se lo he dicho muchas veces -replicó Sebastián-, espero poder hacer que vuelva o al menos una pequeña parte de él.

-Ese Mathias murió hace algunos años -aseguró-. Eduardo, lamento lo del comedor, créeme la muchacha no me interesa.

Eduardo sonrió y asintió.

-Más te vale, no me gustaría partirte la cara.

-Estaría encantado de que lo hicieras, pero no por esos motivos.

¡No podía creerlo! ¡Simplemente no podía creerlo!

De todos los caballeros, en todo Inglaterra, y de quien menos podría imaginar que era el dueño de aquella mirada, había sido ese, aquel hombre con tan mala reputación. Debía admitir que Mathias era muy apuesto, no solo su mirada ambarina o su seductora sonrisa adornada por aquel hoyuelo llamaban su atención; su físico era realmente impresionante. Cuando escuchó sobre la mala vida que llevaba el hermano de Sebastián se imaginó un hombre con sobrepeso, no aquel monumento de hombre tallado por los dioses; estaba claro que Mathias se ejercitaba, ya que poseía un muy buen físico, hombros anchos, brazos gruesos y cintura estrecha. Podía notar cómo la ropa se le ceñía a los músculos cuando se movía; a diferencia de Sebastián, Mathias era un poco bajo, sus ojos eran ambarinos y el cabello más claro, y sus facciones eran muy diferentes; eran pequeños los rasgos que los hacían ver como hermanos.

Ya entendía por qué ninguna mujer se le negaba. ¡Era guapísimo!

Anne se quitó el vestido, se echó agua en la cara, se tumbó de pecho en la cama y enterró la cara entre las almohadas; al cerrar los ojos recordó el beso, sus palabras. ¡Dios! Esta vez sí que lo había sentido, había sentido un escalofrío cuando entró en el comedor; supuso que era a causa de su curiosidad, pero cuando lo vio sintió una extraña atracción, una sensación recorrió todo su cuerpo y una necesidad que no había sentido, y su corazón se le aceleró como nunca lo había hecho.

Estaba totalmente confundida; desde que había visto a Mathias por

primera vez y compartido aquel beso, casi no pensaba en Paul y, en ese momento, Paul era solo el recuerdo de un pasado muy lejano. Se dio la vuelta y clavó la mirada en un punto invisible en el techo. ¿Qué era todo eso que estaba sintiendo? Además, Mathias estaba prohibido. De todas formas, no tenía ni la más mínima esperanza de que se fijara en ella más que para llevarla a la cama, ya que era a lo que estaba acostumbrado y, suponiendo que ninguna mujer se le negaba, él creería que ella tampoco.

La curiosidad llegó a Anne en ese momento y se preguntó qué era eso que podía volverla loca de un hombre en la cama. Tanto Katherine como Clara le habían dado una pequeña explicación de lo que sucedía a puerta cerrada de los amantes, la justa para que se sonrojara. ¿Besos, caricias? Sabía que había más que eso, ya que Lucrecia una vez le había dicho que un hombre podía hacer que sintiera que estaba en el cielo. Si era así, ¿cómo lo hacía?

Soltó un suspiro reprimido y se levantó de la cama, se terminó de desvestir y se echó agua otra vez en la cara, estaba sonrojada; sí, se había imaginado a Mathias haciendo uso de sus dotes de seductor y llevándola a la cama, y no podía negar que le gustaría experimentarlo; sí, solo un beso la había dejado sin aliento, pero no con él. Paul iba a volver y se casarían y con él podía experimentar todo eso. Con ese pensamiento Anne se quedó dormida, pero quien la visitó en sueños no fue Paul, sino un caballero con ojos ambarinos y sonrisa seductora adornada con un hoyuelo.



Debía admitir que hacía mucho no había dormido tanto, desde hacía cinco años apenas si dormía, ya que, si no estaba bajo el efecto del alcohol, las pesadillas llegaban y sus demonios lo torturaban. Puede que el hecho de que Anne estuviera a unas cuantas habitaciones le había dado un poco de tranquilidad, puede que el cansancio se apoderara de él; se levantó de la cama, se colocó el pantalón, hizo un poco de ejercicio, luego se vistió y bajó a desayunar. Esperaba que Anne también desayunara con ellos, pero al llegar al comedor se decepcionó, este estaba vacío. Un lacayo sirvió el desayuno y anunció que los señores no bajarían a desayunar, por lo que desayunaría solo, ya que Eduardo no

desayunaba en la casa. No le sorprendió y supuso que Sebastián estaba aprovechando el tiempo con su esposa. Terminó el desayuno y empezó a caminar por la casa, aún no la conocía muy bien e iba a aprovechar para dar un recorrido. De camino a lo que supuso que era la cocina se encontró a Elizabeth saliendo de ahí, masajeándose la sien.

-¿Una mala noche? -Imaginó que tenía jaqueca por la forma que se masajeaba.

Elizabeth dio un respingo.

-Sí, no dormí muy bien.

-¿Cuál es la causa de tu mala noche? Si se puede saber.

Aún no comprendía por qué Elizabeth no lo trataba con desprecio.

-Me quedé leyendo hasta tarde, apenas si dormí.

Mathias le regaló una sonrisa coqueta.

-Ya veo, ¿volviste a la biblioteca por el libro?

Elizabeth se sonrojó.

-¡No! ¡Por Dios, no! -chilló.

-Pensé que querías utilizar tus conocimientos con cierto caballero. -
Levantó las cejas varias veces.

Si antes se había sonrojado esta vez había quedado como un tomate.

-¿A-a q-qué te refieres? -balbuceó.

-A cierto caballero rubio y de ojos esmeralda.

-N-no e-entiendo qué quieres decir.

-Señorita Beth, es claro que hay mucha química entre vosotros, se nota -recalcó la última palabra. Elizabeth pasó del sonrojo al blanco, llevó su mano y tapó su boca con un gesto de sorpresa.

-¿D-de verdad? ¿Tú lo notaste?

-Sí, aunque no creo que todos lo puedan notar -la tranquilizó-. Solo unos cuantos -Dibujó una sonrisa de medio lado.

-Oh, yo...

-Descuida, y retomando el tema, así que el libro...

-¡Dios, no! -se exaltó-. Ni siquiera estoy al tanto de qué se trata.

-Dile a Eduardo que te lo muestre, supongo que le agradara mucho. -Sonrió con picardía, se acababa de dar cuenta de que le gustaba molestar a la muchacha; en realidad, le caía muy bien.

-Es un desvergonzado, milord.

Mathias negó con la cabeza.

-No lo soy, o bueno tal vez y llámame Mathias.

-Lizzy, la señora... -Anne salió de la cocina, los observó y bajó la mirada- dice que si desayunarás en la cocina.

Mathias pudo sentir cómo su corazón se aceleró al escucharla y cómo se encogió cuando los miró; aún no podía descifrar esa mirada, pero estaba claro que había decepción.

-Sí, claro, enseguida vuelvo, iré a ver a los mellizos.

-Te esperamos -Anne volvió a desaparecer.

Mathias se quedó con la vista fija ahí donde había desaparecido y suspiró, apenas si se había fijado en él.

-Te interesa, ¿verdad?

La pregunta lo sorprendió.

-¿Anne?

-Ten cuidado en donde pones tus ojos. Anne no es como las mujeres a las que estás acostumbrado, es una niña inocente, así que búscate otra para calentarte la cama, si eso es lo que buscas y si lo que quieres es seguir vivo, porque, créeme, la lista de los que podrían asesinarte es grande -le advirtió.

Mathias abrió muchos los ojos, jamás se hubiera esperado tal amenaza y eso que parecía que le caía bien a la muchacha, pero le gustó su sinceridad.

-Veo que lady Katherine ha hablado muy bien de mí.

-Más de lo que me gustaría escuchar y principalmente con Anne, ya que es su doncella y pasa más horas en su compañía.

Mathias suspiró, ahí murieron todas sus esperanzas de poder acercarse a Anne, pero es que en realidad no estaba seguro de cuáles era sus verdaderas intenciones. ¿Seducirla?, no, esas no eran.

-Es una lástima, pero, bueno, no es que me interese; es muy linda debo admitir.

-Entonces, más te vale que te mantengas alejado de ella, y ahora si me disculpas, milord, me esperan para el desayuno.

Mathias le dio un asentimiento de cabeza y la vio marcharse, se quedó unos minutos en el pasillo pensando qué podía hacer: si entraba en esa cocina, se encontraría a Anne y no iba a poder evitar

acercarse a ella; en ese momento la respuesta llegó:

-Milord, lord Sebastián lo anda buscando -escuchó decir a una de las empleadas.

-Gracias, ¿sabe dónde se encuentra?

-En la biblioteca, milord.

Se dirigió hacia la biblioteca, en donde encontró a Sebastián con una taza de café en la mano y unos documentos en la otra. ¿Acaso no se cansaba de trabajar?

-Me dijeron que me estabas buscando.

Sebastián desvió la vista de los documentos y la fijó en él.

-Juré que seguías durmiendo, por ello pregunté por ti, da igual; padre me envió unos documentos de una empresa aquí en Hampshire que recién compró. ¿Podrías hacerte cargo de ella?

-¿De qué forma?

-Ir a revisarla, ver si todo está en buen estado y eso.

-No tengo ningún problema, solo que...

-Descuida, te daré algunas instrucciones de todo lo que se necesita saber; también pediré a Eduardo que te acompañe, ya que no conoces muy bien por aquí.

-Tú me dices, entonces, cuándo puedo ir a verla.

-Por supuesto, estos son los documentos; ahí están los nombres de los antiguos dueños. Padre quiere que haga una revisión de todos ellos, sobre las cuentas y las ganancias tanto mensuales como anuales, aunque de momento sería solo del último año. ¿Podrías hacerlo?

Mathias estaba muy sorprendido.

-¿Yo...?

-No me decepciones, eres muy bueno con los números, así que podrás con ello; aquí está lo que necesitas, estaré en mi habitación, ya que Kathy está un poco indispuesta.

-¿Está enferma? -aún no salía de su asombro.

-No, náuseas matutinas, son normales -dijo restándole importancia-, ya se le pasará. Bueno, me retiro, ahí está el libro de cuentas. -Señaló un libro que estaba sobre la mesa.

-Milord. -La misma empleada que había hablado con Mathias antes se asomó con una bandeja, al parecer, con el desayuno. Sebastián

se acercó a ella.

-Permíteme. -Tomó la bandeja-. Yo lo llevo. Mathias, avísame si necesitas algo más.

Se retiró y lo dejó en la biblioteca. Cuando le dijeron que Sebastián lo iba a preparar, no se esperó que lo fuera hacer de esa forma.

Dos horas después, Mathias estaba haciendo apuntes y revisando algunas cuentas, hacía mucho que no lo hacía y agradeció a su hermano por darle la oportunidad. Sebastián tenía razón, él era muy bueno con los números, aunque la única vez que lo había demostrado le salió muy caro.

Mathias suspiró, habían pasado casi cinco años desde que Sarah había muerto; jamás pensó que todo fuera a suceder tan rápido, y la forma en la que sucedió. Jamás pensó que sus conocimientos iban a ser la causa de sus demonios y que la vida de un ser a quien apreciaba tuviera un precio tan caro. Si tan solo no hubiera descubierto que aquel sujeto estaba robando, Sarah todavía estaría viva.

Se llevó los dedos pulgar e índice al puente de la nariz y trató de despejar su mente, clavó su mirada en la vitrina de licores, pero de inmediato lo descartó; se puso de pie para estirar las piernas y camino hacia la ventana, tenía una excelente vista del jardín y el día allá afuera estaba radiante, pensó en pedir un té, llevaba media mañana metido ahí y ya necesitaba un pequeño descanso; escuchó la puerta abrirse y centró su vista en ella. Una hermosa mujer de cabello rubio y la que había sido la dueña de sus sueños las últimas noches entró, al verlo se detuvo y se quedó observándolo, su corazón se aceleró.

-Hola...

-Perdón, milord, venía a dejar este libro no quería molestar.

-Descuida -Se acercó-. ¿Anne es tu nombre?

-Sí, milord.

Mathias no pudo evitar esa extraña sensación que sentía cuando ella se acercaba; la observó a los ojos, esos grandes y hermosos ojos, bajó la vista a su boca y recordó el beso, no pudo evitar las enormes ganas de probarla nuevamente, podría estar seguro de que ella también lo recordaba y de que lo había reconocido la noche

anterior.

-Puedes llamarme Mathias -asintió y se acercó a ella-. Quería saber -subió su mano y la llevo a su mejilla, ella tembló con el tacto-, me reconoces, ¿verdad?, ¿me recuerdas?

Pudo verla abrir muchos los ojos y observarlo sorprendida; cuando creyó que iba a contestar, se dio la vuelta y salió corriendo de la biblioteca. Se quedó sin palabras, ya que no esperaba su reacción, recogió el libro y al ver el título sonrió.

-Oh, mi dulce niña, mi Anne.

Luego de aquella visita, Mathias decidió salir a cabalgar, ya que no lograba concentrarse debido a que sus pensamientos tenían nombre. Anne.

Al salir de la biblioteca, se topó con Eduardo y aprovechó para pedirle que le prestara un caballo, y este al saber que no conocía muy bien el lugar se ofreció a acompañarle, no fuera a ser que se perdiera y Sebastián pensara que se había escapado. Eduardo y Mathias habían sido amigos desde niños, ya que prácticamente habían crecido juntos y habían ido al mismo colegio, hasta que Mathias decidió seguir los pasos de su hermano e ir a estudiar al extranjero, por lo que cuando volvió la amistad se había perdido, debido a que ambos tenían distintas aficiones, Eduardo adoraba el campo y los caballos, y él, hundido en la desgracia, la bebida y las mujeres.

-¿Recuerdas cuando nos escapamos de niños?

-Sí, el viejo siempre se llevaba un buen susto.

Ambos sonrieron recordando al abuelo de Eduardo.

-Cómo extraño esos tiempos -reflexionó Mathias.

Extrañaba ese tiempo en el que era feliz por cualquier tontería sin que un pasado lo atormentara.

-Aquí hay un río, por si te gustaría recordar aquel tiempo.

-Me parece una excelente idea.

Eduardo apuró las riendas de su caballo y Mathias lo siguió y lo guio hasta el río.

-¿Cómo supiste que era ella? -preguntó Mathias con la vista perdida en el agua.

La pregunta atrajo la atención de Eduardo, ambos estaban

sentados a la orilla del río esperando a que la brisa secase su ropa.

-¿Elizabeth? -preguntó algo sorprendido.

-Sí, ella.

-Es complicado -sonrió-. Realmente ni yo lo entiendo, hace un mes me negaba a la idea de enamorarme o encontrar el amor, pero bastó con una mirada y un roce para darme cuenta de que sin quererlo el amor había llegado.

-¿Y eso cómo fue? -Sintió curiosidad.

-Conocí a Elizabeth en el baile de máscaras de mi madre, durante una cuadrilla; cuando nuestras manos se juntaron, pude sentir una fuerza que me atrajo a ella y cuando la miré a los ojos me di cuenta de que ahí tenía todo lo que necesitaba y no había querido buscar -esbozó una sonrisa-. Fue un tormento no saber quién era después de unas palabras, pero, cuando la encontré nuevamente en la casa, bastó una mirada para saber que era ella. Creo que fue mi alma quien la reconoció.

Mathias se quedó unos minutos analizando, algo muy parecido le había sucedido; cuando abordó a Anne, lo hizo por curiosidad, andaba aburrido en el baile, pero, cuando la observó y le dio la mano para saludarla, se sintió hechizado, sintió que había una atracción muy grande entre ellos.

-Por lo que veo, estás muy enamorado.

-Creo que sí, lo estoy, y ella no me es indiferente, aunque de momento solo seamos amigos.

-No creo que te sea muy difícil conquistarla.

-Ya lo veremos y tú ¿te enamorarás algún día?

-No creo que eso llegue a suceder; ya ves, soy un maldito calavera.

-Algún día sucederá, supongo que aún no llega la chica indicada.

-El problema es que mi reputación es tan mala que, cuando suceda, ella no me aceptará. -A su mente vino Anne, sabía todo lo que ella podía haber escuchado y, por más que ella sintiera algo por él, simplemente no lo aceptaría por temor a ser lastimada.

-Te digo algo, creo que cuando ese momento llegue tú te encargarás de demostrarle tu amor.

Mathias suspiró.

-Creo que no tengo tiempo para eso -susurró para él.

-Supongo que con todo lo que sucedió, darás un cambio a tu vida -aventuró Eduardo.

-Supongo que sí, al menos mientras esté por acá.

-Sospecho que Norteamérica te echó a perder, no deberías volver -le aconsejó.

-Es la decisión de mi padre. -Se encogió de hombros.

-Aún estás a tiempo para cambiar su decisión.

-Lo arruiné y mi padre ya no confía en mí, me sorprende que Sebastián lo haga.

-Sebastián es un buen hombre y él puede ayudarte a que tu padre cambie de opinión.

Mathias negó con la cabeza, tenía razón Sebastián podría ayudarle, aun así, no creía que su padre cambiara de opinión.

-Obedeceré a mi padre, puede que eso sirva para algo, o eso creo; de momento, estuve pensando en hacer un pequeño cambio en mi vida.

-Al menos estás pensando en hacer un cambio, eso es bueno y cuenta conmigo para lo que sea, somos amigos, aunque hace mucho nos alejamos.

-Sabes, te extrañé, la pasábamos tan bien.

-Yo también y, bueno, ahora que estás aquí podemos retomar nuestra amistad.

-Me parece muy buena propuesta. -Le regaló una sonrisa.

-¿Te enteraste de que Joseph se va a casar?

-Sí, era mi más grande competencia, no podía creerlo cuando me lo dijeron.

-Ahí tienes un ejemplo de que, hasta los que tienen pésima reputación, encuentran el amor.

Mathias podría decir que había dormido y no había necesitado del alcohol, aun así, sus demonios se presentaron. Luego de despertar, hizo su rutina y bajó a desayunar; los últimos días había desayunado solo, ya que su cuñada seguía enferma, algo que le pareció muy extraño, aunque solía cenar con ella, Sebastián y ocasionalmente con Elizabeth y Eduardo; Anne casi nunca lo hacía, tal parecía que ya no era tan desagradable su presencia ahí. Los últimos días había estado ayudándole a Sebastián y a Eduardo con las cuentas de sus propiedades y debido a esto andaba de muy bien ánimo; recordó lo mucho que le gustaban los números y los libros de cuentas, más cuando encontraba una falta en ello, y lamentó el hecho de que, debido a una desgracia, se había alejado de eso que le apasionaba.

Al llegar al comedor se encontró a Sebastián leyendo el periódico y bebiendo café.

-Buenos días, Sebas, ¿cómo están todos?

-Buenos días, Mati, muy bien y tú.

-Bien, supongo. -Se sentó junto a él y un lacayo sirvió su café.

-Te ves bien; por cierto, esta mañana me llegó una nota de padre.

-¿Sobre mí? -quiso saber.

-Correcto, lady Melissa ha desaparecido y su padre cree que tú la raptaste.

-¡Ese maldito viejo está loco! -exclamó furioso. ¿Podría culparlo de algo más?

-Lo sé, por lo que saldremos a Londres, allá nos reuniremos con padre y luego con el duque; yo seré testigo de que no sabes nada sobre esa muchacha. Porque es así, ¿verdad?

-No, no sé nada de ella y gracias, Sebas, pero no se supone que ese viejo loco no me quería volver a ver.

-Así es, pero al verte ahí tal vez piense diferente de lo que sucedió. Mathias asintió y bebió un sorbo de café.

-¿Cuándo nos vamos?

-En un par de horas, así que desayuna y luego sube a preparar algo de ropa.



-¿Qué sabes de lady Melissa Brogman?

Nataniel servía un par de copas de whisky, le dio una Sebastián y la otra a Mathias; estaban reunidos en el estudio de Whistport Manor, en donde unos días atrás se había reunido con su padre.

-¿Para mí? Pensé que no volvería a tomar alcohol nunca más -dijo sarcástico.

-Tómala y contesta mi pregunta.

Mathias tomó la copa y dio un pequeño sorbo.

-Ya se lo dije a Sebas y te lo repito, no sé nada de ella.

-Los rumores dicen que lady Melissa desapareció unos días después de que te marcharas a Hampshire, el duque cree que huyó contigo.

-Creo que Sebastián te puede responder eso.

-Ya lo sé, es solo que me parece extraño que la muchacha desaparezca después de ser vista contigo y por ello el duque cree que tú tienes algo que ver.

-Padre, conocí a lady Melissa unas semanas antes y esa era la segunda vez que hablaba con ella; sé que mi reputación no es buena, pero créame cuando les digo que yo no tenía nada con la muchacha.

-Cómo se supone que te vamos a creer si no justificas el motivo de que los encontraran a solas en el jardín en una escena comprometedor.

-Ya se lo dije, no lo puedo decir.

-Mathias Beckham, si quieres que salve tu trasero, más te vale hablar -le advirtió en un tono bastante autoritario.

-Solo si prometéis no decirle al duque más de lo necesario.

-No puedo prometerlo, pero sí que haré lo posible.

-Creo que eso me sirve. ¿Recuerdan a mi amigo Jordán Hugh?

-Cómo olvidarlo, si era tu compañero de juerga -afirmó Sebastián.

-Bueno, sí, él conoció a lady Melissa hace unos meses y después de eso se estuvieron viendo ocasionalmente en varios bailes. Se puede decir -titubeó- que se enamoró de la muchacha y, cuando fue a pedir el permiso del duque, este se negó y...

-¡Caramba! Pero qué sucede en Londres; primero Joseph y ahora Jordán... Los cazadores están siendo cazados.

Mathias dibujó una sonrisa tonta en su boca; si lo pensaba bien, hasta él podría ser cazado, aunque su cazadora no lo sabía, aún.

-Sebastián, guarda silencio -exigió el conde- es un asunto serio.

-Lo siento es que...

-A todo hombre le llega su hora. Prosigue, Mathias.

Mathias aprovechó y bebió un sorbo de whisky para proseguir.

-El duque se negó, porque en sus planes estaba comprometer a lady Melissa con el marqués de Bridget, con ese viejo tan desagradable como su reputación. Y así lo hizo días después de la visita de Jordán.

-Pobre muchacha, no puedo ni imaginar lo que sintió; es tan desagradable ese sujeto. -dijo el conde con un gesto de asco.

-Como todo sabemos, el futuro de esa muchacha no era nada agradable y Jordán se atrevió a volver a hablar con el duque; el maldito marqués pagó una fortuna por lady Melissa y el duque no quiso ningún obstáculo en su camino, ya que necesitaba el dinero, así que no solo amenazó a Jordán, sino que intentó asesinarlo; una noche, mientras salíamos de uno de los clubs a los que asistíamos, el tipo confesó tras una paliza que le dimos.

-¿Hace cuánto fue eso? -preguntó el conde, molesto.

-Hace un mes aproximadamente; después de eso, Jordán tomó la decisión de salir de Londres, ya que anteriormente alguien había entrado en su apartamento con el mismo objetivo.

-¿Tú sabes a dónde se fue? -indagó Nataniel.

-No, antes de desaparecer me buscó, me dejó una carta para lady Melissa y me pidió que se la entregara lo más pronto posible; me dijo que se iría de Londres, no por huir del maldito duque, sino porque temía por la vida de lady Melissa; no me dio mucha información, supuse que por si se presentaba esta situación. El día

que me encontraron con lady Melisa, le estaba entregando la carta, le hablé de que Jordán se había ido de Londres y se puso a llorar, yo solo la consolaba.

-¿Sabes qué decía esa carta?

Mathias negó con la cabeza.

-Ella no la leyó ahí y Jordán no me dijo nada al respecto. Supongo que lady Melissa huyó con Jordán.

-Tal y como están las cosas, no hay duda de eso.

La reunión con el duque no fue para nada agradable, aun así, Mathias se sintió más tranquilo por el resultado. El duque se había enfadado cuando Mathias le explicó que él lo único que estaba haciendo era dándole una carta de Jordán a lady Melissa y que no tenía ninguna relación con ella, tal y como se lo había informado anteriormente y, luego de que Nataniel le comentara de los intentos de asesinato, el duque admitió que lo había amenazado de muerte, pero no tenía nada que ver con los intentos, por lo cual la culpa recayó en el marqués, según el duque necesitaba el dinero para saldar algunas deudas, pero, al darse cuenta de las prácticas del marqués, decidió romper el compromiso. El duque le dio una pequeña disculpa a Mathias y le informó que ya no necesitaba esconderse de él, que podía seguir su vida tal y como la tenía. La noticia había sido muy agradable para Mathias, ya que la idea de no ir a Norteamérica lo alivió y por otra parte podía intentar acercarse a Anne.

-¿Qué sucederá ahora con Mathias, padre? -quiso saber Sebastián, por lo que Mathias prestó atención a su padre.

-Creo que ya no es necesario que vaya a Norteamérica, aun así, pienso que no estaría mal que permanezca una temporada en Hampshire; solo míralo, en un par de semanas se ve con un mejor aspecto.

-Admito que le ha sentado muy bien, volvió a los números - comentó con una sonrisa.

-Eso me alegra muchísimo, hijo.

-No es nada, padre, es lo que siempre me gustó.

-Y lo que no has hecho por mucho tiempo -le recordó.

Mathias se encogió de hombros, nadie sabía cuál era el motivo por

lo que no lo había vuelto hacer.

-Sebastián necesitaba ayuda, es todo, y ya que yo podía, ¿por qué no hacerlo?

-¿Estás de acuerdo en permanecer con tu hermano una temporada? -preguntó Nataniel.

Mathias suspiró, en ese momento la imagen de una bella mujer de cabello rubio y ojos grises le llegó a la mente y sonrió, aún no estaba tan seguro de querer estar cerca de ella, aunque por otra parte tal vez Eduardo tenía razón y, si demostraba que podía cambiar, Anne lo aceptaría en algún momento. Aunque ella ahora solo lo evitara.

-Si a mi cuñada no le molesta, no tengo ningún problema, me gustaría seguir en Hampshire con Sebas, me hace sentir útil.

-¿Vas a sacrificar tu vida en Londres y las mujeres? -preguntó Sebastián sorprendido.

-¿Por qué no hacerlo? Mis viejos amigos lo hicieron por una mujer, ¿por qué yo no podría hacerlo por mí? -dijo desinteresado; en realidad, sí había una mujer que lo motivaba.

-Así se habla, muchacho, no sabes lo feliz que me haces. -Nataniel le dio una palmada en la espalda.

-A mí también y no te preocupes por Kathy, ya se le pasará, y por mí, encantado, quién mejor que tú para llevar las cuentas de mis propiedades.

-Gracias por confiar en mí, Sebas. -Debía admitirlo, su hermano era muy bueno y, por más que tratara de discutir con él, Sebastián siempre sabía cómo tratarlo; ahí recordó por qué él era su ejemplo a seguir.

-No tienes por qué, eres mi hermano y te quiero.

-¿Puedo llevar mujeres a tu casa? -preguntó en tono burlón.

-Si quieres que Katherine te mate, hazlo.

Mathias comenzó a reír, su padre y Sebastián lo siguieron.

-No te preocupes, no lo haré, luego buscaré algún lugar.

-Dile a Eduardo, tal vez él te pueda ayudar, ya que conoce muy bien el sitio.

Mathias sonrió, recordó la charla con Eduardo y la forma en la que hablaba de Elizabeth.

-Eso va a estar complicado, Eduardo está enamorado.

-Pensé que eran ilusiones mías, ya veo que no.

-¿Volviste a ser amigo de Eduardo? -quiso saber su padre.

-Algo así, salimos a cabalgar de vez en cuando.

-Eso me alegra, hijo; respecto a tu mensualidad, la volverás a recibir, solo espero que no vuelvas a tus andanzas -le dijo serio, pero con un dejo de burla.

-Gracias, padre, y bueno, lo intentaré.

-Yo trataré de controlarlo y, mientras estés trabajando para mí, que espero que sea por mucho tiempo, vas a recibir un pago.

-No te preocupes, Sebas, e intentaré serte útil por bastante tiempo.

-Lo haces muy bien, Mati, y sería injusto que no lo haga.

Había pasado mucho tiempo que no se había sentido tan bien en compañía de Sebastián o de su padre; debía admitir que tanto su padre como Sebastián no lo habían dejado de querer y, a pesar de ser el segundo hijo, nunca se sintió como tal, ya que ambos siempre lo habían apoyado en todo, hasta que empezó a comportarse de la manera que lo hacía y su padre le dio la espalda, aunque en realidad solo lo hacía para que cambiara, pero lo único que hizo fue sentir resentimiento ante Sebastián, ya que él estaba teniendo mucho éxito y su padre estaba muy orgulloso de eso.

Mathias había sentido envidia de Sebastián cuando este se comprometió con Katherine, no solo tenía una mujer perfecta, sino porque él iba a poder tener todo lo que había perdido, por lo que había cometido la imprudencia de lanzarle un comentario indeseable a Katherine en una de sus visitas a Worcestershire y con ello buscar la mejor excusa para que se mantuvieran alejados de él, por ese motivo, hasta la fecha, apenas había visto a los mellizos; se podía decir que aún no los conocía, solo los había visto a la distancia, así que decidió que ya era el momento. Sí, realmente quería un cambio en su vida; iba a empezar por pedir perdón a Katherine y conocer a sus sobrinos. También se planteó el buscar a Anne y hablar con ella, debía ser sincero y decirle lo que estaba sintiendo, que si bien estaba confundido, sus intenciones con ella no eran carnales, sino sentimentales y le gustaría descubrir qué era lo que ella había despertado en él; esa iba a ser su tarea más difícil, era consciente

de que Anne no lo iba a aceptar a la primera oportunidad, y lo peor del caso es que sentía que no iba a poder resistir las ganas de besarla cuando la tuviera cerca, anhelaba probar nuevamente sus labios.

Esa noche cenó en compañía de su padre y este no dejó de decirle lo feliz que estaba del pequeño cambio que había tenido y que esperaba que siguiera así, como él mismo lo había dicho por él.

El viaje de regreso había sido relajante, habían decidido viajar junto a los Miller, ya que la noche anterior Andrew le comunicó a Sebastián que regresaría a Hampshire. Pasaron a almorzar a una posada camino a Hampshire y Mathias pudo observar bien a lady Bathampton, Clara Miller; descubrió el gran parecido que está tenía con Anne, especialmente en los ojos, aunque los de Anne eran más grandes y esto hacía que su rostro se viera como el de una niña, una niña preciosa. Había cargado al pequeño Miller y se había sentido muy bien, pensó que así sería cargar a sus sobrinos y ansió llegar a Dream House para poder hacerlo, aunque primero lo primero, debía pedirle disculpas a Katherine, no fuera a ser que lo matara por acercarse a los niños sin su autorización.

Llegaron por la tarde a Dream House en donde los Miller los acompañaron, Mathias admiraba la amistad que tenían, no solo la de Sebastián y Andrew, sino también la de sus esposas, al fin y al cabo, por Katherine era que Clara había conocido a Andrew.

Mathias los siguió hasta la terraza en donde estaban las damas de la casa con los niños; ver aquella camaradería cuando se reunieron fue espectacular y deseó en algún momento ser parte de ella, más cuando salió a la terraza y se encontró con Anne ahí; la observó unos minutos y disfrutó al ver esos preciosos ojos mirarlo con curiosidad, luego se sonrojó y bajó la mirada, moría de ganas por acercarse a ella, pero no era el momento, había pensado en buscar un momento indicado en donde estuvieran a solas; eso si no volvía a huir de él. Saludó y luego, con una inclinación de cabeza, entró nuevamente en la casa, no se sentía cómodo, no con la mirada fulminante de su cuñada, solo esperaba poder compartir con ellos eso en algún momento; se dio cuenta de que debido a su actitud había perdido muchas cosas, como el estar en compañía de su

familia o amigos. Solo deseó que sus demonios dejaran de atormentarlo; antes de subir, solicitó un té a la cocinera para la jaqueca y se dirigió hacia su habitación; una buena lectura podría ayudarle a pensar un poco mejor sobre lo que haría en el futuro.

Anne había decidido no acompañar a la familia a Richmond Manor, por lo que decidió ir a buscar un nuevo libro para leer; el anterior ya lo había terminado y perdido el otro día cuando se había encontrado en la biblioteca con Mathias. Aún no había decidido qué podría leer, por lo que pensó en uno de terror para cambiar un poco las novelas románticas que tanto le gustaban, ya había terminado de leer la colección de siete libros de mitología griega y le había parecido muy interesante; algunos muy románticos, otros no tanto, aun así, le habían gustado mucho. Al llegar a la biblioteca recordó que lo más seguro era que Mathias se encontrara ahí con los libros de cuentas, como lo había hecho en los últimos días. Desde que lo había encontrado la otra tarde ahí, solo lo veía salir para el almuerzo y la cena, y cuando iba a cabalgar, que era el único momento que salía de la casa. Observó que la puerta estaba entreabierta y dio un vistazo, se encontró con la silueta de una mujer con uniforme; al observarla bien, vio que se trataba de Lucy, una de las sirvientas que había dicho que estaba dispuesta a meterse en su cama; le entró curiosidad, ya que la postura que tenía no era la misma de siempre. ¿Le estaba coqueteando? Se quedó muy quieta para escuchar la conversación, al fin y al cabo, a ella se le daba muy bien. Y usualmente siempre escuchaba las conversaciones que eran beneficiosas para las demás, como lo que sucedió con su hermana, aunque ese día no la había querido escuchar adrede, ya que se había quedado dormida en uno de los enormes sillones. Se asomó más y vio a Lucy acercarse al escritorio en donde estaba Mathias.

-Milord, pensé que podía querer un poco de té y algún bocadillo. -

Su tono de voz era coqueto.

Observó que Mathias no le prestó atención, tenía la vista clavada en los papeles que estaba estudiando. ¿Llevaba gafas? Hasta ahora lo veía, y qué sexy se veía.

-Gracias, puedes dejarlo ahí y retirarte.

-Sabe, milord, estaba pensando y... -la muy descarada se apoyó en el escritorio- usted no sale de esta biblioteca y creo que está muy solo -dijo en tono seductor.

Mathias levantó la vista de los papeles, se quitó las gafas y la observó interesado. Anne se llevó las manos a la boca, ¿le iba a seguir el juego?

-Cierto, estoy un poco solo -sonrió con coquetería-. ¿Qué propones? Supongo que sé a lo que te refieres.

Anne sintió que le hervía la sangre, por algo era un libertino, pensó en marcharse, pero la curiosidad pudo más y se quedó a ver qué iba a suceder en esa habitación. Al menos, así la mala impresión aclararía sus dudas.

-Bueno, milord, últimamente también me siento un poco sola y puede que nos podamos hacer un poco de compañía, usted ya sabe, un poco de intimidad.

Anne observó a Mathias, este se levantó del sillón y se dirigió hacia Lucy, se detuvo frente a ella y bajó su rostro, parecía que iba a besarla. Anne no pudo evitar la angustia que estaba sintiendo en el estómago. Eso se ganaba por querer observar.

-¿En tu habitación? ¿En tu cama? ¿Eso es lo que quieres decir?

La muchacha se sonrojó y sonrió con coquetería; si se inclinaba, perfectamente podía juntar sus labios con lo de él. Mathias la tomó de la barbilla, ¿podría estar más cerca?

-Sí, milord.

Mathias le regaló su mejor sonrisa y Anne sintió el demonio de los celos apoderarse de ella. Cómo amaba ese hoyuelo y ahora otra era la que lo admiraba.

«¿Qué me está sucediendo?», pensó.

-Te diré una cosa -la hizo que lo viera a los ojos-: en otro momento te estaría desnudando sobre ese escritorio, aprovechando que la casa está a solas, pero no me interesa, -su tono de voz pasó de

seductor a desdeñoso-, así que retírate y no vuelvas a intentar seducirme o me veré obligado a informárselo a lord Sebastián o lord Eduardo y creo que eso no te gustaría.

La muchacha abrió mucho los ojos y se puso muy tensa. Mathias la soltó y volvió a tomar su lugar en el sillón tras el escritorio, se puso nuevamente las gafas y clavó su vista en los papales.

-Ahora retírate, por favor -ordenó en un tono seco y autoritario.

Anne se movió rápidamente y se metió en el salón que estaba junto a la biblioteca, desde ahí observó pasar a Lucy que caminaba muy molesta, roja de vergüenza y de rabia.

No pudo evitar echarse a reír a carcajadas por la forma en la que la había rechazado Mathias, incluso la había amenazado; en ese momento, ella no vio a ese libertino del que todos hablaban, vio a Mathias, el caballero que le gustaba. Pospuso ir a buscar el libro, ese no era el mejor momento, se repuso del ataque de risa y se dirigió a su habitación, tomó su cuaderno de dibujo y se fue a su lugar secreto; hacía unos días no dibuja y en ese momento se encontraba de buen humor para hacerlo.



Mathias estaba entre divertido y enfadado, ya que no era la primera mujer se le insinuaba de forma tan descarada, pero si la primera que rechazaba, y no era porque la muchacha no fuera de su agrado, todo lo contrario, era muy bonita y tenía un cuerpo muy voluptuoso, del cual podía haber disfrutado muy bien, pero no le apetecía. Desde que había conocido a Anne unas semanas atrás en el baile de máscaras, se había sentido desinteresado por las mujeres, aunque no negaba que había disfrutado de unas cuantas antes de llegar a Hampshire y encontrarse con Anne ahí, aunque, si era sincero consigo mismo, debía admitir que con las últimas mujeres con las que estuvo había buscado a Anne, ya que eran rubias y de ojos muy claros, aunque ninguno de esos ojos se parecía a los de Anne; los de ella parecían dos perfectas lunas grises cuando lo observaban.

Luego de que Lucy se marchó, no pudo evitar ponerse a reír; el rostro de la muchacha pasó de la sorpresa a la angustia y luego a la ira; se sirvió la medida de un dedo de whisky y lo bebió, en ese instante se dio cuenta de que estaba asqueado de las mujeres

busconas, fáciles y dispuestas a complacerlo; en general, de todas las mujeres, ya que en ese momento solo le apetecía probar una boca, la inocente boca de aquella muchacha de ojos grises, que estaba por robarle el corazón, su niña, sonrió como bobo al recordarla. ¿Se había enamorado de Anne?

Recordó las palabras de Sebastián y no pudo evitar reír. En ese momento pensó que otro libertino más de Londres sería cazado y lo peor es que su captora todavía no lo sabía, y lo que más le causó ironía es que quería ser cazado por ella.

«Ay, mi dulce Anne -pensó-, me has cazado sin siquiera darte cuenta. ¿Será que podré conquistar tu corazón?».

Tenía que plantearse muy bien cómo hacerlo y sobre todo cómo demostrarle que, por ella, él iba a dejar su pasado y que haría lo que fuera para ser un hombre nuevo, total creía que no le iba a costar mucho; si ya rechazaba mujeres sin tenerla, se imaginó que teniéndola no iba ni a querer observar a otra mujer; tenía el presentimiento de que ella se iba a convertir en su droga, lo supo por las ansias que tenía de probar esos labios. Debía conquistarla, aunque no sabía cómo hacerlo; qué ironía, ya que era un seductor experimentado, pero Anne era diferente a cualquier tipo de mujer que se había llevado a la cama, lo supo desde el primer momento que la vio. Regresó al escritorio y a los libros de cuentas que estaba revisando; cómo había extrañado los números. Se centró nuevamente en ellos, debía pensar cómo ganarse el corazón de Anne, pero de momento no, lo dejaría para meditarlo con la almohada, ya que había encontrado algo muy interesante en uno de los libros.



Anne había disfrutado ver la cara de fastidio de Lucy durante la cena cuando otra de las sirvientas comentó que lord Mathias se veía muy guapo con gafas concentrado en su trabajo, -y qué razón tenía-. Lucy simplemente cambió el tema y la señora Claus muy gustosa lanzó más sal a la herida. Ninguno sabía lo que había sucedido entre Lucy y Mathias por la tarde en la biblioteca, pero Lucy no era del agrado de todos, ya que se creía mucho mejor que los demás, lo que ocasionaba algunas pullas en ocasiones.

-¿Has visto qué apuesto se ve lord Mathias con gafas? ¡Dios!, es todo un adonis -dijo soñadora la muchacha.

-No, no le he prestado atención -contestó Lucy sin interés, centrada en la comida.

-Es tan apuesto; lo que daría por tener un poco de su atención en mí, dicen que es un libertino. ¿Le gustarán las sirvientas?

-No es el único hombre guapo, hay más -replicó Lucy desinteresada.

-Lucy, tú no es que estabas dispuesta a meterlo en tu cama -dijo la señora Claus-. ¿Cómo es que decías? -Se quedó pensativa golpeándose la barbilla con el dedo índice-. Ah, ya recordé: «lord Mathias es tan guapo e irresistible, y con la fama que tiene no creo que se niegue a entrar en mi cama, total soy una belleza de mujer».

La vio enfurecer y hacer un gesto de desagrado, Anne no podía controlar las ganas de reír, se tapó la boca con las manos, debía resistirse.

-Fue solo la impresión del momento, hay hombres mucho más guapos en el pueblo.

Dicho esto, se levantó y se retiró de la cocina. Anne no pudo aguantar más las ganas de reír y explotó a carcajadas; debía admitir que esa tal Lucy siempre presumía que era muy bella e irresistible para los hombres, pero tanto Eduardo como Mathias ya la habían rechazado.

A la mañana siguiente se había levantado de muy buen humor y se había sentido impulsada a tener un encuentro casual con Mathias, tenía ganas de hablar con él y descubrir qué era lo que estaba sintiendo y sabía dónde podía encontrarlo, en la biblioteca.

Por la mañana se demoró un poco más de lo usual preparándose, ya que no decidía qué vestido escoger, todos eran tan sencillos; revisando nuevamente el ropero, encontró uno de los que le había regalado Clara la última vez que visitaron a la modista; era un vestido muy bonito en tono crema muy femenino, con un escote cuadrado, que pronunciaba sus pequeños pechos. Se hizo una trenza floja, omitiendo el tan acostumbrado moño y se observó en el espejo, se sintió extraña, ya que no solía utilizar escotes; de hecho, la mayoría de sus vestidos aún se veían un poco infantiles, aunque

sus amigas insistían en que cambiara el estilo y en ese momento se lo agradeció, principalmente a su hermana, quien había insistido más.

Se llevó una pequeña desilusión mientras estaba en la cocina cuando escuchó decir que Mathias había salido después de tomar su desayuno, cuando una de las muchachas preguntó si podía entrar a hacer el aseo de la biblioteca y ella se cercioró de que realmente estaba ausente al entrar a buscarlo con la excusa de buscar un libro. Sintió que se había esforzado para nada, ya que entre todos sus vestidos había escogido el más bonito y no tenía otro así para otro día. Luego de ayudar a vestir a Elizabeth para su cita con Eduardo, buscó su cuaderno de dibujos y se dirigió a su lugar secreto en el jardín, iría a pensar un poco y a relajarse, así que nada mejor que la soledad del lugar.

Llevaba aproximadamente una hora cuando sintió una reacción en su cuerpo que era nueva para ella y la presencia de alguien; antes de subir la vista, supo quién era al escuchar su voz.

-¡Te encontré!

Aquellas dos palabras hicieron que su corazón se acelerara muy rápido, aquellas dos palabras que recordaba muy bien y que estaban clavadas en su corazón.



Mathias había estado toda la mañana en el muelle de Southampton, ya que Sebastián le había encargado ir a visitar algunos locales que creía que servirían para adaptar una oficina. No había sido tan fácil, ya que las intenciones de Sebastián eran que las oficinas estuvieran muy cerca de los muelles, donde atracaban los barcos, pero era demasiado incómodo, la mayoría de los locales disponibles estaban rodeados por ventas de pescado o bodegas y el olor era muy fuerte y desagradable, por lo cual tuvo que permanecer ahí hasta después del mediodía, cuando encontró una no tan cerca como lo quería Sebastián, pero lo justo y en un lugar muy agradable. Almorzó de camino en una de las posadas que Eduardo le había recomendado y, tal como había dicho, la compañía femenina ahí estaba presente, aunque no era lo que le interesaba, así que disfrutó de un delicioso guiso de verduras y cordero, acompañado de

una cerveza y emprendió su viaje de regreso a Dream House.

A pesar de haber tenido una mañana bastante ajetreada, había disfrutado del paseo en caballo, ya que era un buen ejercicio y el paisaje era excepcional. Cuando llegó a Dream House entregó el caballo a Marcus y se dirigió a la puerta de la cocina para entrar a la casa. Cuando la vio, se veía hermosa con aquel vestido color crema y sin el tan acostumbrado moño; era precisa, la siguió con la vista y la vio internarse en uno de los costados del jardín, llevaba un cuaderno de dibujos en su mano y asumió que iría a dibujar; la siguió a una distancia lo suficientemente prudente para que no se diera cuenta y la vio perderse entre una pared cubierta de maleza, hierba y algunas enredaderas; pensó en seguirla, pero antes debía hablar con Sebastián, ella no se movería de ahí o al menos eso pensaba.

La charla con Sebastián había demorado más de lo que creía; cuando terminó, salió directo al jardín y se topó con aquella pared cubierta de maleza; con una de sus manos tocó hasta encontrar un hueco, que supuso era la entrada; tuvo que agacharse un poco para poder cruzarlo. Al otro lado, se encontró con un jardín no muy grande, rodeado de plantas y ahí estaba Anne, sentada en medio de este, con la mirada fija en su cuaderno mientras dibujaba, ahí rodeada de tanta naturaleza, no le quedó duda de que era un hada; se acercó a ella lentamente, sospechaba que aún no se había dado cuenta de que estaba ahí, ya que no fue hasta que habló que ella subió la vista y sus ojos se abrieron con sorpresa.

-¿Q-que ha-haces aquí? -balbuceó.

-Quería verte y hablar contigo.

-¿CÓ-cómo me encontraste?

-Te lo dije, estamos destinados. -Se encogió de hombros, no iba a decirle que la había seguido.

La vio dibujar una sonrisa con un sonrojo.

-Yo no lo creo así -murmuró.

-Yo sí, también sé que me reconociste apenas me viste y que en este momento estás sintiendo lo mismo que estoy sintiendo yo.

Y realmente esperaba que fuera así, ya que su corazón latía desbocado y una sensación de plenitud había llenado su alma.

-Tendría que saber qué es lo que tú sientes para poder confirmártelo.

-Te lo puedo describir si así lo quieres. -Se sentó junto a ella en el césped-. Espero que no te moleste.

Anne negó con la cabeza.

-Me sorprende que me hayas encontrado aquí; desde que vine por primera vez, encontré este lugar y hasta ahora nadie lo había visto o eso creo.

-Por ello te digo...

-Estamos destinados... -terminó ella.

Mathias sonrió, se veía tan hermosa de cerca y ese sonrojo que quedaba tan bien en su rostro junto a sus diminutas pecas y sus labios. Cómo lo tentaban...

-Sí -aseguró-. ¿Siempre vienes aquí?

-No siempre, normalmente, lo hago cuando quiero dibujar.

Mathias observó el cuaderno de dibujo que tenía en el regazo.

-¿Puedo verlo? -le preguntó señalándole el cuaderno, sentía curiosidad por ver cómo dibujaba; la vio sonrojarse avergonzada, minutos después se lo dio.

Mathias abrió el cuaderno, dentro observó dibujos de paisajes, de algunos lugares en Londres, Hampshire y también algunos retratos, vio al pequeño Miller y dos niños más que asumió que eran sus sobrinos; estaba admirado, Anne tenía un gran talento dibujando. Se detuvo cuando vio el retrato de un hombre joven.

-¿Quién es? -quiso saber, tal parecía que en la vida de ella había alguien. ¿O era algún familiar?

Anne observó el dibujo y luego desvió su vista a un punto fijo en la hierba.

-Es, bueno, era mi novio. -Mathias sintió un dolor en el corazón. ¿Tenía o tiene novio?-. Hace mucho no lo veo -dijo con un hilo de voz.

-¿Le sucedió algo?

Mathias observó nuevamente los dibujos y observó varios retratos del joven.

-No, no lo sé, hace un año viajó a Escocia con su madre, ella volvió meses después, pero él no volvió; antes de irse me prometió casarse

conmigo.

Mathias sentía su pecho estrujado, ella hablaba con tristeza. ¿Estaba enamorada? Siguió pasando los dibujos y lo que vio lo dejó muy sorprendido, era él, era un retrato de él, era su rostro cubierto por el antifaz de aquella noche, la noche en la que la conoció. Subió su vista a Anne, esta aún mantenía la vista fija en algún punto frente ella, como si quisiera entender algo.

-Anne, ¿este soy yo? -bisbiseó.

La vio asentir y siguió pasando dibujos, se encontró algunos otros retratos de él con el antifaz y dos de su rostro descubierto, de hecho, el que había estado haciendo era de él. Eso lo dejó todavía más sorprendido.

-Desde esa noche -la vio inspirar, se estaba preparando para hablar- no dejo de soñar contigo; si lo que dices es cierto, sí, sí lo sentí, lo sentí aquella noche y lo sentí hace unos días cuando llegaste y cuando nos encontramos en la biblioteca. Y es algo que me tiene asustada.

Mathias cerró el cuaderno, lo puso a un lado de él, tomó el rostro de Anne con las manos y la hizo que lo viera a los ojos.

-Y en este momento también lo siento -murmuró.

Mathias no lo pensó más, acercó su rostro al de ella y la besó; un beso suave, lleno de ternura y de anhelo, que Anne no demoró en responder a las suaves caricias de sus labios. Mathias la instó a que los abriera, buscando que ella cediera el permiso; la sintió estremecer cuando se lo dio; profundizó el beso, deleitándose con el dulce sabor de su boca, soltó despacio sus labios y la escuchó suspirar. La observó y estaba sonrojada, con los ojos cerrados; la besó nuevamente, luego la llenó de besos por todo su rostro; se sentía tan bien, tan lleno y tan feliz que no quería alejarse de ella. Anne abrió los ojos luego de sentir la calidez de sus besos y sonrió; se había quedado sin palabras, pero las sensaciones que estaba sintiendo le encantaban.

-No quiero dejar de besarte -susurró Mathias, en tono de súplica.

-No lo hagas -respondió a la vez que acercó sus labios para juntarlos a los de él.

Si eso era un sueño, no quería despertar nunca...

Anne subió los brazos a su cuello y enredó los dedos en su cabello mientras se apoderaba de su boca. Mathias la dejó llevar el control; sus besos eran tan dulces, tan deliciosos; estaba disfrutando del sabor de sus dulces labios cuando ella invadió su boca con la lengua. Mathias tomó el control del beso, el cual se fue haciendo más apasionado; la bajó despacio hasta quedar acostados en el césped, sus manos empezaron a explorar la suave y cálida piel de Anne; empezó por sus mejillas, bajó a su cuello hasta llegar a su pecho, rozó la línea del escote con uno de sus dedos, hasta que descubrió cómo abrirlo y sacar aquellos tan delicados valles; recorrió su cuello con su boca hasta llegar a sus pechos y ahí lamió y succionó uno de ellos hasta que su pezón se endureció; buscó el otro pecho para darle la misma atención; eran tan suaves, tan delicados y tan deliciosos; los palpó, acarició y besó, la escuchó gemir y suspirar. Subió y se apoderó de su boca, bajó una de sus manos y la internó bajo su falda, recorriendo una de sus piernas; cuando sintió la cálida piel de su muslo, se detuvo y sacó la mano, dejó de besarla y la observó: tenía los ojos cerrados, estaba ardiendo de deseo por ella y, por lo que veía, ella no pondría resistencia, pero ella no era igual a todas con las que había estado, ella era su niña, una tan delicada que debía cuidarla hasta de sí mismo. Besó sus pechos, luego se los cubrió y la besó.

-Perdóname, yo...

Anne lo calló con sus labios.

-Yo no te detuve y -titubeó- me ha gustado.

-Mi dulce Anne, no digas eso, haces que... -Anne abrió los ojos y Mathias sonrió, ella tenía una pequeña idea de lo que diría-. Te deseo tanto, mi niña, tanto que quiero fundirme y perderme en tu cuerpo aquí, ahora mismo, pero no es lo correcto, no contigo.

-Yo -murmuró-. ¿Hay algo mal conmigo?

Mathias sonrió, era tan inocente que no entendía que estaba ardiendo por ella, pero que debía contenerse, la besó en los labios.

-No, mi amor, simplemente, que tú no eres como las demás, te lo dije, eres el amor de mi vida, por lo tanto, eres muy especial y eres tan inocente que siento que te voy a hacer daño si te toco.

La vio hacer un mohín y luego sonrió.

-No sé a qué te refieres con que sea inocente, pero no creo que me dañes y aún no creo eso de que soy el amor de tu vida -dijo molesta.

-Ya lo entenderás, mi amor, y créeme lo que siento por ti no lo había sentido nunca.

-Yo..., yo..., tampoco lo había sentido -murmuró- y sigo sin creerte.

-¿No? ¿Ni con tu novio lo habías sentido?

Anne negó con la cabeza.

-A veces creo que solo fue una ilusión -suspiró-. Ahora es diferente.

-Suele pasar, mi niña; sabes, me siento tan feliz, aquí junto a ti, siento que esto es un sueño.

-Yo también me siento así.

-De lo que dije que estamos destinados -titubeó- creí que no te encontraría, había perdido las esperanzas cuando mi padre me envió aquí y vaya, dónde te vine a encontrar.

Anne le regaló una sonrisa.

-Yo también creí que no te volvería a ver; era la primera vez que asistía a un baile; tampoco fue que asistí, solo fui para vigilar a los mellizos que esa noche dormirían ahí, mientras Lizzy asistía.

-Y ahora estás aquí entre mis brazos, me siento tan afortunado. -besó sus labios y luego le acarició la mejilla-. Mi dulce y hermosa Anne.

-Creo que debería volver.

-Supongo que sí, aunque no quiero separarme de ti. -Mathias se incorporó y la ayudó a ponerse de pie-. Me quedaría aquí por toda la

eternidad contigo.

-Mathias, esto..., esto no es correcto.

-¿Qué no es correcto, mi amor? -la besó en los labios.

-Tú y yo, nosotros...

-¿Por qué no lo es? ¿Qué hay de malo?

-Tú -titubeó al ver la cara de Mathias-. Tú eres un libertino que solo se entretiene con las mujeres y, como has dicho, soy inocente y...

Mathias sintió dolor en su pecho, pero sus palabras eran ciertas; hasta el momento, eso era y eso era lo que había hecho.

-Mi niña, no digas más -la interrumpió-. Sé lo que soy y lo que eres, pero también sé lo que siento, y lo que quiero es que seas parte de mi futuro y, si tengo que hacer lo que sea para demostrarte que no quiero ser más ese libertino, lo haré. Anne, lo que siento por ti es especial y, créeme, si solo buscara divertirme contigo, si creyese que eres una más para mí, te hubiese hecho mía aquí mismo. Cosa que no haré hasta que sea el momento indicado, hasta que te demuestre que mis intenciones no son las de llevarte a la cama.

-Mathias, yo..., yo no sé qué pensar... Y si solo es un capricho.

-Cariño, el único capricho es que quiero ser el dueño de tu corazón hasta la eternidad, ya que tú lo eres del mío, así que déjame demostrarte que esto es verdadero, no un simple pasatiempo, permíteme conquistar tu corazón y algún día...

Cerró la boca, sabía lo que deseaba, pero era muy pronto para decirlo.

-Yo...

-Solo dime que sí -la tomó de las mejillas y acercó su boca casi rozándosela, haciendo que lo mirará a los ojos-, dime que me darás una oportunidad.

Anne asintió con la cabeza, no estaba del todo segura, pero quería lo que Mathias le estaba ofreciendo; sabía que era una locura, que podría salir lastimada y que fallaría a una promesa, aun así, sentía algo por Mathias, algo que no había sentido por Paul.

Mathias se apoderó nuevamente de sus labios y solo la soltó cuando sentía que le faltaba el aire.

-Eres tan hermosa, mi niña, que me dejas sin aliento.

-Y tú eres muy apuesto -murmuró.

Mathias sonrió y le besó suavemente los labios. No podía parar de besarla.

-Anne, podrías cenar conmigo esta noche, no a solas, ya sabes, sino que estés presente en la mesa.

-No sé si sea lo correcto, no suelo hacerlo, a menos que Kathy cene también.

-Me gustaría que lo hicieras hoy.

-No..., no prometo nada, pero lo intentaré.

-Gracias, mi niña -le besó la frente-. Volveré a la casa, espera unos minutos para volver, no me gustaría que alguien nos viera e hiciera algún comentario desagradable.

-Descuida, todavía no volveré.

Anne le regaló una sonrisa y él la besó nuevamente, luego salió tras la puerta cubierta de plantas.

Anne se dejó caer en el césped y suspiró, se sentía aturdida y su corazón aún no dejaba de palpar rápidamente; dibujó una gran sonrisa, no había esperado que Mathias la encontrara ahí, justo ahí, en su escondite secreto y el que ahora iba a ser especial. Mathias le había pedido una oportunidad para conquistar su corazón y ella había decidido dársela, solo esperaba no arrepentirse de haber tomado aquella decisión. Permaneció por una hora más ahí, soñando despierta y rememorando cada uno de sus besos y sus caricias.

Mathias regresó a la biblioteca para seguir con el libro de cuentas que había estado estudiando y se encontró con Sebastián, que todavía seguía ahí revisando algunos documentos; recordó que tenía algo muy importante que decirle, lo observó y sonrió.

-Sebastián, tengo algo que mostrarte.

-¿Es algo interesante? -preguntó con mucho expectante.

-Creo que sí -sacó el libro y unos documentos con una sonrisa-. Es sobre las cuentas de la naviera, en este libro encontré algunas faltas de dinero.

Sebastián observó el libro y buscó las fechas.

-Es de hace un año.

Mathias asintió.

-Desde hace más de un año hay faltas, pero, a partir de este, la suma aumentó.

-Me parece interesante, muy interesante, pediré a Andrew que me envíe los demás libros; sospecho que esto tiene algo que ver con la desaparición de Thomas.

Se quedaron algunas horas mientras Mathias le mostraba todo lo que había encontrado en el libro y Sebastián lo observaba con mucha atención, estaba impresionado de la agilidad de su hermano, ya que ni su contador ni el de la naviera habían encontrado aquellos faltantes.

-Sebastián, yo... -titubeó-, me gustaría disculparme con Katherine y acercarme a los mellizos.

-¡Caramba, hombre! -exclamó con una enorme sonrisa-. No sabes lo que me alegra escucharte decir eso; mis hijos te adorarán, eso no lo dudes.

-Lo contrario de tu esposa -dibujó una sonrisa que parecía una mueca.

-Kathy es un poquito complicada, pero créeme que es muy bondadosa y no tardarás en ganártela, solo es cuestión de tiempo.

-Solo me gustaría hacer las cosas más llevaderas mientras estoy aquí -se pasó la mano por el cabello-, al menos durante la cena.

Sebastián le palmeó la espalda.

-Verás que pronto vas a haber deseado no llevarte bien con ella -se echó a reír a carcajadas.

Mathias no esperaba que Anne se presentara para la cena, aun así, estaba entusiasmado por verla otra vez; luego de la charla con su hermano, se había retirado a la habitación y se había perdido en sus pensamientos, rememorando los momentos vividos con Anne en el jardín. Cómo había disfrutado de esos momentos junto a ella, de sus besos y la forma en que suspiraba en sus brazos, cómo deseó hacerla suya, solo suya; cuando lo pensaba, se llenaba de regocijo; ser el primero y el único, era muy posesivo de su parte, pero cómo deseaba que Anne solo fuese suya y poder cuidar de ella.

Al llegar al comedor se lo encontró solo, tomó su lugar como de costumbre y pensó que ninguno se presentaría a cenar; escuchó algunas voces y subió la vista. Katherine entraba en compañía de Anne, ambas tomaron asiento.

-Sebastián llegará en unos momentos, Samantha insiste en llamar

su atención más de la cuenta -le dijo Katherine en un tono seco y sin mirarlo.

-¿Es la niña de papá? -preguntó con una sonrisa.

Katherine subió la vista para prestarle atención, Anne pudo notar la sorpresa de Kathy, ya que Mathias nunca hablaba o mencionaba a sus hijos.

-Algo así, ella es el sueño de Sebastián hecho realidad -respondió restándole importancia.

-Debe de ser muy hermoso obtener lo que se desee o se sueñe -observó a Anne, quien le regaló una sonrisa tímida y un sonrojo-. Y Sebastián realmente se lo merece, ya que él es muy bueno.

Katherine abrió los ojos y por primera vez le regaló una sonrisa, que hablan bien de su esposo siempre le agradaba.

-Katherine, yo... -titubeó, se llevó la mano a la nuca y se frotó, seguido se la llevó al cabello; Anne adoró ese gesto de verlo desordenarlo- quisiera disculparme contigo, nunca debí decirte eso, fue muy deshonesto de mi parte -bisbiseó.

Katherine abrió más los ojos, bebió un sorbo de vino y lo miró fijamente muy sorprendida.

-No, no debiste -aseguró en tono autoritario-, fue demasiado, demasiado... -buscó las palabras para describirlo-. Da igual. -Hizo un gesto con la mano para restarle importancia-. Mathias, sé que nunca nos hemos llevado bien y no solo por eso, sino por diferentes motivos -omitió echarle en cara su reputación-, aun así, pienso que, si vamos a vivir en la misma casa durante una temporada, lo mejor será llevarnos bien, así que -titubeó- olvidaré tu imprudencia.

Mathias asintió dibujando una pequeña sonrisa, eso ya era un comienzo.

-Gracias, Katherine.

Anne, que hasta el momento había estado expectante en la conversación, no solo estaba sorprendida, sino muy feliz; sin saberlo, Mathias se había ganado un trocito de su corazón al verlo buscando el perdón de Katherine y tratar de compensar las cosas. ¿Mathias estaba cambiando? Anne deseó que fuera así, ya que ella estaba sintiendo cosas por él y nada le complacería más que se uniera a su familia, pero sobre todo que dejara de ser una calavera.

Luego de que Sebastián se presentara en el comedor, Katherine le comentó de su reciente conversación con Mathias y que habían hecho las pases. Sebastián se entusiasmó muchísimo y brindó junto a Mathias. Anne no pudo dejar de observar a Mathias, el cual se veía tan guapo y más joven con esa sonrisa en la cara; notó que las facciones en el rostro de Mathias habían cambiado desde que llegó a Dream House, ya que se veía un poco más risueño y sus ambarinos ojos brillaban mucho más.

Mathias no había perdido detalle de Anne durante toda la cena, la había descubierto observándolo discretamente con un sonrojo en sus mejillas, había deseado conversar con ella después de la cena y poder besarla otra vez, poder desearle las buenas noches; solo se fue resignado a su habitación, ya que debía ser discreto, al menos había hecho algo bien esa noche. Luego de pedirle disculpas a Katherine, esta había conversado con él con tanta naturalidad que hasta había olvidado que lo odiaba e insistió en que viera a sus sobrinos, cosa que haría al siguiente día, ya que estaba muy ansioso de conocerlos e interactuar con ellos.



Anne había disfrutado de la compañía de Elizabeth en el desayuno mientras comentaba todo lo que había visto en la feria del pueblo; estaba muy entusiasmo y muy feliz, aunque la visión de la gitana la había asustado, temía que tanta felicidad pudiera acabar de un día para otro, ya que estaba disfrutando tanto de lo que estaba viviendo con Eduardo que había olvidado completamente su pasado y su matrimonio. Anne estaba reflexionando sobre las palabras de Elizabeth y pensó en ella misma. ¿Qué sucedería si Paul regresara para casarse con ella y ella ya estuviera en una relación con Mathias?

Sería cruel para Paul si fuera así, porque él la seguiría queriendo y ella ya le había entregado el corazón a otro hombre.

Meneo la cabeza para sacar esa idea, ya que estaba sintiendo una opresión en el pecho; tal y como le habían dicho, Paul se olvidó de ella, ni siquiera le había enviado una carta; sí, se había olvidado de ella. Esa mañana se quedó en su habitación; luego de la charla con Elizabeth, se sentía algo confundida y triste, ya que no sabía qué era

lo correcto. Escuchó el toque de la puerta y se dirigió hacia ella, al abrir no había nadie, pensó que se habían equivocado, al cerrarla observó una nota en el suelo y la recogió: Me gustaría encontrarme contigo en tu lugar secreto después del almuerzo. Estaré esperándote.

Comprenderé si no llegas.

M. B.

Anne suspiró y releyó nuevamente la nota, Mathias le pedía verla a solas y ella lo deseaba, deseaba volver a ser besada por él y sentirse segura entre sus brazos. No lo pensaría más y, tal como había hecho Elizabeth, descubriría sus sentimientos. Cómo deseaba encontrarse en una relación como la que estaba viviendo Elizabeth con Eduardo, ya que ambos se veían muy felices.

Mathias caminaba de un lado a otro nervioso en el jardín secreto, con una rosa en la mano, que había cortado de camino, pensando en que sería un bonito detalle para Anne, y era la primera vez que regalaba una; se sentía como un colegial tratando de conquistar a su primer amor. Había pensado en llevarla a dar un paseo para pasar más tiempo con ella, pero tuvo que descartarlo.

Cuando Eduardo le comentó de su salida con Elizabeth, por su mente pasó la imagen de ambos juntos y de lo feliz que se vería Anne, pero apenas se estaba llevando bien con su cuñada, y llevarse de paseo a Anne podría arruinar las cosas, ya que pensaría que solo intentaría seducirla, así que pensó que de momento lo mejor sería verse a solas con ella unas horas al día en el jardín secreto; ahí podría robarle algunos besos y podía conversar con ella sin ninguna interrupción. Sintió su corazón acelerarse más y esta vez no por lo nervios, no necesitaba observar para saber que Anne había llegado; se veía tan radiante y tan hermosa, con uno de sus vestidos sencillos en color melocotón que solía utilizar; nuevamente había omitido el moño, utilizando una trenza floja, que los rayos de sol hacían resaltar sus hilos dorados y aquellos ojos tan hermosos que lo hacían suspirar. Anne se acercó a él con una enorme sonrisa y Mathias no lo pensó dos veces cuando la atrajo hacia él y se apoderó de sus labios, beso que ella no había dudado en responder de la misma forma que él la besaba.

-Yo..., yo..., lo siento..., pero no pude resistirme. -le dio la rosa.

Anne tomó la rosa con una sonrisa y la llevó a su nariz.

-Yo también quería que me besaras -dijo con un sonrojo en las

mejillas y con un tono de voz muy suave.

-Oh, mi dulce Anne.

Se apoderó de sus labios, hasta que quedaron sin aliento. Cómo disfrutaba de sus suspiros cuando dejaba de besarla.

-Pensé que no vendrías. -Le acarició la mejilla con el pulgar.

-También lo pensé, pero quería estar a contigo; demoré porque estaba ayudando a Lizzy con los mellizos.

-¿Son tan revoltosos como dicen? -preguntó con una sonrisa y con un brillo de curiosidad en los ojos.

Anne sonrió, definitivamente, cada día lo veía más feliz.

-Samantha sí, se parece en todo a Kathy; Santiago es más tranquilo, pero en cuestión de Elizabeth quiere llamar siempre su atención y que solo ella lo atienda.

-Bueno es un Beckham, así que no querrá pasar desapercibido por una dama -sonrió -es de familia supongo- dijo encogiéndose de hombros.

-¿Lo dices por ti o por Sebastián? -lo observó con una ceja enmarcada.

Mathias soltó una carcajada.

-Lo digo por todos, a Sebastián siempre le ha gustado resaltar y creo que buscó la forma de ganar la atención de Katherine para conquistarla, y yo -se quedó en silencio unos minutos- he llamado la atención de las damas -farfulló.

Anne llevó su mano a la mejilla de Mathias y la acarició.

-También intentaste llamar mi atención y me alegro por eso, aunque admito que al principio me resultó extraño.

Mathias disfrutó de su caricia, hacía mucho tiempo no sentía caricias tan sinceras como esa.

-Contigo fue diferente, en ese momento no buscaba llamar la atención de ninguna dama.

Y así había sido, había ido al baile por dos motivos: uno, encontrar a lady Melissa y otro, para ver a la prometida de Joseph, que tanta curiosidad le daba en ese momento y saber quién había cazado a su competencia.

-Yo ni siquiera quería asistir, si bajé fue para buscar a Elizabeth.

-Y gracias a ello te encontré, bendita Elizabeth.

Anne sonrió, llevó su mano a la frente de Mathias y le quitó un mechón de cabello, era tan común verle con el cabello revuelto.

-En realidad fue por Samantha; por cierto, sabias que a Lizzy la apodaron Ángel por cómo se ganó a tus sobrinos. Bueno, y por aparecer cuando Kathy más la necesitaba.

-Algo así escuché, es común escuchar a Eduardo llamarla así.

-¿Te llevas bien con él? -Anne sintió mucha curiosidad, ya que hasta el momento no los había visto juntos.

-Si, fuimos amigos desde niños y, bueno, recientemente hemos intentado volver a serlo.

-Creo que estás tratando de hacer las cosas bien, digo, de cambiar tu estilo de vida, aunque no sé cómo era antes.

Mathias se sentó y la atrajo hacia él para sentarla en su regazo; la sintió ponerse tensa, se dio cuenta de que no estaba acostumbrada a esas muestras de afecto. La besó en la frente y apoyó la cabeza de ella en su hombro.

-Cuando mi padre me obligó a venir aquí, me dijo que hiciera un cambio en mi vida y realmente me lo planteé así; debo admitir que parte de ello fuiste tú la que me motivó, ya que quiero ser mejor persona para poder ganarme tu corazón.

La escuchó suspirar. Anne no había esperado poder ser un motivo importante para su cambio.

-Yo..., yo no sé qué decir... -Se acurrucó más en su pecho-. Esta mañana estaba pensando qué sucedería con Paul si regresara -dijo con un hilo de voz.

Mathias tomó su mentón para que lo viera a los ojos, sintió cómo su corazón se encogió cuando los vio tristes.

-¿Lo amas?

Anne negó con la cabeza.

-No, creo que no, realmente no estoy segura de si alguna vez lo hice. -La vio jugar con la rosa-. Lo vi por primera vez cuando tenía trece años y desde entonces me gustó, siempre acompañaba a mi madre a la carnicería para verlo y una de las tantas veces me sonrió. Hace dos años una de mis amigas le dijo que yo me sentía atraída por él y desde ese momento empezamos a hablar; descubrí que yo le había gustado desde hacía mucho, pero él creía que yo era más

niña. Empezamos una relación y algunos meses después pidió permiso a mi padre para visitarme.

-Entonces, ¿tus padres dieron su aprobación?

-Sí, con la condición de no hacer nada indecoroso conmigo, y así fue, ya que ni siquiera me había besado como tú lo hiciste -farfulló.

Mathias dibujó una sonrisa tonta, sabía que había sido el primero en robarle un beso así.

-¿Él tenía tu edad? -Sentía mucha curiosidad por saber quién era el tal Paul, en los dibujos de Anne no podía definir su edad.

-No, es cuatro años mayor. Una de mis amigas me dijo que seguro allá había encontrado a una mujer -titubeó- que sí se dejara besar los pechos, ya que yo no quise y hacer algo más.

Mathias no pudo evitar reír. ¿Qué tan inocente era su niña?

-Preciosa, me puedes explicar eso que acabas de decir de besar los pechos -dijo jocoso.

La vio ponerse escarlata y le dio un beso en la frente, le gustaba su sinceridad y ella a veces no se daba cuenta de que no era discreta en algunas cosas que decía.

-Lucrecia decía que para tener contento a un hombre había que hacer ciertas cosas y dejar que me besara los pechos era una de ellas, por eso ella dejaba que su novio lo hiciera, aunque ella ya no era virgen -dijo lo último en un susurro.

-Oh, mi dulce Anne, puede que tenga razón, pero es un poco tonto.

-La realidad era que, si ya había hecho eso, y más con muchas mujeres, no por eso seguía con ellas.

-¡Ah, sí! -Abrió muchos los ojos llenos de curiosidad y Mathias lo adoró.

-Yo estoy feliz contigo solo con tenerte aquí junto a mí. -Aunque, si era sincero, ya le había besado los pechos, como decía ella.

-¿Sí? -bajó la mirada- ¿A... a ti te gustaría hacerlo?

Mathias le levantó el rostro para que lo viera a los ojos.

-¿Qué cosa, mi niña?

-Ya sabes -la vio titubear- ¿besarme los pechos? -balbuceó.

Mathias dibujó una sonrisa muy coqueta en donde se marcaba el hoyuelo.

-Mi vida, eso ya lo hice el otro día y claro que me encantaría volver

a hacerlo, pero no es lo que busco de ti, solo quiero tu compañía y tus besos. -Verla tan sorprendida como estaba hacía que se le hinchara el corazón de ternura-. Anne, ¿qué edad tienes?

Hasta el momento no se había puesto a pensar en eso, debido a que, con el vestido que usaba en el baile, no le daba la apariencia de niña con la que usualmente se veía; si no hubiera sido por sus ojos y por la sensación que recorría su cuerpo cada vez que la tenía cerca, hubiera jurado que no eran la misma mujer.

-Di-diecisiete... -temió decirle su edad, ya que pensaba que podía cambiar las cosas.

-Aún eres una niña. -La besó en la frente-. Mi niña, y prometo que cuidaré de ti.

-Mathias, tú..., tú... -Guardó silencio.

-¿Yo qué, cariño? -La sintió dudar en lo que iba a preguntar.

-¿Tú estarás con otra mujer porque yo soy una niña y no puedo hacer lo que hacen ellas?

-Demonios no, mi amor -farfulló-, solo quiero estar contigo y, cuando llegue el momento indicado, te enseñaré todo lo que sé y te llevaré de la mano en el camino de la pasión. Contigo no voy a necesitar a otra mujer, ya que puedo estar seguro de que serás mejor que mil mujeres juntas.

La vio sonreír y la besó, la besó con pasión, de la misma forma que ella respondió; sus manos recorrieron su cuello con suaves roces y bajaron a su pecho, no pudo evitar palparlos y acunarlos con sus manos, su tamaño era tan perfecto para él; buscó la forma de abrir su escote y no demoró en hacerlo, jugó con uno ellos hasta endurecer el suave botón, bajó su boca hasta él, lo lamió y succionó hasta que la escuchó gemir; atendió el otro pecho de la misma forma y luego volvió a su boca; sus pechos eran tan dulces y en ese momento eran solo suyos. Agradeció que no hubiera hecho caso a su amiga, ya que había sido el primero en saborearlos; se sentía tan posesivo con ella, Anne ya era suya, aunque tuviera que apostar toda su fortuna por ganar su corazón y su amor. Ella iba a ser solo suya por el resto de su vida.

Luego de que Anne se despidiera de él en el jardín secreto, esperó unos minutos y regresó a la casa; de camino se había encontrado a

la misma sirvienta que se le había insinuado días atrás y esta lo ignoró levantado la barbilla. Mathias no pudo evitar reír cuando esta se alejó. Si así reaccionaba por un rechazo, ¿cómo hubiera reaccionado si la hubiera metido en la cama? No quiso ni pensarlo, subió las escaleras para ir a su habitación y recordó a sus sobrinos, pensó que ese sería un buen momento para ir a verlos, Anne le había dicho que los más seguro estarían en el jardín y ahí fue donde los encontró. Katherine estaba sentada en una silla con una sonrisa tonta admirándolos mientras que Elizabeth y Anne estaban junto a ellos en el césped; tal y como había dicho, Santiago intentaba llamar la atención de Elizabeth mientras ella observaba la manita a Samantha.

-Disculpen, damas, espero no molestar.

Todas desviaron su atención hacia él y notó el sonrojo de Anne, que la hacía ver tan adorable.

-Descuida, Mathias, no lo haces -dijo Katherine, restándole importancia.

-Quería... -Llevó su mano a la nuca y se la frotó- ¿Puedo acercarme a los niños?

Katherine lo observó seria, pensó que se iba a negar.

-Te dije que podías hacerlo cuando quisieras -sonrió-. Ve, son tus sobrinos.

Mathias le regaló una sonrisa y se acercó a Elizabeth, se puso en cuclillas frente a Samantha y llamó su atención dándole un toquecito en el hombro, la niña que se había volteado y hasta el momento no había perdido detalle de él, le sonrió y se acercó lanzándosele en brazos. Mathias cayó sentado con la niña.

-Sospecho que Sebastián va a tener que controlar a esta niña cuando sea grande, si se va a lanzar así a todos los hombres -bromeó.

-No creo que Sebastián la deje acercarse a ningún muchacho hasta que tenga cincuenta años -aseguró Katherine.

Mathias empezó a reír a carcajadas mientras disfrutaba del abrazo de su sobrina, tenía un aroma a bebé tan agradable que lo hacía sentir paz.

-No tengo dudas de ello, Sebas suele ser muy sobreprotector -

confirmó.

-Samy, suelta a tu tío -dijo Elizabeth y la niña se movió y lo observó con curiosidad.

-Déjala, se siente bien -replicó Mathias con una sonrisa.

-Traeré un poco de té y la señora Claus me dijo que estaba horneando unas galletas -Anne se levantó y le regaló una radiante sonrisa, que él guardó en su corazón.

-Si quedó pastel de calabaza, traerme un poco, Anne -pidió Katherine y Anne la observó con curiosidad, ya que nunca le había gustado.

Mathias la observó retirarse y volvió a centrar su atención en sus sobrinos, se sentó con Samantha en su regazo, que seguía estudiándolo con la mirada, llevó su manita a su rostro y balbuceó.

-¿¡Papi!?

-No, pequeña, es tío -dijo Katherine con una sonrisa.

-¿Ío? -repitió la niña.

-Supongo que nota el parecido de Sebastián -dijo Katherine-, aunque a Eduardo también le decía papi.

-Hola, pequeña Sam, soy tu tío Mathias.

-Ío -chilló con una sonrisa. Mathias notó el hoyuelo que se le marcaba a la niña en la mejilla izquierda, el mismo que tenía él y había heredado a su madre.

-Vaya, sí tiene algo de los Beckham. -Le hizo cosquillas cuando le acarició la mejilla, ya que la niña soltó unas carcajadas.

-Lo único que heredó y no lo tiene Sebastián -se burló Katherine.

-Es como una copia miniatura tuya y esos ojos, debo admitir que son hermosos.

Katherine rio y en ese momento la niña centró su atención en una ardilla que estaba bajando de un árbol y se puso de pie, Mathias intentó llamar la atención de Santiago, que estaba en el regazo de Elizabeth observándolo.

-A ver, mi pequeño caballero, saluda a tu tío -anunció Elizabeth, y Santiago fijó la mirada en Mathias.

-¡Demonio! Es idéntico a Sebastián.

-Sebastián dice que es idéntico a ti cuando eras un niño -replicó Katherine.

-No te podría confirmar eso, pero algo es seguro: sus ojos sí son los de Sebastián.

Mathias rio y Santiago se acercó a él, lo examinó de la misma forma que lo hizo Samantha y luego se volvió para ver a Elizabeth.

-¿Ío?

-Si, tío Mathias -afirmó Elizabeth y el niño volvió a centrar su atención en Mathias.

-Atias ío.

Sonrió enseñándole los dientecitos del frente, luego volvió a los brazos de Elizabeth.

-Sospecho que Eduardo tiene una dura competencia aquí.

En ese momento Sebastián entraba junto a Eduardo y este sonrió.

-Por algo no me acerco a Elizabeth cuando esta junto a él, suelo terminar golpeado.

Todos rieron y Anne entró tras ellos con una bandeja llenas galletas y pastel, tras de ella, Lucy con el servicio de té; Mathias no pudo pasar desapercibida la mirada llena de odio que Lucy enviaba a Anne.

8

Mathias nunca había sentido tanta dicha y felicidad.

Debido a su reciente reconciliación con Katherine, la relación entre él y ella había crecido tanto que Katherine ya se atrevía a hacerle bromas y, después de ese primer encuentro con sus sobrinos, pasaba mucho más tiempo con ellos. Cómo adoraba a esos pequeños, pero lo que más feliz lo hacía era que Anne, de alguna manera, lo estaba aceptando y le estaba dando esa oportunidad que él le había pedido y sentía que necesitaba, ya que se reunían todas las tardes en el jardín secreto y la noche anterior se atrevió a tocarle la puerta para darle un beso de buenas noches; se sentía tan feliz, aunque en Dream House no todo era felicidad y ahí estaba una de las más afectadas, Elizabeth, quien, después de que Eduardo se enterara de que estaba casada, había desaparecido, dejando a Elizabeth desesperada y con el corazón roto.

-Hola, hermosa Beth.

Elizabeth se limpió las mejillas y bajó la vista del cielo.

-Hola, Mathias.

-¿Cómo te encuentras? -Sabía que estaba destrozada y cómo le dolía verla así.

-Supongo que bien -dijo con tristeza.

-No te ves bien.

-Lo sé, pero soy la causante de lo que sucedió, así que no debería quejarme.

-En parte sí -se sentó junto a ella-. Pero Eduardo al menos debió esperar una explicación, ¿no?

-Entiéndelo, está muy molesto, no debió enterarse de esa forma.

Debía decírselo yo.

-Lo sé, pero cuál es tu versión, ya que, si estás aquí intentando tener una nueva oportunidad con otro, no creo que sea porque tu matrimonio era perfecto o porque eras muy feliz en él.

-Ni siquiera sé si era un verdadero matrimonio -dijo con un dejo de rabia.

-Sé que no soy tu amigo ni nada parecido, pero, si quieres contármelo, estaré más que encantado de escucharte.

-Me haría bien tener con quién hablar, es algo que nadie sabe. Y no soy capaz de contárselo ni siquiera a Anne, que se ha convertido en mi mejor amiga y ha estado consolándome.

Elizabeth subió la mirada nuevamente al cielo para observar las estrellas, Mathias percibió que nuevas lágrimas salían de los ojos de Elizabeth; asumió que no hablaría, pero no fue así, Elizabeth se sinceró y habló de su matrimonio, de su noche de bodas; en ese momento Mathias maldijo y deseó matar al bastardo luego de cómo la había abandonado y del porqué y cómo había empezado una relación con Eduardo.

Mathias la consoló y la abrazó hasta que se tranquilizó, no podía creer todo lo que había sufrido la pobre muchacha y aun así estaba ahí pidiéndole una oportunidad al destino para poder ser feliz con el hombre que amaba. Con la idea de buscar a Eduardo a la mañana siguiente se metió a la cama, no sabía qué era lo que tenía Elizabeth y por qué le había tomado tanto cariño, ya que para él era como una hermana y ella merecía ser feliz y que alguien matara al bastardo de su marido si es que este seguía vivo.



Anne se sentía mal por ver a su amiga sufriendo y ese había sido el motivo por el cual no le había dicho a Elizabeth que mantenía una relación con Mathias, ya que en ese momento solo quería consolarla y hacer que se sintiera bien. Luego de que Anne ayudara a Elizabeth a acostar a los mellizos, ambas bajaron a la terraza. Katherine se había sentido mal desde la desaparición de Eduardo y estaba en su habitación, por lo cual estaban solo ellas dos. Anne le había rogado a Elizabeth que no se encerrara en su habitación, ya que Elizabeth había estado llorando y Anne no encontraba las palabras para

consolarla y eso es lo que estaba haciendo en ese momento, ya que, por más que ella le decía que Eduardo la iba a perdonar, Elizabeth no hacía más que llorar, culpándose de su desgracia.

-Lizzy, por favor, ya no llores más -le suplicó.

-Es que fui una tonta. Debí decirle antes.

Anne le frotó la espalda mientras Elizabeth bebía un sorbo de agua.

-Es solo una prueba, ya verás que pronto se solucionará.

-Anne, Eduardo me odia, se ha ido, y no sé si volverá, todo por mi culpa.

-Lizzy...

La voz de Lucy la interrumpió. Lucy salió en ese momento llevando unas sábanas en las manos y les lanzó una mirada desdeñosa.

-Anne, lady Katherine ha pedido que le llevaran un té.

-Podrías llevárselo o pedirle a alguna de las muchachas que se lo lleven, por favor.

-¡No! -dijo con autoridad-. Llévalo tú, para eso eres su criada -exigió con desprecio.

-¿Qué acabas de decir? -preguntó muy sorprendida, ya que las demás empleadas siempre la trataban con respeto.

-Lo que escuchaste, mosquita muerta, tú eres su criada y tú te haces cargo de tu señora -su tono era cada vez más alto y desdeñoso.

-Lucy, podrías no hablarle así a Anne -le pidió Elizabeth.

-Y tú mejor ni opines, niñera. -Lanzó las cobijas al suelo y la apuntó con el dedo-. No sé qué se creen vosotras dos, que por ser las protegidas de milady pueden estar perdiendo el tiempo con sus bobadas.

-No son bobadas y no somos ningunas protegidas -afirmó Anne, ya se estaba poniendo furiosa.

-¿¡Ah, no!? -alzo más la voz- ¡Claro que lo son! y no solo eso, ya que también son las amantes de los señores; tú ahí supuestamente estás sufriendo porque lord Eduardo te abandonó, bien merecido te lo tienes por buscona y tú no dudes que en cualquier momento lord Mathias te abandonará también; sois un par de estúpidas que no se dan cuenta de que los señores solo quieren meterlas en la cama y cuando se aburran las dejen como lo hizo con ella -apuntó

nuevamente a Elizabeth.

-Calla esa maldita boca y lárgate, Lucy -exigió Anne al ver a Elizabeth sollozar.

-Te duele que te diga la verdad, pues ahí la tienes: lord Eduardo y lord Mathias se acostaron conmi...

No terminó de hablar, ya que Anne se había levantado y llegó hasta donde estaba ella y la abofeteó.

En ese momento Sebastián salió y vio la escena.

-¿Qué demonios sucede aquí? Puedo escuchar sus gritos desde adentro.

Ambas guardaron silencio retándose con la mirada. Anne estaba muy molesta y deseaba agarrar de los pelos a Lucy.

-Ambas a la biblioteca ¡ahora! -exigió Sebastián y entró a la casa.

Andrew, que había llegado junto a Sebastián, se quedó con Elizabeth, asegurándole a Anne que estaría bien.

Anne entró a la biblioteca seguida de una muy colorada y furiosa Lucy frotándose la mejilla.

-Me van a explicar a qué se debe esa escena que vi y la discusión.

-Está claro, la muchacha *esta* me golpeó -escupió las palabras con desprecio.

-Eso lo vio muy bien, quiero saber el motivo.

-Dile, dile que me golpeaste porque te dije que serías una más que le calienta la cama de lord Mathias -chilló Lucy.

-Te golpeé porque eres una maldita culebra venenosa, que solo llegó a destilarle veneno a Elizabeth y de paso a mí, cuando te pedí un favor.

-Sabes que -la amenazó con el dedo- estoy cansada de que por ser las protegidas...

Sebastián, que hasta el momento no había entendido bien, la hizo callar.

-¿Quién se acuesta con lord Mathias?

-¡*Esta*! -exclamó Lucy con cara de asco sin dejar de señalarla. Sebastián frunció el ceño.

-Mira, Lucy, no sé nada sobre ti y hasta el momento creo que has trabajado muy bien, así que controla tu tono de voz, vuelve a tus labores, hablaremos más tarde.

Lucy salió lanzando humo por las orejas y pataleando, tal parecía que hasta el momento no se había dado cuenta de que podía perder el empleo. Sebastián se quedó con Anne, se sentó sobre el escritorio y observó a Anne muy serio.

-Me puedes explicar qué es lo que anda diciendo esa muchacha.

-Sebastián, yo... -Bajó la mirada.

-¿Tienes algún tipo de relación con mi hermano?

Guardó silencio por unos minutos, no sabía cómo decirle; sabía que de cierta forma había hecho algo indebido y abusado de su confianza.

-Sí -susurró, con la mirada baja.

Sebastián caminó hasta ella, llevó la mano a su barbilla y la hizo que lo viera a los ojos; eran tan idénticos, pero tan diferentes a los de Mathias, ya que su ámbar iba mezclado con verde.

-¿Te estás acostando con Mathias?

Anne negó rápidamente con la cabeza.

-No, solo hablamos y... y... nos besamos -farfulló-. Más de eso no ha pasado nada.

-¿Desde cuándo?

-Hace una semana más o menos. -Sentía la mirada penetrante de Sebastián, este se llevó la mano al cabello, mientras empezaba a caminar de un lado a otro frente a ella.

-¿Te ha propuesto algo más, además de un beso?

-No, Sebastián, yo...

-Anne, sí sabes que Mathias es un libertino que se mete en la cama de cualquiera que se levante las faldas para él.

-Lo sé y me prometió que cambiaría. -Y quería creer en su promesa.

-¿Y tú le creíste?

Se detuvo frente a ella y Anne le sostuvo la mirada, no quería que Sebastián notara su duda.

-Sí, él dice que lo que siente por mí es diferente y...

-Anne, no digo que mi hermano sea malo, simplemente que no confío en él ni quiero que te haga daño, así que si eres sensata aléjate de él; hoy puede decirte que está enamorado de ti, pero mañana puede venir otra dama que le resulte más interesante y se

olvida de ti.

Abrió mucho los ojos, sabía a lo que se refería Sebastián, pero había confiado en Mathias y le quería creer, necesitaba creerle.

-¿Puedo retirarme?

Sentía que ya no quería ni podía escuchar más.

-Ve, Anne, y piensa lo que haces, no quiero que salgas lastimada y que Katherine cometa un homicidio.

Anne salió de la biblioteca y se dirigió a su habitación, de camino analizó cada una de las palabras y recordó lo que le había dicho Lucy. ¿Sería verdad que se acostaron? ella había visto cómo Mathias la había rechazado y ¿si después Mathias la buscó? En algo tenían razón, la diversión de Mathias era estar con una mujer en la cama y ella hasta el momento no lo había hecho, así que quién le aseguraba que Mathias no lo hiciera con otra mujer y que esa mujer fuera Lucy. Se dejó caer en la cama y empezó a llorar.



-¿Dónde estabas?

Mathias se sorprendió al entrar en la biblioteca y ser recibido por la pregunta de Sebastián, tenía el ceño fruncido y se notaba muy molesto.

-Fui a buscar a Eduardo, los seguí y...

-Siéntate, tenemos que hablar -lo interrumpió. Mathias tenía el presentimiento de que algo malo había pasado.

-¿Es sobre las cuentas?

-No, es sobre Anne.

Mathias sintió un hueco en el estómago, lo primero que pensó era que le había pasado algo, luego recordó que nadie sabía de su relación con ella, o que ella le importaba.

-¿Qué sucede con ella? -dijo desinteresado, tratando de ocultar su curiosidad.

-Me enteré de la relación que mantienen.

-Sebastián, yo...

Sebastián levantó la mano para que callara.

-Mathias, no me interesa si andas haciendo de las tuyas con las mujeres que quieras, pero creo que te advertí que no las molestaras, especialmente a Anne y a Elizabeth, y ahora me entero de que

mantienes una relación con Anne, que no ves que es una niña.

-No es una niña, maldición -exclamó furioso, aunque tenía razón-. Y mis intenciones con ella son verdaderas; yo...

-Es casi una niña y explícame qué intenciones tienes con ella.

-La amo, Sebastián, estoy enamorado de esa niña, como dices, y mis intenciones son honorables con ella.

Sebastián abrió muchos los ojos por la sorpresa, jamás esperó escuchar esas palabras de su hermano; ¿enamorado? Sería eso posible, no lo dudó, no obstante, no podía confiar en él.

-¿Estás seguro de eso?

-Estoy más que seguro -afirmó con vehemencia.

-¿No es solo una ilusión por tu abstinencia o un capricho...?

-No, te juro por lo más sagrado que la amo y no es un juego, una ilusión o un capricho, es real -afirmó- ¿No crees que si no fuera así ya la hubiera metido en mi cama?

Sebastián lo meditó unos minutos, si lo pensaba Anne sería una mujer fácil de influenciar, y Mathias tenía las palabras suficientes para seducirla, además, le daba el beneficio de la duda, ya que quería creer que realmente estuviera enamorado.

-En eso tienes razón, pero, si fuese así, le advertí que se alejara de ti, y bueno, creo que Lucy hizo gran parte del trabajo con lo que dijo a las muchachas.

-¿Qué sucede con esa tal Lucy?

-Les dijo que se había acostado contigo y que Anne solo era para ti una diversión.

-¡Maldita mujer! -rugió molesto-. Sebastián, esa mujer hace unas semanas se me insinuó aquí, en la biblioteca y la rechacé, tal parece que no se tomó bien lo del rechazo.

-Al parecer no, y la tomó contra las muchachas, ya que también lo hizo con Elizabeth.

-¡Maldita arpía! -Con lo que estaba sufriendo Elizabeth, para que esa mujer viniera a destilar veneno contra ella, pensó Mathias

-Mathias, si tus intenciones con Anne son honorables, como dices, yo te apoyo, hablaré con ella...

-Descuida, Sebastián, yo le pedí a Anne que me dejara ganar su corazón; lucharé por ganarme su amor y su confianza y si esto es

solo una prueba estoy encantado de cumplirla.

-Ese es mi hermano, el que siempre lucha por lo que quiere.

Anne no se había vuelto a reunir con él y cómo lo estaba torturando, la extrañaba y mucho. Desde aquella tarde del incidente con Lucy, Mathias apenas si había visto a Anne, ya que ella había estado evitándolo y, con el reciente accidente de Eduardo, Sebastián había dado la noticia de que Katherine estaba embarazada, después de que había sufrido un ataque de nervios y Anne pasaba mucho tiempo con ella; lo único que le agradecía a todo eso era que su amistad con Elizabeth había crecido, esa mujer era excepcional y Eduardo era un estúpido por no querer escucharla; estaban tan ansiosos como todos para que se reconciliaran y si él tenía que ayudar lo haría y ese había sido el motivo por el cual se encontraba haciendo guardia en la puerta de la habitación de Eduardo, después de convencer a Elizabeth de enfrentarlo de una vez. Llevaba casi veinte minutos caminando de un lado hacia otro y ya su paciencia estaba agotada, lo bueno era que todavía no había escuchado nada fuera de lo normal. ¿Se habrán matado o reconciliado ya? Subió la vista y vio a Anne, que se acercaba, lo observó suspicaz con una ceja arqueada.

-¿Qué haces aquí? -preguntó con un tono tan seco que sintió dolor en el pecho.

-Eem... yo...

-¿Lizzy está adentro? -indagó con curiosidad observando la puerta como si pudiera ver a través de ella.

Asintió entusiasmado, Anne le estaba hablando después de muchos días.

-¿Hace mucho?

-Unos veinte minutos, ¿vas a ver a los mellizos?

Anne se quedó pensativa unos segundos y luego sonrió.

-Sí, revisaré si ya despertaron y tú -se quedó pensativa- creo que nada deberías estar haciendo ahí de guardián, supongo que ya lo que sea que esperabas sucedió.

-¿Puedo a-acompañarte? -preguntó con timidez, no solo quería un tiempo con ella, con sus sobrinos también.

Anne lo observó por unos segundos y luego asintió, era su tío y ella también moría por estar junto a él.

-Les iría bien estar un tiempo con su tío, Santi ha estado un poco decaído desde que Elizabeth está triste.

-Ese niño adora a Beth, es lo más normal.

-Sí mucho, lo vi limpiando las lágrimas de Lizzy una tarde de estas.

-Oh, mi pobre niño -dijo Mathias con pesar.

-Si sigue así y lo educan bien, será tan buen hombre como su padre.

Entraron en la habitación de los niños, Mathias se acercó a la cuna para observarlos, ambos estaban dormidos.

-Al parecer sí le sacó algo más a Sebastián.

Anne se acercó a él, que estaba viendo a Samy dormir.

-Está sonriendo.

-Sí y tiene esa sonrisa burlona de Sebastián.

-Es curioso ver cómo son tan distintos, pero a la vez tan parecidos en esos pequeños detalles.

-Cierto, solo mira a tu sobrino, tiene los ojos de tu hermana, tus ojos, pero es tan parecido a su padre.

Anne sonrió.

-Mi sobrino tiene el mismo carácter de mi hermana, es muy tranquilo.

-Me encantaría que mi hijo lleve tus ojos, Anne -le dijo con ternura y mirada soñadora; en algún punto de las últimas palabras se había imaginado un hijo suyo con los grandes ojos de Anne.

-Mathias, yo... yo... no sé qué decir... -susurró, de alguna forma esa confesión le dio ilusión.

-Solo dime que sí, Anne, quiero que tú seas la madre de mis hijos, sé que es muy pronto aún, pero...

-Mathias...

-No, déjame hablar -la interrumpió, luego dibujó una sonrisa tonta en sus labios-. Es un poco difícil para mí decirte esto. -Se llevó la mano a la nuca y se la frotó nervioso-. Anne, cuando te vi por primera vez, supe que eras especial y en ese momento me dije, tengo que conocerla, y en todo este tiempo que hemos estado juntos he podido comprobar que realmente es así y no solo eso; Anne, aquella noche no me equivoqué, eres el amor de mi vida y mi alma quiere estar junto a ti por siempre.

»Me enamoré de ti desde el instante en que tu mirada se cruzó con la mía y duele, duele tanto, ya que nunca pensé sentirme así, y todos estos días que hemos estado distanciados -respiró profundo y soltó el aire- no sabes lo mucho que te he extrañado, y no solo tus labios si no toda tú; sé que soy un maldito libertino, pero, mi niña, me has cazado y cómo lo he disfrutado. -Le tomó la mano y la puso en el pecho-. Anne, cástate conmigo, sé mi mujer, la única mujer que quiero a mi lado, porque, créeme, siento que mi vida no sería nada si no estás junto a mí.

La observó a los ojos y los vio humedecer, levantó la mano para acariciar su mejilla y la dejó en el aire al verla derramar un par de lágrimas; tenía los ojos muy abiertos y el brillo que vio en ellos le dio esperanzas, la vio abrir la boca, pero inmediatamente la cerró, se limpió las mejillas y luego suspiró.

-Mathias, yo... yo... yo también estoy enamorada de ti y si me distancié fue porque tengo miedo, miedo de que me lastimes o me rompas el corazón. Lucy, Sebastián -balbuceó-. No sé qué decir, tengo mucho miedo.

Mathias avanzó los pasos que los separaban y la abrazó.

-Te prometo que no romperé tu corazón, mi niña, y si lo hago estaré dañando mi propio corazón, ya que tú lo eres.

-Yo también te he extrañado, pero Lucy...

Mathias tomó sus mejillas en sus manos y la hizo verla a los ojos.

-Anne, yo nunca tuve nada con esa mujer, créeme, yo...

-Lo sé, yo vi cuando la rechazaste, es solo que no para de hablar mal y...

Mathias enarcó una ceja, estaba muy sorprendido por esas

palabras.

-¿Me viste? -preguntó con curiosidad.

-Sí, me dirigía para la biblioteca en ese momento y la puerta estaba entreabierta, me asomé y los vi, me ganó la curiosidad y los escuché.

-Oh, mi pequeña, estabas escuchando tras las puertas -dijo jocoso. Anne dibujó una sonrisa.

-Se me da bien, creo; ayudé a Clara en dos ocasiones gracias a eso -admitió orgullosa.

Mathias la besó en la frente.

-Si Lucy no ha sido despedida, es porque Sebastián está esperando que Eduardo se mejore y lo haga él, ya que es el responsable del personal, y respecto a Sebastián hablé con él, me aseguró que mientras mis intenciones sean honorables él me apoyará. Nos apoyará.

-Mathias yo... yo si quiero... Si quisiera casarme contigo es solo que... necesito tiempo, necesito pensar... -balbuceó.

-Está bien, mi niña, no te presionaré, estaré esperando tu respuesta; por cierto, dentro de unos días viajaré a Worcestershire.

-¿Te irás por mucho tiempo?

-No lo sé, mi padre necesita de mi ayuda, un par de semanas supongo. -Aún no entendía cuál era el motivo para que su padre lo solicitara ahí.

-Te voy a extrañar -le dijo con un hilo de voz.

-No más que yo, mi bella niña.

-Mathias -bajó la mirada-, ¿te irás a Norteamérica? -bisbiseó.

Mathias la hizo subir la mirada.

-No lo sé, ya que no es necesario, aunque Sebastián quiere que me haga cargo de la naviera y de momento esta allá, por lo cual si acepto tendré que irme por un tiempo indefinido.

La mirada triste de Anne hizo que se le encogiera el corazón; si de algo estaba seguro era de que, si debía marcharse, no se alejaría de ella.

-Lo que más desearía es llevarte conmigo, como mi esposa.

-Yo...

-Shhh, no respondas nada aún, te dije que no te presionaría.

Acarició su mejilla y luego acercó sus labios a los de ella y la besó, como tanto le gustaba y como llevaba días anhelándolo, deseando saborear aquel dulce sabor de su boca. El chillido de uno de los bebés los hizo dejar el beso y centrar su vista en ellos, era Samantha, que estaba de pie en la cuna observándolos; cuando Mathias se alejó de Anne y ambos se acercaron a la cuna, la niña le estiró los brazos a Mathias y este sonrió; cómo deseaba algún día esa misma escena, pero con sus propios hijos y los de Anne.



El viaje hasta Worcestershire había sido aburrido y cansador, pero todo eso era olvidado cuando llegaba a casa y su madre lo recibía como lo hacía siempre, con un gran abrazo, una enorme sonrisa y muchos besos; debía admitir que su madre nunca cambiaría, aunque él fuera la peor escoria de todo Inglaterra, lo iba a recibir de la misma forma siempre, y por un instante se imaginó a su madre recibiendo a Anne y a su niña toda sonrojada por tal recibimiento.

-Mi muchacho, estás guapísimo.

-Dices eso solo por ser mi madre. -Le dio un beso en la frente.

-Siempre lo digo y bueno algunas mujeres en Londres lo dicen también.

Las carcajadas de Nataniel hicieron eco en el salón, cuando entró.

-Es un Beckham, pero en algo tiene razón tu madre. Te ves muy bien. Mathias se soltó de su madre y le dio un abrazo a su padre; tenía razón, no solo estaba feliz, debía admitir que dejar el alcohol le había ayudado un poco a su físico y a eso le agregaba las largas cabalgatas en el campo o ir a nadar al río.

-Creo que me veo lo mejor que puedo.

-Te ves muy apuesto; si volvieras a los eventos, romperías muchos corazones -le dijo su madre con una sonrisa.

Mathias sonrió.

-No es lo que me interesa en este momento, madre, estoy bien sin asistir a los eventos y...

Guardó silencio, aún no era momento para revelar que estaba enamorado, aun así, la mirada instintiva de su padre le decía que iba a haber un interrogatorio de esos que tanto odiaba.

-Espero que al menos a los que yo realice sí. Por cierto, ¿por

cuánto tiempo estarás por acá?

-Aún no lo sé, madre, todo depende de padre.

-Si es así, cariño, no lo dejes ir por un buen tiempo, hace mucho no nos visita -dijo Teresa a Nataniel con una sonrisa en la que se marcaba el hoyuelo en la mejilla izquierda.

-Tú deberías ir conmigo a Hampshire y visitar a tus nietos, que están enormes y hermosos, ya caminan.

-Tienes razón, pero ya sabes que odio viajar y Sebastián prometió traerlos la última vez que lo vi.

-A estas alturas los verán cuando sean nuevamente abuelos -comentó Mathias desinteresado. Y se dio cuenta de que había hablado de más cuando observó a su madre abrir los ojos llenos de entusiasmo.

-¿Kathy está embarazada?

Mathias masculló una maldición entre dientes y sonrió.

-Yo no debo haber dicho nada... ¡Oh, demonios! Sebastián me va a matar. -Hizo un mohín.

-Descuida, hijo, como dices, cuando veamos nuevamente a Katherine va a tener una enorme barriga, no sería una sorpresa -lo tranquilizó su padre.

-Cariño, deberíamos ir a visitarlos; el primer embarazo apenas si lo disfruté, me gustaría tanto ser más parte de este.

-Querida, sé que te gustaría tanto como hacer magia en su jardín, pero no debemos molestarlos.

La condesa hizo un puchero y se cruzó de brazos. Mathias adoró su gesto, a veces, su madre se comportaba como una niña.

-Mathi, cuando tú tengas un hijo prométeme que traerás a tu esposa a pasar su embarazo aquí.

Mathias sonrió, cómo le encantaría ver a su madre y a Anne cuidado de su futuro hijo; una imagen se le vino a la mente y sacudió la cabeza para borrarla, aún no era momento para hacerse ilusiones.

-Ya lo veremos, madre.

Luego del tan agradable recibimiento y la charla en compañía de su madre, Mathias se reunió con su padre en el estudio; aún no le había dicho el motivo por el cual lo solicitaba ahí.

-Antes que nada, quiero saber una cosa: ¿quién es la muchacha? Mathias abrió mucho los ojos y escupió el trago de té que tenía en la boca.

-No digas sandeces, padre.

-Creo que conozco muy bien a mis hijos como para saber cuándo les interesa alguien y sé muy bien que otro de los famosos libertinos de Londres ha sido *cazado* -dijo esto haciendo énfasis en una de las tantas bromas de Sebastián.

-Está bien. -Colocó la taza de té en la mesa y se llevó la mano al cabello-. No te voy a mentir, de igual forma pensaba hablarte de ella.

-Entonces, no estoy equivocado. -Nataniel se enderezó en su asiento.

-No, padre, he sido *cazado*, como dicen, lo admito estoy enamorado y dispuesto a casarme con ella, si me acepta -dijo lo último en un susurro.

-¿Puedo saber quién es la mujer que logró hacer eso?

-Bueno, no sé si estarán de acuerdo; es una de las protegidas de Katherine, su doncella, se llama Anne.

-¿La niña que vimos con Katherine la última vez?

Mathias asistió.

-Sí, es ella.

-¡Por Dios, Mathias! Es una niña, ¿qué demonios pasa por tu cabeza?

-¡Maldición, padre!, que lo parezca no quiere decir que lo sea; Anne tiene diecisiete años -dijo exasperado, es cierto que su apariencia era de niña, pero si se lo seguían recordando se iba a sentir como un perverso.

Nataniel se quedó pensativo unos minutos.

-No es tan niña como pensé, al menos dime que no la has deshonrado.

-No, padre -aseguró-, cuando digo que me interesa lo digo en serio y me propuse no tocarla hasta que sea mi esposa.

-¿Estás seguro de que esto no es un capricho?

-No, padre, no lo es, realmente la amo.

-¿Y por qué dices que si te acepta?

-Ambos sabemos quién era, mi pasado, y ella teme por eso.

-Es justificable -confirmó reclinándose en el sillón- y a eso le agregamos su posición social.

-Lo sé, pero no me importa eso, solo me importa que me acepte y he hecho lo mejor que puedo para demostrarle que la quiero. Hace unos días, antes de viajar, le pedí matrimonio.

Nataniel abrió mucho los ojos, estaba realmente muy sorprendido, nunca esperó que su hijo tomara una decisión así, tan rápido.

-Supongo que no te dio una respuesta.

-Así es, no me la dio, me dijo que lo pensaría.

-¿Qué opina Sebastián?, ya que estás cortejando a una protegida de su esposa.

-Me dijo que me apoyaría siempre y cuando fuera honorable y sincero con lo que siento.

-Siendo así, tienes mi apoyo y espero que esa muchacha te dé el sí.

-Yo espero lo mismo, no me imagino una vida sin ella, padre.

-Vaya, realmente estás enamorado, muchacho.

-Si, ahora me explicarás para que me mandaste a llamar.

-Llegó esto -le mostró un libro con una carta sobre el-. No sabía que eras dueño de una empresa en Norteamérica.

Mathias se encogió en el sillón que estaba sentado, nadie lo sabía y no esperaba que su padre o Sebastián lo supieran, ya que era parte de un pasado que quería olvidar.

-Una larga historia, padre, solo te diré que no me interesa; la heredé del profesor Maylon Larsson y en parte la causa de su muerte fue por ello.

-Por lo que vi, ha estado laborando en estos cuatro años y últimamente ha dejado buenas ganancias.

-No tengo dudas, siempre fue muy buena y el hermano de Maylon tiene un 50 % de las acciones y él es el que se ha hecho cargo todos estos años.

-Te recomiendo que leas la carta y estudies los documentos.

Mathias perdió su vista en aquel libro, un recuerdo doloroso llegó a su mente, odiaba la empresa y odiaba ser uno de los dueños, ya que tuvo que pagar un precio muy caro para eso.

Había pasado aproximadamente un mes desde que Elizabeth se había marchado con su familia a Londres, y Mathias se había marchado algunos días antes a Worcestershire. Como solía hacerlo desde antes de conocer a Mathias, Anne iba al jardín secreto en su tiempo libre, pero ya no a dibujar, sino a rememorar los momentos que pasaban ahí juntos; a ambos los extrañaba, ya que Elizabeth era su mejor amiga y Mathias era el hombre que poco a poco le había robado su corazón.

Anne había recibido una carta de Mathias unas semanas atrás, donde le comunicaba que pasaría algunos días en compañía de sus padres, ya que su madre se lo había pedido y realmente él quería estar tiempo con ella y así aprovecharía para ayudar a su padre con algunos pendientes; también le comentó lo mucho que la iba a extrañar y que deseaba verla pronto. Mathias no mencionó nada sobre su propuesta, pero Anne se dijo que no tenía nada que pensar, se había enamorado de él, pero quería comentárselo a Elizabeth, ya que ella en parte la había apoyado en la relación y quería un consejo de su amiga. Por lo que aprovecharía su viaje a Londres para hablar con ella.

-Anne, mañana iremos a visitar a Lizzy para ir a la modista, espero que me apoyes en eso. -Kathy le guiñó el ojo.

Anne sonrió, iba de regreso a Londres, ya que dentro de algunas semanas se realizaría el baile de compromiso de Elizabeth, y Katherine quería estar ahí.

-Claro, sabes que yo siempre sé cómo persuadir a Lizzy en eso, pero por lo que sé ahora tienes más ayuda.

-Eso espero, la marquesa me dijo que ella me ayudaría.

Era inevitable, Katherine nunca iba a cambiar, parecía que tenía una obsesión con los vestidos.

-Ya tienes una más, agregando a mi hermana y a la señora Clarit.

Katherine dibujó una gran sonrisa.

-Tienes toda la razón.

-Cómo disfrutas hacer sufrir a tus amigas -aventuró Sebastián, quien iba junto a ella-. Pobre de mi Sammy cuando crezca.

Tanto Anne como Katherine se echaron a reír. Sammy, que en ese momento iba en el regazo de Sebastián, chilló sin comprender que su padre ya estaba pensando en la tortura a la que la iba a someter a su madre en el futuro.

-¿Y si resulta que es igual a mí y adora torturar a sus amigas llevándolas a la modista?

-¡Demonio, eso no lo había pensado!

-Tú solo has pensado en encerrarla en una torre y espantar a sus pretendientes con una escopeta -protestó Katherine con un mohín.

-Y ahora tengo el apoyo de Mathias para sacar a esos payasos con la escopeta -replicó Sebastián con una sonrisa de medio lado, orgulloso.

-Lo bueno de que cuentes con el apoyo de tu hermano es que él sabrá muy bien quiénes solo quieren seducir a nuestra nena.

-Así es, aunque yo también lo sabré.

Anne no pudo evitar sentir un dejo de tristeza tras la mención de Mathias; desde que se había reconciliado con Katherine y la relación entre ellos como familia iba bien, era muy común que hablaran de él y lo hicieran parte de los planes familiares o del futuro de los mellizos.



Anne se había sentido muy feliz con la visita que le hicieron a Elizabeth, extrañaba ver a su amiga y conversar de la forma que lo hicieron y, gracias a esa conversación, ya tenía una respuesta definitiva para Mathias. Había disfrutado mucho en compañía de sus amigas y por muy extraño que pareciera había disfrutado ir a la modista; no pudo evitar reír al ver a Katherine discutir con su madre solo para elegir un par de vestidos para Elizabeth, la cual ya había

aprendido a no replicarle a su suegra o cuñada; las dejó hacer y escoger como quisiesen, pero lo que más le sorprendió fue el regalo que decidió hacerle Elizabeth.

-Es interesante verlas discutir así.

-Si, pero todavía no sé qué haré con tanto vestido, tengo para vestir el año entero -protestó Elizabeth, algo angustiada.

-Es lo que ganas por tener una familia tan peculiar. -Ambas rieron.

-Si, Eduardo siempre me lo dice.

-¿Estás feliz, Lizzy?

-Mucho, Anne, jamás pensé llegar a sentirme tan feliz, solo espero que Thomas no aparezca nunca más.

-Descuida, si llegará a hacerlo, ya será demasiado tarde.

-No hablamos de eso, si te traje aquí es porque quiero hacer un regalo. Elizabeth la había llevado a un rincón lejos de las damas que no se ponían de acuerdo.

-¿Qué es, Lizzy? -preguntó con curiosidad.

Elizabeth hizo señas a la señora Clarit y esta se acercó.

-Dígame, milady.

-Quiero que le prepare un guardarropa a Anne, y no solo vestidos sencillos también de fiesta y para toda ocasión. Y que no se vea como niña.

-Elizabeth, no -protestó-. Eso es demasiado para mí.

-No, Anne, no lo es; acabo de heredar una gran fortuna y ni mis abuelos ni Eduardo me dejarán usarla en mí, por lo que quiero regalarte esto, sé que lo vas a necesitar. Confía en mí.

-Lizzy, esto es demasiado.

-No, no lo es, eres mi mejor amiga, quien más me ha apoyado todos estos meses y sé que tu corazón ya tiene una respuesta.

-Lizzy, yo...

-Ah, señora Clarit -la interrumpió-, podría prepararle un vestido un tanto especial, y si es posible que esté en las próximas semanas, junto a los del baile.

-Claro, milady, ¿escogerán algunas telas en especiales?

-Sí -le aseguró Elizabeth mientras la señora Clarit le mostraba las telas.

Elizabeth escogió un par de telas y Anne otras, todas de distintos

colores y materiales; el vestido que Elizabeth le había encargado como especial lo pidió en tono champán, aprovechando que la tela era muy linda. Anne aún no entendía el motivo por el cual encargó ese vestido, y por qué, de todos los que había encargado, ella fue quien decidió el diseño.



Luego de llevar semanas pensando su situación y algunos consejos de su padre, decidió que era momento de volver; ya había decidido qué hacer, sobre todo con Anne. La semana anterior había recibido una nota de Elizabeth en donde le informaba las nuevas noticias y le daba una pequeña amenaza de que, si no asistía al baile, lo mataría; Mathias no pudo evitar reír al leerla, se notaba que Elizabeth estaba feliz, por lo cual emprendió su viaje de regreso a Londres; llegó al atardecer y moría de ganas por ver a Anne, pensó en sorprenderla, y ya sabía cuál era el momento indicado, por lo cual se dedicó descansar, estaba un poco agotado del viaje y necesitaba sentirse bien para la conversación que tendría con Sebastián, ya que sabía el interrogatorio al que sería sometido.

Como lo había planeado después de tomar el desayuno Mathias salió a Bond Street, ya que iría a buscar algo muy especial y también un regalo para sus sobrinos, a los cuales, debía admitir, extrañaba verlos. Luego se dirigiría a visitar a Sebastián, solo esperaba no ser visto por Anne cuando estuviera ahí, ya que había pasado por alto ese detalle cuando planeó sorprenderla.

-Qué sorpresa, pensé que aún no regresabas -le dijo Sebastián cuando lo vio entrar en la biblioteca.

-Y perderme el baile de Elizabeth y Eduardo; si te quieres quedar sin hermano, encantado, no asisto.

Sebastián se echó a reír.

-Sospecho que Lizzy te amenazó.

-Sí, aunque en realidad regresé por otra hermosa dama, ya la extraño.

-Me sigues sorprendiendo, Mathias, pero debo informarte que no se encuentra aquí, están visitando a Elizabeth, creo que irán de compras también.

-Mejor, no vengo a verla a ella, aunque muero de ganas, venía a

hablar contigo.

Sebastián arqueó una ceja.

-Ah, sí ¿sobre qué?

-El viaje a Norteamérica.

-Mathias, te dije que no es necesario que viajes, puedo mandar a pedir los libros de cuentas y Andrew me informó que ya contrató a alguien; donde sí te necesito es en la oficina que vamos a instalar en Hampshire.

-Sebastián, viajaré a Norteamérica, aunque no sea por la naviera, tengo un asunto pendiente allá y quería aprovechar para hacerme cargo de lo que tú necesites, ya que no sé por cuánto tiempo estaré allá.

-¿Qué asunto, si puedo saber? -Sebastián se enderezó en el sillón.

-Cuando viví en Boston, el profesor Maylon Larsson y yo nos hicimos muy buenos amigos, él era dueño de una empresa constructora y cuando murió yo heredé la mitad de esta.

-Vaya -lo observó sorprendido-, te lo tenías bien guardado; supongo que irás a hacerte cargo de ella por una temporada.

-Supones mal, no me interesa la empresa, así que la venderé. El hermano del señor Larsson es dueño de la otra mitad; al parecer, le ofrecieron una buena fortuna por ella y la quieren en su totalidad -dijo encogiéndose de hombros.

-¿Eres estúpido? No puedes venderla, no sabes la fortuna que te puede dar y, si el señor Larsson la quiere vender, yo le puedo comprar la otra mitad o tú mismo puedes hacerlo, si no...

Mathias negó con la cabeza, interrumpiéndolo.

-No la quiero, es algo complicado, Sebastián, el caso es que esa empresa nunca debió pertenecerme.

-Sean los motivos que sean ahora es tuya -afirmó.

-Maldición, Sebastián, si supieras mis motivos tal vez me entenderías.

-Dímelos, entonces -inquirió, no entendía por qué su hermano en ocasiones era tan cabeza dura.

-No, no es algo de lo que quiera hablar -rugió furioso-. Simplemente te comunico que viajaré a Norteamérica, si me necesitas solo dímelo, me iré en algunas semanas.

-¿Y Anne? ¿Qué piensas hacer con ella?

-Todavía no estoy seguro, de todas formas, la decisión ya está tomada; viajaré a Norteamérica. Si ella me acepta me casaré, si no solo espero que me siga queriendo cuando regrese.

-¿Piensas casarte con ella?

-Sebastián, te dije que mis intenciones son honorables y verdaderas -le recordó-. Sí, pienso hacerlo ya que ella es la mujer de mi vida.

-Sigo sin poder creerlo, mi hermano enamorado -bromeó.

-Deja de reírte. ¿Los mellizos están? Les traje un regalo.

-Sí, creo que están en el jardín con la niñera.

-¿Y qué tal la nueva niñera?

-Algo seria y callada, aunque a los niños les ha caído muy bien y a Nicolás también.

-¿Quién es Nicolás?

-Es mi mayordomo.

Mathias rio a carcajadas.

-Deberías decirle a Katherine que deje de contratar mujeres lindas, vuelve loco a los hombres que te rodean.

Sebastián se encogió de hombros.

-Clara ya estaba cuando la conocí, Elizabeth y Anne han sido una excepción, y esta niñera la contrató la marquesa, la abuela de Elizabeth.

-Espero que Katherine no me odie si le robo a otra de sus chicas.

-No lo hará, al menos, no por eso; ellas son más que empleadas, son sus amigas y parte de la familia; hablando de eso, cómo se encuentra madre.

-Muy bien, estaba feliz de verme y muy ansiosa por ver a los mellizos.

-Si, le prometí visitarla, lo haré después de la boda de Elizabeth y Eduardo. Debo aprovechar que Kathy ha perdido el miedo a viajar, aunque yo no tanto.

-Por cierto, accidentalmente le conté a madre que será otra vez abuela.

-No importa, no es que lo estemos ocultando, aunque a Kathy le hubiese gustado darle la noticia.

-Descuida, madre fingirá no saberlo, aunque sería difícil si ya tiene

barriga cuando la vea.

-Con tal de no dejarte en mal lo hará.

-Lo mismo haría por ti y lo sabes.

Ambos rieron a carcajadas.



Después de ayudar a Katherine a prepararse para el baile, fue el turno de ella, y la nueva niñera, Rosaura, la ayudó vestir; en esa ocasión no se mostró tan seria y callada como solía ser siempre; mientras ayudaba a Anne, le habló un poco de su vida: empezó a trabajar como doncella desde los trece años hasta que se casó a los diecisiete, había vivido con su esposo por tres años hasta que este murió, por lo que trabajó como niñera para una de las amigas de lady Margarita, pero, debido a que se trasladaron a Francia y ella no quiso viajar, lady Margarita la empleó. Anne había disfrutado el hablar con ella, era una mujer joven y con algunos sueños, como el de asistir a un baile.

Anne le habló un poco de ella y la muchacha había quedado sorprendida cuando le comentó la historia de Clara; se habían llevado muy bien y debía admitir que la muchacha tenía un gran talento y mucha paciencia como doncella, ya que Anne no estuvo de acuerdo en ponerse el corsé, nunca había utilizado uno y, luego de protestar, Rosaura la convenció cuando le dijo que era muy necesario para el vestido, ya que lo hacía lucir mejor.

Anne se había enterado de que Mathias había llegado la tarde anterior a ver los niños; la niñera le comentó que un tío de los mellizos había llegado con regalos. Supo que no era Eduardo porque ella ya lo conocía. Se sintió muy triste por el hecho de que Mathias estuviera ahí y no fuera a verla, pero llegó a la conclusión de que ella no estaba para recibirlo, aun así, no dejó ninguna nota para ella.

-Ayer por la tarde vino un lord muy guapo, un tío de los niños.

-En serio, ¿cómo era? -preguntó con curiosidad.

-Se parecía mucho a lord Sebastián.

-¿Solo vino a ver a los pequeños?

-Por lo que sé, estuvo hablando con lord Sebastián y les trajo regalo a los mellizos, estaban muy contentos con la visita.

-Supongo que era lord Mathias, el hermano de lord Sebastián.

-Es muy guapo.

-Si lo es... -Intentó sonreír.

Anne trató de no reflejar la tristeza y la desilusión que sintió en ese momento. ¿Acaso ya Mathias no quería saber de ella? Se observó por última vez en el espejo y seguía sin poder creer lo que estaba viendo, esa no era ella, se veía completamente diferente, el vestido le quedaba perfecto y el corsé le entallaba la cintura, la cual lucía más pequeña y resaltaba los pechos; como habían dicho sus amigas y Rosaura, era más que necesaria la molesta prenda. Con lo único que en ese momento sintió incomodidad fue con los zapatos, ya que no estaba acostumbrada a llevarlos y eran nuevos.

Salió de su habitación, se despidió de Rosaura y bajó; al llegar abajo, Nicolás le informó que la esperaban en el salón. Y fue donde se dirigió, pero quien la estaba esperando ahí no era ni Katherine ni Sebastián, sino Mathias; este estaba de espaldas observando por la ventana, se había cortado el cabello y lo llevaba bien peinado -algo no común en él-; llevaba un traje negro a la medida, que le quedaba muy bien. Lo observó y se dio cuenta de que estaba mucho más apuesto que la última vez que lo había visto.

-Hola...

Mathias se dio la vuelta y fijó su mirada en ella, muy sorprendido, le regaló una espléndida sonrisa en la que se marcaba el hoyuelo en su mejilla izquierda.

-Hola, mi bella niña.

Anne caminó hacia él y Mathias no se demoró en avanzar los pasos que le faltaban para tomarla en brazos y fundirla en su pecho con un abrazo.

-Pensé que no quería verme -le dijo Anne con un hilo de voz.

-Mi amor, cómo puedes decir eso, moría por verte y estar junto a ti.

-Me enteré de que estuviste ayer por aquí.

-Oh, mi niña -acunó su rostro en sus manos y llevó sus labios a los de ella para fundirse en un dulce pero apasionado beso.

-Mi amor, solo quería sorprenderte y no sabes cuánto te extraño, mi dulce Anne, mi niña hermosa y cómo extrañaba tus besos.

Mathias había dado vueltas en su habitación horas antes de preparase para ir al baile, quería verse bien para Anne y más con lo que estaba planeando hacer, así que le pidió colaboración a Jonhson, su ayuda de cámara, el cual casi nunca requería de sus servicios; antes de salir tomó la cajita que estaba en la mesita de noche y se dirigió a la mansión de Sebastián. La tarde anterior le había pedido a Sebastián poder llevar él a Anne al baile y que le ayudara con Katherine, por lo que cuando llegó esperó escuchar un par de gritos de Katherine, pero esta solo le dio una advertencia y una mirada muy amenazante. Se dirigió al salón para esperarla ahí, mientras lo hacía perdió su vista en la ventana, no estaba del todo seguro de que la decisión que había tomado era la correcta, aun así, era algo que debía hacer y si Anne lo acompañaba iba a tener las fuerzas que tanto necesitaba. No tuvo que darse vuelta para saber que ella ya había llegado al salón, podía sentirla, esperó unos minutos y ella fue la primera en hablar; cuando se volteó no podía creer lo que veía, Anne se veía más hermosa de lo que ya era, con ese vestido en tono rosa y escote profundo, no había ni rastro de la niña que estaba acostumbrado a ver, pero ahí estaba se dio cuenta de ello al ver su sonrojo cuando la miró.

No pudo evitar las ganas y la besó apenas tuvo la oportunidad de hacerlo, no podía resistirlo; cómo la había extrañado y cómo extrañaba sus labios.

-Mi niña, estás hermosa. -No podía dejar de mirarla.

-G-Gracias, mi hermana insistió en que me hiciera este vestido.

-Entonces debo darle las gracias, aunque tu siempre estás

hermosa.

-Tú te ves muy apuesto también.

La besó nuevamente no podía evitarlo, cómo la había extrañado.

-Anne, hay algo que debo decirte.

Anne lo observó con los ojos muy abiertos y algo temerosos.

-Decidí ir a Norteamérica por una temporada y me gustaría saber si estás dispuesta a ir conmigo.

-Mathias, yo...

-Shhh, no digas nada aún, quiero que lo pienses, ya que primero quiero hacer algo, por lo que te voy a pedir que a medianoche te reúnas conmigo en el mismo lugar donde nos vimos la otra vez.

-¿En el jardín?

-Sí, mi amor, ahí.

Anne asintió y Mathias la besó nuevamente.

Luego de que Anne le dedicara su primer baile, por lo que se había sentido muy feliz por haber tenido el honor de ser el primero, se dedicó a tranquilizarla, ya que ella estaba muy nerviosa y hubiera dado lo que sea por besarla en ese momento para que se olvidara de sus nervios; luego de estar en compañía de Joseph y Eduardo, en donde los felicitó a ambos por sus recientes compromisos, decidió que era momento de bailar con Elizabeth, y aprovecharía para pedirle un par de consejos sobre Anne.

-Me comentó Anne que le propusiste matrimonio -dijo muy seria.

-Algo así, solo le dije lo que sentía y ella aún no me da una respuesta.

-Sí, sabes que tiene miedo.

-Lo sé muy bien y créeme que estoy dispuesto a que pierda todos esos miedos.

-Mathias, ella te ama...

-Yo también la amo, mi hermosa Beth -le aseguró.

-Qué has pensado del viaje...

Mathias la calló dándole una vuelta. No tenía intenciones de profundizar en el tema.

Luego de dejar a Elizabeth con sus amigos, se dirigió con Anne a la mesa de bocadillos, ya que Anne le había comentado que estaba famélica.

-Muerdo de hambre, pero no sé si voy a poder comer algo con esto puesto.

Mathias sonrió, supuso que se refería al corsé.

-Es algo necesario, supongo.

-Y muy molesto -protestó haciendo un puchero que Mathias adoró.

-A lo que deberías acostumbrarte -dijo jocoso. La vio arquear una ceja, pero no dijo nada-. Esta pasta de crema es deliciosa.

Tomó una y se la dio, disfrutó viéndola comer, estaba totalmente embelesado con ella cuando escuchó una voz muy familiar a su espalda.

-Lord Mathias Beckham, hace mucho no te veía en los salones de Londres.

Mathias se dio la vuelta para ver a su interlocutora, la cual no era de su agrado.

-Lady Hamilton, es un placer.

Lady Hamilton le dio una sonrisa pícaro y le lanzó una mirada a Anne.

Mathias le regaló una sonrisa para disimular su gesto de desagrado y colocó a Anne junto a él, apoyando su mano en la cintura; solo esperaba que Amanda no se comportara como una arpía con ella.

-A ti sí que es un placer verte, ya te extrañamos por acá. Ha sido bastante tiempo de ausencia.

-Sospecho que seguirán haciéndolo, por cierto, no pensé verte por acá. -Sabía que no era bienvenida por los anfitriones.

-Sé que no soy del agrado de los Rosethon, pero mi prometido sí. - Señaló a uno de los caballeros que estaba en un rincón.

-Vaya, qué sorpresa, ¿prometido? -Era el mismo caballero con el que lo había plantado algunas veces, un conde de unos cuarenta años y con una muy mala reputación.

Lady Hamilton se encogió de hombros.

-Joseph se comprometió, Oliver y Jordán desaparecieron con sus amores; ¿por qué no hacerlo lo yo y casarme?

-Es sorprendente nada más. -No quería hablar más del tema, solo quería que se marchara.

-Solo faltas tú, Mathias, aunque tú no eres de los que se casan, y sería un desperdicio si quisieras amarrarte a una sola mujer. -

Observó a Anne con desprecio-. Debo admitir que has sido el mejor amante que he tenido en mi cama y me gustaría volver a disfrutar de eso -le dijo con voz muy sensual y le acarició la mejilla con coquetería.

Mathias apartó el rostro bruscamente y le dio una mirada desdeñosa, sintió cómo Anne se tensaba y la agarró con más firmeza.

-Lamento informarte que eso no va a suceder -dijo con los dientes apretados.

-No me digas que ya te cazaron también -sonrió maliciosa-. Por Dios, espero que tú no seas la chiquilla tonta que cree que lo cazó -se dirigió a Anne burlona-. Este que tienes aquí nunca va a cambiar, puede que por un tiempo te demuestre lo contrario y que solo existe una mujer para él, pero luego...

-Amanda, ¡suficiente! -gruñó enfadado.

-Lo siento, debo retirarme.

Anne se soltó de su agarre, tomó una copa de vino y se retiró. Mathias intentó retenerla agarrando su mano, pero ella se soltó.

-¿Qué demonios te sucede, Amanda, qué te hizo la muchacha?

-Solo quiero salvarte, eres el único libre -dijo restándole importancia.

-Muchas gracias, pero no lo necesito.

La vio reír a carcajadas.

-No sabía que te gustaban las debutantes.

-No es asunto tuyo lo que me guste o no y hazme el favor de no meterte en mis asuntos; lo que tuvimos se terminó hace mucho y aun así no tuvimos nada como para que creas que soy de tu propiedad. Así que, si tienes que estar pendiente de alguien, ve a buscar a tu prometido.

-Oh, Mathias, sé que volverás a mí. -Subió la mano para acariciar la mejilla de Mathias y este se la apartó de un manazo-. La pasábamos muy bien en la cama. Admítelo.

-¡Vete al maldito infierno, Amanda!

Mathias estaba furioso, no esperó que Amanda replicara, ya que se alejó lo más rápido que pudo para buscar a Anne; la había visto dirigirse hacia donde estaba Elizabeth, pero esta andaba en la

búsqueda de Eduardo; dio un vistazo por el salón y no consiguió localizarla; sacó el reloj y todavía faltaba media hora para medianoche. Se maldijo por la presencia de Amanda Hamilton y su pasado y temió que Anne se hubiese marchado y todo lo planeado se arruinara.

Salió al jardín y caminó hacia el lugar en donde había hablado con Anne por primera vez, esa noche también había luna; se metió la mano en los bolsillos del pantalón luego de observarla y caminó hasta llegar al lugar donde había encontrado a Anne; ahí estaba ella, de igual forma que aquella noche, con la mirada perdida en el cielo; se veía tan hermosa a la luz de la luna.

-¡Te encontré! -Utilizó las mismas palabras, pero sin la misma emoción. Tenía miedo de que ella lo rechazara después de lo sucedido.

Anne bajó la vista y la dirigió a él, sus ojos estaban tristes.

-Otra vez esas palabras. -Sonrió sin emoción.

-Supongo que las recuerdas bien.

-Cómo olvidarlas, tienen mucho significado para mí.

-Anne, quería pedirte disculpas por lo que sucedió, te juro que yo no tengo nada que ver con Amanda y ahora me arrepiento de haber...

Anne se acercó a él y le dio un beso en los labios para callarlo.

-No te juzgo por el pasado, pero ya te lo dije una vez, temo por el presente y el futuro. -Aunque las palabras y la presencia de aquella mujer no le habían agradado, sabía muy bien su pasado y lo había aceptado así.

-Créeme, nada de lo que dijo ella es verdad; si te casas conmigo, yo no cambiaré en el futuro, te lo prometo.

-Tengo miedo, Mathias...

-Mi niña, créeme nunca te haría daño...

-Te irás a Norteamérica, y si allá...

Mathias la besó en los labios para callarla.

-No, mi niña, no será así, ya que quiero que vengas conmigo.

-Eso no podría ser, Mathias.

-Claro que sí -inclinó una rodilla, sacó la cajita que tanto estaba atesorando-, Anne, créeme cuando te digo que solo tengo ojos para

ti, porque es así, mi corazón y mi alma te pertenecen, eres lo que siempre soñé y nunca me atreví a buscar, pero aquí estás junto a mí, y, aunque sé que no te merezco, no quiero perderte, muy al contrario quiero tenerte cada día cerca de mí, quiero dormir cada noche contigo y que tú seas lo primero que mis ojos vean cuando los abro por las mañanas. Anne, te amo como nunca creí amar a una mujer. -Tomó su mano-. Por favor, cástate conmigo y déjame demostrarte que todos esos miedos son solo eso, y que estoy dispuesto a que los olvides.

Vio un brillo en las mejillas de Anne y se dio cuenta de que estaba llorando, también la vio asentir y eso le dio paso para colocar el anillo en el dedo anular, luego se puso de pie y la trajo a sus brazos, le dio un fuerte abrazo y la besó, después borró sus lágrimas con besos.

Anne se observó la mano para ver la sortija, era preciosa y sencilla, ya que era de oro con un único diamante gris redondo.

-¿Eso es un sí, mi niña?

-Sí, sí lo es, sí me quiero casar contigo, Mathias -dijo con una sonrisa, limpiándose las lágrimas que insistían en salir.

Mathias la llenó de besos por todo su rostro y luego la besó en los labios.

-No sabes lo feliz que me haces, mi niña.

-También estoy feliz, pero no puedo viajar contigo a Norteamérica, no aún.

-¿Por qué lo dices, mi amor?

-Tengo entendido que casarse no es tan fácil, lleva su tiempo, además de que necesito el consentimiento de mis padres.

-Eso es cierto, mi niña, pero por eso no te preocupes, ahora mismo nos vamos a Gretna Green y nos casamos ahí; no pienso pasar un día más sin ti y mucho menosirme lejos sin que estés a mi lado.

La vio abrir mucho los ojos, se quedó pensativa como tratando de entender.

-¿A-a-ahora mismo? -consiguió decir conmovida.

-Sí, mi amor, ahora mismo, solo si tú quieres.

Anne guardó silencio unos minutos, era una idea descabellada, más tomando en cuenta quién era él, y con todos sus miedos, aun así,

estaba decidida a hacerlo.

Mathias la vio abrir la boca, pero la cerró y nuevamente guardó silencio; luego de mirarlo sorprendida con aquellos ojos que en ese momento se veían igual que la luna y con una sonrisa bailando en sus labios contestó:

-Ahora mismo me casaré contigo, Mathias -confirmó.

Mathias la envolvió en sus brazos, la alzó y la hizo girar, estaba muy feliz.

-Entonces, te llevaré para que recojas un poco de ropa y nos marchamos a Gretna Green, si estás consciente de que el viaje es largo, de unos tres días solo de ida.

-Si, lo estoy, pero nada es comparado con estar junto a ti -aseguró con una sonrisa cuando la puso en el suelo.

-Te amo tanto, mi niña, tanto.

Se fundieron en un ardiente y apasionado beso.

Anne sabía que iba a comerte la mayor locura de su vida. Después de querer viajar a escondidas tras de Paul, nunca le hubiera pasado por la mente hacer tales cosas, y mucho menos atar su vida a la de un libertino. Después de la conversación que tuvo esa mujer con Mathias en el baile, se sintió muy mal y lo único que quería era alejarse de él, pero luego de analizarlo y llegar a la conclusión de que la mujer no era más que una arpía, ya que su familia había querido dañar a Clara en el pasado y sabía que solo quería molestarla con la intención de fastidiar a Mathias, así que volvió a retomar su decisión de casarse con Mathias y es que él no se lo hizo fácil para rechazarlo, nunca se hubiera imaginado tal propuesta, además de que, cada vez que lo veía, su corazón saltaba de felicidad, la tenía embrujada, con esa mirada y esa sonrisa adornada por ese pequeño hoyuelo, tanto que en este momento estaba echando en una pequeña maleta de viaje todo lo que necesitaba para viajar a Gretna Green.

Después de su declaración y algunos besos, Mathias la trajo a la mansión de Sebastián para que hiciera la maleta. Abandonaron el baile sin siquiera despedirse, si, era una completa locura lo que iba a hacer, aun así, estaba feliz de hacerla. Observó sus vestidos. Mathias le había dicho que el viaje duraba aproximadamente tres días y que

tratara de llevar lo más cómodo para viajar; observó el vestido que le regaló Elizabeth y sabía que ese era el indicado, tomó unos cuantos más, los cuales eran muy cómodos para viajar, ropa interior, objetos personales y un par de botas cómodas. Dejó una nota para Katherine en donde le anunciaba que se ausentaría un par de días, que no se preocupara y bajó. Cuando llegó al pie de las escaleras se encontró con Nicolás quien la observaba con curiosidad.

-¿Vas de viaje?

-Algo así.

-¿Con los señores?

Anne negó con la cabeza, temía que no la dejara salir.

-Solo yo y... No importa, me iré unos días -farfulló.

-Espero que no pienses escapar como cuando te trajeron aquí, ya que me veré en la obligación de no permitirlo.

-Nicolás, ¿no podrías? -aventuró nerviosa.

-Le prometí a Clara que cuidaría de ti y eso haré.

-Nicolás, lo que voy a hacer es muy importante para mí, así que te agradecería que no te interpongas.

-Te escucho, niña -Se paró erguido con los brazos cruzados en el pecho-. ¿Qué es eso tan importante?

-M-me voy a casar, en este momento me iré con él.

-¿Tu novio volvió? -preguntó sorprendido.

-No, me voy a casar con el hermano del Sebastián, con Mathias Beckham y te ruego que me guardes el secreto hasta que regrese.

Mathias caminaba de un lado a otro frente la entrada de la residencia de Sebastián, le había dicho a Anne que pasaría por ella en media hora y llevaba al menos diez minutos de retraso, observó nuevamente el reloj y luego la puerta, y pensó que Anne se había arrepentido, o quizás su hermano y su cuñada ya habían regresado y no la dejaban salir; cuando se decidió por tocar la puerta la vio abrirse y a Anne salir por ella, no hizo más que correr y fundirla en sus brazos, luego tomó la maleta de las manos de ella y la ayudó a subir al carruaje.

-Mi niña, pensé que te habías arrepentido.

Anne negó con la cabeza.

-No me pasó por la mente esa idea, lo que sucedió fue que cuando salía me topé con Nicolás, pensé que no me dejaría salir.

Mathias se quedó unos minutos en silencio, luego recordó quién era Nicolás.

-¿Tuviste algún problema?

-No en realidad, aunque Nicolás le había prometido a Clara que cuidaría de mí, ya que cuando llegue a casa de Katherine mis intenciones eran escaparme, así que él pensó que estaba haciendo eso; luego de convencerlo, prometió guardar mi secreto, solo que me puso una condición.

Mathias la observó preocupado.

-¿Qué condición, cariño?

-Que apenas tenga la oportunidad le hable bien a la nueva niñera de él. -Empezó a reír-. Me lo dijo tan serio que pensé que sería algo más complicado.

Mathias no pudo evitar contagiarse de la risa de su niña, se veía tan hermosa riendo, y muy feliz, por lo que no pudo evitar sentirse muy dichoso y afortunado de que Anne lo hubiera aceptado y de que en ese momento viajarían para casarse.

-Esta noche no nos detendremos en ningún lugar a dormir, ya que quiero que avancemos lo más posible, por lo que nos tocará dormir aquí; te prometo que mañana sí nos detendremos a pasar la noche en una posada. -La observó-. Pensé que te cambiarías el vestido, espero que no sea incómodo para el viaje.

Anne se sonrojó y lo observó con timidez.

-No puedo quitarme el vestido sola y, si pedía ayuda, no solo los pondría en alerta, sino que perdería mucho tiempo. -Anne admitió para sí misma que hubiera sido lo mejor, ya que no soportaba el molesto corsé.

-Oh, mi niña, por la mañana, cuando pasemos a comer algo, podrás cambiarte, solo aguanta un poco.

-Lo haré, no creo que sea tan molesto.

Mathias la atrajo hacia él y la acurrucó en sus brazos, se sentía tan feliz y tan dichoso; sabía que lo que estaba haciendo era una locura, pero ya no quería estar más tiempo alejado de ella; de cierta forma, ella lo había hecho olvidar sus demonios y la necesitaba junto a él, en sus brazos; sabía que, después de eso, no solo iba a enfrentar un oscuro pasado, sino también a su familia y a la familia de Anne. Mientras meditaba cómo saldría de todo se quedó dormido, ya su niña se había dormido en sus brazos.

Mathias abrió los ojos y sintió el brazo entumido, bajó la vista y vio a Anne ahí, «vale la pena», se dijo; se quedó unos minutos admirándola y luego desvió su vista a la ventanilla, se dio cuenta de que ya había amanecido, intentó moverse y Anne se removió, se veía tan hermosa, ahí en sus brazos, tan tranquila; sonrió y le quitó un mechón de pelo que caía en su mejilla, la vio sonreír y su corazón dio un saltito de felicidad, pensó en que había sido la primera vez que sus pesadillas no lo despertaban.

El carruaje se detuvo y escuchó que tocaban la puertecilla y como pudo la abrió tratando de no moverla.

-Milord, me detuve, ya que aquí hay una posada, pensé que tal

vez... -balbuceó- La próxima está a unas dos horas.

Mathias sacó el reloj y observó que ya era casi mediodía, pensó que el cochero había hecho bien.

-Gracias, Roger, bien pensado, en un momento salgo.

El cochero asintió.

Mathias no quería despertarla, ya que se veía tan hermosa.

-Anne, mi amor -besó su frente- mi niña, despierta.

La sintió removerse y dos grandes ojos grises lo observaron adormilados y sorprendidos.

-¿Do-dónde estamos?

-Nos vamos a detener a comer algo y para que te cambies, cariño.

Se enderezó y bostezó, luego se restregó los ojos, cuando fue totalmente consciente de dónde estaba observó a Mathias y le dio una enorme sonrisa.

-Pensé que había estado soñando.

-Por un momento también lo pensé, pero no, mi niña, estás aquí junto a mí, camino a esta hermosa locura.

-Y estoy feliz por ello -le aseguró, ya que realmente se sentía así.

Mathias salió del carruaje y luego de mover el brazo y estirarse le brindó la mano a Anne para que saliera de este.

-Roger, dales de comer a los caballos y come algo tú también, no nos quedaremos mucho tiempo aquí, espero que resistas hasta la noche.

-Descuide, milord, lo haré con solo descansar un poco.

-En ese caso, nos vamos en dos horas, descansa todos lo que puedas.

-Gracias, milord.

Mathias tomó la maleta de Anne, recordó que le había prometido que cambiaría su vestido apenas se detuvieran a comer.

-¿Tienes hambre?

-Sí, pero primero me gustaría cambiarme el vestido.

Mathias asintió, le apoyó una mano en la cintura y la guio hasta la entrada de la posada, ya dentro se dirigió a la barra en donde un hombre robusto le atendió.

-Buenas, señor, ¿en qué podría ayudarle?

-¿Me podría alquilar una habitación? Será por un par de horas.

El hombre asintió y le hizo señas a una muchacha que estaba sirviendo en las mesas.

-Lucía lo llevará, ¿gusta algo más?

-Anne, ¿quieres darte un baño?

Anne negó con la cabeza, había recordado que los baños en las posadas no eran muy agradables, aun así, le gustaría asearse.

-Solo me gustaría asearme un poco.

Mathias asintió.

-De momento solo eso, podría la muchacha ayudar a mi prometida.

Anne lo tomó del brazo y lo observó con los ojos llenos de súplica.

-¿Podrías ser tú quien me ayudara? -susurró.

-Mi amor...

-Por favor... -suplicó.

Mathias sabía que no era buena idea, aun así, asintió, la tomó de la mano y siguió a la muchacha; cuando subieron las escaleras sintió que Anne empezaba a cojear y se asustó.

-¿Suced algo, cariño?

-Es mi piel, creo que el botín me ha hecho ampolla, me duele.

-Ya pronto estaremos en la habitación.

La muchacha les abrió una puerta indicándoles que esa era la habitación.

-Podrías servirnos de comer a ambos y traer para asearnos.

La muchacha asintió y se retiró. Mathias llevó a Anne a la cama y la hizo sentarse, se arrodilló frente a ella y empezó a desatar los botines, notó cómo Anne suspiraba de alivio cuando los quitó, luego le quitó las medias y pudo notar las ampollas en su pie derecho; la muchacha tocó la puerta y entró, llevaba un par de cubos de agua tibia y algunas toallas.

-En unos momentos les traigo la comida.

-Gracias.

Mathias tomó una de las toallas y la humedeció en el agua tibia, luego se acercó nuevamente a Anne y envolvió el pie en la toalla, la escuchó gemir y soltar un suspiro.

-¿Se siente mejor?

Anne asintió, tenía los ojos cerrados disfrutando del alivio, se sentía tan bien, ya que nunca nadie la había atendido así.

Luego de que alivió sus pies, la hizo ponerse de pie y la ayudó a desabrochar el vestido, este cayó al suelo y Anne quedó en ropa interior, no necesitó verla a la cara para saber que estaba sonrojada.

-M-me ayudas con el corsé.

-Claro, mi niña.

Mathias aflojó las cintas y luego lo dejó caer, Anne gimió de alivio.

Mathias no pudo evitar que su entrepierna respondiera, tenerla ahí semidesnuda a solas era una tortura.

-No sabes lo incómodo que resulta eso -dijo Anne en un susurro.

-No, pero lo imagino, saldré un momento mientras te aseas y te vistes, la comi...

Tocaron la puerta e intuyó que era la muchacha, la cual entró con una bandeja con dos platos que contenían; pan, guiso, carne, patatas al horno queso y té.

Mathias tomó la bandeja y la colocó en una mesa, observó a Anne sacando un vestido de la maleta, se veía tan linda en ropa interior, admiró el níveo de su piel perlado de rosa; sus pequeños pechos con aquellos puntos rosa que tanto lo llamaban se notaban en la transparencia de su camisola y descubrió aquellas torneadas piernas y un perfecto trasero; ese no era el cuerpo de una niña, era una mujer bajo aquella apariencia; se llevó la mano al cabello y se lo revolvió, su entrepierna pedía a gritos que la tomará ahí, pero no le iba a obedecer, amaba a Anne y se lo iba a demostrar, por eso se propuso no tocarla hasta no estar casado con ella, aunque eso fuese una tortura.

Luego de que Anne se cambiara, ambos comieron y descansaron un poco. Mathias había disfrutado de la sensación de acostarse en la cama junto a ella abrazados, después de tomarse su tiempo y besarla con deleite, lo cual había resultado ser una hermosa tortura para él.

Pidieron comida para llevar antes de irse y emprendieron nuevamente su viaje, las intenciones de Mathias eran no detenerse hasta el anochecer y así poder aprovechar para avanzar más, y también le preocupaba que el cochero no hubiera descansado lo suficiente, por lo cual, apenas se toparon con una posada, el cochero se detuvo ahí. Mathias había tenido que tomar una difícil

decisión, ya que había solicitado tres habitaciones con el fin de no dormir junto a Anne, pero esta se lo tomó a mal pensando que no quería estar cerca de ella y en realidad era así, ya que era mucha la tentación de tenerla toda la noche en la cama sin poder tocarla, aun así, al ver sus ojos tristes y la sonrisa que había mantenido durante el viaje borrada, no hizo más que complacerla, por lo que en ese momento estaban cenando en la habitación que compartirían.

-¿Por qué no querías dormir en la misma habitación conmigo?

Mathias colocó el cubierto en el plato y tomó la mano derecha de Anne y empezó a acariciarla con su dedo pulgar.

-Mi niña, muero por compartir habitación contigo y dormir junto a ti, pero no sabes lo que me estás torturando, mi amor; muero de ganas por hacerte mía, de adorar tu cuerpo y no dejar ni un solo rincón de él sin saborear; muero de ganas de hacerte vibrar de placer, que me supliques por más y susurres o grites mi nombre cuando te haga llegar al éxtasis, pero, mi vida, quiero contenerme y respetarte hasta que seas mi esposa.

Anne se sonrojó, sintió que un escalofrío recorría su cuerpo; sus terminaciones nerviosas se alteraron y sintió su cuerpo arder junto a un cosquilleo en su abdomen; la había dejado sin aliento al imaginar lo que pudiera hacer, y ella lo deseaba, quería que la tomara de esa y todas las formas que él quisiera hacerlo.

-Mathias, yo...

-Mi amor, son solo un par de días, me prometí que no te tocaría hasta que seas mi esposa y así será, y no me importa si tengo que soportar la tortura de que duermas en mis brazos y no poder hacerte mía.

-Oh, Mathias -Anne llevó su mano libre a la mejilla de Mathias y la acaricio, Mathias subió su otra mano y la colocó sobre la de ella para hacer más cálida su caricia -no me importaría si lo haces antes, te amo y en pocos días nos casaremos...

-No, mi amor, por una vez quiero hacer las cosas bien, además, tengo miedo de que te arrepientas y ya no quieras casarte conmigo o que alguien se interponga.

-Mi amor, te amo y no me voy a arrepentir de nada y, aunque mil personas quieran interponerse, nada me hará desistir.

-Oh, mi bella niña, cómo te amo.

Se acercó a Anne y se apoderó de sus labios, los cuales besó con ternura; la amaba tanto que dolía, jamás había pensado en poder amar tanto a una mujer como la amaba a ella.

Meterse a la cama había sido un tormento; luego de darle unos minutos a Anne para que se aseara y se preparara para dormir con la excusa de que tenía que hablar con el cochero, entró a la habitación en donde la encontró metida en la cama, fundada con un camisón blanco de tirantes; estaba apoyada sobre el respaldo de la cama con un libro en las manos, la observó detalladamente, cada vez que la veía era más hermosa y en pocos días iba a ser suya. Anne alzó la vista al verlo entrar y esos hermosos ojos grises grandes brillaron de felicidad.

-¿Lista para dormir?

Ella asintió y lo observó con un sonrojo.

-Sí, es solo que... -titubeó- quería que estuvieras junto a mí cuando me quedara dormida.

-Mi niña hermosa -se acercó y le dio un suave beso en los labios-, nada me haría más feliz que te duermas en mis brazos.

Anne le regaló una gran sonrisa y lo observó a detalle mientras Mathias se soltó el nudo de la corbata, se quitaba la chaqueta y el chaleco, subió las mangas de la camisa y se dirigió a la jofaina para echarse un poco de agua en el rostro, se acercó a la cama y se sentó en la orilla. Mathias podía sentir la mirada de Anne observándolo a detalle, se quitó los zapatos y se metió en la cama junto a ella y la atrajo a su pecho.

-¿No te quitarás la camisa? -indagó.

-No, mi vida, creo que es lo mejor. -Aunque odiaba dormir vestido.

Sus bellos ojos lo observaron con curiosidad y sonrió, amaba que fuera tan curiosa.

Anne subió su rostro y acercó sus labios a los de él y los besó, Mathias respondió a su beso y se dejó llevar, sus manos empezaron a explorar el suave cuerpo de Anne y ella con movimientos torpes empezó a quitarle la camisa, Mathias no lo resistió más y la lanzó al suelo, luego se colocó sobre Anne.

-Creo que debería detenerme.

-No quiero que lo hagas -suplicó.

Anne lo besó. En ese momento lo único que le impedía tenerla desnuda era aquel camisón que poco a poco fue subiendo por sus piernas hasta llegar a sus caderas, acarició la suave piel de sus piernas, hasta llegar a su trasero y lo apretó, ella se estremeció en sus brazos, Mathias soltó su boca y bajó con suaves besos hasta sus pechos, de los cuales saboreó y se deleitó; su mano exploró entre sus piernas hasta encontrar los pliegues y el centro de su placer, torturó su botón y se deleitó al escucharla gemir, siguió su exploración y la penetró con sus dedos, dejó sus pechos y subió a su boca en donde absorbió cada uno de sus gemidos y suspiros; disfrutó cuando la llevó al éxtasis, ya que ella gritó su nombre.

La siguió besando despacio y sintió las manos de Anne buscar la pretina de su pantalón y la detuvo.

-Mi niña, aún no.

-Mathias, por favor, yo lo quiero, quiero complacerte también.

-Y yo muero por que lo hagas, pero debemos esperar un poco más.

Le bajó el camisón, subió los tirantes de este y la arropó en las cobijas atrayéndola a su pecho, luego besó su coronilla.

-Te paciencia, mi amor, solo son un par de días.

La escuchó suspirar mientras acariciaba suavemente su brazo, y fue sintiendo su respiración acompasada, lo que indicaba que ya se estaba durmiendo; sonrió, cómo adoraba tenerla ahí en sus brazos y, aunque la tentación de hacerla suya era mucha, había logrado poder contenerse, pero no se sentía preparado para dormir con ella, ya que también temía despertar en medio de la noche atormentado por uno de sus demonios.

Despertó sintiendo una suave caricia en su cabello y se dio cuenta de que no estaba solo, su reacción automática fue tomarle fuerte la muñeca para detenerla y la sintió tensarse y asustarse, lo que hizo que se espabilara abriendo de golpe los ojos y fijara su vista en el rostro que tenía frente a él, unos ojos grises muy abiertos lo observaban con sorpresa y temor, soltó el agarre al darse cuenta que no había sido un sueño y que quien estaba ahí junto a él era su niña, su amor, Anne, no una mujer cualquiera con la que solía pasar sus noches; llevó su mano a la mejilla de Anne y la acarició suavemente dándole una sonrisa que ella no demoró en responderle.

-Lo siento...

-Descuida, supuse que no lo esperabas. -Dibujó una sonrisa para tranquilizarlo.

-Realmente no, por un minuto pensé que estaba soñando.

Desde que había empezado con su desenfundada vida de alcohol, mujeres y placer nunca había aceptado que una mujer le brindara algo más que solo sexo, ni una caricia, ni un beso fuera de acto, ni una sola muestra de cariño; no quería un vínculo con ninguna, por lo que cada vez que alguna lo intentaba se comportaba agresivo.

-No -besó su mejilla-. Estoy aquí, junto a ti, a menos que estemos en el mismo sueño, juntos -dijo jocosa.

Mathias rio.

-Si es así no quiero despertar nunca.

Se acercó a ella y la besó suavemente.

-¿Qué hora es? -preguntó Mathias dando un vistazo a la habitación.

-No lo sé, recién había despertado, y por lo que veo ya es de día. Mathias observó la ventana, el sol brillaba, eso indicaba que hacía mucho había amanecido; se sorprendió no haber despertado en medio de la noche.

-Deberíamos prepararnos, bajar a desayunar y seguir con el viaje, aún nos queda bastante para llegar.

La abrazó con fuerza, besó su coronilla y luego se puso de pie ayudándola a levantarse; la observó nuevamente fundada en aquel camisón que tanto le había gustado la noche anterior y su erección le dolió, se maldijo a sí mismo, no era el momento para pensar en eso, pero la deseaba tanto.

-Desayunaremos abajo, si no te molesta. -Necesitaba salir de esa habitación.

-Claro que no, creo que estaría bien ver un poco de gente.

Mathias se lavó la cara, notó que ya tenía indicios de barba, aunque no era momento para afeitarse; cuando estuviera en Escocia lo haría, de momento solo quería salir de esa habitación, ya que sentía que no iba a poder resistirse más a la tentación de hacerle el amor; Anne era tan sexual para él que dolía, cómo dolía; se colocó la camisa y todo lo demás, por último, se puso los zapatos y, cuando subió la vista, la vio ahí frente a él, estaba desnuda, de espaldas; se quedó embelesado viendo aquel sensual cuerpo de delicadas curvas, la boca se le hizo agua y un agudo dolor le penetró en la entrepierna; tragó saliva cuando ella se dio la vuelta. Sus pechos lo invitaban con esos pequeños botones rosa y ese triángulo rubio, en donde quería perderse hasta enloquecer, lo trastornó; la vio colocarse la camisola y los calzones y fue cuando salió de su trance, sacudió la cabeza abruptamente y soltó todo el aire que había retenido.

-T-te espero abajo -consiguió decir; Anne lo observó y le regaló una sonrisa. Lo estaba provocando.

-Enseguida estoy ahí.

Se levantó sintiendo que sus piernas no le obedecían y caminó lentamente hasta la puerta; tras salir y cerrar se apoyó en la pared. Jamás había pensado que enamorarse pudiera ocasionar tal tortura y más desear tanto a la mujer que amaba.



-¿Cuánto falta para llegar? -quiso saber Anne.

-Si todo sigue bien, algunas horas; espero que no te moleste que comamos algo hasta que lleguemos.

Anne negó con la cabeza, realmente no preguntaba por tener apetito, sino porque estaba ansiosa.

-No, creo que comí mucho en el desayuno.

-Estabas famélica, por lo que vi; no importa, es normal.

-Te refieres por...

Mathias disfrutó de su sonrojo y le besó la frente.

-Puede ser, pero me refería al viaje, anoche no cenaste mucho.

-Tú tampoco y aun así yo comí más que tú -protestó.

-Se puede decir que no acostumbro a comer mucho cuando viajo.

Anne dio un pequeño bostezo.

-Creo que deberías dormir un poco.

-No es necesario.

-Yo creo que sí, deberías prepararte para nuestra noche de bodas, ya que no te dejaré dormir en toda la noche -dijo risueño.

Anne lo observó con un sonrojo y los ojos muy abiertos.

-Yo...

-Oh, mi dulce niña, solo descansa. -Le dio un suave beso en los labios.

No tuvo que esperar mucho para que Anne nuevamente se quedara dormida en sus brazos y cómo le gustaba.

Luego de cinco horas más de viaje, el cochero les anunció que ya habían llegado, deteniéndose en una de las posadas.

Mathias despertó a Anne y la ayudó a bajar. Al entrar en la posada se dirigió al posadero que estaba tras una barra.

-Buenas, me gustaría una habitación para mí y otra para mi cochero que está afuera.

-Claro, mi hija los ayudará.

-Una pregunta, ¿algún cura o alguien que pueda casarnos?

-El cura, no creo que lo haga, ya que hoy no se encuentra, pero el viejo Mackenzie podría hacerlo, es aquel que está en la mesa del fondo. -Le señaló un hombre grande.

-Gracias -se dirigió a Anne-. Ve a la habitación, en un rato me

reúno contigo.

Anne asintió y una joven pelirroja de una edad muy parecida a la de Anne se acercó a ella.

-Ella es mi hija Rudy, la llevará a su habitación, señorita -indicó el posadero.

Anne asintió y siguió a la muchacha mientras Mathias se dirigía a la mesa del fondo, donde le había indicado el posadero; al llegar ahí, un hombre de unos cincuenta años, de mejillas rosadas, cabello cobrizo y con algunas canas y arrugas, y fuertes brazos de herrero, bajó la jarra de cerveza que estaba bebiendo y lo observó al detenerse frente a su mesa.

-Me dijeron que usted puede casarme.

El hombre lo observó dándole una estudiada y luego sonrió.

-Por supuesto, pero como vera, me preparo para comer; si gusta esperar, lo haré.

-Descuide, no tengo prisa, mi prometida y yo también comeremos algo.

-Me parece bien, caballero, ¿gusta acompañarme?

-Si no es molestia, pero primero debo ir por mi prometida.

-Ve, muchacho, de momento les ordenaré el mejor plato de aquí -le aseguró con una sonrisa.

Mathias asintió; luego de ir a buscar a Anne y asearse, se reunieron para compartir mesa con Mackenzie, quien era uno de los herreros del pueblo, y el cual se comportó muy simpático con ellos.

-Ya llené mi estómago, así que usted manda, caballero.

-Podemos ir ahora mismo, ¿estás de acuerdo? -Observó a Anne.

-Sí, solo que me gustaría cambiarme -bisbiseó.

-Claro, mi niña, ve, yo te espero aquí.

Anne observó para todos lados, le quería pedir ayuda con el vestido, pero quería que fuera una sorpresa. Mackenzie, que estaba observándola, no pasó desapercibido lo que le sucedía.

-Rudy te ayudará.

Llamó a la muchacha y, después de indicarle que le brindara ayuda, subió a la habitación con Anne.

-Es una mujer muy hermosa -le dijo a Mathias cuando se retiraron.

-Sí y creo que no la merezco.

Mackenzie dibujó una sonrisa.

-Demuéstrate lo contrario, muchacho.



Anne llegó a la habitación y sacó el vestido que había preparado para ese momento, el vestido que le había regalado Elizabeth unas semanas atrás, como si intuyera que eso iba a pasar; lo extendió en la cama y notó que estaba arrugado, la muchacha que estaba tras de ella lo observó con una sonrisa.

-Es hermoso, señorita.

-Si, está un poco arrugado, podrías traer para plancharlo.

-No se preocupe, yo lo haré.

La muchacha tomó el vestido, salió de la habitación, minutos después entró con el vestido, se veía impecable, y bien planchado. Anne estaba en ropa interior observando el corsé que tanto le desagradaba, debatiéndose entre ponérselo o no, pero sabía que haría que su vestido se viera mejor.

-Listo, señorita, ¿en qué la ayudo? -Colocó el vestido en la cama.

-Gracias. ¿Rudy es tu nombre?

-Sí, señorita. -Se acercó, tomó el corsé, y lo observó. -Supongo que se lo pondrá.

-Lo odio, pero sí -le dijo con una sonrisa-. Tal parece que es necesario.

Rudy le regaló una sonrisa y luego le colocó el corsé y la ayudó a colocarse el vestido, la peinó, elaborándole una trenza de media corona, dejando su largo y ondulado cabello rubio suelto; su último dilema fueron los zapatos, pero como eran para un par de horas eligió los que había llevado al baile.

Al verse preparada dio un suspiro, se observó nuevamente en el espejo y sonrió, estaba muy nerviosa y se veía bellísima. Debía admitir que, cuando Elizabeth le había pedido a la señora Clarit hacer ese vestido, tenía el presentimiento de que eso sucedería; por un momento le pasó por la mente que quizás Mathias habría hablado con ella antes; no, su amiga lo presentía, dibujó una sonrisa soñadora y observó a Rudy, quien la admiraba orgullosa de su trabajo.

-Hiciste un excelente trabajo, Rudy -la felicitó con una sonrisa.

-Gracias, señorita, se puede decir que siempre he querido ser doncella, por lo cual práctico con mis hermanas, y mi padre siempre me asigna para ayudar a las damas que llegan sin una doncella.

-¿Qué edad tienes? -quiso saber, ya que no se veía mucho mayor que ella.

-Quince, señorita.

-Aún eres joven, y dime, ¿dónde te gustaría ser doncella?

-En Londres, de una señora o señorita refinada, así como usted, pero es imposible, mi padre no me dejaría irme sola de casa.

Anne sonrió, le pasó por la mente que ella podría ayudarla; Katherine iba a necesitar una doncella y hasta ella misma iba a necesitarla o eso creía, hasta ese momento no le había pasado por la mente esa posibilidad. Ya no sería más una doncella.

-No soy una señorita refinada, Rudy.

-Oh, sí lo es, señorita.

Casi lo era, tal parece que Kathy había hecho muy bien su trabajo cuando decidió darle lecciones de etiqueta y de cómo caminar con clase.

-Vamos, ¿crees que tu padre te deje acompañarnos?

-Claro, puedo ser su testigo; por cierto, regaladme unos minutos.

Anne asintió, se observó nuevamente al espejo, sabía que estaba hermosa y también estaba nerviosa, en algunos minutos se convertiría en la esposa de Mathias y, a partir del momento que diera el sí, todo cambiaría, ya no sería Anne, la niña que empezó a trabajar como doncella para que no pudiera escapar tras su primer amor, sino Anne, la mujer que se había casado con el hombre que robó su corazón. Estaba sumida en sus pensamientos cuando Rudy entró nuevamente en la habitación, llevando unas flores en sus manos.

-Ten, creo que lo necesitarás -le entregó un ramillete-. Ahora déjeme colocarle estas. -Le enseñó unas pequeñas flores blancas que tenía en la mano, luego se acercó y se las colocó en la trenza que le había hecho anteriormente-. El señor se va a quedar mudo cuando la vea -le dijo con una sonrisa.

Anne no lo pensó más, apenas tuviera la oportunidad, le diría a Mathias si podía llevarla con ella; la muchacha le caía muy bien y le

recordó a ella unos años atrás.



Hacía mucho no bebía cerveza, pero en ese momento la necesitaba, ya que estaba muy nervioso y no pudo despreciar la invitación del señor Mackenzie; sintió el sabor amargo en su garganta y recordó un tiempo en donde se perdía en la cerveza hasta que esta dejó de hacerle efecto y pasó a algo más fuerte. Volvió a fijar su vista en las escaleras y vio a Rudy bajar, tras ella venía su niña, se veía hermosa con aquel vestido que parecía haber sido elaborado especialmente para ese día; llevaba el cabello suelto y deseó fundir sus dedos en esos rizos rubios; sintió su boca seca, estaba impresionado, ya que ante él estaba la mujer más hermosa que había visto nunca, la mujer que amaba y la que en poco minutos se iba a convertir en su esposa. No puedo evitar sentir celos tras las miradas que le enviaban algunos de los presentes.

-Sospecho que se casará con la mujer más bella del lugar.

Carraspeó, dio un sorbo a su cerveza para humedecer su garganta y sonrió.

-Sí, es muy bella -afirmó con una sonrisa tonta.

Se puso de pie y caminó a grandes zancadas hasta acercarse a ella, la observó con una gran sonrisa que ella le devolvió, no pudo evitar la tentación y le dio un rápido beso.

La ceremonia había sido sencilla, luego de un par de palabras en donde se hicieron algunas promesas y firmaron un acta, Mathias la había besado como si no hubiese un mañana, ganándose un carraspeo del señor Mackenzie y un par de risas de Rudy.

Mackenzie le había dicho que celebraran su reciente matrimonio, y eso fue lo que hizo, aunque estaba ansioso por llevar a Anne a la habitación, meterla en la cama y hacerle el amor.

-Se ve muy feliz, muchacho -le dijo Mackenzie observando a Anne.

Mathias desvió su mirada hacia donde se encontraba Anne, quien conversaba vehemente con Rudy y otra de sus hermanas; le había pedido al señor McDougal, el dueño de la posada, a la muchacha para que trabajara como la doncella de Anne mientras estuvieran ahí, ya que había visto que Anne se llevaba muy bien con ella.

-Si, supongo que lo está. Al menos eso se ve.

Anne lo observó y le regaló una sonrisa que él no dudó en responder.

-Supongo que ambos estaban deseosos por consumir el matrimonio y creo que yo estoy interrumpiendo una noche de bodas.

Mathias observó la jarra a la que apenas le había dado un sorbo.

-Admito que estoy ansioso, pero ella merece eso también.

Ella vio reír a carcajadas de algo que una de las muchachas dijo.

-Sospecho que no le costará mucho hacerla feliz.

-Eso espero, ya que es a lo que pienso dedicarme de ahora en adelante.

Mackenzie sonrió, en algún momento recordó esa época de su vida.

-¿Está nervioso, muchacho?

-Mucho -afirmó; de alguna forma, el viejo herrero le había caído muy bien.

Mathias no lograba entender por qué se encontraba tan nervioso.

Se sentía como un colegial a punto de tener su primera vez y no era la primera vez que estaba con una mujer; en realidad si, era la primera vez que estaba con una mujer a la cual amaba, con su Anne, y temía lastimarla; se conocía muy bien y las ansias por estar con ella lo estaban matando y no tenía ni la menor idea de qué hacer, la noche anterior se había contenido, aun así había disfrutado de que ella se derritiera en sus brazos y sabía que de igual forma lo iba a volver a disfrutar; fijó la mirada en la jarra de cerveza, la cual había mantenido desde que habían llegado, dio otro sorbo y lo dejó en la mesa con decisión.

-Si me disculpa, tengo una esposa que atender.

El viejo herrero lo observó con una sonrisa y asintió.

Mathias se dirigió hacia donde estaba Anne, observó que las muchachas se le quedaron viendo y le regalaron una sonrisa tímida.

-¿Puedo robarles a mi bella esposa?

Anne lo observó con una sonrisa mientras las muchachas asentían y se retiraban; le extendió la mano a Anne, quien no dudó en tomarla. La llevó escaleras arriba y caminaron en silencio hasta la habitación; pudo notar que no solo él estaba nervioso, ya que Anne también lo estaba. Tras entrar en la habitación, cerró y se acercó a ella, que estaba de pie frente a la cama.

Anne estaba nerviosa, tenía una pequeña idea de lo que iba a suceder; tanto Katherine como Clara le habían dado una pequeña charla cuando su curiosidad le ganó y preguntó, además de la experiencia que había tenido la noche anterior, aun así, estaba muy

segura de que lo que iba a suceder en esa habitación no era nada comparado con lo que le habían hablado.

-¿Todo está bien, mi niña?

Observó a Mathias, él estaba frotándose la nuca, ¿estaba nervioso?

-Sí, es solo que...

Guardó silencio y Mathias intuyó qué le estaba pasando, se acercó a ella y la besó suavemente.

-Todo va a estar bien.

-Mathias, yo..., yo... no sé qué debería hacer y tú...

Debía admitir que el principal motivo de sus nervios era ese, ella no sabía nada sobre darle placer a un hombre y él estaba acostumbrado a estar con mujeres experimentadas, y Anne era la primera mujer a la que le quitaría la virginidad.

-No digas nada, mi amor. -La silenció con uno de sus dedos-. Esta también es mi primera vez, ya que es la primera vez que lo hago con la mujer que amo.

Abrió los ojos y le regaló una sonrisa. No era lo mismo, pero de cierta forma le daba tranquilidad.

-Mathias, yo..., yo también te amo.

-Eres tan hermosa, mi niña, y quiero adorarte, adorar cada rincón de tu cuerpo.

Mathias le dio la vuelta y empezó a quitar los botones de su vestido, la tarea le fue un poco difícil, ya que sus dedos eran torpes, estaba ansioso y ya no resistía las ganas de hacerle el amor, pero sería paciente, debía ser paciente, debía tratarla con cariño y dedicación.

Cuando soltó el último botón, el vestido cayó en un susurro de tela, luego le desató el corsé y la llevó a la cama, en donde la sentó, se acuclilló frente a ella y le quitó los zapatos seguido de las medias y acarició la aterciopelada piel de sus piernas, besó las marcas que dejaron las ligas; dio un suave masaje a sus pies, en donde se deleitó con sus suaves suspiros; se puso de pie, se soltó el nudo de la corbata, se quitó la chaqueta y el chaleco, luego se sentó en una silla que estaba cerca para quitarse los zapatos. Pudo observar que Anne en ningún momento había apartado la mirada de él, era tan penetrante, llena de inocencia y timidez, pero también de deseo;

antes de acercarse nuevamente a la cama se quitó la camisa, la puso de pie y le quitó los calzones y la camisola; ahí, desnuda frente a él, la admiró y luego la tumbó en la cama, se tumbó junto a ella y la vio a los ojos.

-Estoy tan nervioso como tú, mi amor -le aseguró dejándole suaves besos en las mejillas.

-Pero tú si...

-Mi amor, ya te lo dije, es la primera vez que lo hago con la mujer que amo y temo lastimarte, ya que también eres con la primera virgen con la que estoy.

Delineó su rostro con su dedo índice, su nariz, sus labios; admiró aquellas pequeñas pecas que apenas se le notaban y acarició su mejilla, luego acercó su boca a la de ella y empezó a besarla suavemente, con roces delicados, en donde poco a poco fue aumentando la tensión; bajó sus manos para explorar su cuerpo, rozó sus pechos, bajó a su cintura y palpó su abdomen; la escuchó gemir cuando le apretó el trasero y luego volvía a hacer el mismo recorrido hasta posar una mano en uno de los pechos, en donde jugueteó con su pezón hasta que este endureció; soltó sus labios y la escuchó suspirar, se puso de pie y se quitó los pantalones, necesitaba sentirla, piel con piel, se tumbó sobre ella y la volvió a besar, sus besos eran desenfrenados y sus manos exploraban cada rincón de su cuerpo mientras las manos de Anne se movían torpes por su pecho, sus brazos y su trasero; soltó su boca y recorrió la barbilla y el cuello con suaves besos hasta llegar a sus pechos, ahí se apoderó de uno de ellos con deleite, mientras el otro era acariciado por su mano, lo soltó y se deleitó con su otro pecho; los gemidos de Anne aumentaron y se arqueó para entregarle aún más los pechos, los cuales disfrutó con deleite. Una de sus manos bajó y se adentró en medio de las piernas, en donde sus pliegues estaban húmedos, preparándose para él; los rozó suavemente y se concentró en aquel pequeño botón que la hizo estremecer; lo torturó a deleite y luego de penetrarla con sus dedos, los sacó y dejó un camino de besos hasta llegar a ese jardín de rizos rubios, en el que quería perderse.

-Ma-Mathias...

Cerró las piernas cuando lo vio bajar la cabeza en medio de sus piernas, Mathias la instó para que las abriera y ella no demoró en hacerlo temerosa. Se perdió en su aroma, deleitándose de su sabor, era tan dulce, tan delicioso. La torturó con su lengua y le encantó escuchar su nombre entre jadeos, susurros y gemidos; subió la vista y la vio morderse el labio, se veía tan erótica, la sintió arquear las caderas y Mathias se dio cuenta de que estaba a punto de llegar a su éxtasis, la penetró con sus dedos mientras que con su boca torturaba el pequeño botón, la sintió estremecerse en su boca y su delicioso sabor lo inundó; suavemente succionó su botón y ella soltó un gemido ahogado, luego subió sus labios hasta sus pechos, recorriendo su abdomen y se deleitó con ellos nuevamente; la sintió relajada y sonrió, se incorporó y se tumbó junto a ella, la miro a los ojos, estaba sonrojada y sus ojos brillaban lujuriosos.

-Mi amor, apenas estoy comenzando -le advirtió con una sonrisa coqueta que Anne adoró.

Anne lo observó risueña, sus ojos estaban llenos de deseo, se acercó a él y lo besó; un beso desenfrenado con una pelea de lenguas y dientes que le anunciaba que estaba preparada para lo que fuera que quisiera hacerle; sus manos explotaron su cuerpo, las sintió bajar por su abdomen y tocar la aterciopelada piel de su miembro, Mathias gruñó y le detuvo la mano.

-¿Te lastimé? -preguntó asustada.

-No, mi amor, es solo que si me tocas no podré contenerme.

-Yo solo quería darte placer -bisbiseó.

-Mi vida, y los estás haciendo, créeme -le besó la nariz-, ya luego podrás tocarme todo lo que quieras, te lo prometo, ahora dejarme perderme en ti.

Se apoderó de sus labios y se colocó en medio de sus piernas, besó sus pechos y rozó su intimidad con su miembro, el cual se humedeció; la besó despacio mientras poco a poco se iba adentrando en ella, sintió la pared que lo detenía y suspiró, tenía miedo de lastimarla, así que la distrajo con besos y caricias, mientras que con una embestida rápida se abrió paso, ella soltó un gritillo y cuando la miro notó destellos brillantes en sus ojos, eran lágrimas. En ese momento se arrepintió, no quería lastimarla.

-¿E-e-estás bien? ¿te hice daño? -preguntó angustiado.

Anne negó con la cabeza.

-Es solo que dolió un poco...

-Me puedo detener, si así lo deseas.

-No, no lo hagas, sigue.

-Empezaré a moverme; si te duele, dímelo. Por favor -suplicó.

La vio asentir y se apoderó de sus labios y llevó una de sus manos para jugar con su pecho mientras comenzaba un vaivén suave de caderas, poco a poco la fue sintiendo relajada y fue aumentando la velocidad. Anne levantó las caderas, aquellos suaves movimientos la estaban enloqueciendo y el cosquilleo en su vientre aumentaba, quería sentir más, sentirlo más cerca, buscó cómo pegarse más a él, pero sintió nuevamente aquel ardor y se tensó, no comprendía que sucedía si necesitaba más de él.

Mathias al sentirla tensa se detuvo y la hizo bajar las caderas.

-Mi amor, ten paciencia, me encargaré de ti.

Aumentó su vaivén mientras su boca se apoderó de uno de sus pechos, del cual se deleitó, la sintió gemir, suspirar y cómo su interior se empezaba a contraer; aumentó los movimientos y la sintió estremecerse bajo de él.

-¡Oh, Dios! -chilló Anne, su mente estaba en blanco disfrutando de aquel éxtasis- Mathias... ¡Oh!...

Suspiró y gimió su nombre varias veces más y luego se dejó caer laxa y satisfecha, Mathias la besó nuevamente y después de unos segundos salió de ella con un gruñido, dejando su simiente en el vientre de Anne por una brutal sacudida; se dejó caer sobre ella con cuidado de no aplastarla, estaba agotado, extasiado y lleno de plenitud, jamás se había sentido así en toda su vida, con ninguna mujer.

Respiró profundo, subió el rostro y observó a Anne, tenía los ojos cerrados y una radiante sonrisa, pero su respiración era rápida; le acarició la mejilla y ella abrió los ojos.

-¿Estas bien, mi amor?

-Sí -dibujó una enorme sonrisa. -Ahora entiendo por qué Katherine no sale de la habitación con Sebastián. ¡Dios! Mathias esto es... es...

-Maravilloso... -terminó de decir él.

La vio dejar de sonreír y en su mirada se reflejaba tristeza.

-¿Qué sucede, mi amor?

-Tú ya sabías lo que se siente, supongo que por eso...

-Calla, mi niña, no, no lo sabía, ya que jamás había sentido lo que acabo de sentir contigo.

La besó suavemente y se puso de pie, tomó una de las toallas y la humedeció en la jofaina, volvió a ella, limpió sus pequeñas salpicaduras de sangre y los demás fluidos de entre sus piernas y abdomen, luego se limpió él y se tumbó a su lado, la atrajo hacia él y la acomodó en su pecho.

-Oficialmente eres mi esposa, Anne Beckham, ¿te arrepientes?

-De momento no, no me arrepiento. Te amo, Mathias y soy feliz de ser tu esposa.

Anne había sido consciente de que cuando se casara con Mathias su vida iba a cambiar, ya que no sería más la doncella y protegida de Katherine, sino que sería la esposa de Mathias Beckham. Sería Anne Beckham y estaba asustada, pero muy feliz, ya que estaba en los brazos del hombre que amaba. Se fue quedando dormida disfrutando de la calidez de sus brazos y el ritmo del corazón de Mathias que poco a poco iba disminuyendo. Cómo le gustaba estar ahí.

Mathias dibujó una sonrisa, se sentía tan pleno y lleno de vida, tenía en sus brazos a la única mujer que había amado y que iba a amar para la eternidad, la única que había hecho de él alguien diferente en mucho tiempo; sintió cómo la respiración de ella se acompañaba y sonrió, poco a poco se fue quedando dormido también. Tenía en sus brazos a su esposa y era feliz por eso.



Estaban abrazados, desnudos y extasiados, habían hecho el amor nuevamente apenas unos minutos, por cuarta vez desde que lo habían hecho por primera vez. Mathias jamás hubiera imaginado que esa mujer con apariencia de niña pudiera ser tan sexual y ardiente en la cama, había disfrutado con ella lo que no había disfrutado ni con dos mujeres a la vez. Era tan fascinante para él.

Mientras acariciaba sus caderas, Anne dejaba suaves besos en su cuello, no podía cansarse de ella, y ya la estaba deseando otra vez,

y su amigo tampoco es que ayudara mucho, jamás lo había visto tan activo y el motivo no había sido la abstinencia de los meses atrás, sino ella, su esposa.

-Mi amor, si sigues así, tendré que hacerte el amor otra vez - protestó jocoso.

-No tengo ningún problema en eso -su voz era sensual.

-¡Demonios, mujer, me vas a matar! y admito que moriré feliz. - Mordió el lóbulo de su oreja y ella se estremeció.

-Muerto no me servirías -hizo un mohín y se acurrucó en su pecho-. Así que dejaré que descanses.

Recién había amanecido y habían dormido poco, estaba agotada y no tenía ni idea si viajarían ese día o se quedarían más tiempo, simplemente quería seguir ahí, en sus cálidos brazos, y si fuese posible seguir disfrutando, uniendo su cuerpo con él. En ese momento recordó lo que le iba a pedir a Mathias. Aunque no sabía cómo hacerlo, recién se había convertido en su esposa y no sabía si estaba bien pedirle algo.

-Mathias...

-Sí, cariño.

-Cuando regresemos a Londres, ¿dónde vamos a vivir?

-Tengo un apartamento, de momento nos quedaremos ahí mientras compro una casa.

-¿Y el viaje a Norteamérica?

-Solo iremos un par de meses, será para resolver un asunto pendiente y revisar lo que me pidió Sebastián, no nos quedaremos ahí más que eso.

-Pensé que sería por más tiempo.

-No, espero realmente que no sea así, ya que quiero que cuando tengamos hijos, ya estemos instalados en Londres. ¿Si queréis vivir en Londres?

Hasta el momento no había pensado en hijos, pero tenía razón, con todos lo que hicieron era normal que viniesen lo hijos, y eso le hizo mucha ilusión.

-Sí, ahí están mis padres cerca, aunque Hampshire también es muy bonito.

-Lo es y nuestros amigos viven ahí. ¿Conoces Worcestershire?

-Todavía no, pero dicen que es bonito también.

-Lo es, apenas tenga oportunidad, iremos, así conoces a mis padres, creo que aún no los conoces.

Anne se puso tensa, ya que sí había tenido la oportunidad de conocerlos, al menos al conde y le había parecido un hombre muy serio y autoritario.

-Estuvieron de visita en casa de Katherine para el baile; a tu madre apenas la vi, con tu padre sí compartí unas palabras.

-Verás que le vas a gustar, mi madre es un encanto -la tranquilizó.

-Eso espero -se quedó acariciando el pecho de Mathias en silencio por unos minutos-. Mathias, yo..., yo... quería pedirte algo -titubeó.

-Sí, mi niña, dime.

-Puedo contratar a Rudy, digo, como mi doncella, aún no sé si la voy a necesitar, es solo... Bueno, si no Kathy... -titubeó.

-Sí la vas a necesitar, mi amor, y déjame hablar con McDougal, recuerda partir de ahora eres mi esposa y puede que no posea un título, pero tendrás una vida muy parecida a la de Kathy o tu hermana, yo me encargaré de eso.

Y realmente esperaba que fuera así, puede que no hubiera pensado como Sebastián, pero tenía un pequeño porcentaje en acciones de una empresa de su padre. Y le iba a pedir ayuda a Sebastián para invertir en nuevos negocios, quería darle a Anne todo lo que fuese necesario, ya que cualquier fortuna no se comparaba con su amor.

Anne no pudo evitar sorprenderse, en ningún momento aquello se le había pasado por la mente. Mathias era hijo de un noble y sin querer se había convertido en una señora de sociedad; solo esperaba que todo lo que a regañadientes le habían enseñado sus amigas sirviera. Aunque de todas formas no esperaba asistir a esos eventos sociales.

No había sido fácil que McDougal aceptara que Rudy se fuera con ellos, debido a su edad y a los lejos que debía ir, aunque Mathias tuvo la ayuda y el apoyo de Mackenzie, que era su hermano; el hombre estaba firme a la negación hasta que Anne intervino y le prometió que cuidaría muy bien de la muchacha y que, si en algún momento quería regresar, ella personalmente la llevaría, promesa que se tomó muy en serio la señora McDougal, y le dio la oportunidad a su pequeña hija para que cumpliera su sueño, además de que, en confianza, Anne le había comentado que hasta hace unos días ella también había sido una doncella, así que Rudy iba a tener el mejor trato que pudiera darle.

Después de aquella conversación y de que la muchacha hiciera las maletas entusiasmada, emprendieron su viaje de regreso a Londres; al principio la muchacha los había acompañado dentro del carruaje, pero luego de una parada para pasar la noche en una de las posadas decidió ir junto al cochero. El viaje había sido más lento que el de ida y se habían detenido más veces para comer o descansar, se podía decir que Mathias estaba nervioso por llegar a Londres, podía imaginarse lo que le esperaba, no solo con su padre o Sebastián, también la ira de Katherine, Clara y Elizabeth, además de la familia de Anne; sí, se había precipitado, pero había valido la pena, ya que ahí estaba junto a su esposa la mujer que, aunque a muchos les contará creerle, era la que amaba y sabía que, si no hacía tal locura, no estaría con ella, porque iban a ser muchos lo que se opusieran.

Llegaron a Londres al anochecer, Mathias la llevó a su apartamento, esa noche descansaría, al siguiente día se encargaría de buscar un

mejor lugar para ellos dos y se enfrentaría a todo lo que viniese. En un principio había pensado en vivir ahí con ella, pero, luego de meditarlo mejor, ese no era el lugar para que su esposa estuviera ahí. Ella se merecía algo mucho mejor.

-Bienvenido, milord.

Al llegar al apartamento fue recibido por Jonhson, quien era su ayuda de cámara y su asistente y quien, además de la cocinera, era el único que vivía junto a Mathias y se encargaba de todo lo que necesitase. Había estado junto a él desde que había regresado de Norteamérica, su padre había sido quien lo había contratado para que lo cuidara y ahí estaba, había sido su fiel amigo, hasta el momento y esperaba que así fuera. Aunque no le acompañó a Hampshire, porque su padre así se lo solicitó, por lo tanto, aún no conocía a Anne.

-Gracias, Johnson. Te presento a mi esposa, Anne Beckham -Anne, quien estaba junto a él, le dio una sonrisa- y ella es su doncella-. Señaló a la muchacha que los seguía, observado todo.

-Un gusto, milady, Alfred Johnson.

-Igual, señor Jonhson -lo saludó con una sonrisa.

El hombre, luego de tomar las maletas, los guio hacia la segunda planta, en donde se encontraban las habitaciones. El apartamento de Mathias era pequeño y contaba únicamente con tres habitaciones, la principal y las de invitados.

-Milord, prepararé ambas habitaciones...

-No es necesario. -Hizo un gesto con la mano para restarle importancia-. Anne se instalará en mi habitación, de momento no ha traído sus cosas. Espero que ya mañana estén aquí.

-Entiendo, milord.

-Prepara un baño para ambos y ayuda a instalarse a la muchacha, su nombre es Rudy McDougal; dile a la señora Flint que le ayude, es un poco nueva.

-Sí, milord, yo mismo me encargaré.

Johnson se retiró llevando con él a la muchacha al piso de abajo, en donde se encontraba la cocina y sus respectivas habitaciones. Mathias, quien había dejado a Anne en su habitación, entró y la observó, la vio algo angustiada y jugueteando con la falda del

vestido...

-¿Sucedo algo, mi niña?

Anne subió la mirada y la clavó en la de su esposo.

-Es solo que todo esto es nuevo para mí...

-Lo sé, mi amor, pero todo saldrá bien. -La envolvió en sus brazos-.

Pedí a Johnson que prepare el baño, pronto subirá.

-¿Esta es tu habitación?

-Sí y ahora es nuestra.

La observó darle un vistazo a toda la habitación y luego a la cama, en donde detuvo la vista.

-Mathias -titubeó-. No quiero saber cuántas, pero...

Intuyó lo que quería decirle, se acercó a ella y la calló con un beso.

-Créeme, serás la primera mujer que dormirá en esta cama y en esta habitación, no voy a negar que han venido otras mujeres al apartamento, pero utilizo otra habitación.

Anne subió nuevamente la mirada, cargada de curiosidad.

-¿Por qué?

-Porque ninguna era lo suficientemente importante para tener el privilegio de estar aquí.

En ese momento Johnson entró en la habitación con un par de cubetas llenas de agua humeante y Rudy le seguía. Se dirigió al cuarto de baño, en donde había una bañera y empezó a llenarla y prepararla.

-Milord, manda a preguntar la señora Flint si desea comer algo.

-No, pasamos a comer antes de llegar. -Observó a Anne y esta negó con la cabeza-. Solo será el baño y no vamos a necesitar de ninguno, yo me encargaré de mi esposa. Ah, Rudy, podrías encargarte de tener uno de sus vestidos limpios para mañana.

La muchacha asintió; luego de que Anne le diera unas palabras, se marchó con un par de vestidos.

-Milord, necesita algo más. -preguntó Johnson.

-Creo que no, ayuda a Rudy, nada más.

Johnson dio un asentimiento de cabeza y salió de la habitación.

Mathias se acercó nuevamente a Anne y la besó en la frente.

-Te ayudaré con el vestido, creo que estás agotada.

-Un poco, ¿tú no tomarás un baño?

-Sí, pero lo haré junto a ti.

Anne abrió mucho los ojos y lo observó sorprendida, no sabía que podía tomar el baño con él.

-No te asustes, mi amor, ven.

La ayudó a desnudarse y a entrar en la bañera; cuando Anne estaba dentro, se desnudó, luego entró y se colocó detrás de ella; la sintió estremecer y suspirar al pegar la espalda con su pecho.

-Me hubiese gustado una bañera más grande, así no estarías tan incómoda.

Anne apoyó la cabeza en el hueco de su hombro.

-No importa, se siente muy bien estar así. En tus brazos.

No podía sentirse más dichoso y afortunado al abrir los ojos y encontrarse en su habitación con Anne en sus brazos, ella dormía plácidamente con la cabeza en su pecho; le corrió el cabello que tenía en su frente y sonrió. Hacía unos meses no se hubiera imaginado ser tan dichoso y tan feliz con una mujer en sus brazos. El suave toque de la puerta lo hizo salir de su ensoñación; movió a Anne con cuidado, se colocó la bata y abrió la puerta, Johnson lo esperaba del otro lado.

-Milord, su padre está aquí, lo espera en el estudio.

Mathias suspiró, ahí estaba el primero a quien tenía que enfrentar.

-¿Cómo se enteró?

Johnson le lanzó una mirada culpable. Ya que era quien mantenía informado a su padre.

-Descuida, sé que además de ser mi empleado trabajas para mi padre, cuidando de mí. Ya bajo, voy a vestirme.

Johnson asintió y se retiró.

Mathias entró en la habitación y se colocó la ropa. Anne aún dormía, así que prefirió no molestarla, de todas formas, él era quien debía enfrentar a su padre no ella; besó suavemente su frente y la vio removerse, para su alivio no despertó. Al bajar se encontró con Rudy, quien llevaba uno de los vestidos de Anne en las manos.

-Rudy, Anne sigue dormida y prefiero que descanse.

-Como ordene, milord.

-No sé cuánto voy a demorar, pero si despierta asegúrate de que coma algo.

La muchacha asintió y siguió su camino. Mathias entró en el pequeño estudio, su padre estaba ojeando un libro, sentado en el escritorio, tenía ese porte autoritario que solo él solía tener.

-Padre.

Nataniel lo observó muy serio.

-Por un momento pensé que no me atenderías.

-¿Por qué no habría de hacerlo? -dijo encogiéndose de hombros.

-Quizás porque cometiste una locura, llevarte a esa muchacha a Gretna Green para casarse, ¿qué pasaba por tu mente, Mathias?

-Que es la mujer que amo y no podía esperar más para estar con ella. Y tienes razón no debí atenderte, interrumpes mi luna de miel. - Dibujó una sonrisa coqueta y se sentó frente a su padre. Lo vio inspirar profundo y luego negar con la cabeza.

-Cuando me dijiste que te ibas a casar con ella, pensé que harías las cosas bien, no esta absurda locura.

-Para tu información no es absurda e hice las cosas bien, la hice mi esposa.

-¿Por cuánto tiempo? ¿Estás completamente seguro de que dentro de unos meses no te arrepentirás de haberlo hecho? ¿Y, lo más importante, por qué huir con ella?

-Por lo que reste de mi vida, y si la hice mi esposa es porque la amo y porque es la mujer con la que quiero compartir mi futuro.

-Y la traes aquí al mismo lugar donde traes a tus conquistas.

Mathias torció el gesto, estaba molesto, tenía razón, ahí llevaba a sus conquistas, pero Anne no era una de ellas. Y ya tenía planeado llevarla a vivir a otro lugar.

-Es solo temporalmente, empezaré a buscar una casa para irme con ella...

-No necesitas buscarla, Whistport Manor está a tu disposición - interrumpió Sebastián, que en ese momento entraba en el estudio-. Se supone que yo debería vivir ahí, pero decidí no hacerlo. Padre, espero que no te moleste, pero alguien debe vivir ahí.

Nataniel observó molesto a Sebastián, quien se sentó junto a Mathias.

-No es necesario, Sebas, yo...

-Lo es, de momento no tienes el dinero suficiente para comprar una

casa, o eso creo, y Anne no merece vivir aquí; llévala a Whistport Manor una temporada, mientras vendes este departamento y consigues una casa digna para una familia.

-Sebastián, no deberías estar apoya...

-Padre. -Hizo un movimiento en la mano para que guardara silencio-. Mathias ya se casó y puedo asegurarte que Anne así lo quería. ¿Que se precipitó? Sí, lo hizo, pero debemos apoyarlo, no por él, sino por ella; te has dado cuenta de que desde que la conoció Mathias es otro.

El conde se quedó unos minutos pensativo; si lo pensaba bien, Sebastián tenía razón, era mejor apoyarlo.

-Está bien, pueden irse a Whistport Manor, pero que quede claro, aún no te perdono y si en algún momento le llegas a hacer daño a esa muchacha me las pagarás, Mathias Beckham -rugió el conde.

-Y si no estás cómodo ahí yo tengo una propiedad que estoy rentando aquí en Londres.

Mathias guio su mirada hacia esa nueva voz y se sorprendió al ver a Eduardo entrando en el estudio.

-Yo no tengo propiedades que pueda prestarte aquí en Londres, pero estoy para ayudar en lo que necesites -sugirió Andrew, que llegó tras Eduardo.

¿Acaso todos se habían puesto de acuerdo para llenar aquella pequeña habitación que era su estudio? Observó a su padre, el cual estaba muy sorprendido y con el ceño ligeramente fruncido.

-¿Puedo saber qué hacen todos aquí a buena mañana? -quiso saber Mathias.

-Para tu información, es casi mediodía, y estamos aquí, ya que era el mejor lugar; si vas a mi casa, Katherine te matará y, si sobrevives, Clara y Elizabeth si te darán fin.

Mathias sintió un escalofrío recorrer su cuerpo, sabía que eso podría suceder, solo lamentaba no dejar descendencia aún.

-No tenía ni idea de qué horas eran, pensé que era más temprano y bueno, ya que están aquí, le diré a Johnson que traiga algo de beber. Por cierto, ¿cómo se dieron cuenta de que ya había vuelto?

-Padre me envió una nota. -Sebastián se encogió de hombros-. Y yo les avisé a ellos.

-Sabes que Elizabeth está que te mata; ella quería asistir a la boda, debía advertirte -anunció Eduardo.

-Y yo quería que supieras que tu suegro es un poco difícil y tiene un cuchillo muy interesante.

-¿Un cuchillo? -preguntó Mathias con los ojos muy abiertos.

Todos se echaron a reír a carcajadas.

-Nuestro suegro es cocinero y se divierte de lo lindo amenazándome con ese maldito cuchillo, ah, y estuvo a punto de castrarme cuando se enteró de que Clara estaba embarazada antes de casarnos. ¿Qué crees que hará contigo? -Sonrió-. Lo bueno es que ya tiene otro yerno para entretenerse -bromeó Andrew.

Mathias tomó una copa de whisky y se dejó caer en el sillón, estaba asustado. ¿Un cuchillo? ¿Por qué nadie le había advertido de eso antes?

Charlaron durante algunas horas, en donde le daban distintos consejos o le advertían de lo que podía sucederle, pero, sobre todo, todos sus amigos le dieron su apoyo. Mathias nunca esperó que pudiese tener amigos, después del profesor Maylon y Jordán, en quienes apenas confiaba, pero estos eran diferentes, sabía que podía confiar en ellos y que, si necesitaba algo, ellos no dudarían en brindarle ayuda y no lo abandonarían.

Eduardo le contó lo sucedido en el baile después de que se marcharan, estaba furioso, aunque feliz, ya que por fin Elizabeth iba a ser feliz sin obstáculos.

-No sabes cuánto lamento no haber estado ahí, le hubiese dado una paliza a ese malnacido.

-Yo también hubiera querido darle una paliza, pero Char no me dejó y, descuida, tú también estabas en una aventura y una muy buena. -Levantó ambas cejas en repetidas ocasiones.

Todos rieron y Mathias descubrió lo bien que se sentía tener amigos y poder hablar de esa forma con ellos.

La reunión con las damas no había sido tan agradable como la que había tenido con sus amigos por la mañana. Luego del almuerzo llevó a Anne a la casa de Sebastián para recoger sus pertenencias y Katherine lo encerró en el salón, junto a Clara y Elizabeth, que ya estaban ahí; tal parecía que ya se habían puesto de acuerdo para

esperarlo. Luego de encerrarlo, Katherine lo amenazó de muerte con un jarrón en las manos y Clara con la tetera que en ese momento estaba caliente; temió por su vida o al menos por acabar cortado y quemado; por suerte, Elizabeth había salido en su defensa, aunque esta no estaba menos enfadada, al menos de un golpe en la cabeza y en el estómago no había pasado a más; aún no comprendía cómo esas dos mujeres en su estado podían comportarse así de agresivas. Le tocó escuchar todos sus reclamos en silencio hasta que se cansaron y nuevamente volvieron con su parloteo, nunca en su vida había escuchado que las mujeres pudieran reclamar tanto, especialmente a Katherine, aunque no esperaba menos de ella. Luego de darle muchas advertencias y cuando por fin fue rescatado por Anne, estas lo felicitaron por su boda, con abrazos -vaya familia de locos eran-. Antes de irse Elizabeth le advirtió que debían asistir a su boda, ya que si no lo hacía iría a buscarlo por todo América solo para castrarlo, amenaza que se tomó muy en serio. Aunque de igual forma no pensaba viajar hasta después de su boda, que sería en tres semanas.

Luego de pensar y consultarlo con Anne habían decidido instalarse en Whistport Manor, al menos en una cosa tenía razón Sebastián, y era su próximo viaje, por lo que se dedicaría a buscar una residencia agradable durante las semanas que estuvieran ahí y esperaba que cuando regresaran ya tuvieran una residencia en donde pudieran formar su hogar como un nuevo y feliz matrimonio.

Anne se encontraba en el jardín de Whistport Manor leyendo un libro, era una de las cosas que más adoraba de la residencia, ya que sabía que la condesa era amante de las flores y por ese motivo el jardín era hermoso y entrar al invernadero era como estar en otro mundo. Cuando lo vio, lo primero que pensó fue en que su futura casa tendría uno así y que esperaba caerle bien a su suegra, ya que le pediría ayuda para llevar acabo aquella misión.

-Milady, tiene una visita.

Anne subió su vista del libro que estaba leyendo y observó a la doncella, tras ella estaba una muy sonriente Elizabeth.

-Gracias, María, podrías traer el té.

La muchacha asintió y entró en la casa, Elizabeth salió al jardín y Anne se puso de pie para recibirla con un abrazo.

-¡Por Dios! Solo mírate, te ves hermosa y pareces toda una dama - le dijo Elizabeth luego de soltarla, tomarla de las manos y observarla.

-No soy una dama y lo sabes Lizzy, aún no dejo de sentirme incómoda y extraña por todo.

-Te comprendo, luego ser autosuficiente, el hecho de tener un personal completo que haga todo por ti, resulta muy incómodo - Elizabeth suspiró-. Aún no me acostumbro a tener una doncella que me ayude a vestir y desvestir.

-En eso tienes razón -Anne se sentó en el sillón de mimbre, invitando a Elizabeth para que hiciera lo mismo-. Mi doncella resultó ser bastante obstinada, por más que insisto en que no requiero de su ayuda para todo, no para de protestar y decirme que para eso

ella está aquí -dijo con una sonrisa.

-En parte tiene razón, mira que traerla desde Escocia. Y además de eso la muchacha quiere aprender.

En ese momento la misma doncella que había llegado con Elizabeth salió con una bandeja, tras ella venía Rudy con una sonrisa y un brillo en la mirada.

-Milady, han llegado unos paquetes para usted y muchos, muchos vestidos.

Anne observó a Elizabeth con los ojos entrecerrados, sabía que ella tenía algo que ver en eso.

-¿Sabes de donde proceden, Rudy?

La muchacha le brindó dos notas. Anne las tomó y las observó: una era de la señora Clarit, la otra era de una tienda de Bond Street.

-Rudy, has que los suban todo a mi habitación, en un rato subo para darte algunas instrucciones.

La muchacha asintió y María salió tras de ella después de servir el té.

-Lizzy -la observó con los ojos entrecerrados-, ¿tienes algo que ver con todo eso?

Elizabeth le regaló una sonrisa culposa.

-En parte sí, los vestidos son los que le habíamos encargado a la señora Clarit la última vez; hoy fui a la tienda, porque necesitaba de su ayuda con el vestido de novia y me informó que el encargo estaba listo, por lo que le di la dirección de aquí.

-¡Ah, sí! Pero por lo que veo no solo son vestidos.

-Bueno -bajó la vista avergonzada-. Mathias me fue a buscar y me pidió ayuda, me dijo que necesitabas algunas cosas y sabía que si te llevaba no ibas a querer comprar nada.

-Y así es, soy consciente de que ya no soy una simple doncella, pero aún no me acostumbro. Hace unos días me persuadió para que abriera cuentas en algunas tiendas, pero es muy difícil para mí.

-Si sabéis que puedes contar con tus amigas -le recordó.

-Lo sé, pero no quiero ir de compras con Kathy, Clara regresó a Hampshire y, bueno, tú estás ocupada con los últimos preparativos de la boda.

Anne dio un sorbo al té y tomó uno de los bocadillos, le dio un

mordisco gustoso, adoraba los postres que hacía la cocinera.

-Cierto que ando un poco ocupada, pero de igual forma adoraría salir de compras contigo, te extraño mucho.

-Y yo a ti, Lizzy.

Luego de algunas horas desenvolviendo paquetes, seleccionando vestidos y dando algunas ordenes, el guardarropa de Anne había dado un cambio; había tenido que deshacerse de algunos de sus antiguos vestidos sencillos, de apariencia un tanto infantiles que poseía, que había decidido regalarle a Rudy y la muchacha muy gustosa y feliz los recibió.

-Vaya cambio ha dado mi guardarropa -suspiró observando el ropero.

-Algo así me sentí al ver el mío, después de que mis abuelos insistieran en que debía tener muchas cosas.

Ambas rieron a carcajadas, para ambas la vida había cambiado y el guardarropa también.

-¿Realmente Mathias te pidió ayuda para que compraras todo esto?

-Sí -afirmó con una sonrisa-, lo hubieses visto, estaba colorado tratando de decirme qué era lo que necesitabas -se echó a reír-. Quién iba a creer que un hombre catalogado como calavera iba a tener pena de decir calzones.

Anne intentó reír.

-A lo mejor solo se dedicaba a quitarlos -dijo encogiéndose de hombros; aunque había aceptado el pasado de Mathias, aun había temas difíciles para ella.

Elizabeth advirtió su dejo de tristeza en la mirada y deseó haberse mordido la lengua por el comentario.

-Anne, recuerda que él ya no lo es.

-Lo sé -se dejó caer en la cama-, es solo que pensar en que en algún momento él vuelva a...

-¡Shhh! Ni lo pienses Anne, Mathias te ama.

-Y yo también lo amo, es solo...

-Deja de pensar en eso. -Le tendió la mano para que se levantara de la cama-. Vamos a sentarnos en ese maravilloso jardín que tienes, por cierto, la mansión es hermosa.

Anne le tomó la mano y se levantó para salir juntas de la

habitación.

-Lo es, aunque aún no me acostumbro a vivir aquí. Y bueno no es permanente.

Ambas llegaron al jardín y tras ellas salió Johnson.

-Milady, la cocinera hizo pastel de manzana y manda a preguntar si desea comer.

Anne observó a Elizabeth y esta asintió.

-Sí, señor Johnson, y té, por favor.

El hombre entró nuevamente a la casa tras un asentimiento de cabeza.

-Qué hombre más serio -comentó Elizabeth.

-Un poco, aunque es muy amable y es otro de los que anda pendiente de que esté a gusto aquí, según dice, órdenes del conde.

-Se encogió de hombros-. Cuéntame, ¿cómo van los preparativos para la boda?

Elizabeth hizo un mohín de frustración, que le pareció cómico a Anne.

-Un infierno, entre mi suegra y mi abuela prácticamente no me dejan hacer u opinar. -Puso los ojos en blanco-. Odio ir de compras con ellas, hoy apenas pude me escapé.

Anne se echó a reír, sabía que la mamá de Eduardo era muy extravagante.

-Al menos es de tu gusto algo de lo que eligen.

-¡Dios, no! Ni te imaginas las extravagancias, tengo que encerrar a mi abuela en el salón y discutir con ella para que pueda concordar con lady Amelia y la haga limitarse.

-No me lo puedo imaginar -dijo jocosa.

-Francamente, estoy desesperada y deseo que estas dos semanas pasen rápido. Y no solo por eso, sino que Eduardo esta con los últimos detalles de la remodelación de la finca y ya lleva una semana en Hampshire.

-¿Tanto lo extrañas?

-La verdad, sí, prácticamente estábamos viviendo juntos desde que sucedió lo de Thomas; Eduardo se había instalado en Kingswood House, pero debió viajar por eso y porque ya el establo estaba reparado, así que decidió trasladar los caballos.

-Ya falta menos. -María les llevó nuevamente una bandeja con té y dos platos con trozos de tarta de manzana-. Yo lo sirvo -le dijo a la muchacha y esta se retiró-. Prueba esa tarta, es deliciosa, yo creo que esa cocinera tiene la misión de hacerme engordar.

Elizabeth tomó el plato y con una cucharita cortó un trozo de tarta, la escuchó suspirar y sonrió.

-Tienes razón, es deliciosa. -Se llevó otro trozo de tarta a la boca.

Anne sirvió el té y se deleitó con el agradable sabor a manzana.

-Cuéntame cómo va tu vida de casada.

Anne dibujó una sonrisa, Elizabeth pudo notar un brillo en su mirada.

-Muy bien, supongo, Mathias es muy cariñoso conmigo y siempre trata de complacerme y darme lo mejor; solo mira lo que te pidió.

-Cuando lo vi por primera vez, tuve el presentimiento de que ahí había un buen hombre.

-Y así es, por cierto. -Puso el plato vacío en la mesita y dio un sorbo al té-. Te quería hacer una pregunta.

-Dime, pero primero quiero más tarta.

Anne sonrió y mandó a llamar a una de las muchachas para que le llevara más.

-¿Mathias te comento algo de lo que tenía pensado hacer? Digo, del viaje a Gretna Green.

-No, ni siquiera sabía que quería casarse contigo hasta que me lo confesaste, ¿por qué?

-Decidiste regalarme un vestido especial y, créeme, me veía hermosa en él y, bueno, eso me causo curiosidad, pensé que tal vez Mathias te había pedido que lo mandarás a hacer.

-No, pero si te soy sincera, cuando me hablaste de los planes que tenía Mathias y debido a las circunstancias, supuse que haría una locura así, aunque no pensé que tan pronto. No sabes cuánto lamento no haber estado ahí.

-A mí también me hubiese encantado que estuvieras ahí; a pesar de que fue en una herrería, fue bonita y Rudy se encargó de que estuviera hermosa.

-Mathias me comentó más o menos cómo había sido y me agradeció por el vestido.

-Supongo que cuando se le ocurrió solo pensó en el anillo -dijo burlona-. Gracias, Lizzy, por ser mi apoyo.

-No tienes nada que agradecer; recuerda que, cuando estuve mal, tú fuiste quien más estuvo ahí a mi lado, me brindó su hombro para llorar y me consoló.

-Y lo seguiré estando -le aseguró.

-Por cierto, Anne, me mata la curiosidad, ¿es tan bueno como comentan?

Anne rápidamente se sonrojó, tenía una idea de lo que hablaba su amiga.

-¿En-en la cama?

-Sí, ahí; Anne, eres una mujer casada, ¿por qué te sonrojas? -se burló.

-Por el mismo motivo que tú lo harías si te lo preguntara.

Elizabeth se sonrojó.

-Te diré que Eduardo es muy... -guardó silencio y el sonrojo aumentó, eso de hablar de intimidades aún no se le daba, pero tenía curiosidad- cariñoso. Vale, no debería preguntar, es solo que escuché un comentario sobre Mathias en la boda de Joseph y Constance.

Anne arqueó una ceja y sonrió.

-¿Ah, sí? ¿qué clase de comentario?

-Te lo diré solo si prometes no sentirte mal.

-Lo intentaré.

-Anne, eso no me sirve.

-Anda, dímelo, ya me entró curiosidad y sirve para que te lo confirme -la chantajeó.

-Bueno, resulta que había un grupo de damas hablando sobre la pérdida que sería Joseph, ya que había dejado de ser un libertino y una de ellas comentó que aún quedaba uno de los mejores amantes, que era Mathias. Claro, ninguna era consciente de que ya se había casado, eso fue en la semana que estuvieron en Escocia.

Elizabeth le relató todo lo que había escuchado sobre Mathias y sus artes amatorias, algunas le sorprendieron a Anne, pero, si era sincera, Mathias le había enseñado las artes de la pasión de una mejor forma, muy distinta y acompañada de amor.

-No están tan equivocadas, ha sido una gran pérdida supongo -dijo

desinteresada.

-¡Caramba! ¿Me lo contarás?

Anne rio a carcajadas.

-¡Por Dios, Elizabeth!, debo admitir que es muy bueno, de hecho, los primeros días no quería salir de la habitación, aunque es el único amante que he tenido, así que no sabría decirte si hay mejores.

-Bueno, en eso tienes razón, pero mira que no querer salir de la habitación...

-Hey, no te hagas, Elizabeth, sé que tú también disfrutas con Eduardo y, si no fuera porque aún no están casados, sería igual.

Elizabeth no pudo evitar sonrojarse.

-Bueno, sí, en eso tienes razón.

Anne no pudo evitar echarse a reír al ver la cara de Elizabeth, esta vez había sido ella quien la había hecho sonrojar.

Siguieron su plática comiendo tarta de manzana, hasta que había llegado el momento de que Elizabeth se retirara, tras recibir una nota de Eduardo en donde le informaba que había llegado a Londres y que tendrían una cena; Elizabeth no lo pensó y se despidió para ir a ver a su amado.

Anne subió a la habitación y dio un vistazo al ropero, seguía sorprendida por todas las prendas nuevas que tenía, algunas ni sabía en qué momento las usaría, aun así estaba feliz de que Mathias buscara a Elizabeth para que esta le ayudara, sabiendo que ella misma no sería capaz de hacerlo; observó la ropa interior y se dio cuenta de que tenía muchos de esos molestos corsés y arrugó la nariz, aunque debía admitir que había algunos muy hermosos con encajes.

-Hola, mi amor...

Anne llevó la mirada a la puerta y se encontró con su esposo ahí, observándola.

-¿Hace mucho estás ahí?

-El justo para ver que empiezas a hallarle el gusto a eso. -Se acercó a ella señalándole el corsé, se lo quitó de las manos, la envolvió en un abrazo y la besó.

-Aún no le hallo el gusto, es solo que es muy bonito. -Se inclinó para besarle-. Gracias por todo esto.

-No tienes por qué, mi amor, ahora eres mi esposa y te mereces todo eso y más.

-Aún no me acostumbro; por cierto, vino Lizzy a visitarme.

-De verdad y por qué no se quedó a cenar.

-Le llegó una nota de Eduardo, algo de una cena.

-Ya veo. -Le dio un suave beso en los labios-. Hoy estuve viendo algunas casas con Sebas y hay una que me gustó en especial y está en Knightsbrige, muy cerca de la casa de Eduardo, quiero que vayas a verla conmigo mañana.

-Si a ti te gusta, no creo...

-Mi amor, será nuestra casa, por lo tanto, tiene que gustarte a ti también.

-Está bien, iré contigo a verla.

-Por cierto, Kathy te manda esto. -Le dio una cajita envuelta en una cinta roja.

-¿Qué es? -preguntó tomándola.

-No tengo idea, me dijo algo de un regalo de bodas tradicional.

Anne se sentó en la cama y abrió la cajita, dentro de ella se encontró con un montón de encaje rosa, al extenderlo vio que era una bata muy sexy.

-Vaya regalos hace mi cuñada.

Anne se sonrojó, la prenda era hermosa.

-Yo tampoco sabía que hacía ese tipo de regalos.

-Cuando la volvamos a ver, le daremos la gracias; ahora ve y pónitelo que muero de ganas por hacerte el amor con él puesto.

Anne se sentía eufórica, ya que era la primera vez que viajaba en barco. Ambos se encontraban en la cubierta del Princess, uno de los barcos de la naviera, el cual resultó que pertenecía a Elizabeth. Y hacía unas pocas horas había zarpado desde uno de los muelles de Londres.

Anne observó nuevamente el mar y luego a Rudy, la pequeña pelirroja se encontraba a cierta distancia junto a la pareja, igual o más eufórica que Anne, ya que también era la primera vez que realizaba un viaje en barco, Mathias no pudo evitar sonreír al ver la reacción de ambas. Lo primero que hicieron al subir fue llevar sus cosas a los camarotes y luego subieron a cubierta, ambas parecían unas niñas dando un paseo y explorando el barco, en donde el capitán en persona se había encargado de mostrárselo luego de haber zarpado. Como era común en la mayoría de los barcos de la naviera, no se llevaba muchos pasajeros y este era uno de ellos, por lo que además de ellos solo iba un matrimonio sin hijos y dos caballeros.

-El mar es hermoso -le dijo con una gran sonrisa.

-Lo es, mi amor, aunque después de algunos días te aburrirás de ver solo el mar.

Anne sonrió y siguió admirando el mar. Mathias la llevaba abrazada por la espalda y ella se acurrucó más en su pecho, desvió la vista y se encontró con una emocionada Rudy, quien estaba hablando con uno de los navegantes que los había acompañado en el recorrido del barco.

Mathias se sentía muy feliz de realizar ese viaje con Anne, aunque

debía admitir, estaba muy nervioso, ya que regresar a Boston era reencontrarse con un pasado, el cual no quería recordar. Desde que se había casado con Anne todos sus demonios y pesadillas habían desaparecido, ya que Anne se había convertido en su fortaleza, sus ganas de vivir y su felicidad, pero se había sentido muy angustiado y temeroso y la noche anterior, tras cerrar los ojos y ver aquella imagen, no consiguió dormir hasta después de que Anne despertara por la madrugada y le hiciera el amor hasta olvidar; se sintió tan mal por ello, ya que recordó la época en la que utilizaba el placer y el alcohol para olvidar y, aunque sabía que nada era mejor que perderse en el cuerpo de su amada, no quería utilizarla para eso.

-¿Cuánto dura el viaje, milord?

La pregunta de Rudy lo sacó de sus pensamientos.

-Aproximadamente unas semanas, todo depende del tiempo.

-¡Waaaa! -exclamó la muchacha y volvió al mismo lugar donde había estado antes, pero ya se encontraba sola.

-Está muy emocionada -comentó Anne.

-Lo sé al igual que tú, mi amor.

Anne apoyó nuevamente la cabeza en su pecho y sonrió. Cómo disfrutaba estar entre los brazos de su amado, se sentía tan bien y cálida.

Durante los primeros días, Anne se había mostrado un poco indispuesta, a lo que Mathias supuso que había sido por el viaje, ya que además de los mareos y el hecho de que no retuviera nada en el estómago eran síntomas comunes cuando se viajaba, no obstante, había una duda que invadía la cabeza de Anne, llevaban más de un mes de casados y, aunque no había tenido ausencia del periodo, sabía que esos eran algunos síntomas, por lo cual una noche mientras estaba acurrucada en el pecho de Mathias decidió salir de las dudas.

-Mathias... -Al no obtener respuesta pensó que se había dormido.

Mathias tardó en responderle, había estado pensando en lo que haría apenas pisara tierra norteamericana; últimamente, no hacía más que pensar en ello. La escuchó suspirar.

-Sí, mi amor.

Anne se removió.

-Estaba pensando... que... qui-quizás.

-¿Qué ocurre, mi niña?

-¿Estás seguro de que los síntomas son normales y provocados por el viaje? -farfulló.

-Sí, mi amor, no eres ni la primera ni la última que los sufre, ya te lo explicó el médico también.

Anne no sabía si era correcto decírselo, de igual forma lo hizo.

-Pensé que quizás, estuviera... -murmuró.

Mathias la hizo que lo viera a los ojos.

-¿Piensas que puedes estar embarazada?

Ella asintió con la cabeza.

Mathias le regaló una sonrisa y le besó la frente.

-Créeme, sería muy feliz, pero no creo que sea posible, mi amor.

Anne abrió mucho los ojos, ¿acaso él no podía tener hijos y no se lo había dicho? ¿De ser así por qué le había hablado de hijos?

-¿Por-por qué? -preguntó temerosa.

-Porque quiero que disfrutemos de algunos meses solos los dos y porque quiero que formemos nuestra familia en Inglaterra no en Norteamérica y, ya que no sé por cuanto tiempo vamos a permanecer ahí, he estado tomando algunas medidas de precaución para evitarlos.

-No, no lo sabía. -susurró.

Y tenía razón, hasta el momento, Mathias no le había explicado sobre las distintas formas de prevenir un embarazo, aunque ella era consciente de que él no terminaba dentro de ella.

-Déjame que te lo explique, mi amor.

Mathias la acurrucó bajo su brazo y empezó a hablar de las distintas formas de prevención y las que había utilizado con ella. Anne cada día se sorprendía cada vez más sobre lo que su esposo le podía enseñar, lo escuchó con atención.



El viaje había durado tal y como había previsto Mathias. Tuvieron la suerte de que el mal tiempo no se interpusiera en su viaje y había sido de lo más confortable, aunque Anne había estado indispuesta los primeros días, debido a los mareos y había estado en la habitación por algunos días, días en los que Mathias aprovechó para

estar con ella y cuidarla.

Llegaron a Bridgeport durante el atardecer, donde tuvieron que esperar a bordo durante algunas horas y cuando por fin el barco atracó en el muelle perteneciente a la naviera, se dirigieron a un hotel. Mathias no conocía muy bien la zona, ya que solo había ido en una ocasión. Andrew y Elizabeth, quienes habían vivido ahí, le dieron algunas instrucciones, incluso Elizabeth le había ofrecido su casa durante el tiempo que estuvieran ahí.

Mathias había planeado permanecer en Bridgeport, por al menos dos semanas, el tiempo suficiente para ponerse al día con lo que debía revisar en la naviera y lo que debía hacer ahí, luego se trasladaría a Boston, donde estaba su mayor tortura; se reuniría con el señor Larsson para que le diera todos los detalles de la empresa y luego con los supuestos compradores, haría la venta y regresaría a Bridgeport, haría el trabajo pendiente y regresaría a Inglaterra. Esperaba que, ya para su regreso, su nueva casa en Londres estuviera preparada para vivir ahí, ya que solo le haría algunas modificaciones. Sebastián le dijo que no se preocupara, él se encargaría de todo lo referente a ella.

Su primera noche en Norteamérica había sido de lo más normal, luego de una cena y un buen baño que tanto necesitaban, Mathias se metió en la cama junto con Anne, esa noche ambos estaban tan agotados que solamente durmieron abrazados; a la mañana siguiente se dirigieron a la casa que pertenecía a Elizabeth, como ella les había informado, su nana era quien se hacía cargo de la casa y gustosa se ofreció a trabajar para ellos durante el tiempo que permanecieran ahí. Anne le entregó una carta que le había enviado Elizabeth a Aurora, como era que se llamaba, y luego de leerla había llorado de felicidad cuando se enteró de que Elizabeth se había vuelto a casar, después de que le explicaron todo lo que le había sucedido.

-Estoy muy feliz por mi niña, sabía que el destino le tenía algo bueno en esas tierras tan lejanas.

-Y ella está muy feliz, pero la extraña mucho -le aseguró Anne, quien no había tardado en llevarse bien con la anciana.

-Yo también la extraño, pero ya no nos pongamos sentimentales. -

Se limpió el rostro-. Supongo que querrán descansar, vengán a las habitaciones, no tardaré nada en arreglarlas.

-Yo la ayudo, señora -se ofreció Rudy.

-No se preocupe, señora Aurora, vaya con paciencia -sugirió Anne.

-Dígame solo Aurora.

-Aurora, yo debo salir, tengo algunos pendientes en la naviera y no sé por cuánto tiempo estaré afuera, le dejaré dinero para que haga las compras. -Se acercó a Anne y le besó la frente-. Le encargo que cuide muy bien de mi esposa.

-No tenga dudas de eso, mi señor, no puedo encontrar mejor persona.

Mathias sonrió, le dio un beso a Anne en los labios y se acercó a Aurora para darle un saquito con monedas.

-Las veo luego, damas. -Se retiró.

Anne dio un vistazo a la casa, la cual era pequeña, de dos plantas y cuatro habitaciones, un cuarto de baño, cocina, comedor, un pequeño salón y una biblioteca. En ese momento comprendió por qué Elizabeth cuando llegó a Inglaterra siempre se quedaba muy sorprendida por las enormes mansiones, ya que la mayoría de las casas ahí eran del mismo tamaño o al menos eso parecía.

-Le propongo un trato, Aurora.

-Dígame, mi señora.

-Como mi marido no va a estar y no tengo ganas de descansar, ¿qué le parece si la acompañamos al mercado y así nos enseña el lugar? Cuando volvamos, yo también la ayudo con la habitación.

-Puede acompañarme, mi señora, pero yo me encargo de las habitaciones con la niña.

Anne sonrió, ya luego buscaría una excusa para que la señora la dejara hacer también.

El paseo por el mercado había sido de lo más confortable, tanto ella como Rudy habían estado muy contentas. Anne recordó la época en las que acompañaba a su madre a hacer las compras, hacía mucho tiempo que no lo hacía, y disfrutó mucho de ello, ya que había que ver a la señora Aurora protestar y pedir rebaja en los precios. Anne pensó que, en aquel momento de la vida, cuando solía acompañar a su madre, jamás esperó convertirse en señora y esposa de un

hombre de sociedad, ni siquiera cuando su hermana se casó con uno, de hecho, el matrimonio o formar una familia no le había hecho ilusión hasta que conoció a Paul, el cual volvió a su mente luego de algunos meses, al ver al carnicero, que era un hombre joven de cabello negro y ojos castaños, al igual que Paul. Anne meneó la cabeza, ya estaba casada con el hombre que amaba, no era momento para lamentarse por otro. Solo esperaba que él también hubiese encontrado el amor.

De regreso a casa Anne persuadió a Aurora para que la dejara ayudarla, si bien no se le daba cocinar, al menos, podría poner la ropa de cama limpia y acomodar su ropa y la de Mathias en la habitación. Cuando bajó a la cocina un aroma exquisito entró en su nariz, la señora Aurora había preparado venado al horno con verduras, y en ese momento estaba terminado con el postre, Rudy, quien había insistido en aprender a cocinar desde que habían llegado a Londres, así que le ayudaba a preparar la mezcla para rellenar un *pie* de moras que estaban elaborando.

-Eso huele delicioso, Aurora -comentó al entrar en la cocina.

-Espero que también le guste, mi señora.

-No tengo dudas, y ese *pie* también. -Señaló el recipiente-. Lizzy me comentó que su comida era deliciosa.

-Oh, mi niña. -Los ojos se le iluminaron de felicidad-. Siempre le gustaba lo que le preparaba.

-Por cierto, puedo unirme a las clases de cocina, me gustaría en algún momento prepararle algo a Mathias.

-Claro, mi señora, yo encantada le enseño.



Anne se encontraba cepillándose el cabello cuando Mathias entró en la habitación, iba envuelto por una bata y tenía el cabello húmedo; debido a que no contaban con cuarto de baño personal, debían tomarlo en el compartido, que se encontraba al final del pasillo, y era de donde venía Mathias.

Anne dejó el cepillo en la cómoda y observó a Mathias, se veía agotado y recientemente se notaba algo ojeroso y distraído; tal como en ese momento, sentía curiosidad por saber qué le sucedía, se levantó de la silla, caminó hacia él y lo abrazó por la espalda, se

deleitó con su aroma fresco y jabón.

-¿Cómo te fue en la naviera?

Mathias se dio la vuelta, la fundió en sus brazos y la besó suavemente.

-No tan bien como esperaba, el señor Benjamín se las está ingeniando, ya que había mucho desorden tanto en los libros de cuentas como en las bitácoras donde se anotan los viajes; tal parece que, en el último año, y debido a la ausencia de Sebas y Andrew, no han estado trabajando como deberían en el control.

-Oh, supongo que han tenido algunas pérdidas.

-Sí, pero no te preocupes, todo era debido a Thomas y su amigo; ya se ha solucionado, solo hay que ponerse al día, mañana me reuniré con el contador. -La llevó a la cama y Anne se metió entre las cobijas, Mathias se quitó la bata y se metió junto a ella, atrayéndola a su pecho-. ¿Qué tal fue tu día, mi niña?

-Aurora nos llevó al mercado y disfrutamos mucho ahí, me hizo recordar a mi época de niña cuando iba con mi madre.

Mathias la besó en la coronilla.

-¿Te gustaba mucho ir al mercado con tu madre?

-Un poco, si, solíamos terminar en un puesto de comida, bebiendo un té y comiendo empanadas -dijo con una sonrisa.

-Puedes seguir acompañando a tu madre cuando regresemos a Inglaterra, no veo ningún problema en ello.

-Se supone que no está bien, ya que ahora soy tu esposa.

-Mi amor, no hagas caso a esas reglas; cuando regresemos ve un día con tu madre si eso te hace feliz.

Anne sonrió y Mathias aprovechó para acercarla más y besarla.

-Creo que debemos descansar -le dijo después de que soltó sus labios.

-No estoy cansada -dijo Anne con un mohín.

-Mi amor...

Al ver que iba a protestar, Anne se movió y se subió a horcajadas sobre Mathias y le lanzó una mirada muy coqueta y tentadora, mordiendo el labio inferior, acto seguido empezó a moverse suavemente frotando una dura erección contra su humedad, lo que hizo que Mathias la besara con pasión y ella consiguiera la que

estaba ansiando.

La estadía en Bridgeport se había extendido más de lo que Mathias tenía planeado, debido a que el trabajo que había que realizar en la naviera referente a las cuentas era bastante y a eso se le agregaba que Mathias aún no se sentía preparado para viajar a Boston, así que no tuvo ningún problema con alargar la estancia a dos meses. Pero, debido a una carta que había recibido hacía unos días, en donde el señor Larsson le comunicaba que los posibles compradores querían reunirse con él cuanto antes, debieron partir a Boston.

Mathias había decidido alojarse en un hotel durante su estadía ahí, ya que, como él lo tenía planeado, solo iba a firmar un papel y luego volvería a Bridgeport a seguir con el trabajo en la naviera.

-Espero que te guste el lugar, mi amor.

Estaban en una de las habitaciones de la *suite* que había alquilado, la cual parecía un sencillo apartamento, ya que disponía de distintas habitaciones, un salón, un comedor y un miniestudio.

-Es muy bonito.

-Espero no estar aquí por más de una semana y trataré de mostrarte el lugar mientras permanezcamos aquí.

-¿Aquí fue donde viviste cuando vivías en Norteamérica?

-Sí, aquí en Boston está la universidad en donde estudiábamos Sebastián, Andrew y yo. Aunque ellos luego se desplazaron a distintos lugares.

-Espero que en algún momento me la muestres. -Sentía curiosidad por saber dónde había estudiado.

-Lo haré, mi amor. -La besó en la frente-. Ahora prepárate para bajar a cenar.

Anne asintió y le pidió ayuda a Rudy para cambiarse de vestido, no hacía mucho tiempo se habían instalado en el hotel.

Mathias salió de la habitación para darle privacidad a su esposa para que pudiera cambiarse de vestido. Se dirigió al salón, se sirvió una copa de vino y caminó hacia la ventana; en el cielo no había estrellas, estaba oscuro y ni la luna se asomaba en ese momento. Mathias sintió que así había estado su alma durante los últimos cinco años hasta que había conocido a su dulce niña, la mujer que lo hacía feliz, su luna que brillaba en medio del cielo oscuro. Dio un trago a la copa y suspiró; desde que había regresado a Norteamérica, sus demonios lo habían visitado ocasionalmente y su ansiedad por la bebida había aumentado, pero había tratado de evitarlo lo más que podía y se limitaba a beber pequeños sorbos de vino. Cuando entró en la suite, lo primero que vio fueron varias botellas de licor en el salón, las cuales mandó a retirar antes de que Anne se enterara. Anne aún no sabía de su adicción de beber para olvidar y no quería hablar de eso con ella, aunque sabía que ella era consciente de que él bebía mucho en el pasado. No quería hacerla sufrir por un pasado que no quería recordar; dio otro sorbo a la copa y pensó en la reunión que tendría al día siguiente. El señor Larsson lo había citado a solas para hablar de algunos asuntos de los cuales debería estar informado y en los siguientes días se reunirían con los compradores. Mathias solo esperaba que todo fuera lo más rápido posible, ya que quería largarse de ese lugar.

Escuchó la suave voz de su bella esposa y desvió la vista a hacia ella; se había puesto un vestido en tono melocotón y se veía hermosa, con una trenza floja, con la que tanto le gustaba verla, aunque prefería verla con el cabello suelto. Dejó la copa en una de las mesas y caminó hacia ella con una sonrisa.

-Estás hermosa, mi amor.

-Me dices lo mismo cada día, Mathias -dijo con un sonrojo y una sonrisa.

-Y no me cansaré de decírtelo, mi amor. -Le dio un suave beso y desvió su atención a Rudy -Rudy, ¿irás vestida así a cenar?

La muchacha lo observó sorprendida.

-Milord, yo... yo no podría...

-Claro que puedes -aseguró Anne-. Ponte uno de los vestidos que te regalé.

La muchacha observó a Mathias y este asintió.

-No estamos en Inglaterra, aquí las cosas son un poco distintas; ve a cambiarte, muchacha.

La muchacha corrió ansiosa a su habitación y Anne lo besó dándole las gracias.

-No tienes que agradecer, mi amor, no la dejaremos aquí encerrada, además, ella es quien te acompaña siempre que no estoy y cuida de ti.

Anne le regaló aquella sonrisa que tanto le gustaba y él sintió que su corazón se hinchaba de puro amor.

-Mañana saldré temprano. Así que no te sorprendas si cuando despiertes no esté aquí.

-Me gustaría que en algún momento me despiertes cuando sales.

-Mi amor, duermes tanto que ni cuenta te darías si abusara de ti por la mañana.

Anne se sonrojó.

-Desde que me casé contigo me he vuelto más holgazana, siempre acostumbraba a despertar después del amanecer. Si no fuera porque insistes en mantenerme despierta hasta tarde, aún lo haría.

-Dime que no lo disfrutas. -Le regaló una sonrisa coqueta.

Anne se paró de puntilla y le besó el hoyuelo que tanto le gustaba.

-Milord, milady, estoy lista. -Rudy se presentó ante ellos.

-Te queda muy bien el vestido -dijo Anne al verla.

-Sí, milady, la señora Aurora me ayudó un poquito para adaptarlo a mi cuerpo.

Aunque Rudy era de la misma estatura de Anne, era un poco más rellenita, por lo cual la mayoría de los vestidos le quedaban algo apretados.

-Vamos, espero que la cena sea de su agrado, damas.

Mathias le tomó la mano a Anne y la dirigió hacia la puerta.



Apenas si había pegado un ojo, ya que se había mantenido casi toda la noche en vela y por más tentación que tenía de hacerle el amor a su mujer se había resistido. Anne había llegado agotada y

después de la cena y un baño apenas había tocado la cama, se había quedado profundamente dormida, así que disfrutó de admirarla al verla dormir.

Salió de cama, se lavó la cara y notó los círculos negros que se le estaban instalando bajo sus ojos, hacía mucho no los veía ahí, así que suspiró, esperaba que los días ahí pasaran rápido para que su vida siguiera su curso normal, moría de ganas por volver a Inglaterra y cumplirle la promesa Anne de tener una familia, y de tener sus hijos. Con esa idea se vistió y salió de la habitación, bajo al restaurante en donde después de beber un café y desayunar ligero se dirigió a la empresa.

Hizo el recorrido a pie desde el hotel al edificio en donde estaba la oficina, para así evitar su ansiedad y tratar de tranquilizarse, ya que la oficina no estaba muy lejos de donde se estaban hospedando; cuando la distancia se hacía más corta a su destino un recuerdo de aquel trágico día llegó a la memoria, justo en esa esquina le había dicho a Sarah que se adelantara, ya que había olvidado un documento importante, y ella no se negó; sacudió su cabeza para borrar el recuerdo y se detuvo frente al edificio de dos plantas, aquel edificio estaba tal y como lo recordaba. Entró y una cara muy conocida lo recibió, era el señor Mateo Smith, quien había sido secretario de Larsson Company desde hacía diez años y este lo recibió muy sorprendido. Mathias se preguntó qué hubiese pasado si el día de la tragedia Mateo no hubiera tomado medidas y corrido a buscar a la policía apenas notó algo extraño. ¿Estaría muerto él también?

-¿Se-señor Mathias Beckham?

-Sí, Mateo, soy yo.

-Qué sorpresa, señor, no pensé volver a verlo, me habían dicho que regresó a Inglaterra hace más de tres años.

-Y así fue, pero ya ve, aún tengo algunos pendientes por aquí.

-Es una alegría verlo y sabe que es bien recibido.

-Gracias, Mateo. ¿El señor Larsson se encuentra?

-Sí, llegó hace una hora, ya le aviso que usted está aquí.

Lo vio subir rápidamente las escaleras y dirigirse a la que era la oficina principal, minutos después regresó.

-El señor Larsson lo espera en la oficina.

-Gracias, Mateo; por cierto, ¿ya te casaste?

El hombre lo observó con una gran sonrisa.

-Sí, hace tres años y soy padre de dos hermosas niñas -dijo con orgullo.

Mathias recordó que Mateo había tenido una novia y había estado ahorrando para comprar una casita y poder casarse con la mujer que tanto amaba.

-Me alegro por ti.

Mateo le dio un asentimiento con una sonrisa.

Mathias se dirigió a las escaleras y fue poner el pie en el primer escalón para que miles de imágenes llegaran a su mente; subió con dificultad, ya que sentía los pies pesados y, cuando llegó al segundo piso, más imágenes llegaron; tragó saliva, sentía la boca seca y un dolor en el pecho, aun así, llegó a la puerta de aquella maldita habitación y tocó, el señor Emanuel Larsson le indicó que entrara y así lo hizo. Se quedó helado al cruzar la puerta; la habitación estaba tal y como la recordaba, otros miles de imágenes llegaron a su mente y sintió la necesidad de perderse en alcohol, para que este hiciera su función como anestesia; inhaló fuerte, mantuvo el aire unos segundos y lo dejó salir, Emanuel se encontraba al otro lado de un escritorio grande de roble revisando algunos documentos.

-Buenos días, señor Larsson -saludó con una inclinación de cabeza.

Emanuel subió la vista de los documentos.

-Buenos días, señor Beckham. -Mathias se acercó a él y le tendió la mano, Larsson le respondió el saludo-. Tome asiento, por favor.

Mathias asintió, dio un vistazo a la habitación y observó algunos planos en la mesa grande de madera que estaba en un costado cerca de la ventana, se sentó frente a Larsson expectante.

-Me dirá cuál es motivo de esta reunión -cuestionó.

-Claro, para eso lo cité; verá, como le comuniqué en la carta, pienso vender mi parte de la constructora y hay un comprador interesado; en realidad, es una empresa constructora que se está expandiendo, por lo que está dispuesto a comprarla entera, y ya que no tienes interés...

-Como le comunique -lo interrumpió-, no tengo ningún problema

con venderle mi parte.

-El asunto es el siguiente -se enderezó en la silla y lo observó serio-, ¿gusta beber algo antes de proseguir?

-Un café estaría bien.

«Aunque en este momento lo que más deseo es un trago del licor más fuerte que exista», pensó.

Larsson salió de la habitación, minutos después volvió a retomar su lugar, aclarándose la garganta.

-Como le decía, este comprador está muy interesado en adquirir la constructora, pero quiere cambiar el nombre de la empresa apenas la adquiera, ya que tiene distintas empresas a lo largo del país, por lo tanto, debemos finalizar los contratos pendientes antes de realizar la venta.

-Comprendo, pero se puede elaborar un contrato a los clientes antiguos asegurándoles que terminarán su trabajo. ¿O los nuevos dueños no se harán cargo?

-Ese es el asunto, me reuní con los clientes que tienen los contratos más grandes en vigencia y estos se rehúsan a que no seamos nosotros quienes terminemos el trabajo. -Mateo entró con una bandeja que contenía dos tazas de café y algunas galletas, la dejó en la mesa y se retiró, Mathias esperó a que el Larsson prosiguiera-. Verá nuestros clientes quieren que les devolvamos el dinero que dieron por adelantado, ya que algunos aún no inician los proyectos de construcción, y los que sí piden que se les termine o que se devuelva lo que aún no se ha invertido, ya que no se fían de que su trabajo sea terminado.

-Comprendo y es entendible, deben tener miedo a que no les finalicen el trabajo, pero supongo que los dueños deben ser una empresa reconocida.

Larsson tomó la taza de café y le dio un sorbo, después de añadirle un par de cucharadas de azúcar.

-Así es, es una empresa constructora muy conocida al norte del país, pero como aquí no es muy conocida los clientes no confían, por lo que decidí no firmar la venta hasta que se termine el último contrato.

Mathias se enderezó en la silla y arqueó una ceja.

-¿Y cuándo sería eso?

-En un año aproximadamente.

Mathias lo miró de soslayo.

-¡Por todos los demonios! -No comprendía para qué lo había mandado a solicitar con urgencia si aún no planeaba vender la empresa.

-Sé lo que está pensando, pero el asunto es el siguiente -dijo Larsson, dio otro sorbo a la taza de café llamando la atención de Mathias-: que podríamos romper los contratos si les devolvemos su adelanto, pero como sabrás se les pide el 50 % del costo total por adelantado y el dinero se utiliza para comprar parte del material, pero también se estudia el terreno, se realizan los planos y si hay que realizar alguna demolición se trabaja en eso, por lo que no contamos con tanto presupuesto. Y a eso le agrego que los trabajos ya van avanzados.

-Tengo entendido que la empresa está generando bastante -lo cuestionó.

-Y así es, pero ese no es el punto, sino que la mayoría de lo que los clientes pagaron ya fue invertido, así que sería más bien una perdida; además de eso, hay algunos clientes que todavía tienen facturas pendientes. Si le mandé a llamar es porque necesito que me ayude con los libros, sacar los nombres de los deudores y analizar cuánto se ha invertido en estos contratos pendientes, entre otras cosas más, y bueno yo soy demasiado tonto para eso, apenas si entiendo de números, como sabrá mi trabajo es diseñar edificios. - Señaló la mesa llena de papeles-. Y, además de mi difunto hermano, en usted es en él único en quién confío para que haga ese trabajo. Y así también le damos toda la documentación referente a la empresa al día a los nuevos compradores Mathias suspiró, estudiar aquellos libros era recordar el origen de la tragedia, de sus pesadillas y de un pasado que quería olvidar. Principalmente en aquel lugar.

-¿Quién ha llevado los libros hasta el momento?

-Mateo me ha ayudado, él sabe un poco, aun así, ambos sabemos que la capacidad que usted tiene no la tiene ninguno que conozca. - Se encogió de hombros-. Y ya que es el dueño de la mitad no veo que tenga ningún inconveniente. Además de que también saldría

beneficiado.

Mathias tomó la taza de café que hasta el momento no había tocado, omitió el azúcar y lo bebió de un solo trago. Larsson tenía razón, ya que era dueño, era parte de su obligación, aun así, no quería hacerlo. No quería estar en ese lugar y mucho menos revivir un pasado, el cual creía que ya no le afectaba tanto.

-Puedo buscar a alguien de confianza para que lo haga -aventuró, buscando la forma de evitar hacerlo él mismo.

-Veo que aún no lo ha comprendido, después de lo que sucedió no confío en nadie para que lo haga, por lo que se lo estoy pidiendo a usted -le dijo en tono brusco.

Mathias se levantó y dio un recorrido a la habitación, debía pensar qué iba a hacer, sabía que no podía darle la espalda a Larsson, además de que este estaba muy seguro de lo que quería, y él también estaba muy interesado en vender la maldita empresa.

-¿Cuántos libros son?

Larsson se levantó y caminó hacia un mueble de repisas que había en la pared junto a la gran mesa y se la señaló.

-Aproximadamente cincuenta libros.

-¿Tantos?

Larsson se encogió de hombros.

-Nadie los ha tocado desde la última vez que usted lo hizo, solo se van acumulando.

-¿Cómo demonios se supone que llevan las cuentas aquí? -Mathias había enarcado ambas cejas y lo observaba con interrogación.

-Ya se lo dije, Mateo es quien se ha encargado, realmente hasta el momento no hemos necesi...

Mathias lo interrumpió exasperado. ¿Cómo podía ser posible tal cosa?

-¿De cuánto dinero estamos hablando? O cuanto cree que debería pagar en caso de devolver lo invertido.

-Aproximadamente 400 millones de dólares.

-Es mucho -reflexionó-. ¿Y con mi dinero? el cual no se ha tocado en años, no podría pagarse y así evitar todo esto.

-¿Está dispuesto a perder parte de su fortuna cuando ambos sabemos que en esos libros hay mucho más que eso? ¡Piénselo!

-En eso tienes razón, es solo que...

-Mathias, si mi hermano confió en usted para esto y lo dejó a cargo es porque el mismo lo preparó y confió en usted, ya que usted tiene la capacidad. Y lamento mucho lo que pasó, no solo usted perdió a un ser querido, yo perdí a mi sobrina y a mi hermano -le recordó con un dejo de tristeza en su voz-. No desaproveche la oportunidad, solo serán un par de meses, podemos contratar a alguien para que lo ayude, si es necesario.

-Maylon solo me dejó la empresa porque me casé con Sarah.

-Se equivoca, muchacho, mi hermano cambió el testamento luego de la muerte de Sarah, en realidad, la empresa me quedaba a mí en su totalidad.

-No..., no era consciente de ello.

-Ahora lo sabe, así que cuando le digo que mi hermano creía en su capacidad es porque así era.

Mathias observó los libros y se quedó en silencio, tenía razón, en esos libros podía encontrar muchas cosas, y no tendría que sacrificar su dinero, el cual había pensado en invertirlo comprando una propiedad en Hampshire, para su futura familia, y el resto del dinero lo invertiría en alguno de los negocios que le había mencionado Sebastián; si era así, podía dedicarse a su futura familia como lo hacía su hermano y tener una vida acomodada sin depender de su padre.

-¿Y con el dinero de la compra?

-Si bien sabemos que es bastante, a los clientes hay que darles el dinero antes que el nuevo dueño haga la compra, así que está complicado.

Mathias se dirigió hacia la ventana, en donde observó a nada específico en la calle, a pesar de que esta estaba bastante concurrida. Lo mejor sería resolver todos los asuntos que fueran referentes a la constructora, ya estaba ahí.

«No tengo nada que perder» pensó.

Inspiró profundo y fijo la vista en los libros; si conocía tan bien a Mateo como conocía esos libros, debían estar en total orden; sería solo sacar toda la información necesaria, hizo cálculos mentales, minino tomaría un mes y medio. -¡Un mes y medio de maldita

tortura!-. Y luego volvería a Inglaterra con Anne.

«Solo es un mes y medio», se dijo mentalmente para darse ánimos.

-Está bien -confirmó con un sabor amargo en su boca- con una condición, necesito quien me ayude con ellos.

Larsson dibujó una sonrisa y asintió.

-Me pondré a trabajar en eso, puedes estar seguro de que para mañana lo tendrás.

Se quedaron un par de horas más en la oficina hablando sobre todo lo referente a la empresa y cómo había cobrado fama durante todos esos años, y su cartera de clientes había ido en aumento. En realidad, Larsson no quería vender la empresa, ya que le tenía mucho aprecio, pero, debido a la salud de su hijo, se trasladarían al otro lado del país y le sería imposible vigilarla, por lo que con el dinero de la venta intentaría formar una nueva empresa. Mathias lamentó el hecho de venderla, la constructora había sido uno de los mayores tesoros de Maylon, pero sentía que no la merecía y sabía lo orgulloso que estaba y todo lo que habían luchado los hermanos Larsson para crearla; empezó como una pequeña constructora de casa que poco a poco fue construyendo más edificios y por lo que sabía el contrato más grande que tenían era de un hotel; Larsson había tenido planes para formar parte del ferrocarril, ya que ese negocio había ido aumentando a través de los años.

Analizando todo lo que le había comentado Larsson de la constructora, su crecimiento y sobre su venta, se marchó a la casa, era hora del almuerzo y esperaba que Anne todavía no hubiera almorzado, así saldría a comer con ella y le mostraría un poco el lugar, ya que iban a permanecer ahí un tiempo; debía al menos conocer y saber dónde podría o no podría ir, ya que había lugares marginados.

Anne se encontraba en el salón enseñándole un poco de costura a Rudy, que apenas si había aprendido de su madre y con la señora Aurora; desde que había contratado a la muchacha había insistido en enseñarle algunas cosas, «ya parezco Katherine», pensó; dibujó una sonrisa, de cierta forma tenía razón, adoraba ver a la muchacha feliz aprendiendo algunas cosas y así también pulía un poco lo que ya sabía.

Había disfrutado enseñándole a leer y escribir, cosas que la muchacha no sabía hacer del todo bien, también le había enseñado algunos pasos de baile, aunque ella también era torpe en eso, y algunas veces le enseñaba a servir el té correctamente y cómo beberlo, algo que Katherine se había esmerado en enseñarle a la perfección. Observó el bordado que intentaba hacer Rudy y sonrió. Recordó su estadía en Bridgeport, extrañaba a Aurora y sus clases de cocina; durante los últimos meses su compañía había sido muy reconfortante, ya entendía por qué Elizabeth la quería tanto, ya que la señora era muy buena y especial. Anne se la pasaba con Aurora en el salón o en la cocina y se había esmerado en que Rudy también aprendiera algunas cosas, que ella le aseguraba que eran necesarias. Recordó la tarta de manzana que tanto le gustaba y lamentó no tener una cocina para prepararla, era su favorita y había aprendido a prepararla gracias a Aurora. También descubrió que era la preferida de Mathias y se había complacido en prepararle una, la cual había saboreado y, aunque decidió no decirle de momento que ella la había preparado, se deleitó escucharlo decir lo deliciosa que había quedado y verlo repetir otro trozo.

Observó el reloj en la repisa sobre la chimenea y se dio cuenta de que era la hora del almuerzo. Se había levantado tarde, pero de tanto pensar en la tarta le abrió el apetito y deseaba que hubiera tarta de manzana en el restaurante; no sabía si Mathias llegaría a tiempo ni a qué hora volvería, ya que él no se lo había informado, así que decidió pedir el almuerzo en la *suite*.

-Rudy, ¿te apetece almorzar ya?

La muchacha subió la vista de la costura y la observó con una sonrisa.

-Por mí no hay problema, milady, sabe que lo haré cuando usted lo desee.

Anne sonrió, hacía mucho le había pedido que la llamara por su nombre y que la tuteara y ella seguía negándose.

-Pediré que nos traigan el almuerzo o ¿te apetece bajar al restaurante?

-Aquí, milady. -A ella tampoco le apetecía bajar, ya que no se sentía cómoda.

Anne asintió y se levantó del sofá donde estaba sentada para llamar al servicio; en ese momento escuchó la puerta, así que salió al pasillo, estaba segura de que era Mathias.

-Pensé que no vendrías todavía, amor.

Mathias se acercó a ella y le dio un suave beso en los labios.

-Yo creí que vendría más temprano -la tomó por la cintura y la acercó más a él-, además, no podía perderme almorzar con mi hermosa esposa.

-Pensaba pedir el almuerzo, de hecho, eso iba a hacer.

-Tenía pensado que saliéramos a algún restaurante, así luego te muestro los alrededores. ¿Qué opinas?

-Me parece una agradable idea, iré a cambiarme -dijo emocionada.

Mathias la observó, Anne no había dejado de utilizar sus vestidos sencillos, a pesar de que antes de viajar había cambiado algunos y al llegar a Bridgeport se había elaborado otros perfectos para el clima del lugar, aun así, tenía algunos con ese estilo infantil con el que la había conocido y en ese momento estaba utilizando uno de ellos, y lo que más le gustaba era verla con su cabello suelto.

-Te vez hermosa así, mi amor. -La atrajo más a su cuerpo.

Anne le regaló una sonrisa pícara y coqueta.

-Pensé en ponerme el vestido rojo que tanto te gusta.

Mathias no pudo evitar sonreír con picardía.

-Sabes que lo que realmente me gusta es quitártelo. -Su voz fue ronca y a Anne se le erizó el bello de la nuca.

El restaurante al que Mathias la llevó se encontraba a algunas calles del hotel en donde se estaban hospedando, luego la llevó a dar un recorrido a pie por los alrededores, se detuvieron en un parque muy cerca de ahí, en donde tomaron asiento en una de las bancas mientras Anne observaba el paisaje. Aquel parque que a Mathias le traía recuerdos.

-Cariño -llamó su atención-, nos quedaremos aproximadamente un mes y medio aquí, ya que voy a tener algo de trabajo.

-¿Nos quedaremos en el hotel? -quiso saber Anne.

-Solo si tú lo deseas, ya que pensé en buscar una pequeña casa, como la Elizabeth. -La observó expectante.

-Si lo crees necesario, por mí no hay ningún inconveniente -le regaló una sonrisa-, aunque no tengo ningún problema en quedarme en el hotel.

-Hablaré con Mateo o con el señor Larsson por si saben de alguna casa, si no, nos seguimos quedando en el hotel.

-El hotel me gusta -afirmó-, pero me siento algo extraña.

-Lo supuse, mi amor, aún no te acostumbras a que todo lo hagan por ti.

-Así es, creo que ya tengo mucho con Rudy -bromeó-. ¿Qué tal te fue hoy en la reunión?

Mathias le comentó sobre la reunión, los problemas con la constructora y el motivo por el cual iban a quedarse más tiempo de lo que había pensado. Aunque Mathias aún no le había comentado cómo había adquirido la empresa; le había dicho que él era uno de los dueños y sobre los planes de venta.

-Mi amor, si mañana tengo tiempo, te llevaré a ver algunas tiendas, o al menos para que conozcas el distrito comercial y así luego puedas ir de compras.

-No te preocupes, puedo preguntar e ir con Rudy; de igual forma, no es algo que necesite.

-Mi amor, es para que no te aburras en el hotel, por aquí no conocemos a nadie y vas a estar un poco sola.

Anne le regaló una radiante sonrisa y luego recostó su cabeza en el hombro de Mathias, gesto que aprovechó Mathias para impregnarse de ese aroma que tanto le gustaba.

Pasaron la tarde recorriendo algunas calles de los alrededores mientras Mathias le mostraba los lugares importantes y más cercanos; había deseado llevarla al distrito comercial y comprarle algunos vestidos, aunque ella siempre se negaba. Aun así, la llevó a comer un helado, y cómo disfrutó de verla deleitándose con este como una niña pequeña, aún no podía creer cómo con una sola mirada o una sonrisa lo podía llenar tanto de felicidad.



El estruendo de un arma y el carmesí de la sangre lo hizo despertar abruptamente de su pesadilla, aunque había tenido pesadillas en los últimos días, hacía mucho que esa imagen no se le clavaba en la mente. Se levantó de la cama y se dirigió al cuarto de baño, en donde se refrescó la cara con el agua de la jofaina, se la secó con una toalla; luego de mirarse al espejo, volvió a la habitación y se colocó una bata, le dio una mirada a Anne, la cual dormía plácidamente; se acercó a ella, le corrió el cabello que tenía en el rostro y besó su mejilla. Salió de la habitación y se dirigió al salón, en donde se sirvió una copa de vino; tenía el presentimiento de que eso iba a suceder, que, al estar ahí nuevamente, en ese lugar, iba a traer todos aquellos recuerdos a su mente. En esa misma oficina había visto muerte, en la que tendría que trabajar por al menos un mes y medio. Se sirvió otra copa de vino y se sentó en el sofá, debía buscar alguna forma para hacer el trabajo rápido y largarse de ahí, alejarse de su pasado, ya que tenía el presentimiento de que este lo iba a consumir.

Estaba sumido en sus pensamientos cuando escuchó la voz de Anne, no se había dado cuenta en qué momento había entrado en el salón.

-Mi amor, ¿está todo bien? -preguntó preocupada.

-Sí, mi niña, tenía un poco de insomnio y me levanté para beber algo. -Levantó la copa para que la viera-. No quería que te

despertaras.

-No te sentí en la cama y me desperté, al no verte en la habitación pensé...

-Ven. -Le hizo señas con la mano para que se acercara, interrumpiéndola-. No te abandonaré, mi amor, solo quería tomar algo para ver si así podía dormir.

-Sabes que te extraño en la cama, hace mucho que no sé qué es dormir sin ti.

-Lo sé, mi amor, vamos.

Mathias se levantó del sillón y dejó la copa en la mesa, la llevó nuevamente a la habitación y se metió con ella entre las cobijas y la acurrucó en su pecho; no demoró mucho en que Anne se quedara dormida, inhaló su aroma, ese que tanto le gustaba, un aroma a lavanda y a dulce, cerró los ojos, sabía que no iba a poder dormir, pero tenerla en sus brazos le daba tranquilidad, esa tranquilidad que tanto necesitaba en ese momento.



-Él es el señor Brandon Marks, será quien le ayudará con los libros de cuentas.

Mathias entró en la oficina en donde ya se encontraba Larsson y otro caballero que podía tener unos cincuenta años, de cabello oscuro, con algunos hilos blancos y algunas arrugas en su tez blanca.

-Mathias Beckham un gusto -se presentó.

-El gusto es mío, Brandon Marks.

Ambos se saludaron con un apretón de manos.

-El señor Marks ha trabajado para mi cuñado desde hace más de diez años, le pedí el favor especial de ayudarnos.

-No dispongo de mucho tiempo libre, pero podré ayudarle algunas horas al día -le informó.

-Mateo también nos ayudará, espero que no te moleste -agregó Larsson.

-No, descuide, cuanta más ayuda, más rápido terminaremos.

-Me comentó el señor Larsson que su talento con los números es igual o mejor que el de su difunto hermano.

-Algo así -Mathias lo observó con melancolía-. Él fue mi profesor y

fue quien me enseñó todo lo que aprendí.

-Por lo que escuché el alumno superó al maestro -esbozó una sonrisa-. Solo espero poder ver si es así.

Mathias asintió, no tenía interés de hablar sobre el tema, ya que el recuerdo de Maylon le traía recuerdos muy tristes.



Anne observaba a su marido desde la cama con un libro en las manos, al cual había dejado de prestarle atención, ya que Mathias se desvistió frente a ella y disfrutaba de cada movimiento de sus músculos y su fibroso cuerpo al quitarse la camisa o de su tan perfecto trasero al quitarse el pantalón; lo vio dirigirse al cuarto del baño y luego escuchó el chapoteo del agua en la bañera. Anne estaba tentada, habían pasado algunos días desde que no disfrutaba de un tiempo a solas con él. Llevaban más de una semana en Boston y Anne apenas veía a Mathias durante el día, debido a que este se marchaba antes de que ella despertara y llegaba justo para la cena; incluso en algunas ocasiones no llegaba a cenar; también estaba el hecho de que Mathias salía de la cama en medio de la noche, al parecer atormentado por las pesadillas y se encerraba en el estudio por algunas horas.

Anne se levantó de la cama y se quitó el camisón antes de entrar en el pequeño cuarto, hacía unos días no hacía el amor con su esposo, y cómo le gustaba a ella tentarlo, ya que sabía que él sucumbía a la tentación que ella pudiera ser.

Mathias estaba sumido en sus pensamientos, con la cabeza apoyada en el borde de la bañera y los ojos cerrados. Anne se acercó a él y por primera vez notó que no la había sentido llegar ni había reaccionado a su cercanía, tal y como lo hacía siempre; metió un pie en el agua y agarrándose del borde se sentó a horcajadas sobre él; Mathias abrió los ojos de golpe cuando la sintió caer y el agua rebalsó saliendo de la bañera.

-¡Pero qué demonios! -exclamó furioso.

Mathias tenía la mirada perdida y llena de rabia, Anne no pudo evitar asustarse al verlo, estaba aterrada, era la primera vez que veía tal expresión de él; soltó un gemido cuando él apretó con fuerza sus caderas para levantarla.

-Pe-perdona, yo...

-¡Demonios, Anne! ¿Qué haces aquí?

Anne bajó la mirada.

-Disculpa..., yo pensé que... -murmuró e intentó levantarse, pero el agarre de Mathias era fuerte y gimió nuevamente.

Mathias reaccionó al escucharla y se dio cuenta de que la estaba sosteniendo con fuerza, la observó con culpa y ternura a la vez.

-Perdona, Anne, yo...

-Descuida -Anne sintió que aflojó su agarre y rápidamente salió de la bañera-. No quería molestar -se disculpó, tomó una toalla y salió de la habitación.

Mathias se quedó unos minutos en silencio tratando de entender qué había sucedido; cuando lo entendió, salió de la bañera, se secó y se dirigió a la habitación para buscarla. Anne estaba acostada en la cama ya vestida con el camisón, echa un ovillo; se maldijo interiormente y fue consciente de que durante la semana apenas si le había prestado atención. Se acercó a la cama, se sentó en la orilla y empezó a acariciarle la espalda con ternura.

-Lo siento, mi amor, estaba dormido y no pensé...

-Descuida -lo interrumpió-, no debí haberlo hecho, pensé que sería una buena idea -su tono de voz era triste.

-Mi amor, y lo es, apenas si he tenido tiempo para nosotros esta semana; perdóname, mi amor, te prometo que va a ser diferente, puedes volver a hacerlo cuando quieras.

Anne negó con la cabeza y suspiró. No sabía qué le había sucedido, pero no quería experimentarlo nuevamente.

Mathias se metió entre las cobijas y la atrajo a él hasta sentarla en su regazo, había sido un estúpido, la sintió temblar y no supo si era de miedo o por su cercanía. Pero le estaba doliendo sentirla tan indefensa en ese momento.

-Prometo que apenas termine todo te recompensaré, quiero comprar una casa en el campo, en donde podamos estar algunos días o meses, o lo que quieras, solo los dos, sin pensar en trabajo o en alguna otra cosa.

-No es necesario, Mathias, mientras esté junto a ti, cualquier lugar es perfecto y lo sabes.

Mathias empezó a acariciarle la espalda suavemente y la vio bostezar.

-Estás cansada, cariño, deberías descansar.

-Más que tú no lo creo, tu apenas si duermes. Así que también debes descansar.

Anne había notado los círculos oscuros bajo sus ojos, le recordó la primera vez que lo vio en Dream House, tenía el mismo aspecto. El de una vida de desvelos con mujeres y alcohol. ¿Acaso estaba volviendo a su antigua vida y no se había dado cuenta?

No, él no le haría eso a ella, ¿o sí? No supo en qué momento se había quedado dormida, pero un fuerte movimiento al lado suyo la despertó. Mathias se removió a su lado inquieto, su frente estaba perlada de sudor y la expresión de su rostro era de dolor. Anne deseó animar su sueño y borrar todo rastro de angustia de él. Lo despertó con cuidado de que no reaccionara agresivo como salía hacerlo cuando era sorprendido y, cuando lo vio abrir los ojos, estaba aturdido lleno de dolor y rabia; titubeó cuando le acarició la mejilla y lo vio relajarse por tal caricia, la observó a los ojos y estos se mostraban relajados, acercó su rostro al de Mathias y lo besó en las mejillas, en la frente y todo su rostro. Mathias se relajó ante tales caricias y buscó su boca, la cual empezó a besar con ternura. Anne no supo en qué momento el beso había pasado de ser lento a frenético y salvaje, lleno de ardor y deseo, una guerra entre dientes y lenguas, que le hizo arder la sangre; se sentó a horcajadas sobre él y las manos de Mathias empezaron a explorar su cuerpo con frenéticas caricias. Anne sintió su dura erección rozar su intimidad y se estremeció, Mathias la despojó del camisón y bajó su boca a sus pechos, en donde los torturó con mordidas y lamidas hasta que sus pezones endurecieron y ella soltó un gemido agudo. Anne exploró con sus manos el duro pecho de su esposo mientras este se daba un festín con sus pechos y ella se los ofrecía gustosa; empezó a moverse, haciendo que la fricción de sus partes fuera más intensa y con un rápido movimiento Mathias la tomó de las caderas y la hizo levantarse para luego dejarla caer contra su dura erección. Anne se estremeció por la sensación de sentirse completamente llena, Mathias se apoderó de su boca, en donde mordió uno de sus labios

y luego los besó con frenesí invadiéndola con su lengua. Anne intentó llevarle el ritmo, era la primera vez que la besaba de esa forma; sintió la fuerte presión de las manos de Mathias en sus caderas y la instó a moverse rápidamente, ella le siguió cada movimiento, no demoró mucho en llegar al éxtasis de su placer con un fuerte gemido, que él adsorbió en su boca, mientras todo su cuerpo temblaba. Mathias siguió instándola a mover las caderas, de un momento a otro se detuvo y ella suspiró cuando soltó su boca; se deleitó con sus pechos y luego la hizo levantarse. Anne pensó que ya había terminado, pero no fue así, la acostó boca abajo y la hizo levantar las caderas, se apoyó tras ella y, luego de torturarla con las manos hasta hacerla estremecer, la penetró con una fuerte embestida. Anne se contrajo por tal acción y él se detuvo un minuto dentro de ella para que se acostumbrara, luego empezó a moverse con un vaivén de caderas frenético, en donde le brindaba embestidas fuertes, rápidas y salvajes; la apretó con fuerza de la cintura cuando la sintió desvanecer y sus movimientos aumentaron, hasta que un fuerte gruñido salió de su boca y todo su cuerpo se estremeció llegando a su éxtasis. Luego de recuperar un poco el aliento, se movió despacio para prolongar su placer y minutos más tarde salió de ella.

Anne se dejó caer en la cama, agotada y adolorida. Mathias la había tomado de muchas formas, pero era la primera vez que le hacía el amor tan salvaje y en esa posición. Estuvo en la cama unos minutos y, cuando se giró boca arriba, observó a Mathias, que estaba de pie con la mirada perdida, su pecho subía y bajaba rápidamente, estaba bañado en sudor, no parecía que fuera el mismo. Anne se incorporó, le tomó de las manos y la acercó una de ellas a su mejilla; Mathias la observó y le sonrió, su mirada cambió y se veía más relajado; se metió en la cama, levantó las sábanas, la atrajo hacia él y la acunó en su pecho, brindándole suaves cargas en su espalda. Apenas si había sido consciente de lo que hizo y tenía la sensación de que a la mañana siguiente se iba a arrepentir; le besó la frente y minutos después sintió que se había dormido; no supo en qué momento por fin se había dejado llevar por Morfeo, pero había podido dormir por el resto de la noche.

-¿Gustas café o té?

Mathias alzó la vista del libro que tenía frente a él y se encontró con la atenta mirada de Mateo.

-Un té estaría bien -respondió.

Lo vio asentir, minutos después regresó con una bandeja que contenía un servicio de té y un plato con distintos bocadillos, lo colocó a un costado de la mesa en donde se encontraba Mathias, sirvió el té y se sentó frente a él.

-Recién fui a la panadería de la esquina, hacen unos bocadillos deliciosos, aunque no como los de mi esposa -le dijo con un brillo en los ojos-, luego te traeré para que los pruebes, de momento disfruta de estos. ¿En qué te puedo ayudar?

-¿Quién cuida de la oficina? -preguntó con curiosidad al verlo tan tranquilo ahí.

-Descuida, cerré; debido a la venta, no estamos aceptando contratos ni clientes nuevos, entonces, no hay mucho que hacer.

Se encogió de hombros, tomó una taza de té y vertió dos cuadros de azúcar.

-Ya veo. ¿Qué harás cuando la empresa cambie de dueño?

-Aún no lo sé, tengo la opción de seguir trabajando con los nuevos dueños o conseguir trabajo en algún otro lado con ayuda de Larsson, pero de momento no me decido, tengo unos ahorros por si no termino de decidir cuándo se venda la constructora.

-Tienes muchos años trabajando aquí, sería bueno que siguieras -le aconsejó.

-Lo sé, pero los nuevos dueños tienen muchas empresas, no solo

sería esta, por lo que no sé qué me espera, ya que aquí tengo el tiempo justo para mi familia.

-Ya veo, estás pensando en tu familia.

-Así es, los nuevos dueños me ofrecen viajar por temporadas, ya que debo trasladarme a las distintas sedes; claro, mi sueldo aumentará y también mi cargo, pero no sé si podría estar lejos de Marie y mis niñas tanto tiempo.

-Entiendo tu punto, es una lástima que Larsson tenga que vender la empresa.

-Lo es, últimamente hay mucha demanda. -Mateo guardó silencio unos minutos, como si quisiera decirle algo, al final bebió un sorbo de té-. ¿En qué puedo ayudarte?

-Estoy sacando todo lo que se le ha invertido a este cliente, si quieres toma el siguiente libro y has lo mismo.

Mathias le mostró los apuntes que llevaba y la forma en la que lo estaba haciendo, Mateo no demoró mucho en seguirle y se puso manos a la obra.

Unas horas más tarde, Mathias se levantó y se estiró, ya llevaba mucho tiempo sentado en el mismo lugar sacando apuntes de los libros.

-¿Cómo vas? -preguntó a Mateo con curiosidad al verlo muy concentrado.

-Parece que aprendo rápido -dibujó una sonrisa en la comisura de sus labios-, voy bastante avanzado.

-Serías un buen contador si lo quisieras -sugirió.

-Ya mi época para estudiar pasó, ahora tengo otras prioridades.

-Marie y tus niñas -confirmó Mathias.

-Así es, ellas tienen todo de mí.

-¿Qué edad tienen y cómo se llaman?

-Josefine es la mayor, tiene tres años y Ángela, mi pequeña, tiene un año; ambas son hermosas. Josefine se parece a Marie: cabello rubio y ojos azules, y Ángela es una copia mía.

Mateo le hablaba con un brillo en los ojos y una radiante sonrisa, que Mathias admiró, era la misma que podía notar de su hermano y sus amigos cuando hablaban de sus esposas o sus hijos. Mateo siguió hablándole de su familia, de las travesuras de sus niñas y de

lo feliz que había sido en sus años de casado.

-Si no hubiera sido por Josefina, creo que no me hubiera casado nunca y, créeme, no me arrepiento, ella nos dio el empujoncito que necesitábamos y ahora somos una hermosa familia.

-Recuerdo que estabas reuniendo dinero para comprar una casa.

-Ese era el plan, al final Larsson me la dio de regalo de bodas, tenemos una pequeña casa no muy lejos de aquí. Realmente mi niña fue una gran bendición.

-Vaya, te trajo cosas buenas.

-Sí, se puede decir que sí -se regocijó-. Cuéntame qué ha sido de tu vida.

-Ha sido la misma mierda desde hace cinco años: alcohol, mujeres y una vida desenfrenada, hasta hace unos meses que tuvo un giro inesperado y conocí al amor de mi vida.

Mateo lo observó con una sonrisa, había visto una parte de esa vida que llevaba Mathias años atrás, antes de regresar a Inglaterra.

-Vaya, muchacho, veo que estás enamorado, ya entiendo por qué quieres regresar rápido, ¿la muchacha te espera allá?

-No, de hecho, me casé hace cuatro meses, ella está aquí conmigo.

-¡Caramba, hombre, felicidades! Haberlo dicho antes, hubiéramos ido a celebrar.

-No es necesario.

-¡Claro! Quien iba a imaginar que te dieras una nueva oportunidad; le diré a Marie que prepare una cena para que la lleves a la casa, ¿qué te parece mañana?, pueden ir a visitarnos -dijo entusiasmado- y así la muchacha hace una amiga, supongo que vino sola.

-Sabes, no es mala idea, le haría bien encontrar con quien hablar, ya que solo vino con su doncella.

-Entonces quedan más que invitados a visitar mi casa mañana.

-Claro, hoy le cuento a Anne. Sé que le agradará mucho.



Anne despertó pasado el mediodía; después de la noche anterior, se había sentido agotada. Escuchó ruidos y observó la ventana, el día estaba nublado y las cortinas apenas estaban corridas; desvió su vista a la puerta y esta se abrió, Rudy entraba con un vestido limpio en las manos.

-Buenos días, milady.

-Buenos días, Rudy, ¿qué hora es?

-Dos treinta, milady; bueno, eso acabo de ver.

Anne salió rápido de la cama, alarmada, ya que nunca se había despertado tan tarde -gran error-, sintió un punzón de dolor en las piernas, la cadera y el vientre; estaba adolorida en la mayor parte del cuerpo, pero más ahí; se dejó caer en la cama e hizo un gesto de dolor que Rudy no pasó desapercibido.

-Milady, ¿se encuentra bien?

-Sí, es solo un poco de dolor de cabeza -se excusó-, supongo que por levantarme tan deprisa; puedes ayudarme para que me preparen un baño caliente.

-Claro, milady.

Rudy salió de la habitación luego de guardar el vestido. Anne se levantó lentamente y se dirigió a la ventana, el día estaba nublado, como le había parecido haber visto; observó la cama y las sábanas, estaban muy revueltas; recordó lo que había sucedido la noche anterior y la forma en la que había hecho el amor con Mathias había sido diferente. Caminó lentamente hacia el ropero, en donde sacó medias, ropa interior y un vestido sencillo para estar en casa; mientras hacía eso, una doncella entró junto a Rudy y llenaron la bañera de agua. Antes de que la muchacha se fuera, Anne le pidió que le llevara el almuerzo, estaba famélica y supuso que Rudy también debía estarlo.

-Milady, va a necesitar mi ayuda.

-No, Rudy, espera el almuerzo, dentro de un rato te acompaño.

La muchacha asintió con la cabeza y salió de la habitación, cerrando tras de ella, dejando a Anne sola. Anne se dirigió al cuarto de baño, el ambiente se sentía cálido por el vapor del agua y sintió que se relajaba; se quitó el camisón y se metió en el agua tibia, sintió sus músculos relajarse y suspiró de satisfacción, tenía el cuerpo muy adolorido y el agua le ayudó sentirse aliviada, se relajó y cerró los ojos, se sentía agotada.

Escuchó el suave toque de la puerta y Rudy entró.

-Milady, ya el almuerzo está servido; ¿de verdad no necesita ayuda?, se ve cansada.

-No, Rudy, ya salgo.

Anne empezó a enjabonarse el cuerpo y sintió dolor en la cintura y las caderas al rozar esa zona de su cuerpo. Cuando salió de bañera y se dirigió al espejo, se quedó helada al verse, tenía varios cardenales en la cintura y la cadera, también marcas en el pecho y cuello; suspiró angustiada, sabía que su piel era sensible, pero ¿qué fue lo que le sucedió a Mathias la noche anterior para que le hubiera hecho el amor de la forma tan salvaje que lo hizo? Se secó y se vistió rápidamente, no deseaba que Rudy la viese así; se sentó frente al espejo para cepillar el cabello. Una marca del cuello no era cubierta por el cuello alto de su vestido, por suerte, al llevar el cabello suelto, no se notaba; iría a comprar algún ungüento luego, en ese momento iría a almorzar, sus piernas le dolían al caminar y pensó que sería mala idea salir a la botica.

Anne empezó a jugar con la comida, apenas si había probado bocado a pesar de estar famélica. Se sentía cada vez más adolorida y tenía una ligera jaqueca, por lo que pensó que lo mejor era descansar lo que quedaba de la tarde.

-¿Milady, se encuentra bien? -preguntó Rudy preocupada.

Anne subió su vista y notó que estaba angustiada.

-No, la verdad no; creo que volveré a la cama. Podrías preguntar dónde conseguir un ungüento para los cardenales y algún medicamento para el dolor. Por favor.

-Sí, milady.

Anne se levantó de la mesa y al ver a Rudy que intentó acompañarla la detuvo.

-Termina tu comida; cuando lo hagas, ve a la habitación para que te de dinero.

Anne se había quedado dormida con el suave ruido de las gotas de lluvia al caer en el vidrio de la ventana, no supo cuánto tiempo había dormido, pero el medicamento que le había traído Rudy la relajó; se asomó por la ventana y ya había anochecido, seguía lloviendo y se preguntó si Mathias ya había regresado; supuso que ya era tarde y él no había llevado ningún paraguas. Se levantó para buscar a Rudy, la encontró en el salón sentada en el sofá con un libro en las manos, observó el reloj y vio que ya eran las nueve de la noche.

-Rudy, ¿ya cenaste?

-No, milady -se puso de pie-. ¿Se siente mejor?

-Sí, ¿Mathias ya regresó? -quiso saber, pensando que estaba en el estudio.

-No, milady.

-Podrías pedir la cena, algo ligero para mí y tú lo que gustes.

-Sí, milady.

Anne se dirigió a la ventana, estaban hospedados en un tercer piso y al frente de ella solo había edificios, el cielo estaba oscuro y nublado, y la lluvia ya estaba disminuyendo; suspiró, era la primera vez que Mathias llegaba tan tarde, supuso que, debido a la lluvia, solo esperaba que no se mojara, ya que podría enfermar.



Mathias llegó muy entrada la noche, estaba algo preocupado, ya que era la primera vez que llegaba tan tarde desde que vivía con Anne; el aguacero lo había agarrado desprevenido y la charla con Mateo se había extendido más de lo usual; ambos habían estado poniéndose al día de su vida y trabajando cuando se percataron de que ya era tarde y el aguacero era fuerte, por lo que se quedaron hasta que mermó. Cuando Mathias llegó a la *suite*, la mayoría de las habitaciones estaban oscuras; supuso que Anne ya se había acostado, se quitó el abrigo, el cual estaba húmedo, y lo tendió en una silla, entró a la habitación, que estaba apenas iluminada por una lámpara, vio a su bella esposa dormida en la cama y suspiró, se veía tan hermosa. Se dirigió al cuarto de baño para asearse y luego se metió en la cama, le dio un suave beso en la frente y con mucho cuidado la acurrucó en su pecho, estaba agotado, y nada era mejor para él que la calidez del cuerpo de su amada. Si había encontrado un lugar favorito en su vida, era ahí, junto a ella.

Un suave gemido lo hizo despertar, abrió los ojos y notó que Anne trataba de moverse de la prisión de sus brazos.

-¿Dónde crees que vas, mi amor?

-Necesito... -se removió nuevamente- necesito...

Mathias entendió lo que quería decir, por la cual la soltó.

-Espero que no intentes escapar -susurró a su oído antes de dejarla ir.

Se movió e inhaló la almohada de su esposa, su aroma era tan relajante que se volvió a dormir. Cuando despertó nuevamente se encontró solo en la cama, hacia algunos días no había dormido así ni se sentía tan relajado; no supo si había sido por el sonido relajante de la lluvia o el cansancio acumulado. Se vistió y salió a buscar a su adorada esposa. La encontró en el salón con un libro en las manos.

-Buenos días, amor -se acercó a ella y le dio un suave beso en los labios-. ¿Por qué no me despertaste antes?

-Te veías como bebé durmiendo y pensé que debías descansar, has estado trabajando mucho.

-Gracias, mi amor, ¿ya desayunaron?

-Yo solo tomé un té, no tenía mucho apetito; Rudy sí lo hizo.

-Entonces, ordenaré que nos traigan algo para ambos. -Mathias observó el reloj de la repisa sobre la chimenea para confirmar la hora.

Después del desayuno Mathias le comentó a Anne sobre la invitación que tenían en casa de Mateo para conocer a su esposa y a sus niñas; aunque Anne no se sentía del todo bien, no se negó a ir, de momento, no quería que Mathias se enterara y la idea de conocer gente nueva le agradaba mucho. Apenas si había salido a los alrededores del hotel o al parque y ya estaba extrañando a sus amigas, llevaba más de dos meses alejada de Londres y de todo lo que conocía. Su primer mes había ido bien, ya que la compañía de Aurora era muy agradable y siempre se la pasaba ocupada aprendiendo a cocinar o con sus paseos al mercado o al distrito comercial, incluso había visitado la naviera en un par de ocasiones y, aunque no esperaba tener amigas ahí, al menos esperaba tener con quién hablar o tomar el té por la tarde; no es que se quejara de la compañía de Rudy, simplemente que ella insistía en verla solo como una patrona y no como una amiga y las conversaciones eran sosas o muy triviales, excepto cuando Anne le ayudaba a aprender algo. Había conocido un poco de la muchacha cuando estaban en Bridgeport, ya que con Aurora sí se había desenvuelto y le había comentado algo de su familia, pero con ella era imposible y, por más que le recordara que podía confiar en ella como amiga, la joven se negaba.

Había disfrutado de la tarde en compañía de los amigos de Mathias. Marie resultó ser una belleza de mujer, en lo físico y como persona; era una mujer muy amable, desenvuelta y le gustaba charlar mucho; y sus hijas eran hermosas, ambas muy vivaces y llenas de mucha energía: la grande llevaba un vestido rosa decorado de florecillas y

dos coletas en donde los hermosos rizos rubios se movían de un lado para otro cada vez que corría, y la más pequeña, con su afán de llamar la atención, no paraba de balbucear. Mateo era un hombre muy apuesto, de aproximadamente treinta y cinco años, moreno de ojos marrones, y Marie andaba en los veintiséis años; con su hermoso cabello rubio y sus ojos azules le había robado el corazón a Mateo hacía más de cinco años, pero no se casaron hasta que se enteraron de que la pequeña Josefina venía en camino. Marie le agradó mucho a Anne, no solo por sus conversaciones tan animadas, o su amor por la familia, sino porque era una mujer humilde y la había tratado de la misma forma que la trataban sus amigas. Luego de la cena, Marie cambió a las niñas para llevarlas a dormir; Anne la ayudó y recordó los días en que ayudaba con los mellizos y sintió nostalgia, ya que los extrañaba. ¿Cuándo los volvería a ver? Supuso que estarían enormes. Al igual que su sobrino.

Marie invitó a Anne para que la visitara cuando quisiera, que podían tomar el té por la tarde y que podían ir de compras juntas si necesitaba compañía, incluso le podía mostrar mejor el lugar, oferta que no desaprovechó Anne en aceptar y quedaron en reunirse en los próximos días, ya que no solo la mujer le había caído muy bien, sino que la compañía de las niñas sería muy reconfortante. Luego de tomar el té y charlar un poco sin la compañía de las niñas, Anne y Mathias se retiraron al hotel.

Anne subió a la *suite* seguida de Mathias, que se había quedado unos segundos en la recepción; cuando llegaron, Rudy los recibió en la puerta. La muchacha no había querido acompañarlos.

-Buenas noches, Rudy, ¿qué tal la tarde? -quiso saber Anne.

-Buenas noches, milady; muy bien, estuve estudiando lo último que me enseñó.

-Mañana me muestras qué tal te fue.

Rudy asintió.

-¿Va a necesitar ayuda, milady?

-No, Rudy, yo me encargo de mi esposa; en unos minutos nos preparan el baño -replicó Mathias.

Anne se quedó helada, no quería que Mathias notara las marcas; la

noche anterior había fingido estar dormida cuando él llegó y, con la ayuda del maquillaje y el vestido de cuello alto, había tapado los cardenales en esa zona, pero si Mathias la ayudaba con el baño no iba a poder evitarlo, había hecho un esfuerzo por no quejarse cuando él la tocaba en la cintura, pero con un baño, definitivamente, la vería.

-No me apetece un baño, solo me cambiaré y me iré a la cama, me siento agotada y tengo un poco de jaqueca -le dijo a Mathias fingiendo un bostezo-. Rudy, me traes el medicamento para la jaqueca, por favor.

Ella vio asentir y caminó hacia su habitación y Mathias la siguió observándola con cuidado.

-¿Desde cuándo tomas medicamentos para la jaqueca?

-Hace unos días, creo que quise agarrar un resfriado -se excusó.

-Rudy me comentó que ayer no te sentías bien, ¿es por eso?

-Sí, bueno, estaba un poco agotada también -dijo con un sonrojo y Mathias le sonrió seductoramente.

-Sabes que puedo solucionar lo de tu jaqueca -su voz era muy ronca.

Mathias se acercó a ella y la tomó por la cintura, en donde la acariciaba suavemente; durante la tarde se había dado cuenta de que no llevaba corsé, algo poco común, ya que, a pesar de que los odiaba, desde que se habían casado los usaba con los vestidos que utilizaba para salir; de igual forma no le dio mucha importancia, tenía más acceso a su cuerpo y podía tocarlo sin tantas capas de tela.

Anne suspiró, las caricias de Mathias eran suaves, aun así, estaba adolorida y el suave roce la lastimaba.

-¿Y cómo se supone que lo harás? -preguntó con coquetería dejando caer las pestañas suavemente.

-A lo mejor -se acercó y la besó, se deleitó con su boca dándole tentadores besos y, cuando la soltó, la escuchó suspirar-, esta sería una buena forma para empezar.

Anne le regaló una sonrisa llena de picardía.

-Me gusta eso, presiento que sería muy buena forma.

Mathias le tomó la cintura con un poco más de fuerza y la atrajo

hacia él, Anne no pudo evitar hacer una mueca de dolor, que Mathias vio claramente.

-Amor, estás...

-Milady, aquí tiene. -Rudy se acercó a ellos, llevaba una bandeja con un vaso de agua y un polvo-. Disculpe que interrumpa, pero van a preparar el baño -se justificó.

Mathias soltó a Anne y esta se acercó a Rudy para tomar el vaso con agua y el polvo; luego de que prepararon el baño, quedaron solos nuevamente. Mathias no había olvidado lo que había visto y, por la mirada de Anne, sintió que algo estaba sucediendo, Anne le estaba ocultando algo.

-Mi amor, ¿estás bien? -preguntó preocupado.

-Sí, ya te dije, solo un poco de jaqueca, ve a bañarte y te espero en la cama.

Anne caminó hasta el armario para sacar su ropa de dormir, Mathias se acercó a ella por la espalda y la abrazó de la cintura, la sintió contener el aire y ahí confirmó que algo extraño le pasaba a Anne.

-A ti te pasa algo y no es la jaqueca, ¿qué es?

Mathias la hizo girarse para que lo viera a los ojos, Anne bajó la mirada para no enfrentarse a la de él.

-No, no es nada -balbuceó.

-Lo es. -Mathias llevó una de las manos a la cintura de Anne y la vio apretar los dientes cuando él la sostuvo con un poco de fuerza, le dio la vuelta y tras luchar para desabrochar el vestido este cayó, le quitó la camisola y los calzones; se quedó perplejo al ver los cardenales en la cintura y las caderas de Anne, al darle vuelta para enfrentarla le observó las pequeñas marcas en el pecho y clavícula.

-¿Es-esto te lo hice yo?

-Mathias...

Anne bajó la mirada, no le gustó ver la cara de espanto que tenía su esposo. Estaba angustiada por la forma en que él podría actuar por ello.

Mathias acercó su mano con cuidado y le levantó la barbilla

-¿Fui yo? -preguntó con un hilo de voz.

Anne asintió con la cabeza; lo vio maldecir furioso, se llevó la mano

al cabello en varias ocasiones hasta que quedó revuelto, se acercó y le tocó los cardenales con cuidado como si así pudiera bórralos de su cuerpo.

-Soy un maldito idiota, ¿cómo pude? -se alejó de ella-. Anne, ¿por qué no me lo dijiste?, ¿por qué no me dijiste que te estaba haciendo daño? -le reprochó.

-No me di cuenta hasta que...

-No debí... -apretó la mandíbula con fuerza-. ¡Demonios, qué he hecho!

Empezó a caminar por la habitación mientras Anne lo observaba asustada. Parecía un león enjaulado.

-¿Para eso el medicamento?

-S-sí -fue lo único que consiguió decir, temerosa.

-No solo ahí te hice daño, ¿verdad? Anne, dímelo.

-Ayer desperté muy adolorida, pero ya...

Mathias se movió y tomó el camisón de Anne, que se lo colocó suavemente, con temor a tocarla, y luego llamó a Rudy, quien no demoró en llegar.

-Ayúdala a que se termine de cambiar -le dijo con voz débil y salió de la habitación. Anne, angustiada, lo siguió; antes de que llegara a la puerta, le habló:

-¿Piensas salir? -Su voz se quebró débil.

-Sí -contestó sin girarse para verla.

-¿Dónde y por cuánto tiempo?

-No lo sé, ¡maldición!

Abrió la puerta y Anne lo vio salir. Se dejó caer y sintió las lágrimas que recorrían sus mejillas, tenía el presentimiento de que, si Mathias la veía así, se iba a sentir culpable y no se lo iba a perdonar.

Mathias salió del hotel y empezó a caminar sin rumbo, se sentía una basura, sabía que no le había hecho el amor de la misma forma que lo hacía siempre, que no había sido cariñoso, pero jamás se imaginó que la hubiera tocado con tanta fuerza. Anne era muy frágil, era su niña y la había maltratado; si no hubiera sido por esa maldita pesadilla y no hubiera estado tan cegado por olvidar, eso no hubiera sucedido. Se detuvo frente a un lugar que le era muy conocido, no sabía cómo había llegado ahí y sin pensarlo entró.

-¡Vaya, vaya!, mira a quién tenemos aquí -le dijo un hombre calvo que estaba atendiendo en una barra-. Te ves mucho mejor, tanto tiempo.

-Veo que no me han olvidado por aquí.

-Eras nuestro cliente estrella y el preferido, cómo hacerlo. -Se encogió de hombros-. ¿Qué te trae por aquí? Escuché que habías vuelto a Inglaterra.

Mathias se sentó en un taburete de la barra y suspiró, no quería beber, pero necesitaba algo para aliviar su enojo, se sentía tan miserable. Y era consciente de que ese había sido el último lugar al que debía haber ido.

-Así es, volví por negocios, así que sírveme un whisky.

El calvo asintió y le sirvió una copa.

-¿Hace mucho estás por acá? -indagó sin darle mucha importancia.

-Unas semanas.

-Ya te habías demorado para visitar a este viejo amigo.

-Un poco, solo es una pequeña visita de cortesía.

Se bebió el contenido de la copa de un trago y le pidió que le diera otro.

-Tranquilo, hombre, llévalo con calma.

-Ya me conoces, Willis.

Willis era uno de los propietarios del club Le Plaisir. Un club en donde no solo podían ir a disgustar de un buen trago, sino en donde podían disfrutar de cualquier diversión, como juegos de azar o mujeres, ya que en otra área algo más privada había un burdel en donde hacían distintos *shows* para el deleite del público y había sido el lugar en donde Mathias solía pasar sus días después de la tragedia.

Mathias llevaba ya algunas copas, por lo que ya se sentía lo suficientemente ebrio y había hablado de cosas banales con Willis para despejar su mente y, justo cuando se disponía a salir, una mujer morena, de ojos castaños, alta, curvilínea y vestida muy provocativa se acercó a Mathias con una sonrisa pícaro.

-Mis ojos no creen lo que están viendo, ¿Mathias Beckham? -dijo con su marcado acento francés.

Mathias hizo una mueca de desagrado y se enfrentó a la mujer, la

cual no era nada agradable en el momento.

-Hola, Rose.

-Tanto tiempo sin verte, *chéri*. -Observó la copa vacía en la barra y notó que estaba ebrio y que ya se iba-. ¿Vienes por acá y no pensabas visitarme?

Rose era la otra propietaria del club, la dueña del burdel, más conocida como *madame* Rose, una francesa de edad indefinida, y la que había llevado a Mathias a ese mundo tan desenfrenado de mujeres.

-Solo vine a beber algo, no era mi intención demorarme mucho.

La mujer le llevó los brazos al cuello y acercó mucho al rostro de él casi rozándole los labios.

-Pensé que, si estabas por aquí, quizás...

Mathias la alejó sutilmente de él y le regaló una sonrisa lacónica.

-No me interesa y ahora me marchó. Un gusto verte, Willis, lástima que de ella no pueda decir lo mismo.

Y salió del club tambaleándose; no supo cómo ni en qué momento llegó al hotel, subió a la suite y se dejó caer en el primer sofá que encontró; su noche no había sido la mejor, ya que a pesar de lo que había tomado no podía conciliar el sueño. Anne estaba en una habitación que compartía con él, estaba lastimada, y él solo había huido como un cobarde a embriagarse. Consiguió quedarse dormido, aunque su sueño no duró mucho, ya que las pesadillas lo asaltaron, junto a sus demonios. Y la imagen de Sarah observándolo desde una esquina de aquella oscura habitación no le había ayudado. Despertó con un dolor descomunal de cabeza que no había sentido en mucho tiempo y con dolor de espalda por haber dormido en el sofá, se puso de pie frotándose la sien y se dirigió a la habitación en donde abrió espacio; cuando entró clavó su vista en la gran cama en donde estaba su niña y se acercó a ella con sigilo para observarla más de cerca. Anne estaba dormida con el pelo alborotado, las mejillas sonrosadas y la boca entreabierta. Se acercó para quitarle un mechón de cabello de la cara y darle un beso en la frente; se frenó en seco cuando vio uno de los cardenales del cuello, respiró profundo y se alejó; había creído que todo había sido un sueño, pero no, no fue así, le había hecho daño y la había marcado. Se metió al

cuarto de baño en donde encontré la bañera llena; ni Anne ni él la habían utilizado la noche anterior, se desvistió y se metió en ella, el agua estaba helada, lo justo para aliviar su resaca. Luego del baño, se afeitó, se vistió y se marchó a la oficina; no pudo acercarse a Anne nuevamente, y cómo le dolía, pero mientras sintiera que le hacía daño, y la había lastimado, prefería estar lejos de ella.

Anne sintió la presencia y la cercanía de Mathias cuando él se acercó y le quitó un mechón de cabello, en ese momento quiso lanzarse a sus brazos, pero fingió que seguía dormida para sentir su caricia; de pronto lo sintió detenerse y marcharse, soltó un suspiro y lo escuchó en el baño; tomó de todas sus fuerzas para no levantarse e ir donde él, lo escucho salir del baño y lo vio vestirse, esperó ansiosa a que se acercara para que le diera un beso de despedida, no obstante, salió de la habitación sin apenas mirarla. Anne sintió que su pecho dolía y nuevamente las lágrimas inundaron sus ojos. Luego de que Mathias se marchara la noche anterior, se desplomó a llorar y no supo en qué momento había dejado de hacerlo, ya que se quedó dormida haciéndolo. ¿A dónde había ido Mathias?

Lo único que más deseaba en ese momento era que él la consolara, no que se alejara; se sentía tan frágil, tan sola y tan necesitada.

Las últimas dos semanas no habían sido para nada favorables ni para Mathias ni para Anne, pero esa semana estaba siendo mucho más difícil, ocasionando una crisis emocional de ansiedad en ella. Anne se despertó pasado el mediodía; tras aquella noche en que Mathias había salido y no había dormido junto a ella, su ausencia en la cama se hizo costumbre, ya que, durante las últimas semanas no había dormido ahí, lo había hecho en el sofá del salón o en otra habitación. Anne no podía comprender qué le estaba sucediendo, pero tampoco podía hablar con él, ya que Mathias llegaba a muy altas horas de la noche y se iba muy temprano, y por más que ella quisiera esperarlo despierta siempre terminaba durmiéndose.

Se levantó de la cama y se dirigió al cuarto de baño, en donde se lavó la cara se detuvo frente al espejo y notó que ya las marcas se habían borrado de su cuerpo, solo esperó que las que se estaban formando en su corazón desaparecieran pronto; notó los círculos negros bajo sus ojos y su aspecto enfermo, el que omitió, y se metió nuevamente en la cama, se sentía agotada y la soledad la estaba atormentando, necesita a sus amigas, a su familia, ya que jamás en la vida había estado tanto tiempo alejada de sus seres queridos y el único soporte que tenía ahí prácticamente la estaba abandonando; le había prometido no hacerla sufrir ni lastimarla y lo estaba haciendo.

Cada noche se preguntaba a dónde podría ir Mathias; no era tonta, sabía que Mathias no solo estaba trabajando y a eso le incluía que la noche anterior lo había escuchado llegar y cuando se decidió ir a hablar con él estaba ebrio y apestaba a alcohol.

Anne subió la vista, cuando escuchó la puerta abrirse, Rudy entraba en su habitación con una bandeja llena de comida y con solo verla sintió náuseas, no le apetecía comer nada, de hecho, en los últimos días apenas si era capaz de comer algo.

-Buenos días, milady -la saludó acercándose a ella y poniendo la bandeja en la mesa junto a la cama-, pensé que quizás tuviera hambre.

-Gracias, Rudy, pero no me apetece, tal vez un poco de té.

-Milady, quizás debería comer, últimamente apenas...

-¡Por todos los demonios! ya deja de decirme, milady; hasta hace cuatro meses era una simple doncella, nunca he sido una dama -chilló exasperada.

-Perdón, mila...

-Soy Anne, Rudy, ¡Anne! y así deberías llamarme; tal vez aún no merezco el título de amiga, pero no sabes cuánto me gustaría que me lo dieras, ya que odio esta maldita soledad -explotó molesta.

Rudy bajó la mirada, no sabía cómo actuar o qué decirle.

-No es que no quiera ser su amiga -empezó a decir con voz baja-, es que me dijeron que no está bien visto. Que no es correcto.

-Pues se puede ir al demonio quien te lo dijo; mi hermana fue la doncella de su mejor amiga y ella es hija de un conde, ¿qué hay de malo en que seas mi amiga? cuando yo soy la hija de un cocinero y una ama de llaves -le recordó.

-Perdón, Anne, yo..., yo solo...

-Sabes qué, Rudy, olvídalo.

Anne se levantó molesta y se dirigió al ropero, en donde empezó a sacar ropa para vestirse; se sentía asfixiada entre esas cuatro paredes, necesitaba un poco de libertad, de aire fresco, necesitaba alejarse de ahí.

Luego de vestirse y salir del hotel, empezó a caminar sin rumbo hasta que llegó al parque en donde se sentó en uno de los bancos a ver a las personas dar sus paseos o disfrutar de los pícnicos. Anne suspiró, cómo extrañaba Hampshire, esconderse en su lugar secreto, las tardes de té con Elizabeth o simplemente leer un libro en algunos de los jardines de las casas de Katherine, ya fuera en Hampshire o Londres; cómo añoraba esos días en que Mathias no existía y no

tenía que preocuparse por un matrimonio en el que había puesto toda su confianza y su amor y, por lo que estaba pasando, este se estaba rompiendo; estaba tan sumida en sus pensamientos que no se había dado cuenta de la pequeña de rizos rubios que se acercaba a ella corriendo.

-¡Anne! ¿eres tú?

Anne subió la vista y vio a la mujer rubia, que se acercaba con un cochecito.

-Marie, si soy yo -intentó dibujar una sonrisa.

-¡Dios, Anne!, no te vez bien, ¿estás enferma? -preguntó alarmada.

Sabía que su aspecto no era favorable; en las últimas semanas apenas había comido y dormido, por lo cual estaba más delgada, tenía círculos negros bajo los ojos y su pelo no tenía brillo, se veía enferma, lo sabía.

-Sí -mintió, no quería hablar de lo que le estaba sucediendo-. Solo he estado un poco indispuesta estos días.

-Ya veo, el otro día le comenté a Mateo que los invitara a la casa el domingo.

Anne no supo qué decir, no había hablado con Mathias, así que decidió centrar su atención en la niña, que le tenía agarrada las manos y la observaba con una sonrisa.

-Hola, pequeña Josefina.

-Hola, Ángela ta domía. -La hizo ponerse de pie para que se acercara al cochecito a observar a su hermana.

Anne se levantó y se colocó junto a Marie, la pequeña estaba dormida, tal y como le había dicho Josefina. Marie pudo notar que Anne no estaba bien, no la había visto en semanas y tenía la impresión de que algo le sucedía, sabía que estaba sola y había escuchado a su marido decir que Mathias se estaba matando a punto de trabajo, así que pensó que la muchacha no solo necesitaba una amiga, sino también distraerse. Y buscaría la forma de distraerla y que confiara en ella.

-Iba para lo de mi madre, que quería ver a las niñas. ¿Qué te parece si las dejo con ella y vamos de compras? Quiero buscarle un regalo a Mateo, pronto se acerca su cumpleaños.

-No, no quiero molestar.

-Claro que no, Anne; como te dije el otro día, tengo pocas amigas por aquí y necesito una tarde de compras, vamos -insistió.

No le costó mucho convencer a Anne de que la acompañara, ya que era lo que realmente necesitaba Anne en ese momento, así que luego de dejar a las niñas con la madre de Marie se dirigieron al distrito comercial.

Marie disfrutó de llevar a Anne de un lado a otro viendo tiendas, la llevó a ver vestidos, sombreros, guantes, ropa interior, perfumes, incluso a ver ropa de niñas y por último la llevó a ver cosas de hombres: pañuelos, sombreros y distintas cosas. Marie le comentó que Mateo iba a cumplir años dentro de unas semanas, por lo cual quería regalarle algún detalle bonito, ya que a Marie no le gustaba regalarle ni pañuelos, ni corbatas, ni medias, quería regalarle una pluma estilográfica; había escuchado de ellas y pensó que era un buen regalo, aunque iba a ser muy complicado conseguirla, aun así lo intentó y preguntó en los posibles lugares en dónde podría adquirirla, aunque por último se decidió en buscar una pinza para la corbata, ya que la que tenía se la había dado hace mucho tiempo. Anne vio algo que llamó mucho su atención, era un reloj de bolsillo, recordó que el de Mathias ya estaba un poco viejo y con rasguños, al parecer había sufrido los mismos golpes en la vida que él; nunca le había preguntado desde cuando lo tenía, pero se veía algo antiguo. Después de que el dependiente le mostrara el reloj, Anne decidió compararlo, también se acercaba el cumpleaños de Mathias, no tenía mucho dinero, pero Elizabeth se había empeñado en hacerle un préstamo antes de irse, por lo que pensó que ese sería un buen momento de gastar un poco. Luego de encargarse que le grabaran unas palabras al reloj y de que el vendedor le dijera que lo tendría listo para dentro de unos días, ambas salieron de la tienda.

-Me gustaría llevarle un regalo a mi doncella, hoy le hablé muy feo. Y quiero disculparme con ella -le pide Anne a Marie.

Marie encantada no lo dudó y la llevó a recorrer tiendas. Anne salió de una librería llevando algunos libros y también compró algunas cosas para ella, luego acompañó a Marie a la tienda de ropa infantil, en donde encargó algunos vestidos para sus niñas.

-¿Cuándo es el cumpleaños de Mateo?

-La próxima semana, planeo hacerle una pequeña celebración por si gustan asistir.

-Claro, estaría encantada de ir, le diré a Mathias.

-Vi que compraste algo para él -aventuró.

-Sí, dentro de dos semanas es su cumpleaños.

-Si quieres hacerle algo, estaré encantada de ayudarte.

-Gracias, Marie. -Anne no supo qué más decir, ni siquiera era consciente de si Mathias recordaría su propio cumpleaños.

Anne se había quedado en casa de la madre de Marie junto a ella hasta después de la cena, la madre de Marie, muy contenta las había invitado a que se quedaran; era una mujer muy agradable y amorosa con su familia, lo que a Anne le hizo recordar a su madre. Cómo la extrañaba, en esos momentos anhelaba sus abrazos o su chocolate caliente, junto con alguna charla.

El padre de Marie había insistido en ir a dejarla al hotel, así que, luego de dejar a Marie y las niñas en su casa, se dirigieron al hotel; de camino el carruaje se detuvo y el padre de Marie abrió la ventana para ver qué sucedía, al ver dónde se detuvieron soltó una maldición hacia el lugar.

-¿Sucedio algo? -quiso saber Anne.

-Descuida, aquí siempre es igual -dijo restándole importancia-, es por ese condenado lugar.

-¿Qué lugar es ese? -indagó.

-Es un club -hizo un gesto de desaprobación-, en realidad, es un burdel disfrazado de club, siempre hay problemas y cosas así, llevábamos años intentando que lo cerraran, pero la *madame* del club es muy habilidosa y siempre se las ingenia para evadir el cierre.

Anne observó el lugar por la ventana y se quedó perpleja, no podía creer lo que estaba viendo; parpadeó un par de veces y centró su vista en la entrada, era Mathias entrando en aquel lugar. Anne sintió un fuerte dolor en su pecho, su corazón se partió en mil pedazos, la respiración le faltaba y un estremecimiento recorrió todo su cuerpo, las lágrimas empezaban a picarle en los ojos. Sentía que en cualquier momento se iba a desvanecer.

-Señora, ¿se siente bien? Está pálida -preguntó el señor al verla.

Anne fijó la vista en el padre de Marie, notó que estaba agarrando

la cortina con fuerza.

-Sí, sí, un poco cansada -balbuceó. Intentaba concentrarse en no sentir nada.

El hombre la observó perspicaz y ella intentó dibujar una sonrisa, para su suerte el carruaje empezó a moverse nuevamente.

Anne no supo cómo había llegado al hotel o cómo había subido al tercer piso en donde estaba su *suite* ni cómo se había quitado la ropa para dormir, o en qué momento se había quedado dormida; no quería saber ni sentir nada, solo quería huir de ahí sin saber dónde o cómo hacerlo. Solo quería desaparecer.



El día no había sido del todo satisfactorio para Mathias, de hecho, ningún día lo era por más que el avance con los libros iba muy bien. Su tortura era el autocastigo que se había impuesto de mantenerse alejado de Anne y, desde aquella noche que había decidido no compartir cama con ella, sus pesadillas habían aumentado y nuevamente solo había conseguido dormir bebiendo hasta quedar ebrio y eso era lo que había hecho las dos últimas semanas, ya que su ausencia de sueño también era por la falta de compañía de Anne, necesitaba sentirla entre sus brazos. Los últimos días había trabajado hasta el cansancio y luego había ido a embriagarse cada noche en la taberna que había cerca de la oficina, pero esa noche no había sido así, ya que tenía una fiesta privada.

«¿A quién demonios se le ocurría hacer una fiesta privada en una taberna?».

Mathias suspiró, había empezado a ir a esa taberna, ya que no quería volver al club, parte de sus demonios habían estado ahí y había intentado matarlos o torturarlos en ese lugar, por lo que no quería volver a recordar aquel tiempo; se metió las manos en los bolsillos del abrigo y empezó a caminar, pensó en ir a beber al hotel, luego lo pensó mejor, cuando se detuvo frente a la puerta de este, lo único que deseaba era meterse en la cama, adorar y amar a Anne y satisfacerse con su cuerpo y olvidar cada uno de sus demonios en su piel, pero al recordar lo que le había hecho sintió nuevamente ese dolor ahogado en el pecho, dio media vuelta y empezó a caminar; sin darse cuenta llegó al club que tanto detestaba, notó que en la

entrada había un par de carruajes atascados, uno de los tantos ebrios lo había detenido, haciendo el atasco.

Mathias se quedó en la entrada observando el lugar, recordó a su hermosa esposa y sonrió, sonrisa que borró al recordar las marcas en su cuerpo, por lo que no lo pensó y entró al lugar. El ambiente en el club era el mismo, era recibido por un lugar lleno de mesas y una barra en donde te podías sentar a beber, comer y conversar, pero detrás de esas cortinas que cubrían una de las paredes había un maldito burdel, en donde había aprendido a calmar sus demonios en el cuerpo de una mujer y crear nuevos, en aquel segundo piso y en aquellas habitaciones en donde había hecho las cosas más retorcidas, ebrio y perdido en sus demonios.

Y eso es lo que estaba tratando de evitar, borrar sus demonios sumergido en la lujuria, con el cuerpo de su esposa. Ya que podía volver a hacerle daño.

Cuando llegó a la barra se encontró con Willis, este le sonrió y se acercó a él.

-No pensé volverte a ver por aquí.

-Y no pensaba volver, pero necesito beber algo y es el lugar más cerca que encontré.

-Rose ha estado preguntado por ti.

-Vaya, qué emoción -dijo haciendo una mueca, no quería saber nada de ella.

-Sabes que causaste gran impresión en ella y sufrió mucho cuando te marchaste sin despedirte.

-Solo sufrió porque se le fue el mejor de los clientes y con quien hacía lo que se le venía en gana sin protestar.

-Cliente o no -se encogió de hombro y luego llenó la copa de Mathias nuevamente-, sentía algo por ti.

-Sabes que eso es imposible, ese tipo de mujeres nunca sienten -bebió un sorbo-; de igual forma, no me interesa.

-Sabes que va a insistir ahora que volviste.

-Creo que mejor me largo.

Mathias bebió su trago de golpe, no estaba de humor para aquella conversación y mucho menos para encontrarse con esa mujer. Sacó algunas monedas que le dio a Willis y cuando se iba a retirar

escuchó la voz de Rose que se acercaba a él.

-¡Vaya, vaya! pensé que no te volvería a ver.

-Hola, Rose, ya me iba.

-*Chéri...* -Se acercó a él y llevó los brazos alrededor de su cuello y lo besó en la comisura de labios-. No te vayas, sabes lo bien que podemos pasarla -ronroneó.

Mathias la observó de reojo y se quedó muy quieto, la sintió bajar su rostro y besar su cuello, luego se acercó a su oreja para susurrar palabras lascivas; en ese justo momento Mathias le tomó sus brazos y la alejó de él.

-Discúlpame, Rose, pero hace mucho dejé esa vida y esas costumbres; ahora, si me disculpas, debo irme.

Mathias se retiró antes de que ella pudiera replicar, aquella mujer solo le daba asco, no pensaba volver a caer nunca más en esa tan reprochable costumbre y mucho menos ahora que tenía a la mujer que amaba junto a él.

Se dirigió al hotel, pensando en todo lo que había hecho las últimas semanas, había sido un estúpido, en vez perderse en la bebida debió pedirle perdón a Anne, cuidarla y prometerle que no le haría daño, sabía que ella lo estaba necesitando.



Anne sintió el peso de Mathias en la cama, no sabía qué hora era, solo que se había quedado dormida cuando las lágrimas ya no salían de sus ojos y sus sollozos y temblores se habían tranquilizado. Sintió que Mathias suavemente la acurrucó en su pecho y ella suspiró, cómo había ansiado durante los últimos días aquellos brazos, aquel calor tan cálido, sintió los fríos labios de Mathias besar su frente y ella no demoró en acurrucarse a él. Cómo ese hombre había sido capaz de borrar su dolor con un abrazo en cuestión de segundos.

-Perdón, mi amor, no quería despertarte.

Anne sintió el ligero olor a whisky en su aliento, debía estar ebrio, aun así, no dijo nada, solo disfrutó de la calidez de sus brazos.

-Duerme, mi amor, descansa. Prometo que cuidaré de ti.

Anne se acurrucó más a él y percibió un aroma a perfume de mujer, deslizó la nariz por su cuello y el olor era más fuerte, no se había equivocado, había sido Mathias al que había visto en aquel lugar.

«Mathias me está siendo infiel».

Se removi6 en sus brazos y se acomod6 dándole las espadas y él la abrazó de cucharita, mientras nuevas y silenciosas lágrimas salían de sus ojos; quería gritarle, quería golpearlo, pero sobre todo quería preguntarle por qué lo hacía; su mayor miedo había llegado. Cuando se casó con Mathias, supuso que algo así iba a suceder, pero jamás imaginó que fuera a suceder tan pronto.

El suave roce de un beso en su frente la despertó.

Anne fingió seguir durmiendo, aún no era capaz de enfrentar a Mathias, se sentía destruida y muy dolida, no era capaz de verlo a los ojos y ya no quería más mentiras de él, solo quería huir de ahí, alejarse lo más pronto posible. Escuchó la puerta abrirse otra vez y observó a Rudy, quien entró en silencio minutos después de que Mathias se marchara de ahí.

-Buenos días, Rudy.

Rudy dio un respingo al escuchar a Anne, llevó su vista hasta la cama y la vio apoyándose en el respaldar.

-Buenos días, mi... Anne.

Anne le regaló una sonrisa.

-Puedes llamarme como quieras, Rudy, y perdóname por lo de ayer. No era mi intención, era un mal día para mí.

-Descuide, milady, entiendo que ayer no se sintiera animada, a veces yo tampoco lo hago. -Rudy había sido consciente de que la relación entre Anne y Mathias no estaba bien y que Anne había estado sufriendo, pero no se creía capaz de poder ayudarla y también temía que si se encariñaba mucho más a ella la fueran a devolver a su casa.

-Ven, Rudy -señaló la orilla de la cama-, siéntate aquí conmigo.

-Iba a preparar la ropa para que la llevaran a la lavandería.

-Luego lo haces. Ven, por favor.

Rudy titubeó antes de acercarse y sentarse a la orilla de la cama cerca de Anne, apenas lo hizo Anne le tomó de las manos con una sonrisa.

-Dime, Rudy ¿te gustaría regresar a Inglaterra?

-Si debo ser sincera, sí, milady -dijo con seguridad-, odio este lugar, no hay mucho que hacer y ese parque no inspira nada. -Hizo un mohín y Anne sonrió al verlo.

-Sabes, yo también quiero volver, extraño el campo, dibujar en el jardín o simplemente tomar el té en la terraza -dijo con nostalgia.

-¿Y también a sus amigas y familia?

-Sí, Rudy, también las extraño a ellas; estaba pensando en que tal vez nosotras pudiéramos volver.

Rudy abrió los ojos.

-¿Y milord?

-Mathias apenas si viene a la casa, está muy metido en su trabajo, así que lo podemos esperar allá. Sé que no le importará.

Anne sintió tristeza al decir aquellas palabras.

-Milady, sabe que yo voy donde usted vaya. Se lo prometí cuando me contrató y así será.

-Lo sé, Rudy; por cierto, te compré un regalo.

-¿Un regalo para mí, milady?

-Sí, debía pedirte perdón por mi comportamiento de ayer y quise hacerte una pequeña compensación.

-Milady, no se hubiera molestado, yo no tenía nada que perdonarle.

-Claro que sí, te hablé feo y mi actitud dejó mucho que desear, así que, sí debía, y ahora cuéntame ¿por qué no me quieres llamar por mi nombre?

-No piense mal, para mí, sí es como una amiga, es solo que la respeto mucho, ya que gracias a usted cumplí mi sueño y hasta viajé; solo mire dónde estamos -dijo con una radiante sonrisa y un brillo en los ojos.

-Bueno es justificable, Rudy; de igual forma, sabes que me puedes llamar por mi nombre, siempre y cuando estemos solas, como ya te lo expliqué.

-Lo sé y, créame, lo intentaré. Solo que me va a costar acostumbrarme.

-Entiendo, Rudy, solo espero que lo hagas pronto y me alegrará escucharlo. -Le regaló una sonrisa-. ¿Qué hiciste con las cajas y los paquetes que trajeron ayer?

-Los guardé en el ropero y lo demás está en el estudio.

-Bueno, el vestido rosa es tuyo, junto a unas cintas para el cabello, y también traje algunos libros que me parecieron interesantes. ¿Los viste?

-¡Oh, mi lady! no se hubiese molestado. Y sí los vi, me parecieron interesantes.

-No es una molestia, sin ti me sentiría muy sola.

-Gracias, Anne -le dio un abrazo-. Milady, ¿va a querer desayunar?

Anne arrugó la nariz.

-No tengo hambre, pero lo intentaré; vamos, te ayudo con la ropa sucia y pedimos algo de desayunar, luego te probarás el vestido.

La muchacha asintió y se levantó, seguido tomó el vestido de Anne, que estaba apoyado en una silla y algunas otras prendas junto a este, Anne la siguió y empezó a levantar la ropa que había dejado Mathias en la habitación, le dio el saco y los pantalones, tomó la camisa, al levantarla observó una mancha carmesí, la cual examinó bien y notó que era bálsamo labial; sintió un dolor en su pecho, al llevar la prenda a su nariz llena de curiosidad al recordar el olor a perfume que desprendía Mathias por la noche, percibió el mismo aroma a perfume y sintió náuseas, seguido de un fuerte dolor de estómago; corrió al cuarto de baño, en donde dejó lo poco que tenía en este.

-Milady, ¿se encuentra bien? -Rudy la observó preocupada.

Anne subió la vista, intentó regalarle una sonrisa, pero fue absurdo, ya que volvió a vomitar.

Rudy se acercó a ella con un vaso de agua, le recogió el cabello y le frotó la espalda mientras Anne la bebía, luego se levantó, se lavó la cara y, con ayuda de Rudy, se dirigió a la cama, en donde se acostó.

-Milady, ¿se encuentra mejor?

-No, Rudy, la verdad es que no. Me duele un poco el estómago.

«No solo el estómago, también el corazón».

-¿Qué puedo hacer por usted?

Anne notó que estaba muy angustiada por ella.

-Pídeme un té, por favor, me volveré a acostar y prometo que ya pronto me sentiré mejor. Así que no te preocupes.

Rudy asintió y salió de la habitación rápidamente para cumplir con lo solicitado.



Después de la experiencia de la noche anterior en el club y de volver a dormir con Anne en sus brazos, Mathias había pensado mejor la situación y su forma de actuar y había sido un completo estúpido. Ya que en vez de estar perdiendo el tiempo bebiendo debió de dedicárselo a la mujer que amaba y no había estado ahí con ella cuando más lo necesitaba. Ese día había decidido salir un poco más temprano del trabajo con la idea de llevar a comer a Anne a algún restaurante cercano, hacía más de dos semanas que no pasaban tiempo juntos y era momento para reconciliarse y recuperar el tiempo perdido -debía admitir que la extrañaba-. Cuando llegó a la *suite*, en el primer lugar en donde la buscó fue en el salón, sabía que usualmente pasaba ahí la mayor parte de tiempo, pero no estaba, por lo cual se dirigió a la habitación; al entrar observó a Rudy junto a la cama con un libro en la mano y a Anne dormida. Mathias no había observado bien a Anne en los últimos días y ahí con los reflejos de luz que se filtraban en las cortinas la observó detalladamente, Anne estaba más delgada de lo que era, se veía más blanca, pálida, en realidad, con círculos negros bajo los ojos y no tenía la misma vitalidad de siempre, se veía enferma. Se acercó a la cama lentamente, estudiando el frágil cuerpo de su esposa mucho más de cerca y no le gustó lo que terminó de ver.

-Milord...

-¿Anne se encuentra bien? -preguntó angustiado.

-No, milord, no sé ha sentido bien los últimos días y hoy ha devuelto todo lo que comió.

Mathias se acercó a la cama y le rozó la mejilla con la punta de sus dedos, la sintió fría.

-¿Desde cuándo está así?

-Devolviendo lo que come desde hoy, pero no se ha estado alimentando bien y se pasa el día en cama.

Mathias masculló una maldición entre dientes. ¿Cómo no se había dado cuenta del estado de Anne? Pues claro, estaba sumido en su mundo de mierda; qué imbécil había sido.

-¿La ha visto un médico?

-No, milord, ella no ha querido.

-Gracias, Rudy, puedes retirarte, yo me quedaré velando su sueño.

Anne abrió los ojos y soltó un suspiro al encontrarse a Mathias acariciando su mejilla, estaba acostado junto a ella observándola.

-Mi amor, ¿cómo te sientes?

Anne observó la ventana y notó que era aún no había oscurecido, lo que la hizo sorprender al verlo ahí.

-¿Te ha avisado Rudy?

-No, mi amor, salí temprano del trabajo y pensé que podríamos salir a comer, no pensé que te estuvieras sintiendo mal.

Anne le sonrió, aun así, no le causó emoción alguna que Mathias hubiese decidido llegar temprano a la casa, no ahora.

-¿Desde cuándo estás enferma? ¿Y por qué no me había dicho nada? -indagó.

-No estoy enferma. -Anne se removió irritada.

-Anne, mírate estás más delgada -le reclamó. Estaba molesto, ya que si estaba enferma debía al menos informárselo-. Tienes aspecto de enferma.

-Pues el tuyo no es el mejor -replicó molesta-, y tampoco es que pases mucho tiempo por aquí como para que te enteres si estoy o no estoy bien. ¿Acaso importa?

-Es cierto y lo lamento, y sí me importa, Anne, yo te amo y lo sabes muy bien, por lo que prometo que a partir de ahora cuidaré y estaré más pendiente de ti.

Anne se quitó las cobijas y salió de la cama.

-No hagas promesas si no vas a cumplir, Mathias -chilló molesta.

Mathias se quedó sin palabras. ¿A qué se debía ese reproche? ¿Sería porque la había lastimado? o ¿porque no pasaba tiempo con ella?, aun así, hasta el momento había cumplido su mayor promesa, la de serle fiel.

Caminó tras ella, que se dirigió al salón a buscar a Rudy.

-Rudy, cariño, podrías pedir que preparen el baño.

La muchacha asintió y Anne regresó a la habitación con Mathias siguiéndola a las espaldas.

-Anne, mi amor, ¿de qué hablas? Podrías, por favor, explicarme.

-Tú lo sabrás, Mathias. Tú fuiste el que hizo algunas promesas antes, durante y después de casarnos -reclamó irritada.

Mathias se acercó a ella y la fundió en sus brazos. Anne intentó zafarse y se removi6 en varias ocasiones, pero su agarre era más fuerte.

-Anne, perd6name -suplicó-. Sé que estas últimas semanas me he comportado como el peor de los esposos, pero es que no soporté la idea de hacerte daño, perdón, mi amor -su tono de voz era suave y débil-, te lastimé, te marqué y fui un completo estúpido al no cuidarte y en vez de eso alejarme de ti. Y no sabes lo mucho que me duele estar alejado de ti.

Anne suspiró, no era a eso a lo que ella se refería, aun así, no había esperado que Mathias le pidiera perdón, motivo por el cual se relajó en sus brazos.

-Odio que estés ausente por tanto tiempo.

-Mi amor, prometo que no volveré a alejarme de ti.

Mathias colocó un dedo en la barbilla y le subió el rostro para besarla, Anne, aunque en un principio no quería responder el beso, se dejó llevar, se dio cuenta de que anhelaba esos besos, esos labios y ese cuerpo que la hacían sentir segura; se arrepintió luego de que aquel beso ganara terreno y se derritió en sus brazos. El toque de la puerta hizo que Mathias soltara sus labios.

-¿Vas a tomar un baño?

-Sí, estuve todo el día en esa cama y parte del día devolviendo lo que comí; pensé que me sentiría mejor con el baño, además de que me siento pegajosa.

Esa tarde después de que Mathias la ayudara con el baño, se dedicó a mimarla, cuidarla y hacerle el amor con todo el cariño y la dedicación que tanto amaba Anne, lo que le recordó a su primer mes de casados, un tiempo en el que ella había creído todas sus promesas. Promesas que sentía que poco a poco él iba olvidando cumplirlas.



Las náuseas de Anne habían ido aumentando a lo largo de las semanas, usualmente, eran durante la mañana, aunque también hacían presencia durante el resto del día en algunas ocasiones. El

apetito de Anne había aumentado y pronto había recuperado el peso que había perdido, aunque eso se lo debía a los bocadillos que solía llevarle Mathias por las tardes.

Mathias no había vuelto a llegar a altas horas de la noche y se había dedicado a cuidarla con esmero y dedicación, tal y como se lo había prometido, aunque Anne había notado que en medio de la noche se ausentaba; algunas veces solo se encerraba en el estudio, en otras salía de la *suite*, especialmente después que despertaba de una pesadilla, incluso algunas veces llegaba un poco bebido, aun así, no volvió a sentir el aroma del perfume de mujer en su ropa, algo que le provocó un poco de alivio, aunque eso no le asegurara nada.

Estaba sentada en el salón anotando algunas cosas que debía comprar, ya que Mathias cumpliría años dentro de dos días y con ayuda de Marie había decidido hacerle una pequeña cena y elaborar una tarta de manzana, lo cual la tenía muy ansiosa. Durante las últimas semanas se habían hecho más amigas y Anne solía visitarla algunos días durante la semana, le gustaba su compañía y pasar tiempo con las niñas, a las cuales le había tomado mucho cariño.

Anne escuchó que tocaban la puerta y vio a Rudy levantarse para ir a atenderla, escucho voces que le parecieron muy conocidas, por lo cual se levantó del sofá en donde estaba y se dirigió a la puerta para ver quién era; no pudo evitar soltar un chillido cuando vio la figura de Elizabeth, que se acercaba rápidamente a ella.

-¡Dios, Elizabeth! ¿Eres tú? No estoy soñando -chilló emocionada.

Elizabeth caminó lo más rápido que pudo y la envolvió en sus brazos con fuerza.

-Cariño, la vas a asfixiar -protestó Eduardo, que venía siguiéndola.

-Anne subió la vista y se encontró con Eduardo, estaba mucho más guapo de lo que recordaba y se veía muy feliz, se notaba que el matrimonio le había sentado muy bien.

Elizabeth la soltó y le tomó de las manos mientras la observaba de arriba abajo, estudiándola.

-¡Dios, mírate estás hermosa!

Anne observó a Elizabeth y sonrió.

-Tú también lo estás, Lizzy.

Elizabeth la volvió a abrazar con fuerza, llena de emoción; tenía al

menos tres meses de no ver a su amiga y cómo la había extrañado.

-Anne, no sabes cuánto te he extrañado.

-No más que yo, Lizzy.

Y, con esas palabras, Anne se quebró, no pudo evitarlo y empezó a sollozar, Elizabeth supuso que había sido de la emoción.

-Cariño, ya la hiciste llorar.

-Cállate, amor -le lanzó una mirada cómplice-. Ve a ver si el lacayo subió todo.

Eduardo salió sin protestar mientras Anne se limpiaba las mejillas.

-¿Está todo bien? -quiso saber Elizabeth cuando Anne se tranquilizó.

-Sí, es solo que te extraño mucho. -Se sorbió la nariz y dibujó una pequeña sonrisa-. Rudy, ¿puedes pedir el té? -le pidió a la muchacha y esta asintió-. Ven, Lizzy, vamos al salón.

Aunque Anne lo que más deseaba era desahogarse con Elizabeth y confesarle toda la angustia que había estado sintiendo las últimas semanas y las ganas que tenía de salir huyendo, pensó que lo mejor era dejarlo para otro momento, su amiga había venido a verla e iba a disfrutar de eso. Ya luego le hablaría de todo lo que estaba sucediendo en su vida.

-Me vas a decir cómo supiste dónde estábamos y qué hacen aquí
-indagó Anne luego de que entraran en el salón y tomaran asiento.

-Andrew le pidió a Eduardo que viniera a hacerse cargo de unos asuntos que requerían de la autorización de uno de los socios y, como ni él ni Sebastián quieren estar lejos de Inglaterra, le pidieron a Eduardo que viniera. Cuando llegamos aquí mi nana nos contó que habían viajado a Boston y Mathias le había enviado una nota con los datos de donde se iba a hospedar por si necesitaban algo de él y así llegamos aquí -le explicó.

-No pensé en verte tan pronto, aunque no sabes cuánto lo he deseado, quiero irme de aquí... -Cerró la boca tan pronto las palabras salieron de ella.

-¿Sucedé algo?, ¿las cosas están bien entre Mathias y tú? -Elizabeth le lanzó una mirada perspicaz.

En ese momento entró Rudy con el servicio del té y empezó a servirles, momento que aprovechó Anne para cambiar la conversación.

-¿Por cuánto tiempo se van a quedar?

Elizabeth notó el sutil cambio de conversación de su amiga, era cierto que le había dicho que estaba hermosa, pero no había dejado de percibir la tristeza en su mirada y que se veía alicaída y algo delgada, además de que tenía un dejo de cansancio en su rostro; debía investigar qué le estaba sucediendo. Y, si se enteraba de que Mathias le había fallado, se las iba a pagar.

-Un par de semanas; aunque me gustaría quedarme más, Eduardo no quiere que estemos aquí por mucho tiempo, debido a sus

caballos y los negocios en Inglaterra, así que voy a estar aquí contigo mientras él soluciona los que vino a hacer, solo vino a dejarme.

-Eso quiere decir que él no se quedará aquí contigo -preguntó con un brillo en sus ojos.

-No, mañana se marcha a Bridgeport, así que vamos a aprovechar para ponernos al día, empezando... -Se llevó el dedo índice a la barbilla y empezó a darle suaves golpes en un gesto pensativo-. ¿Cómo la estás pasando aquí?

Anne soltó un suspiro reprimido.

-No me gusta el lugar, además, me la paso aquí en el hotel encerrada.

Elizabeth se quedó pensativa, sabía que Anne no se iba a acostumbrar rápido al lugar, aun así, pensó que Mathias haría todo lo estuviera a su alcance para que se sintiera a gusto, ya que estaba alejada de todo lo que conocía.

-¿Por cuánto tiempo van a estar aquí?

-Según Mathias, un mes y medio más o menos, que es lo que llevamos ya, así que no sé si nos quedaremos mucho más tiempo.

-¿Las cosas están bien entre vosotros?

Anne tomó la taza de té y le agrego azúcar, fijó su vista en el líquido ámbar mientras lo removía pensativa, suspiró y dudó si contarle todo a Elizabeth o esperar unos días, ya que quería disfrutar al máximo de ella los días que iban a estar juntas.

-La verdad es que... -se decidió a hablar, inhaló tratando de contener las lágrimas y de que la voz se le cortara- Lizzy...

Escucharon la puerta cerrarse y Anne guardó silencio, fijó su vista en la puerta del salón, segundos más tarde Mathias entró seguido de Eduardo esbozando una sonrisa.

-Me encontré a este caballero perdido en la entrada. Parece que su esposa lo despachó y no quiere alejarse de ella. -Le señaló a Eduardo que venía tras él, el cual le regaló una radiante sonrisa a Elizabeth.

Elizabeth se levantó cuando Mathias se acercaba ella y lo abrazó con fuerza.

-Qué gusto verte, hermosa Beth; mira qué bella estás, te ha

sentado bien el matrimonio. Había pensado que no sería así - bromeó.

Eduardo puso los ojos en blanco.

-En cambio, a ti creo que este clima no te ha sentado bien, estás más delgado y...

-He estado trabajando mucho -la interrumpió y se acercó a besar a Anne-. ¿Cómo te has sentido hoy, mi amor?

Elizabeth notó que Anne no lo recibía con la misma alegría que lo había recibido los primeros días en Londres y ya no había rastros de ese brillo en su mirada que había tenido cuando veía a Mathias.

-Me he sentido bien -dijo sin emoción, luego le regaló una sonrisa- y bueno ahora estoy muy feliz, tengo a Lizzy aquí.

-¿Estás enferma, Anne? -quiso saber Elizabeth.

-No, solo estuve algo indispuesta.

-¿Ya viste a un médico?

Anne se removió incomoda.

-No es necesario, solo estoy un poco mal de estómago.

Elizabeth iba a replicar, pero Eduardo la interrumpió al notar a Anne incómoda.

-Mi amor, ya le diste la noticia.

-Aún no, cariño.

- Qu  noticia? -preguntó Mathias mientras se sentaba en uno de los sofás-.  Se vendrán a vivir por aquí?

-No, nada de eso -replicó Elizabeth-. Cariño, se lo dices t .

Eduardo esbozó una gran sonrisa llena de orgullo y felicidad.

-Claro, mi  ngel. -Carraspeó, su sonrisa aumentó y el esmeralda de sus ojos brilló más-.  Voy a ser padre!

Anne soltó un chillido y se lanzó a Elizabeth para abrazarla.

-Qué felicidad, Lizzy.  Por eso Eduardo no quiere estar mucho tiempo aquí?  De cuánto tiempo est s?

Elizabeth asintió.

-S , ese es el motivo. Y me enter  hace poco, así que debo andar por ocho semanas o un poco más.

Mathias se levantó y se dirigió a la mesa de licores, en donde sirvió una copa de whisky para Eduardo y otra para él.

-Felicidades, hermosa Beth; amigo -le dio la copa-, esto hay que

celebrarlo.

Eduardo tomó la copa y la observó con el ceño fruncido. Según recordaba, Mathias había dejado de beber del todo luego de casarse con Anne.

-¿Desde cuándo volviste a beber?

-No lo hago, es solo para celebrar -se excusó, encogiéndose de hombros.

Anne lo observó con una mirada que Elizabeth no logró descifrar. Sabía que algo estaba pasando ahí y debía averiguarlo.



Luego de que Anne desayunara en compañía de Elizabeth y Eduardo y este último se marchará a Bridgeport, Anne le pidió a Elizabeth que la acompañara a hacer algunas compras y así aprovechaban para que conociera un poco el lugar, ya que Elizabeth nunca había ido a Boston. La noche anterior Mathias les propuso salir a cenar y así celebrar, proposición que tanto Eduardo como Elizabeth no desaprovecharon.

Anne seguía indecisa en decirle o no a Elizabeth lo que estaba sucediendo con Mathias. La noche anterior no lo había sentido ausentarse, pero tampoco había sido consciente de nada, ya que se quedó profundamente dormida apenas puso la cabeza en la almohada. Necesitaba que Elizabeth le diera un consejo, necesitaba hablar con alguien y poder desahogarse, pero temía por lo que pudiera decirle Elizabeth, por lo que estaba evitando aquella conversación, así que decidió distraerla llevándola de compras. El cumpleaños de Mathias sería el día siguiente y, aunque ya tenía casi todo preparado, inclusive el regalo, pensó que ese sería un buen pretexto para que Elizabeth la acompañara.

-¿Ahora sí me dirás que está sucediendo?

Anne dejó los cubiertos en el plato, se encontraban en el restaurante del hotel almorzando.

-¿Por qué crees que me sucede algo? -indagó perspicaz.

-Anne, te conozco, no eres la misma. Puedo notarlo en tu mirada.

-Elizabeth, tú tampoco eres la misma -se defendió, era tonto, pero realmente era así, ya que Elizabeth se veía más radiante.

-Anne -le tomó las manos en forma de apoyo-, sabes a qué me

refiero, y sabes perfectamente que puedes confiar en mí, somos amigas.

Anne suspiró y la observó con una mirada triste.

-Tengo muchas cosas que decirte, Lizzy, y no sé por dónde empezar; créeme, este no es el lugar.

Elizabeth observó cómo sus ojos se humedecían, lo que indicaba un indicio de lágrimas.

-Oh, cielo, yo..., yo no quería -se disculpó.

-Descuida. -Bebió un sorbo de agua-. Te prometo que te lo contaré todo, lo necesito, ya que siento una presión en el pecho.

-Creo que te entiendo, termina de comer, cielo. -Soltó sus manos. Anne negó con la cabeza.

-La verdad es que no me apetece, últimamente no me apetece comer; si no fuera por los bocadillos que me trae Mathias y que son deliciosos, no comería nada.

-Vamos a la *suite* entonces.

Anne observó el plato de Elizabeth, al igual que ella, apenas si había tocado la comida.

-Lizzy, tú debes comer, debes alimentarte bien por tu pequeño.

-Lo sé, te prometo que pediré algo cuando estemos arriba.



-Lizzy, no sé por dónde empezar.

-Por el comienzo, Anne -le aconsejó.

-Es que tengo tanto miedo.

-Anne, cuéntame qué sucede, así puedo ayudarte.

Anne suspiró, ambas estaban en la habitación de Elizabeth, eligieron hablar ahí, ya que tendrían más intimidad y no había riesgos de que las interrumpieran.

-Quiero irme de aquí, no me gusta este lugar, y Mathias...

Elizabeth la tomó de las manos en señal de apoyo y la motivó a hablar.

-No está cuidando bien de ti como lo prometió, ¿verdad?

-Realmente no -admitió-. No sé qué le sucede, todo iba bien hasta que llegamos aquí, a Boston, Mathias no es el mismo. Se comporta extraño.

-¿Extraño de qué forma, Anne?

-Días después de que llegamos, empecé a sentir a Mathias distraído y me di cuenta de que estaba durmiendo poco y a mitad de la noche era común que despertara; más de una vez desperté y no estaba, usualmente se encerraba en el estudio; me enteré de que había empezado a beber, aunque no en gran cantidad, al menos no al principio y luego vinieron las pesadillas; empezó a tener pesadillas y se despertaba muy angustiado por las noches, pero después de esa noche...

Anne guardó silencio y Elizabeth esperó a que prosiguiera; al ver que no lo haría, la instó a que continuara.

-¿Qué noche? ¿Qué sucedió, Anne?

-Creo que fue cuando sus pesadillas lo perturbaron más; desperté a mitad de la noche, lo escuché gritar muy angustiado, entonces lo desperté, estaba aturdido, con la mirada perdida, se veía como un niño pequeño muy asustado, así que empecé a besarlo y acariciarlo tiernamente, y eso llevó a otra cosa y Mathias...

Anne calló mientras se secaba las lágrimas, Elizabeth la escuchaba atenta, acariciándole una de sus manos con el pulgar.

-Mathias no me hizo el amor de la misma forma, no fue tierno y me marcó.

-¿Qué clase de marcas? -aventuró alarmada.

-Me apretó muy fuerte por la cintura y tenía varias mordidas y algunos chupetes en el pecho y el cuello.

-¿No lo detuviste?

-En el momento no sentí tanto dolor y, aunque tratara de decírselo era imposible, Mathias no era él en ese momento, estaba fuera de sí; cuando terminó, me dejó ahí en la cama, no fue tierno, no me preguntó si estaba bien. Si no hubiera sido por una caricia que le di en la mejilla, se hubiera quedado ahí perdido.

Anne empezó a derramar algunas lágrimas.

Elizabeth se acercó a ella y la abrazó frotándole tiernamente la espalda para reconfortarla.

-¿Lo ha hecho en más ocasiones?

Anne negó con la cabeza y sorbió la nariz, Elizabeth buscó un pañuelo en la bolsa secreta de la falda y se lo dio; esperó a que se tranquilizará para que siguiera hablando.

-Esa fue la única vez, dos días después me vio las marcas y salió como loco, no sabía si iba a volver o qué iba a hacer; supe que llegó muy entrada la noche ebrio. Esa noche durmió en el sofá, a la mañana siguiente apenas si me vio. Desde ese día empezó a llegar muy entrada la noche y ebrio, dormía en el sofá -tomó aire- y fue así por casi tres semanas. Un día desperté cansada, deseando huir de aquí, necesitaba hablar con alguien, te necesitaba, Lizzy -dijo con un dejo de tristeza y suplica-. Discutí con Rudy y salí a dar un paseo, en el parque me encontré a Marie, la esposa de un empleado de Mathias, ella me pidió que la acompañara a hacer unas compras y, por la noche, cuando volvía acá, el coche en el que venía se detuvo en un lugar, me dijeron que era un burdel, cuando le di un vistazo vi a Mathias -se le quebró la voz al decirlo y empezó a llorar nuevamente. Elizabeth la abrazó con fuerza.

-¿Estás segura de que era Mathias?

Anne sorbió la nariz, se secó las lágrimas y respiró profundo.

-Si, lo era, Lizzy; en ese momento quería morirme, no sabía qué hacer o cómo actuar. Esa noche regresó temprano, después de semanas sin dormir conmigo entró en la cama y me abrazó; pensé que estaba equivocada, que no había sido él a quien había visto, pero olía a perfume de mujer, a la mañana siguiente encontré manchas de bálsamo labial en su camisa blanca.

Dijo lo último con un hilo de voz seguido por los sollozos. Elizabeth la dejó llorar; sabía que Anne tenía que desahogarse, había sido duro estar sola, sin tener con quién hablar, o quién la consolara; recordó un tiempo atrás cuando estuvo en una situación muy parecida cuando Thomas la abandonó.

-¿Sabes si ha vuelto a ir a ese lugar?

-No, no lo sé; al día siguiente me enfermé. Desde la noche que dejó de dormir conmigo, yo había empezado a comer poco, me sentía muy débil y estaba muy triste, ese día pasé parte del día devolviendo lo que comía, por lo que pasé todo el día en cama. Mathias me encontró mal y después de esa noche empezó a llegar temprano, volvió a dormir conmigo y a tratar de mimarme otra vez, pero sé que a mitad de la noche sale, cuando las pesadillas llegan. Sabes, Lizzy, Mathias grita el nombre de una mujer en sus

pesadillas.

Elizabeth estaba absorbiendo toda la información y analizándola.

-¿Piensas que tiene algo que ver con ella?

-Eso es lo que creo; sé que dice amarme, pero ya no sé si creerle, no sé si cuando sale por la noche se va para ese lugar, sé que llega bebido, ya que huele alcohol, aunque hasta el momento no ebrio.

-¿Haces el amor con Mathias?

-Después de lo que sucedió, solo lo hemos hecho una vez.

Elizabeth tenía sus sospechas, pero prefirió no decírselo, no quería lastimarla más.

-¿Qué piensas hacer con todo esto? ¿Has pensado hablar con Mathias?

-No, no quiero hablar con él, no quiero más promesas, quiero volver a Inglaterra. Alejarme de Mathias por un tiempo...

-Hablaré con Mathias, no puedo creer que...

-No, Lizzy -se apuró a decir-, si él..., si..., si tiene una aventura aquí, no quiero enterarme ni que él se entere de nada de lo que está pasando.

-No creo que sea lo correcto, Anne, pero no le diré nada, solo le preguntaré por cuánto tiempo piensa quedarse aquí, ¿Por cierto, desde cuando estás enferma?

-Hace dos semanas; no es que esté enferma, es solo que por la mañana tengo náuseas y apenas como durante el día.

-Anne, no estarás...

-¡Dios, no! -la interrumpió, ya que era imposible-. Mathias aún no quiere y creo que es lo mejor.

-En eso tienes razón -concordó-. No sería un buen momento.

-Mañana es el cumpleaños de Mathias, Marie me ayudará a prepararle una tarta de manzana. ¿Te comentó Aurora que me enseñó a hacerla?

-Algo así me dijo, no sabía que querías aprender a cocinar.

-No me gusta en realidad, recuerda que mi padre es cocinero, pero sí me gustan los postres y bueno...

-En eso tienes razón, ahora háblame de Marie. Quiero saber si debo sentirme celosa. -bromeó.

-Tranquilo, muchacho.

-No puedo, Mateo, mis planes eran permanecer aquí al menos un mes y medio y ya llevo más de eso, no soporto más estar aquí y, por si fuera poco, a Marks se le ocurre llevarse unos cuantos libros y ausentarse una semana.

-No es su culpa, solo quería ayudar, no contaba con que su esposa enfermara.

-Lo sé. -Se llevó las manos al cabello y empezó a caminar de un lado a otro por la oficina-. Sabes que no me gusta este lugar.

-Calma, hombre; qué te parece si nos tomamos un café, intentas relajarte un poco y luego seguimos con esos libros. -Señaló unos libros que estaban en la mesa-. El señor Larsson te prometió ir a visitar a Marks para traer los libros que se llevó si la salud de su esposa sigue empeorando. Así que todo irá bien.

Mathias suspiró, estaba harto de estar en Boston, cada noche sus pesadillas aumentaban más y creía que había empezado a alucinar, ya que en algunas ocasiones creía haber visto a Sarah, motivo por el que, aunque se había prometido a sí mismo no volver a beber, no había podido evitarlo; las pesadillas habían aumentado y las ganas de olvidar sus demonios habían vuelto. Tener a Anne en la cama junto a él era una gran tentación que quería evitar, ya que no quería lastimarla otra vez, por lo que salía a beber algo después de que alguna de sus pesadillas lo desquiciaba. Muy en el fondo era consciente de que le estaba haciendo daño a Anne por su falta de interés hacia ella o por su ausencia, sabía que ella no era tonta. Anne se daba cuenta de que él se ausentaba a mitad de la noche

tras una pesadilla, y sabía que era el único culpable de que ella estuviera tan alicaída, pero era un cobarde, ya que no tenía el valor de hablar con ella y confesarle toda la verdad. Por ello necesitaba alejarse de ahí, tenía la ligera sospecha de que, si volvía a Inglaterra, todo volvería a la normalidad.

-Creo que es momento de que me vaya, Marie y yo tenemos un compromiso y tú deberías hacer lo mismo -le aconsejó Mateo.

Mathias observó el reloj, ya era momento de volver a casa, hoy era su cumpleaños y pensaba salir a comer con Anne y Elizabeth para celebrarlo, aunque en realidad no le apetecía celebrarlo. Simplemente, ese día no tenía ánimos más que de hacer el amor con su mujer, cosa que no haría.

-Ya me falta poco aquí. -Señaló el libro que estaba estudiando-. Apenas termine me marchó.

-Me parece bien, me saludas a tu esposa.

Mathias asintió; luego de ver a Mateo marcharse, siguió sacando notas y apuntes del libro, la tarea no había sido tan fácil como Larsson se lo había asegurado, ya que, por más de que Mateo había intentado llevar todo en orden, la falta de un contador había hecho que algunos datos no concordaran como era debido, podría decirse hasta que alguno de los ingenieros que trabajaban para ellos estaba robando, ya que había encontrado bastantes sumas que no concordaban con lo establecido, así que tenían mucho trabajo que hacer.

El sonido de un trueno lo sobresaltó, estaba concentrado en un libro, aquel sonido hizo que algunas imágenes se le vinieran a la mente, se levantó de la mesa con un escalofrío en la espalda, por lo cual se apuró a guardar las notas y los libros para salir de ahí, cerró la oficina y antes de llegar a las escaleras le pareció ver una silueta, la enfocó bien, y por un momento se quedó congelado -era Sarah-, o al menos eso creía; cerró y volvió a abrir los ojos y cuando se acercó a las escaleras no había nada, pensó que su mente le estaba jugando una mala pasada, no era la primera vez que creía haberla visto, aun así, estaba asustado de verla ahí, ya que no era la primera vez que se quedaba solo y a altas horas de la noche en la oficina. Bajó las escaleras, buscó su abrigo y al llegar a la puerta volvió a ver

la silueta cerca de las escaleras, reprimió un grito, se frotó la cara y salió lo más rápido que pudo cerrando la puerta, se estaba volviendo loco; atormentado, empezó a caminar sin rumbo, necesitaba alejarse de aquel lugar. Cuando se detuvo, se encontró frente al lugar de su perdición, ahí donde sabía que podía olvidar cada uno de sus tormentos; volvió a entrar, volvió a beber y esta vez subió al segundo piso, aquel al que había jurado no pisar nunca más, incitado por un demonio.



-No entiendo por qué no ha venido, me dijo que apenas terminara vendría -dijo Mateo al ver a Anne desanimada.

Marie y Mateo tenían aproximadamente tres horas de haber llegado a la *suite* en donde Anne tenía una cena preparada para celebrar el cumpleaños de Mathias.

-¿Le habrá sucedido algo? -preguntó Marie preocupada.

-Debería ir a buscarlo a la oficina -propuso Mateo-, puede que el aguacero lo haya encerrado. O que...

-No te preocupes, Mateo, últimamente trabaja tanto que viene muy entrada la noche y no es su culpa que no esté aquí, ya que era una sorpresa -lo excusó, aunque, con todo lo sucedido, sabía que Mathias podría estar en cualquier lugar, menos en la oficina.

-Debí traerlo conmigo -se lamentó Mateo. Sabía que algunas veces Mathias se quedaba hasta muy tarde, pero no imaginó que ese día lo hiciera, ya que era su cumpleaños.

Anne negó con la cabeza e hizo un gesto con la mano para restarle importancia. No quería que sus amigos perdieran más el tiempo.

-No pensamos que hoy fuera a salir tarde, supongo que fue por la lluvia, deberíamos cenar -sugirió Anne-. No pueden irse muy tarde por las niñas.

Elizabeth le lanzó una mirada cargada de dulzura y comprensión, sabía que era lo que pasaba por la cabeza de Anne, y ella tenía la misma ligera sospecha; Mathias no estaba en la oficina y el hecho de que no se presentara temprano cuando Anne le tenía una sorpresa preparada le estaba doliendo. Y más el pensar que él pudiera estar con otra mujer. Y ella estaba muy, muy molesta; en ese momento deseaba darle una buena paliza a Mathias.

Tal y como les había pedido Anne, todos cenaron, luego se quedaron un poco más de tiempo charlando, tiempo en el que Mathias no se presentó; luego de que el matrimonio se retirara, Anne se dirigió a su habitación y ahí se desmoronó; Elizabeth no dudó en consolarla y brindarle su apoyo, esa noche durmieron juntas, ya que Anne había insistido en no abandonarla, por lo que se había quedado acostada junto a ella brindándole su apoyo. Tal y como lo hizo Anne cuando ella la había necesitado.

A la mañana siguiente, seguían sin tener noticias de Mathias; era la primera vez que se ausentaba toda la noche y, en ese momento, lo que más le estaba doliendo a Anne era el hecho de que ella le tenía preparado algo especial por su cumpleaños, aun así, empezó su día con normalidad; evitó llorar más y le pidió a Elizabeth que la acompañara a la oficina para averiguar si Mateo tenía alguna noticia de Mathias; al llegar ahí se toparon con la sorpresa de que Mathias no se había presentado y, por lo que Mateo sabía, tampoco había pasado la noche ahí. Mateo le aseguró que darían aviso a la policía y que le iba a estar informando de todo lo que sucedía.

-Volvamos al hotel, puede que ya esté ahí.

-No, Lizzy, no quiero ir ahí y tampoco quiero verlo, no de momento.

-Sospechas que paso la noche...

Elizabeth no pudo terminar de decir lo que pensaba, ya que vio lágrimas en las mejillas de su amiga. Así que le dio un confortable abrazo.

Anne solo asintió con la cabeza.

-Vamos al distrito comercial, quiero comprar algunas cosas para los mellizos, mi sobrino y quiero ser la primera en darle algo a tu bebé.

-Intentó sonreír.

Elizabeth, que en ese momento no sabía cómo consolar a su amiga, asintió. Ir de tiendas puede que le hiciera bien y la animara un poco.

Anne la llevó por las distintas tiendas a las cuales había ido en varias ocasiones con Marie cuando la acompañaba a comprar ropa, zapatos o alguna que otra cosa que necesitaran las niñas. Compró algunos regalos para los mellizos, para el pequeño Tony, incluso para sus padres.

-Anne, deberías comer algo.

-No tengo apetito, Lizzy.

-Al menos acompáñame, yo sí debo alimentarme si quiero un pequeño hermoso y fuerte como su padre, y tú come algo ligero, hazlo por mí, Anne. -Hizo ojitos de súplica.

-Está bien, lo intentaré.

Mientras buscaban un restaurante, Elizabeth vio en una vitrina algo que llamó mucho su atención, era una figura de un caballo, al parecer elaborado en bronce con unos acabados muy detallados. Era algo muy hermoso para ella y en ese momento pensó en comprarlo.

-Anne, ven, quiero llevarle eso a Eduardo. -Señaló la figura.

Ambas entraron en la tienda, mientras Elizabeth se dirigía al fondo con uno de los vendedores, quien le mostraba otras figuras muy similares, Anne se quedó cerca de la entrada observando algunas figuras, se detuvo al ver una figura de un querubín y otra de una dama bailando cuando sintió una mirada penetrante que la observaba, subió la vista y se encontró con unos ojos castaños al otro lado de la ventana, era una mujer de unos cuarenta años, cabello negro e iba vestida con un vestido elegante, entró al lugar y se acercó Anne con una sonrisa maliciosa dibujada en los labios.

-Disculpe. ¿Usted es la señora Beckham? -Tenía un ligero acento francés.

-¿Por qué quiere saberlo? -indagó.

-Porque sé dónde está su esposo. -Le dedicó una mirada que Anne no supo descifrar.

-¿Mathias? -inquirió Anne.

-Entonces sí es la señora Beckham, por lo que veo.

-Sí lo soy, ¿dónde está Mathias?

Anne tenía el presentimiento que lo que esa mujer pudiera decirle de Mathias no le iba a gustar, aun así, se arriesgó a preguntar.

-Señora, lo que le voy a decir no le va a gustar. -Su mirada se tornó burlona, pero rápido la cambió, al igual que la sonrisa que apenas había dibujado en sus labios.

-Soy una de las dueñas del club Le Plaisir, me conocen como *madame* Rose. -Sonrió ligeramente-. Su esposo llegó anoche y, después de ponerse como una cuba e importunar a mis muchachas

hasta que consiguió lo quería, se encerró en una de las habitaciones en donde permanece hasta el momento.

Aunque Anne tenía las sospechas de que había estado ahí, le estaba dando el beneficio de la duda, pero que se lo confirmaran hacía que todo su mundo se detuviera; lo poco que creía que le quedaba de corazón se partió en mil pedazos, sintió que todo se le venía abajo y trató de respirar, ya que no sabía en qué momento había dejado de hacerlo. O al menos eso creía.

-¿Cómo sabe que soy su esposa y por qué me viene a buscar? - consiguió decir.

-Uno de mis empleados lo averiguó y necesito que lo saquen de mi local -demandó. En realidad, no le importaba que lo sacaran de ahí, solo quería que la muchachita tonta supiera que estaba ahí.

Anne se llevó una mano al pecho y la otra la apoyó en una repisa, su vista se nubló y sintió que sus piernas no reaccionaban; en ese momento Elizabeth se acercó a ella, observó a la extraña que estaba frente a Anne, la cual tenía una sonrisa de satisfacción que borró de inmediato al verla acercarse.

-¡Dios, Anne! -exclamó al ver a Anne tan pálida-. ¿Estás bien?

Elizabeth le lanzó una mirada a la extraña y, justo cuando iba a hablar, Anne se dejó caer en sus brazos, la mujer aprovechó y salió de la tienda. Con la ayuda del vendedor, llevaron a Anne a una silla, en donde Elizabeth la hizo volver en sí con la ayuda de unas sales que le dio el vendedor. Cuando Anne le dijo que ya se sentía mejor, la llevó al hotel, en donde, con la ayuda de Rudy, le puso un camisón y la metió en la cama para que descansara.

-¿Cielo, que fue lo que sucedió? -indagó Elizabeth, la cual estaba muy asustada, nunca había visto a Anne así, estaba como en *shock*. Desde que la había sacado de la tienda, hasta el momento, no había dicho nada y tenía la mirada perdida.

Rudy le llevó un té que Anne bebió lentamente.

-¿Te sientes mejor, cariño?

-Un poco, sí, gracias, Lizzy.

-¿Qué sucedió, Anne? ¿Quién era esa mujer?

Elizabeth observó que Anne empezaba a derramar lágrimas y buscó un pañuelo para dárselo.

-Dice que se llama *madame* Rose y que Mathias pasó la noche en el burdel -balbuceó.

-Oh, Anne, no..., no sé qué decir.

Elizabeth se paró molesta y después de dar un par de vueltas en la habitación maldiciendo en silencio se volvió a sentar en la cama. Debía tranquilizarse, ya que en ese momento Anne la necesitaba, necesitaba consolarla y brindarle todo su apoyo. Así que la abrazó.

-Anne, si te quieres ir de aquí, ahora mismo nos podemos ir. Sabes que haría lo que sea por ti.

-No me siento muy bien ahorita, tengo un poco de molestia en el estómago, pero sí quiero irme de aquí.

-Descansa, mandaré a llamar al médico para que venga a revisarte.

-No lo necesito, Lizzy, solo quiero dormir y descansar un poco, me siento tan agotada. -Su voz era muy débil, cosa que preocupó a Elizabeth.

Anne se acurrucó en la cama y Elizabeth le acarició el cabello mientras que se dormía, luego salió de la habitación, se dirigió al estudio en donde busco papel para escribirle una carta a Eduardo, para informarle que se reunirían pronto con él. Cuando Elizabeth estaba guardando la carta, escuchó un grito que la asustó, minutos después Rudy muy asustada se asomó por la puerta.

-Milady, venga rápido, es... es... Anne.

Elizabeth se levantó rápidamente y se dirigió a la habitación de Anne, en donde la encontró echa un ovillo en la cama junto a una gran mancha de sangre. Muy alarmada se acercó a ella.

-Anne, ¿qu-qué... sucede?

La vio gemir de dolor y hacer una mueca que le desgarró el corazón.

-¡Maldición! -Tenía una pequeña idea de qué era lo que había sucedido-. Rudy, ve a buscar al médico -le ordenó-, dile al de recepción que es una emergencia.

No había terminado de darle la orden cuando Rudy salió a toda prisa, Elizabeth se sentó junto a Anne y le tomó la mano, estaba helada y tenía el rostro desfigurado por el dolor, percibió que tenía pequeñas lágrimas en sus mejillas.

-Anne, ¿puedes moverte?

Anne negó con la cabeza.

-Me duele mucho... -se quejó, con un agudo gemido de dolor.

Rudy entró minutos después seguida del médico, el cual se acercó a Anne con rapidez para examinarla y darle la noticia que Elizabeth se esperaba.

Mathias despertó en medio de la bruma de su mente y con un insoportable dolor de cabeza, abrió los ojos lentamente y luego de unos minutos se dio cuenta de dónde estaba, se sentó en la orilla de la cama sosteniéndose la cabeza, tratando de recordar qué había sucedido, cuando una voz chillona resonó entre las paredes, provocando que aumentara su dolor; cuando subió la vista se encontró con su mayor demonio, el cual lo miraba con una sonrisa llena de satisfacción.

-Oh, *chéri*, al fin despierta -dijo con un tono de voz muy suave.

Mathias frunció el ceño, no pudo evitar que esto le diera más dolor de cabeza. Tenía la boca seca y pastosa, lo cual le impidió hablar de inmediato; estaba sediento y seguía aturdido.

-¿¡Dónde demonios estoy!?

-En mi habitación, querido, la que tanto te ha extrañado. ¿Ya la olvidaste?

Mathias observó nuevamente el lugar y confirmó que lo le decía era real. No pudo evitar sentir asco de sí mismo al estar ahí.

-¿Qué demonios hago aquí?

-No puedo creer que hayas olvidado la espectacular noche que tuvimos, debo admitir que has mejor...

Mathias se levantó de forma brusca y la tomó de los hombros. La escuchó soltar un gemido sofocado.

-¿Qué demonios me hiciste? -exigió.

La vio abrir mucho los ojos e intentar tragar, por lo cual aflojó su agarre.

Rose se asustó; aunque en el pasado había estado acostumbrada a

los ataques de ira de Mathias, este era distinto, no era la bruma de una pesadilla o del dolor, realmente estaba enfadado, tenía los ojos negros inyectados de ira, las pupilas dilatadas y una expresión de odio en el rostro; en ese momento se arrepintió de lo que había hecho.

-Su-su-suéltame.

Mathias la soltó, se dio cuenta de que estaba desnudo al ver su ropa en una silla cercana, por lo que se dirigió a buscarla, se la colocó rápidamente mientras esperaba una respuesta de Rose, la cual aún lo observaba asustada.

-Vas a hablar o quieres que te saque las palabras a golpes.

-*Ch-chéri*, sabes que me gusta que me azoten, pero no estás en...

Mathias se detuvo frente a ella.

-¿Qué demonios hago aquí? Y no te lo voy a preguntar una vez más, así que ahora contesta.

-Anoche viniste a beber y estuvimos charlando, pensé que estabas muy ebrio para volver a tu hotel, por lo cual te traje a dormir aquí...

-Mira, Rose, será mejor que me digas la verdad -rugió.

-Es esa la verdad -chilló-. Intenté persuadirte y como no quisiste te drogué, estabas...

Mathias la tomó nuevamente de los hombros y la pegó contra la pared, la vio abrir los ojos asustada y la sintió temblar, por lo cual la soltó con un gruñido.

-Si sabes lo que te conviene -advirtió al dirigirse a la puerta-, no vuelvas a cruzarte en mi camino.

Al llegar abajo encontró a Willis acomodando los licores, este lo observó sorprendido.

-Pensé que ya te habías marchado.

-No. -Buscó el reloj para ver la hora, pero no lo encontró-. ¡Maldición! -No tenía ni la mínima intención de volver a esa habitación del demonio-. ¿Qué hora es?

-Las cinco de la tarde.

Mathias maldijo seguido de algunos improperios, salió rápido del lugar. ¿Qué demonios pasaba por su mente para haberse quedado ahí?

Cuando los tenues rayos de sol saltaron a su vista al salir de aquel

lugar, le ardieron los ojos y su dolor de cabeza aumentó, debió haber tomado algo de agua antes de salir, aunque no tenía tiempo, debía ver a Anne, debía estar preocupada, no había aparecido en toda la noche y en gran parte del día. ¿Qué demonios había hecho? No recordaba cómo había llegado ahí, y mucho menos qué había pasado esa noche; solo era consciente de algo, le había fallado a Anne y corría el riesgo de que ella lo odiara toda la vida por ello.



Rudy se encontraba recogiendo las toallas y las sábanas manchadas de sangre para dárselas a una doncella para que se las llevara. Luego de que el médico revisara a Anne, entre Elizabeth, Rudy y una doncella cambiaron la ropa de cama y Elizabeth ayudó a Anne a cambiarse. En ese momento, Anne dormía gracias al láudano que le dio el médico, y Elizabeth cuidaba de ella junto a la cama. Rudy salía de la habitación con las sábanas en la mano cuando escucharon el ruido de la puerta. Mathias observó las sábanas que Rudy llevaba y se alarmó, por lo que se dirigió rápidamente a la habitación, Elizabeth, que sospechaba quien había llegado, subió la vista y le lanzó una mirada cargada de dardos. En ese momento deseaba hacerlo desaparecer. Se puso de pie y se acercó a él.

Mathias se quedó helado en el umbral de la habitación, Anne estaba dormida en la cama, estaba pálida y se veía enferma, la habitación tenía un desagradable olor a enfermedad y a medicina, Elizabeth tenía los ojos enrojecidos cuando se acercó a él, lo tomó del brazo y lo hizo salir de ahí a rastras.

-Rudy, cuida de Anne -pidió Elizabeth, a lo que la muchacha asintió y se dirigió a tomar el lugar en el que había estado Elizabeth.

-Tú y yo tenemos mucho que hablar, ¡ahora! -le ordenó a Mathias al salir de la habitación, el cual seguía como en *shock*.

-¿A-Anne e-es-está bien?

-No, no lo está. -Lo tomó de la mano y lo llevó al estudio en donde lo obligó a sentarse en una silla.

-Beth, ¿qué... qué sucedió? -Se llevó las manos a la cabeza y se las pasó por el cabello tantas veces que parecía que se lo iba a arrancar.

-Si te dignaras a pasar la noche en tu casa, con tu mujer, puede que estas cosas no sucedieran. Y te enteraras qué le sucede.

-Beth, yo...

-¡Elizabeth! -lo corrigió-, me llamo Elizabeth -chilló molesta-. ¿Dónde demonios pasaste la noche?

-Elizabeth, yo... yo no sé cómo explica...

-No, Mathias -interrumpió-, creo que ninguna excusa es válida; ¿sabes lo que acaba de pasar Anne? No, claro que no -dijo con sarcasmo-. Tampoco sabes lo que hizo ayer por ti, ¡por todos los demonios, te hizo una maldita tarta de manzana! A pesar de estar pasándola mal, se animó a celebrar tu maldito cumpleaños y tú no te dignaste a aparecer en toda la noche y, a saber, Judas, dónde demonios estabas.

Mathias estaba sentado con la cabeza entre las manos escuchando cada una de las palabras de Elizabeth, la cual no dejaba de caminar de un lado a otro molesta; subió la vista y Elizabeth tenía los ojos encendidos de rabia, aquellos ojos azules como el cielo se veían oscuros.

-Sé que no tengo perdón por lo que hice...

-¡No, no lo tienes! Anne acaba de perder a tu hijo, Mathias..., ¡tu hijo! -recalcó- y tú ni siquiera estabas aquí para cuidar de ella. ¿Qué hubiese sucedido si yo no hubiese estado aquí?

Mathias abrió mucho los ojos. ¿Anne embarazada? no podía ser; sí, sí podía ser, se corrigió, pero por qué no se lo había dicho.

-Yo..., yo no lo sabía...

-Descuida, al menos, en eso estás eximido; Anne tampoco lo sabía, aunque, si le hubieses prestado más atención, te hubieras dado cuenta. ¡Por todos los demonios, llevo apenas un par de días aquí y ya lo sospechaba!

-No, no comprendo -dijo confundido.

La vio suspirar exasperada, tomó una botella de vino y una copa y se sirvió, luego bebió un sorbo.

-¡Anne ha tenido náuseas matutinas y apenas come! -dijo exasperada.

-Me dijo que estaba un poco indispuesta.

-¿Y no buscaste al médico? ¡por un demonio, Mathias! Si se está enfermo, se ve al médico.

-Ella no quiso -se quejó.

-Y para ti fue más fácil dejar las cosas así, por supuesto, ¿acaso no te diste cuenta de todo lo que estaba sucediendo?

-¿De qué demonios hablas? y Elizabeth, tranquilízate, recuerda que...

-¿iDe qué demonios hablo!? Tú perfectamente sabes de lo que hablo. -Mathias no creía poder verla enfurecerse más-. De tus malditas salidas nocturnas, tu ausencia, de que llegas ebrio y de las visitas a burdeles, de eso hablo. Anne te vio entrar en un maldito burdel, te ha visto salir cada noche de la habitación, te ha visto llegar como una cuba y lo peor es que hasta la maltrataste; no sé qué demonios te sucede, Mathias, pero este no es el mismo hombre que conocí hace seis meses, el que se hizo mi amigo, el que me brindó su hombro cuando lo necesitaba. Y el que se las ingenió para conquistar a mi amiga.

-Te equivocas, soy el mismo...

-¿Por qué, maldita sea, te casaste con Anne? Debo asumir que era cierto lo que decían, que solo era un capricho y debo suponer que ya te aburríste de ella. Asumo eso, ya que eres el mismo, sí, el mismo libertino que llegó a Dream House.

-Demonios, no Elizabeth, yo la amo, la amo con toda mi alma, yo solo...

La vio negar con la cabeza.

-No, Mathias, si la amaras no estaría sufriendo de la forma en que lo hace. Si la amaras hubieras cuidado de ella tal y como lo prometiste.

-He sido un imbécil, lo sé...

-Qué tarde te diste cuenta; me voy dentro de unos días, Mathias, y si ella se quiere ir conmigo no tengas dudas de que la llevaré y ni se te ocurra impedirlo.

-No puedes llevarla. -Mathias se levantó.

-¿Quieres comprobarlo? -lo retó.

Mathias suspiró, en ese momento no sabía qué hacer. Sabía que le había fallado y que se había dado cuenta de su error muy tarde. Y Elizabeth tenía razón, no podía impedirle a Anne que se marchara, aunque ella fuera su esposa.

-¿Puedo verla? -preguntó con voz muy suave.

-Sí, pero primero date un baño, tu aspecto es desastroso y apesta.

Mathias asintió con la mirada clavada en el suelo, Elizabeth se dirigió hacia la puerta y antes de salir le dijo:

-Anne habló con una tal *madame* Rose temprano. Y la perdida fue debido a una impresión muy fuerte o eso es lo que cree el médico.

Y sin volver a verlo se marchó de la habitación.

A Mathias se le clavarón esas últimas palabras en la mente, que estúpido había sido al ir nuevamente a ese lugar, sabía de la obsesión que tenía Rose con él y que, así como lo hizo uno vez, iba a buscar la forma para que él volviera a su cama; lo que no se imaginó era que hubiera sido capaz de buscar a Anne para destilar su veneno; esa era la mirada que satisfacción que tenía en sus ojos, qué imbécil había sido y había caído tan fácil.

Luego de darse un baño y tratar de tener un mejor aspecto, se dirigió a la habitación en donde estaba Anne, ella seguía dormida, su rostro estaba pálido y Elizabeth le colocaba un pañuelo húmedo en la frente.

-¿Cómo está?

-Está muy débil y tiene fiebre, el médico la sedó, ya que el dolor no cesaba y no paraba de llorar. Anne no se ha estado alimentando bien, por lo que me dijo Rudy, y apenas dormía, aunque pasaba la mayor parte del tiempo en cama; además de eso, perdió mucha sangre, fue una suerte que el médico estuviera cerca.

-¿Se pondrá bien?

-Sí, con los cuidados necesarios y mucho reposo.

-Elizabeth, por favor, no te la llesves -suplicó-, prometo que cuidaré de ella.

Mathias se acercó a la cama se sentó junto a ella y le tomó la mano a Anne.

-Prometiste cuidarla una vez y mira lo que sucedió, no me voy a arriesgar a que vuelva a suceder, además, ella ya no quiere estar en este lugar.

-No permaneceré mucho tiempo aquí, prometo...

-Deja de prometer, Mathias; ayer el señor Mateo nos dijo que es indefinido el tiempo que les falta para terminar el trabajo, por lo que pienso que lo mejor es que Anne regrese a Inglaterra, así tú piensas

bien las cosas si quieres seguir con todo, y la dejas a ella pensar a ella sin hacerle más daño.

-Elizabeth, yo la amo... Ella es mi vida y sin ella...

-Debiste haberlo pensado antes, Mathias, creo que ahora es un poco tarde, no solo tiene el corazón roto, acaba de perder a su hijo. ¿Crees que sea capaz de perdonarte?



Anne estaba cansada de estar en cama, ya que había pasado dos días en ella en donde apenas se levantaba; usualmente, no le gustaba pasar tanto tiempo acostada, pero había sido la excusa perfecta para evitar hablar con Mathias. Cuando despertó al día siguiente de que sufriera la pérdida, lo encontró en una silla junto a la cama dormido; por lo que le había dicho Elizabeth, había velado su sueño toda la noche y parte del día.

Anne no quería hablar con Mathias, por lo que después de ese día solo hablaban lo necesario; sabía que tenía una conversación pendiente con él, la cual no debía esperar. Mathias había insistido en velar su sueño por las noches y cuidar de ella dándole de comer y poniéndole pañuelos húmedos cuando tenía la temperatura alta, atención que en otro momento hubiera estado encantada de recibir, pero en ese momento solo le parecía que buscaba una forma de ser perdonado.

Elizabeth le había dicho que, apenas se sintiera bien, podrían irse, aunque el médico no lo había recomendado porque estaba muy débil y debía descansar, pero tampoco se lo había impedido. Sabía que lo mejor era descansar todo lo que pudiera para recobrar energías. Pero ya no quería estar ahí. Esa tarde estaba leyendo un libro en la cama cuando Mathias entró en la habitación con una bandeja con té y los bocadillos que tanto le gustaban.

-¿Cómo te sientes?

Titubeó para acercarse y besarle la frente.

-Mucho mejor.

-Te traje té y bocadillos.

-Gracias. -Volvió a centrarse en el libro que estaba leyendo.

-Mateo y Marie vendrán más tarde. Marie está un poco preocupada por ti y quería verte.

-Espero que traigan a las niñas -susurró con una sonrisa y un dejo de tristeza que a Mathias le dolió.

-Anne, yo... yo... quería hablar de lo que sucedió -titubeó.

Anne suspiró. Aún no estaba preparada.

-Mathias, no tengo ni aminos, ni energías para hablar de ello.

-Anne, lo lamento, créeme, lo lamento mucho, recuerdas que un día te dije que quería hijos contigo y esto que sucedió...

-Ninguno de los dos lo esperábamos y creo que dadas las circunstancias fue lo mejor -se le quebró la voz, no lo sabía, pero al darse cuenta de que había perdido a su bebé le había afectado mucho.

-Anne, yo te amo, y sé que he sido un completo imbécil...

Anne levantó la mano para callarlo.

-Por favor, Mathias, este no es el momento.

Sabía que si lo escuchaba se iba a poner a llorar y debía ser fuerte ante él, estaba sufriendo y el hecho de haber perdido a su hijo la tenía desconcertada; si bien no lo esperaba, la sola idea le había hecho mucho ilusión, no obstante, ya no estaba ahí y Mathias tampoco lo estaba, ya que ese hombre que tenía frente a ella no era el mismo que la había mimado meses atrás y le había hecho promesas a la luz de la luna. Ese no era el Mathias del que ella se había enamorado y sabía que si no regresaba su matrimonio ya no iba a ser el mismo.



-¿Anne, estás segura de que eso es lo que quieres?

-Sí, Lizzy, no quiero seguir más aquí.

-¿Ya se lo has dicho?

Anne negó con la cabeza.

-Ni siquiera soy capaz de hablar con él sin sentir el picor en mis ojos; sé que si me quiebro delante de él me va a convencer de quedarme.

-¿Anne, lo amas?

-Con todo mi corazón, Lizzy.

Ambas se encontraban en la habitación, Anne tenía una pequeña caja en sus manos en la cual guardaba una carta, junto al regalo de cumpleaños de Mathias.

-Entonces, habla con él e intenten arreglar todo, puede que sea cierto lo que nos dijo y no te ha sido infiel.

-Elizabeth, el motivo por el que me marché es porque lo amo, mi matrimonio no es ni una pequeña parte de lo que fue hace dos meses y si quiero que esto funcione ambos debemos luchar, si Mathias me ama tal y como dice cuando vuelva a Inglaterra arreglará las cosas, si no, solo fui un pasatiempo para él. Yo estoy dispuesta a perdonarlo, pero quiero saber qué tan dispuesto está él por luchar por mí -dijo con amargura.

Elizabeth entendió lo que quiso decirle y la apoyó en su decisión, tenía razón, ambos debían luchar, pero principalmente Mathias, que en ese momento había sido quien había fallado.

Mathias regresó a la misma hora de siempre al hotel, desde que Anne había tenido la perdida llegaba unas horas después del mediodía. Cuando llegó a la *suite* se dio cuenta de que esta estaba en silencio, se dirigió a la habitación para ver como seguía Anne, pero no estaba ahí, ya que la habitación estaba vacía, supuso que había salido con Elizabeth, por lo cual se dirigió al cuarto de baño; un buen baño no le sentaría mal, había avanzado mucho con los libros los últimos dos días y si todo salía como esperaba en un par de semanas podría dejar todo el trabajo listo.

Después de darse un baño, le extrañó que Anne aún no había regresado, ya que debía guardar reposo, por lo que decidió buscar a Rudy; usualmente la muchacha no salía con ella, a menos que estuviera en la habitación de Elizabeth. Luego de buscar a ambas y no encontrarlas se preocupó, ya era tarde, así que bajó a la recepción a ver si podían darle información sobre Anne; antes de llegar a las escaleras se topó con una de las doncellas, que era la que usualmente los atendía, así que aprovechó para preguntarle si sabía algo de las damas.

-Disculpe, ¿sabe a qué hora ha salido mi esposa?

-Salió a eso de las diez de la mañana, señor.

-Lleva mucho tiempo fuera -reflexionó Mathias.

-Disculpe, señor, pero por lo que vi la señora no va a regresar, no hoy por lo menos.

-¿Qué quieres decir?

-La señora pidió ayuda para hacer sus maletas, señor, y la señora Rushmore ya no se aloja aquí.

Mathias soltó una maldición entre dientes que asustó a la mujer.

-Gracias...

Regresó a la *suite* y se dirigió a la habitación. Al entrar lo primero que hizo fue dirigirse al ropero de Anne y lo encontró vacío, entró en la habitación de Rudy y también estaba vacía; regresó a su habitación y se dejó caer en la cama, sentía que el pecho le dolía y que no podía respirar, sintió las mejillas húmedas y se dio cuenta de que estaba llorando -la había perdido-. Anne se había ido sin avisarle y sin perdonarlo. Mathias empezó a llorar, lloró como no lo había hecho en años, como cuando era un niño. Le estaba doliendo la idea de perder a la única mujer que amaba más que a su vida.

A la mañana siguiente despertó esperando que todo fuera un sueño, un mal sueño del que ya había despertado, no fue así. Su cama estaba vacía y el ropero donde había estado la ropa de Anne también lo estaba, pudo percibir su aroma dulce en las sábanas y en su almohada.

¿Qué iba a ser de su vida sin ella?

¿Debía buscarla o seguir el consejo de Elizabeth y darle tiempo?

En ese momento no sabía qué hacer, pero de algo estaba seguro y era de que debía pensar las cosas bien. Se cambió y se dirigió a la oficina, puede que estar entre los números le ayudara, o las palabras de Mateo lo harían.



Varias semanas después Anne llegó a Southampton junto a Rudy, Elizabeth y Eduardo, quien no estaba del todo enterado de lo que había sucedido y solo le habían dicho que Anne ya no quería estar en Boston y que Mathias le había dicho que si quería podía adelantarse en el viaje y él la alcanzaría unas semanas después, explicación que no lo dejó del todo satisfecho. Anne permaneció unos días en Kingswood Manor, debido a que Elizabeth le insistió en que descansara ahí al menos unos días, para cuidar de ella, aunque Anne ya se encontrara mejor de salud.

-¿Qué piensas hacer ahora, Anne?

-Viajaré a Londres, aún no estoy segura de dónde me quedaré, pero si Mathias va a venir por mí al menos debería esperarlo en Whistport Manor.

-¿Por qué no te quedas con Clara, Kathy o aquí? Sabes que no eres molestia para ninguna. Y todas estaremos felices.

Anne negó con la cabeza.

-Lizzy, sabes que sería demasiado difícil para mí. Clara está a punto de dar a luz y Kathy no demorará mucho y bueno tú también estás esperando.

-Tienes razón, al parecer todas nos pusimos de acuerdo, pero estarás sola allá en Londres.

-No, no lo estaré, aquí está Rudy, y mi madre está en Londres, además, todas están muy cerca las puedo visitar en cualquier momento.

-En eso tienes razón, de igual forma le puedo pedir a Eduardo ir a Londres y visitarte.

-Ya vez; ya no tenemos el mar que nos separe, Lizzy, y ambas podemos vernos más seguido.

Elizabeth le regaló un abrazo a Anne, la cual muy gustosa lo respondió.

Algunos días después Anne se trasladó a Whistport Manor, tenía la esperanza de que Mathias regresaría por ella, de que si de verdad la amaba iba a cruzar el Atlántico y le diría que no podía vivir sin ella - sí, muy de novela romántica-, pero sabía en el fondo que Mathias lo era y que en algún momento se lo diría, si lo sentía así.



Anne estaba en el jardín leyendo un libro, cuando una misteriosa visita se presentó y la dejó muy sorprendida.

-Lady Anne.

Anne subió la mirada del libro para ver de quién provenía aquella fuerte y varonil voz y abrió muchos los ojos de la sorpresa al encontrarse frente a ella a su suegro Nataniel Beckham.

-Lo-lord Beckham.

Se puso de pie rápidamente y de forma torpe le extendió la mano, no tenía ni idea por qué siempre se sentía intimidada en su presencia.

Nataniel la notó nerviosa, no esperaba sorprenderla así, le tomó la mano y se la besó en un gesto de cortesía.

-N-no esperaba verlo por aquí -alcanzó a decir.

-Yo tampoco, pero me llegó la noticia de que había regresado sola. ¿Cómo se encuentra?

-Un capricho mío, se puede decir -farfulló-. Ya no quería estar tan lejos de lo que conozco -titubeó-. Me encuentro bien y usted, milord.

-Muy bien, gracias. ¿Puedo? -Le señaló el sofá a su lado.

-Oh, sí, claro, qué descortés de mi parte; podrá usted perdonarme, pero no estoy acostumbrada a estas cosas. Ya sabe, usualmente, solo mis amigas me visitan. -Estaba muy nerviosa y ya no tenía ni idea de lo que quería decir.

Nataniel la observó de hito en hito y advirtió que había cambiado mucho, ya no tenía aquella mirada de niña que había visto la primera vez que la conoció, además de que estaba más delgada y un poco pálida.

-Descuide, milady; por cierto, ¿ha estado enferma? le veo más delgada.

-Creo que no me sentó bien el clima de Norteamérica -dijo con una sonrisa.

-Eso o ha sido mi hijo. -Nataniel la observó esperando ver alguna reacción de ella; además de los nervios, no vio nada diferente.

Anne lo observó suspicaz. Era idea suya o el conde sospechaba algo.

-Oh, no, milord, su hijo...

-Puede tutearme y espero que yo también pueda hacerlo, somos familia. -La vio asentir-. Si estoy aquí es para que hablemos, sé que las cosas entre Mathias y usted no están bien.

Anne abrió mucho los ojos, ¿cómo pudo enterarse?

-Yo..., yo...

-No tiene por qué preocuparse, solo quiero saber qué estás planeando, ya que por lo que veo sus planes no son los de abandonar a mi hijo.

-¿Cómo se ha enterado?

-Johnson no es solo el ayuda de cámara de Mathias, es su..., como le digo, -se quedó pensativo- es mi espía, es quien me mantiene informado referente a todo sobre Mathias, a pesar de que aún no lo hago subir a un barco, por más que lo amenacé -bromeó-. Se puede decir que ha cuidado de él desde que volvió de Norteamérica

y me ha mantenido informado de todo lo que ha hecho Mathias y cuando me envió una nota informándome que había regresado sin mi hijo me pareció muy extraño, ya que, si lo conozco a Mathias como lo conozco, no iba a permitir que viajaras sola, así que le pedí a Johnson que investigará -dibujó una sonrisa-. Sabes, esa muchacha te aprecia mucho y, por más chantaje y amenazas de devolverla a Escocia si no decía lo que había sucedido, no la hicieron hablar, pero Johnson encontró su punto débil y la hizo hablar.

-Eso quiere decir que sabe el verdadero motivo por el que regresé sola.

-Sí, y no sabes cuánto lamento la pérdida. Debió de ser algo muy duro, para ambos.

-Yo..., yo no lo sabía -titubeó, se sentía intimidada-, si no, hubiera sido mucho más duro para mí y creo que para Mathias también; si le soy sincera, no lo dejé hablar del tema, estaba muy dolida.

-Sé lo que se siente -dijo con la mirada perdida-, en fin, por lo que me enteré tienes un plan o algo así; podrías contármelo antes que yo personalmente vaya a Boston a buscar a mi hijo para traerlo de vuelta y también decirme qué fue lo que sucedió entre vosotros, ya que Jonhson no lo pudo averiguar todo.

Anne le contó todo referente a lo que había vivido con Mathias desde el momento que llegaron a Norteamérica, especialmente cuando estuvieron en Boston, del comportamiento que había tenido Mathias, de sus salidas tras las pesadillas, de que había estado visitando el club y de su pérdida. También le dio una breve explicación de lo que esperaba de Mathias.

-Aún no estoy del todo segura, pero decidí volver para que él piense mejor las cosas, espero no arrepentirme y que él piense que ya no le amo.

-Sería un tonto si creyera eso. Puede que no reaccione inmediatamente, pero en algún momento se dará cuenta de lo que está perdiendo.

-No lo sé, puede que él tampoco me amé; tal y como dijo, que solo fui un capricho -le dijo con un hilo de voz.

-Si conozco a mi hijo como lo hago, puedes estar completamente segura de que vendrá por ti, y puedo asegurarte que sí te ama, ya

que nunca lo vi así de enamorado, pero ¿cómo sabe él que lo estás esperando?

-Le compré un regalo para su cumpleaños, un reloj, el cual le dejé guardado con una nota, solo espero que lo encuentre.

-Bueno, esperemos que así sea; ahora soy yo el que quiere hacerte una proposición.

Anne lo observó suspicaz.

-No te asustes, muchacha, es solo para darle un pequeño susto a mi hijo, quiero que vengas conmigo a Worcestershire y esperes ahí mientras Mathias regresa, sé que te va a gustar mucho el lugar y mi esposa estará encantada con tu compañía. Y así no estarás tan sola aquí.

-No lo sé, para serle sincera, me da mucha pena; a usted apenas lo conozco y a su esposa aún no he tenido el placer de conocerla.

-Eres mi nuera, eres parte de mi familia, y ese tonto de mi hijo aún no te ha demostrado todo de sí, sé que en algún momento lo hará y su matrimonio se va a arreglar. Y espero que nos visiten muchas veces cuando ya todo se arregle entre vosotros, y quiero nietos.

-Yo espero que así sea.

-Entonces ¿te vienes conmigo? -preguntó con una sonrisa que Anne no demoró en responder.



Mathias había pasado las peores semanas de su vida, a pesar de ello había avanzado mucho en su trabajo y pronto podría volver a Inglaterra, que era lo que más necesitaba en ese momento. Jamás le había pasado por su cabeza que pudiera extrañar y ansiar tanto algo o a alguien como lo hacía por Anne. Desde que ella se marchó, se sentía tan solo y vacío que, cada vez que llegaba al hotel, encontraba la *suite* desolada y se le partía el corazón saber que ella ya no estaba ahí esperando por él, por lo que había decidido cambiar a una habitación sencilla en un ataque de ansiedad, ya que pensó que de esa forma no la extrañaría tanto, pero solo de pensar que aquella habitación no tenía el aroma de Anne, el cual aún se podía percibir en el ambiente, o su aroma dulce en la almohada, lo había hecho recapacitar y cambiar de opinión. Ese era su único consuelo en su ausencia.

Mathias había dejado de beber y no le había resultado fácil, ya que sus pesadillas habían aumentado y no solo era aquella fatal escena, sino que en algunas ocasiones soñaba con que Anne lo abandonaba -en realidad lo había hecho, aunque tenía la esperanza que lo perdonaría- o en el peor de los casos que le sucedía algo. Después de que Anne se marchara, había decidido visitar a Rose, tenía una conversación pendiente con ella, por lo que se dirigió al club y estuvo a punto de matarla cuando esta le dijo todo lo que había planeado y que no se arrepentía en absoluto, ya que había conseguido lo que quería.

-No pensé volver a verte -aventuró Willis sorprendido al verlo entrar.

-Y no lo harás. ¿Dónde está Rose?

-Creo que en el piso de arriba, está...

En ese momento Rose hizo acto de presencia con otra muchacha muy joven.

-Willis... -se quedó en silencio y observó a Mathias-, vaya, qué sorpresa cariño, ya te habías demorado.

-Tenemos que hablar -exigió.

-Lo que tú quieras, *chéri*. Willis, ¿podrías mostrarle el resto del lugar a Lucía? Acompáñame, querido.

Rose se acercó para tomar el brazo de Mathias y este se movió para que no lo tocara.

-¿iSe puede saber qué demonios le dijiste a mi esposa!?

Willis abrió los ojos tras la pregunta y decidió no moverse de ahí, no le gustaba cómo veía a Mathias.

-Solo dije la verdad, querido, que pasaste la noche aquí.

-¿Cómo sabías que estaba casado y quién era ella?

-Sabías que cuando estás muy ebrio se te suelta la lengua, solo tuve que persuadirte un poco.

-¿Con qué propósito? ¿Qué ibas a ganar tú?

-Sencillo, que la sosa esa de tu esposa te abandonara, y así tú vinieras a buscar consuelo en mis brazos, que, por lo que sé, me salí con la mía; ahora sí podrás ser mío, *chéri*.

-¿iAcaso te has vuelto loca!?! Nunca en la vida volvería a tener algo contigo, eres un ser despreciable -bufó desdeñoso.

-Cariño, tu esposa te abandonó y por todo lo que hiciste no va a querer volver contigo y yo estoy...

Mathias se lanzó a ella y la pegó contra la pared, llevó las manos hasta el cuello en donde lo apretó con fuerza.

-Mathias, suéltala no vale la pena. -Willis se acercó rápidamente a él.

-Por su culpa perdí a mi hijo, Willis.

-Créeme, muchacho, no vale la pena que te ensucies las manos con ella. Déjala.

Mathias aflojó el agarre lentamente hasta que la soltó.

-Me va a costar cubrir las marcas -dijo mientras se frotaba el cuello-. *Chéri*, piénsalo, fue lo mejor, esa mujer jamás te dará lo que puedo darte.

Mathias apretó los puños con fuerza, en ese momento deseaba matarla, pero Willis tenía razón.

-Es cierto, ella no me podrá dar lo que tú, ya que tú solo me ofreces placer enfermizo y ella me ama y me ha dado mucho más que cualquier mujer en este maldito mundo y me ha hecho muy feliz, en cambio, tú Rose, tú solo me das asco, mira lo bajo que has caído por una obsesión.

Y sin dejarla decir más palabras dio la vuelta y se marchó de ahí.

La última semana Mathias había pasado más tiempo en compañía de Mateo y de su familia. Tanto Mateo como Marie habían lamentado mucho la pérdida que habían tenido y la partida de Anne, ya que la apreciaban mucho. Anne les había enviado una carta para despedirse y un par de regalos a las niñas antes de marcharse con la promesa de que se volverían a ver en el futuro y Marie esperaba visitarla en algún momento. Mathias solía ir después del trabajo a cenar a su casa o pasar los domingos en compañía de la familia, ellos habían sido un gran apoyo y consuelo en ese momento para él. Pero ese domingo era diferente, Mateo iría con su familia a casa de sus suegros, ya que le celebrarían el aniversario a uno de sus cuñados, por lo que Mathias no quiso ser inoportuno y no los acompañó, por más que estos insistieran.

Luego de almorzar en el hotel, Mathias decidió salir a caminar un poco para intentar distraerse, aunque en ese momento lo que más deseaba era tomar el primer barco a Inglaterra e ir a buscar a Anne, y estuvo a punto de hacerlo algunos días después de que ella se marchara, pero lo había pensado bien y no lo hizo siguiendo el consejo de Elizabeth, de darle un tiempo a Anne para pensar mejor y analizar su situación y así puede que lo perdonara; no obstante, temía que, cuando fuese a buscarla, ella ya no le amara de la forma en que lo había hecho, pero si eso sucedía él había sido el único culpable, ya que había sido un idiota por comportarse como lo hizo y no cuidar de ella.

Iba caminando con las manos en los bolsillos del pantalón sumido en sus pensamientos cuando escuchó una muy voz conocida y que

hacía meses no la escuchaba, siguió el hilo de la voz y dibujó una gran sonrisa.

-Mathias, ¿eres tú?

Avanzó a grandes zancadas para acercarse a su viejo amigo que estaba igual de sorprendido que él, ya que no había esperado encontrarlo ahí.

-El mismo, mi querido amigo.

Jordán se acercó a él sin poder creer lo que veía, no había tenido noticias de Mathias desde lo último que le había dicho Melissa sobre el enfrentamiento con su padre.

-Pensé que el duque te había matado -bromeó.

-Iba a rodar mi cabeza en vez de la tuya, pero no, gracias a mi padre no fue así.

-Me alegro, Meli estaba muy preocupada por ti.

-¿Está contigo?

-Por supuesto, no la iba a dejar con el canalla de su padre y muchos menos con esa basura que le habían dado de prometido. Por cierto, ¿qué haces aquí?

-Vine a ver un asunto que tenía pendiente, llevo más de un mes por acá.

Las gotas de lluvia empezaron a caer, Jordán abrió el paraguas e instó a Mathias para que también se cubriera con él.

-Ya veo -reflexionó-. ¿Cómo es que no nos hemos encontrado antes?

-El destino, supongo; pero, para serte sincero, no se me pasaba por la mente que estuvieras aquí.

-Eso es cierto, nadie sabe que estoy aquí. -Sonrió-. Me gustaría saber qué ha sido de tu vida estos meses, ¿quieres acompañarme a la casa? Salí a comprar un poco de pastel para la cena.

-No tengo nada que hacer, así que no tengo ningún inconveniente en acompañarte.

Cuando llegaron a la casa de Jordán, una pequeña y sencilla vivienda de dos pisos, una muy embarazada Melissa los recibió junto a una señora que tomó lo que Jordán había comprado y se marchó, a la que supuso Mathias que era la cocina.

-¡Mathias, qué sorpresa! -chilló Melissa al verlo.

Melissa se acercó rápidamente a él e intentó abrazarlo como pudo con su abultado vientre.

-Mírate, no solo estás hermosa, sino enorme.

Jordán le dio un golpe en la cabeza y luego se acercó para besar a Melissa.

-¿Qué haces aquí? ¿Qué fue lo que te hizo mi padre? -preguntó Melissa, algo preocupada.

-Mi amor, vamos al salón y así hablamos cómodamente.

Luego de instalarse en el salón y que la señora les llevará el té y algunas galletas, Mathias les contó todo lo que había sucedido con el padre de Melissa y el supuesto pretendiente, también de que lo habían culpado por la desaparición de ella, pero que todo el asunto se había arreglado y que el duque ya no estaba molesto con él y habían hecho las paces o al menos eso se suponía.

-Siempre supe que estaba contigo -dijo a Jordán-, lo que no esperaba es que la trajeras hasta aquí.

-No fue una decisión fácil, pensé en ir a Francia, pero sabía que el duque nos encontraría tarde o temprano ahí, por lo que pasé unos días en Hampshire pensando qué hacer y bueno ya había estado viviendo aquí, por lo que pensé que era el mejor lugar. Unos días después de la carta fui a buscarla, viajamos hasta aquí y prácticamente estamos recién casados.

-Eso veo y no perdiste el tiempo -bromeó señalando la barriga de Melissa.

-Ese fue el principal motivo por el que decidí que no podía quedarme allá, Meli me lo había comentado unas noches antes de que fuera a pedir su mano; cuando el duque me dijo lo que tenía pensado hacer, no podía quedarme sin hacer nada, no podía permitir que mi hijo fuera criado por un bastardo como ese y mucho menos que Meli estuviera en sus manos.

-Te entiendo y ¿a qué te dedicas aquí?, me refiero a que si tienes el dinero suficiente. -Mathias sabía que, al igual que él, no contaba con muchos beneficios y vivía de una mensualidad que le daba su padre.

-Sí, de momento estamos viviendo de la herencia que me dejó mi abuelo; entre los dos hablamos y decidimos que vivir así no estaba tan mal, ambos somos felices y la señora Cotón, quien ha estado

con Meli desde niña nos ha ayudado mucho; eso sí, pienso tener algo mejor en el futuro. He estado buscando trabajo o algún negocio en el que invertir, pero se me ha hecho un poco difícil.

-¿Piensas volver algún día a Inglaterra?

-Sí, debo hacerme cargo de algunas cosas por allá, pero todavía no soy necesario. Mi padre y mi hermano se las pueden ingeniar; ahora cuéntame qué ha sido de ti.

-Me enamoré como un estúpido -dibujó una sonrisa-, me casé y creo que he perdido a la mujer que amo por imbécil.

Tanto a Melissa como a Jordán los sorprendió la noticia, pero fue Melissa la que habló.

-¿Por qué la perdiste? -preguntó con curiosidad al ver la mirada triste de Mathias.

-Es una larga historia; bueno, Jordán conoce parte de mi pasado y eso me afectó. Todo iba muy bien hasta que vinimos aquí y una parte de mi pasado empezó a atormentarme, me comporté como un idiota, empecé a beber, salía a mitad de la noche o llegaba de madrugada, el día de mi cumpleaños no llegué a la casa y ella me había preparado una sorpresa; cuando desperté el día siguiente, me di cuenta de que estaba en un burdel, que, si bien no hice más que embriagarme, la dueña del lugar estaba obsesionada conmigo, buscó a Anne y le dijo que yo había pasado la noche ahí. Hace unas semanas me abandonó y regresó a Inglaterra.

-Oh, yo también lo hubiera hecho, pero eso no quiere decir que no te ame.

Jordán, que en ese momento reaccionó, los interrumpió.

-Espera, explícame, ¿cómo es eso de que te enamoraste y te casaste? Hace seis meses no sé de ti. ¿Cuándo sucedió eso?

-En ese justo tiempo, la conocí en el baile de los Rosethon, y se puede decir que ahí me enamoré, pero no sabía quién era, hasta que me tuve que ir a vivir con Sebastián...

Mathias les habló de lo que había vivido con Anne en ese tiempo y la forma en que poco a poco la fue conquistando, de la propuesta de matrimonio que terminó en la locura de viajar a Gretna Green para casarse, de lo bien que iba su matrimonio y de por qué había viajado ahí.

-Al fin de cuentas, el castigo no fue tan malo, ya que conocí a la mujer de mi vida, y ahora creo que la perdí...

-Deberías agradecer...

-Deberías ayudarle -le interrumpió Melissa-. Mathias, yo no creo que ella haya dejado de amarte, si lo que dices es cierto, ella también está muy enamorada de ti, solo está muy dolida por todo lo que sucedió.

-No lo sé, nuestra amiga me aconsejó que le diera un tiempo, que nos diéramos un tiempo; temo que la vaya a perder cuando yo regrese, que me esté demorando demasiado. Si no fuera por esa maldita empresa, ya me hubiese ido.

-¿Hablas de la constructora?

-Sí, esa maldita empresa.

-¿Qué sucede con ella? -quiso saber, sabía de su existencia, pero no era consciente de que Mathias aún formara parte de esta.

Mathias le explicó lo de la venta de la constructora, el motivo por el cual estaba ahí y por qué aún no podía irse.

-Amigo, ¿qué estás dispuesto a perder por esa mujer? -preguntó muy serio.

-Toda mi fortuna si es necesario.

-La amas, ¿verdad? -afirmó.

-Más que a mi vida -le aseguró Mathias.

-Te propongo un trato, puede que te interese bastante.

-¿Qué estás pensando? -preguntó interesado, sabía que Jordán a veces tenía muy buenas ideas.

-No vendas la empresa, conservarla y ese será el primer paso para perdonarte y reconciliarte con el pasado, eso te ayudará mucho para el futuro.

En ese punto tenía razón, había odiado la empresa por lo que había sucedido y porque para que él pudiera ser uno de los dueños habían muerto dos personas, las cuales apreciaba mucho.

-Pero si no la vendo tendría que comprarle su parte a Larsson y eso implica no solo que tendré que buscar un arquitecto, sino que debo quedarme aquí por más tiempo hasta encontrar a alguien de confianza que se encargue de la constructora.

-Aún no te lo digo todo, te propongo que seas mi socio, creo que

con el dinero que tengo puedo comprarle su parte, si no tú me haces un préstamo -bromeó-. Yo soy arquitecto, aunque hace mucho no lo hago; bueno, el caso es que yo me quedo a cargo de la empresa mientras tú vas a reconquistar el corazón de tu mujer. Y nos mantendremos en comunicación, no creo que sea tan complicado.

Mathias analizó la situación, no era mala idea y Jordán también sabía manejar negocios, además de que también había estudiado ahí una temporada, conocía muy bien el lugar y tenía la total capacidad de sacar adelante la constructora y si a eso le agregaba que era un buen arquitecto... También tenía razón en que conservar la empresa lo iba a ayudar a perdonarse y superar un poco más su pasado.

-Siendo así -extendió la mano-, socios -anunció con una sonrisa.

Jordán no pudo evitar contenerse y le dio un pequeño abrazo con una palmada en la espalda.

-Me acabas de dar el empujón que necesito -le susurró, Mathias comprendió que, aunque contará con dinero, si no lo invertía pronto, se quedaría sin nada y tenía que cuidar de Melissa y el pequeño que estaban esperando.

-Y tú el mío, gracias, amigo.

-Puedo saber qué están murmurando, señores.

Ambos dejaron el abrazo y se fijaron en Melissa, quien los observaba con una ceja enarcada y luego sonrió.

-Que seré un mal socio -contestó Jordán guasón.

Mathias no pudo evitar echarse a reír a carcajadas, hacía mucho no reía así, y qué bien se sentía.

-Mañana te llevaré para que hables con Larsson, hay una empresa constructora grande que quiere comprar, por lo que me va a costar convencerlo, pero lo haré.

-No lo dudo y ahora que eso está resuelto, ¿qué piensas hacer con tu esposa?

-Apenas deje todo listo aquí y te quedes a cargo, me iré a Inglaterra, no puedo estar más tiempo sin ella. Siento que la necesito.

-Créeme no te va a ser fácil que te perdone, pero con amor y paciencia ten por seguro que lo hará -le aconsejó Melissa.

Luego de cenar en compañía de Jordán y Melissa, Mathias se dirigió al hotel con una nueva misión: ir a buscar a la mujer de su vida, ganarse su perdón y reconquistar su corazón, por lo que esa noche iba a empezar a guardar la mayoría de sus cosas para emprender pronto el viaje de regreso a Inglaterra. Al llegar a la habitación se detuvo frente a ropero de Anne, le dolía el pecho verlo vacío; vio que de una de las gavetas salía una cinta azul y la abrió, dentro había una caja cubierta con la cinta, la tomó y la llevó a la cama, se sentó en ella y soltó la cinta para abrir la caja, dentro había un reloj de bolsillo, tomó la tarjeta que estaba sobre el reloj y la leyó, la tarjeta decía *feliz cumpleaños* años y un *te amo*. Tomó el reloj y lo observó a detalle, era hermoso, lo abrió y dentro de él tenía la inscripción «El tiempo lo puede todo», sonrió con ironía, bajó nuevamente la vista a la caja y se encontró con una carta, la abrió y la leyó.

Mathias:

Estoy segura de que cuando encuentres esto ya estaré lejos, solo espero que no sea demasiado tarde y que no hayas hecho algo de lo que ni tú puedas perdonarte...

Estoy furiosa, Mathias, y no solo contigo, conmigo misma también, ya que no tuve el valor de enfrentarte y decirte lo que estaba sucediendo, pero realmente no me sentía con la fuerza suficiente, no quería que todo esto terminara, que nuestro matrimonio se acabara, ya que te amo, pero viví contigo cada uno de mis miedos y me dolió, me dolió mucho.

No sé cuándo llegaré a perdonarte, pero sé que en algún momento lo haré, mi corazón así me lo dice, puede que lo haga pronto o puede que lo haga hasta dentro de algunos años, solo el tiempo lo dirá.

Sabes, una vez mi madre me dijo que no hay que presionar al tiempo para que sucedan las cosas, ya que las cosas suceden cuando es el tiempo correspondiente, por lo que creo que nosotros lo presionamos al casarnos tan precipitadamente, por lo que no tengo dudas de que tú eres mi destino y el amor de vida, solo que no era nuestro momento y por ello las complicaciones, por eso decidí poner un poco de distancia entre nosotros, ya que ambos tenemos muchas cosas que pensar y que superar.

Te ama,

Anne

P. D.: Estaré esperando por ti hasta el último día de mi vida.

Mathias no pudo evitar derramar lágrimas al leer la carta, la leyó nuevamente con los ojos inundados. Anne tenía un poco de razón,

ambos se precipitaron, pero no se arrepentía, porque si de algo estaba seguro es que se había casado con la mujer que quería a su lado por el resto de su vida, debía superarlo todo, su pasado, sus demonios y tenía que hacerlo por él, por ella y por su futuro.

Luego de reunirse con Larsson y con Jordán para hablar de la nueva oportunidad que se les había presentado, llegaron a un muy buen negocio y cerraron el trato. Larsson había quedado muy feliz de que Mathias conservara la empresa, ya que había sido parte de los deseos de su hermano y Mathias había prometido conservar todo tal y como estaba.

Por la tarde Mathias se dirigió al cementerio local, jamás había estado ahí, ni en el entierro de Sarah ni en el de Maylon unos meses después, por lo que era la primera vez que les hacía una visita, siguiendo las instrucciones que Larsson le dio y llegó a las tumbas, donde había tres con el mismo apellido, una era la del profesor y su esposa y la otra de Sarah; colocó una rosa blanca sobre la de ella y después se quitó el sombrero.

-Hola, Sarah, ha pasado tiempo...

Se quedó en silencio, se sentía tonto hablándole ahí, pero debía sacar lo que tenía guardado. Así que respiró profundo.

-Sabes, nunca me perdoné lo que hiciste por mí, fue tonto y lo sabes, pero así eras tú, impulsiva, arriesgada y sé que en ese momento no pensaste solo actuaste y ¿sabes qué es lo peor? que nunca te lo agradecí, ya que no debiste haberlo hecho; demonios, Sarah, estabas embarazada, debiste pensar en el bebé que esperabas, era lo único que te quedaba de tu amor, pero, ahora que lo pienso, puede que lo único que querías era reunirme con él; espero que donde sea que estés seas feliz junto al hombre que tanto amabas, también quiero darte las gracias. Gracias, Sarah, por darle una nueva oportunidad a mi vida y sé que en un principio no lo hice

bien, pero el destino fue justo y puso frente a mí a la mujer que me ha hecho ver las cosas diferentes, que me ha demostrado lo que es el amor.

»Sarah, también quería pedirte perdón, ya que rompí mi promesa de cuidar a tu padre, no me di cuenta de que lo estaba pasando tan mal o peor que yo por tu pérdida, y que se sentía solo, pero ahora te prometo, les prometo a ambos que voy a cuidar y preservar lo que con tanto esfuerzo formó tu padre para ti...

Mathias se limpió las mejillas, en su vida había derramado tantas lágrimas como lo había hecho en las últimas semanas, pero sentía un peso menos en su alma, se sentía liberado.

-Gracias, Sarah, gracias por salvar mi vida, te prometo que haré lo mejor que pueda con lo que me queda de ella y gracias, Maylon, por enseñarme tantas cosas.

Una brisa helada pasó sobre él seguido de un viento cálido que lo llenó de regocijo y terminó de liberar su alma. «Lo harás bien», creyó escuchar al viento susurrarle y dibujó una sonrisa tonta, había jurado escuchar la voz de Sarah; puede que no estuviera loco, puede que ella hubiera estado cuidando de él todo ese tiempo.

-Ve con Samuel, ve con tu amor, Sarah, que yo iré a reconquistar el amor de mi chica, la cual no merezco ni pagando toda la fortuna del mundo, aun así, me haré merecerla. Sabes, tenías razón, no hay cosa más bella que enamorarse, al menos hay una promesa que sí cumplí. Me marcho, Sarah, así que adiós, pero prometo que volveré algún día y te contaré cómo me fue con mi niña y si pude reconquistarla.

Mathias se colocó el sombrero y dio la vuelta para salir del cementerio; antes de llegar a la entrada vio su sonrisa, aquella sonrisa que no había visto por cinco años, la imagen se disipó con el viento y la lluvia empezó a caer; en cinco años nunca se había sentido tan bien, tan libre. Esa tarde caminó bajo la lluvia hasta el hotel, después de un baño caliente se durmió. Esa noche soñó con su futuro y por primera vez en cinco años no hubo rastro alguno de malos recuerdos ni pesadillas.



Anne había estado muy nerviosa con su llegada a la finca familiar

de los Beckham en Worcestershire, era la primera vez que los visitaba y conocería a Teresa Beckham, su suegra. Tres días después de que Nataniel le había propuesto viajar a Worcestershire y de que Anne lo pensara muy bien, emprendieron el viaje, solo esperaba no equivocarse y que Mathias realmente luchara por su amor y fuera en su búsqueda y la encontrara en donde estuviera.

Tras el recibimiento de Teresa lleno de abrazos, lo que la dejó muy sorprendida, se dio cuenta de que a pesar de que la condesa tuviera un aspecto frágil era una mujer llena de dulzura, y no pudo pasar desapercibido el hoyuelo en la mejilla que Mathias también poseía. Luego de convivir algunos días con ellos, había pensado que Mathias se parecía mucho a su padre, pero cambió de opinión al ver la imponente figura en la pintura del abuelo de Mathias.

Desde que había llegado a la finca había disfrutado de la compañía de su suegra, ella no solo le enseñó todo lo que sabía sobre plantas, sino que le brindó mucho apoyo y comprensión en todo momento. Una tarde mientras tomaban el té en el jardín le contó uno de sus secretos mejores guardados. Un secreto que ni Mathias ni Sebastián sabían.

-Anne, mi matrimonio no fue fácil al comienzo, porque fue acordado, y Nataniel no quería casarse conmigo; su padre se lo impuso, debido a un acuerdo al que llegó con mi padre y cuando nos casamos éramos dos extraños, solo habíamos coincidido en un par de bailes y, créeme, él me atemorizaba, siempre ha tenido ese aspecto duro y autoritario. -La condesa sonrió recordando el pasado-. Además de eso no tenía muy buena fama, era un libertino y una de las causas por lo que lo obligaron a casarse fue que cometió un error al meterse con una mujer casada; al principio no fue fácil, Nataniel apenas me hablaba y pasaron meses sin que llegáramos a consumar el matrimonio hasta que un día él se dedicó a seducirme y pasó, no demoré mucho en quedar embarazada y creo que poco a poco fui teniendo sentimientos por él, pero Nataniel no había dejado de ser quien era.

»Mientras asistíamos a un baile, me enteré de que lo habían visto encerrarse en la biblioteca con una dama y así fue, lo sorprendí en una escena no muy agradable; esa noche tomó todo de mí y me

marché del baile sin despedirme de los anfitriones o que alguien se diera cuenta de que lo había descubierto. Me marché a casa de mi mejor amiga, supongo que fue la impresión, el dolor o mi salud, pero perdí al bebé; cuando Nataniel me encontró, se dio cuenta del error que había cometido y de la pérdida, me pidió perdón y me prometió no volver a fallarme; para ser sincera, no le creía, pero no quería ser un escándalo público y regresé con él. Creo que eso fue lo que hizo que nuestro matrimonio se fortaleciera, ya que luchó por el perdón y en el camino nos fuimos conociendo y dando cuenta de quiénes éramos hasta que nos enamoramos. Me costó volver a concebir luego de la pérdida, pero dos años más tarde nació Sebastián y algunos años después Mathias y hasta el momento no he escuchado ningún escándalo ni chisme referente a Nataniel y él se ha mantenido a mi lado cuidándome.

-Oh, es una historia bonita, pero también triste.

-Lo sé, pero lo que te quiero decir es que, así como Nataniel vio que había cometido un error y trató de remitirse, lo hará Mathias, y que en un futuro todo irá bien para vosotros y volverán a tener hijos.

-Oh, Teresa, no tengo dudas de que así será y te puedo asegurar que mis hijos disfrutarán de este lugar y de sus abuelos.



Mathias regresó a Londres al atardecer y se dirigió a Whistport Manor, en donde esperaba encontrar a Anne -no tuvo suerte- Anne no se encontraba ahí, ni Rudy, ni Jonhson, y el servicio no sabía nada referente a ella, ni siquiera le habían confirmado si había estado ahí en algún momento y al preguntar por Johnson tampoco le dieron alguna referencia válida. Furioso esa noche tomó un baño y se metió en la cama a descansar, estaba agotado del viaje, luego iría a buscar a Anne por todo Inglaterra si fuese necesario. No podía ser posible que la única persona que podría darle razón desapareciera. Ya que podía estar seguro de que Anne volvería ahí.

A la mañana siguiente Mathias salió rumbo a casa de Sebastián en donde este le atendió en la biblioteca.

-Qué sorpresa verte por acá. ¿Cuándo regresaste?

-Ayer por la tarde.

-¿Puedo saber qué haces aquí tan temprano?

-Busco a mi esposa, ¿no estará aquí, por casualidad? -titubeó al ver la expresión de Sebastián.

-¿Anne no estaba contigo?

-Si, bueno no, es solo que viajó antes con Elizabeth...

-Pues aquí no está, ni siquiera mi esposa, viajé por un asunto pendiente. Clara está a punto de dar a luz, así que Kathy quiere estar allá, puede que se haya quedado con Elizabeth, ya que viajo con ella.

-No lo sé. No me avisó nada.

Sebastián no pasó desapercibido la mirada cargada de preocupación y tristeza y a eso agregándole que Mathias no parecía el mismo de antes asumió que estaba sucediendo algo.

-¿Por qué Anne viajó antes?

-Ya no quería estar en Boston y aprovechó a viajar con Beth y Eduardo.

Sebastián tenía una idea de lo que había sucedido, su padre le dijo semanas atrás que llevaría a Anne a Worcestershire y que no le informara a Mathias de dónde estaba, de hecho, la única que sabía que había regresado había sido Elizabeth, ya que ni Clara, ni Katherine lo sabían.

-Mathias, para que no sepas dónde está tu mujer, es porque algo sucedió o me equivoco.

Mathias asintió, de todos los hombres del mundo a los que nunca había podido ocultarles nada Sebastián era uno de ellos, el otro era su padre; estos siempre sabían leerle.

-Sí, sí sucedió...

Mathias se sinceró y le habló todo lo que habían vivido en Boston, de su pasado y de la pérdida que había tenido Anne, no pudo evitar que eso le doliera, luego de la forma en que Anne se había marchado, de la decisión que había tomado sobre la empresa y por último le habló de la carta.

-Ahora regresé a Londres y ni siquiera Jonhson está y nadie me da razón.

-Vaya, hermano, son muchas cosas, lo importante es que estás dispuesto a buscarla y reconquistarla, mañana temprano viajo a

Hampshire, ¿vienes conmigo?

-No lo sé, por mí me iría ahora mismo, de igual forma lo pensaré, iré a visitar a sus padres, tal vez ellos me den alguna razón.

-Envíame una nota sobre tu decisión.

-Si, por cierto, les traje un par de regalos a los mellizos.

-Cuando los veas se los das, están enormes mis niños.

Mathias salió de la casa de Sebastián y se dirigió a Rosethon Manor, en donde una muy seria Natasha lo recibió, recordó que la última vez que había estado ahí no le había ido tan bien, había llegado a informales a sus suegros sobre su reciente matrimonio y Derek Williams lo había amenazado con un enorme cuchillo; si no hubiese sido por Anne, lo hubiese castrado en ese momento. La respuesta de su suegra fue la misma que la de Sebastián, por lo que salió de ahí rompiéndose la cabeza pensando en dónde podía estar. Su última opción era Elizabeth, pensó en viajar inmediatamente a Hampshire, pero tenía un recado, debía entregarle al padre de Melissa una carta, por lo que le avisó a Sebastián que viajaría con él al día siguiente.

Cuando llego a Hampshire la respuesta de Clara y Katherine había sido la misma. ¿Anne no estaba contigo?

¿Es que acaso nadie sabía que había vuelto?

En ese momento Mathias pensó en la posibilidad de que Anne se hubiese quedado en Bridgeport, esperando que él llegara ahí, luego lo analizó mejor y descartó la idea, por lo que se dirigió a Southampton; Elizabeth era la única que le podía dar respuesta de dónde podría estar Anne, por lo que, luego de ver sus sobrinos y darles sus regalos, se marchó a Kingswood Manor, en donde encontró a Elizabeth en el establo cepillando una hermosa yegua gris.

-Elizabeth...

Ella subió la vista y le sonrió.

-Hola, Mathias, pensé que te demorarías más en volver.

-También pensé lo mismo, pero me di cuenta de que no puedo vivir sin Anne. ¿Dónde está?

Elizabeth lo observó muy sorprendida.

-Anne está en Londres, en casa de tu familia, ¿recién llegas?

-¡Por todos los demonios! -exclamó angustiado-. No, llegué ayer por la tarde y fue en el primer lugar que la busqué. ¡Anne no estaba ahí! -Se llevó las manos al cabello desordenándolo y luego clavó sus angustiados ojos ámbar en Elizabeth-. Es como si se la hubiese tragado la tierra, nadie sabe nada de ella, ni aquí ni en Londres, y mi ayuda de cámara también desapareció.

Elizabeth enarcó una ceja, no era consciente de que Anne tuviera algún otro plan más que esperar a Mathias en Londres. ¿Y por qué Mathias mencionaba a su ayuda de cámara?

-¿Qué tiene que ver tu ayuda de cámara con Anne?

-Johnson no solo es mi ayuda de cámara, ha sido como mi guardaespaldas y quien le informa de todo a mi padre, sé que mi padre le pidió que cuidara de ella, así que es el único que puede saber dónde está.

-¿Y quién puede saber dónde está ese tal Johnson? -indagó Elizabeth entendiendo lo que quería decir Mathias.

Mathias se quedó unos minutos analizando.

-¡Por todos los demonios! mi padre es el único que puede saberlo, maldita sea. ¿Por qué no lo pensé antes?

La yegua rechinó y Elizabeth le acarició el lomo para tranquilizarla.

-La estás alterando, modera tu boca.

Mathias no pudo reprimir una carcajada.

-Me lo dice la que me dijo mil y una maldiciones hace unas semanas.

Elizabeth se sonrojó.

-Estaba muy molesta.

-Entiendo y tenías toda la razón de estarlo, fui un tonto; por cierto, ¿quién te enseñó a hablar así?

-Recuerda que mi pa... Henry era dueño de la naviera y pasé algunas ocasiones ahí, por lo que aprendí de los navegantes.

-Solo espero que no hables así en público, da igual, me voy.

-¿A dónde vas? -quiso saber Elizabeth.

-A Worcestershire, mi padre es el único que puede darme respuestas.

-Pensé que te ibas a quedar a comer.

-No, necesito encontrar a Anne, no puedo perder el tiempo...

Eduardo le puso una mano en el hombro, Mathias dio un respingo, lo había sorprendido.

-El viaje a Worcestershire es algo cansador, te recomiendo que comas, ya que mi esposa te está invitando y ya luego viajaras con tranquilidad; sea donde sea que esté, la vas a encontrar, puedes estar seguro de eso.

-Ya que insisten, creo que no podré negarme.

Luego de comer con Elizabeth y Eduardo y una pequeña plática con ambos en donde le dieron algunos consejos, Mathias se dirigió a Worcestershire, el viaje había sido largo y Mathias no se detuvo en ninguna posada, más que a cambiar los caballos; sentía que nunca iba a llegar a su destino. Cuando por fin llegó a la finca de sus padres estaba agotado, ya que apenas si había dormido en el viaje debido a la ansiedad y estaba famélico, aun así, lo primero que quería hacer era encontrar a su padre, ya que sabía que este podría darle razón de dónde podría estar Anne.

Al llegar fue recibido por el mayordomo y minutos después fue abordado por su madre, la cual lo había escuchado llegar; siempre había adorado los recibimientos llenos de cariño de su madre, aunque en ese momento no quería perder el tiempo, no podía ser molesto con su madre y tampoco podía resistirse a ella.

-Hijo, qué sorpresa. ¿Cuándo habéis llegado?

-Hace unos días, madre, ¿dónde está mi padre?

-Ha salido a dar un paseo a caballo; cariño, te ves agotado, pediré que preparen un baño, ¿tienes hambre?

-¿Hace mucho salió mi padre? -preguntó evadiendo la pregunta de su madre.

-Hace unos minutos. ¿Sucedó algo?

Mathias maldijo en silencio, tal parecía que todos estaban en su contra, pero no se iba a dar por vencido.

-Madre, ¿por casualidad, sabes dónde está mi esposa?

Teresa abrió los ojos.

-¿Has pedido a tu esposa? -Se llevó la mano al pecho-. Ni siquiera

he tenido el honor de conocerla, ¿en qué estáis pensando, muchacho?

-No la he perdido..., bueno sí, realmente no sé, madre. Anne viajó antes que yo y cuando llegué no la encontré en Whistport Manor, que es donde se supone que debería estar, ¡nadie la ha visto! - exclamó exasperado-. Pensé que mi padre sabía dónde estaba, ya que Jonhson también ha desaparecido.

Teresa se rio para sus adentros, jamás había visto a su hijo tan desesperado y angustiado; sintió un poco de pena por él, pero tal y como le había dicho Nataniel debían darle un escarmiento.

-Sube a tu habitación, hijo, date un baño y come algo mientras tu padre regresa. Luego hablaremos de qué sucedió con tu esposa y ¡ay de ti si le hiciste algo a la pobre muchacha! -lo amenazó.

Mathias a regañadientes subió, solo por el hecho de que realmente necesitaba un baño, un descanso y se encontraba famélico.



Nataniel soltó una carcajada cuando se reunió con su esposa, después de regresar de su paseo a caballo se reunió con ella en el invernadero en donde había estado cuidando de sus plantas.

-Ay, querido, mi pobre muchacho está desesperado.

-Se lo merece, cariño.

Teresa entrecerró los ojos.

-Así como tú -le recordó.

Nataniel hizo un mohín y luego le dio un beso.

-¿Dónde está Mathias y qué has hecho con la muchacha?

-Mathias está durmiendo, se veía agotado y le dije a la señora Farren que le diera un té para que descansara, y Anne ha estado en su habitación leyendo.

-¿Ya sabe que Mathias está aquí? -preguntó con curiosidad.

-Aún no y le pedí al servicio que no le dijera nada.

-Bien, veamos qué tal les va en el reencuentro.

Le dijo Nataniel con una sonrisa de satisfacción. Si todo salía como se imaginaba, pronto tendría más nietos.



No tenía ni idea de cuánto había dormido, abrió los ojos lentamente observando su entorno y tratando de ubicarse en dónde estaba; se

dio cuenta de que estaba en su habitación, en la finca familiar. Luego de llegar, su madre había insistido en que tomara un baño y comiera, cosa que hizo sin objetar, ya que lo necesitaba; lo que no había tomado en cuenta fue que luego de tumbarse en la cama cerró los ojos y Morfeo lo raptó. Se sentó en la cama, se llevó la mano al cabello y se lo desordenó más, tal parecía que ya necesitaba un corte; se levantó y caminó hacia la ventana, abrió las cortinas y notó que ya había anochecido.

¿Cuánto había dormido? Observó el cielo y dibujó una sonrisa al ver la luna, esa luna que tanto le recordaba los ojos de Anne, su dulce niña.

¿Dónde se había metido? La extrañaba y mucho, solo esperaba que Anne lo perdonara, porque ya no sabía vivir sin ella, la necesitaba, ya que ella era su vida. Desvió su vista del cielo al inmenso jardín, desde ahí podía observar la fuente y se quedó prendado al ver una silueta, una silueta que le parecía muy conocida.

¿Anne?

¿Acaso Anne estaba ahí y sus padres no se lo habían dicho?

Entornó los ojos para tratar de verla bien, era un hada danzando bajo la luz de la luna, recordó la primera vez que la vio y se alejó rápidamente de la ventana para dirigirse a la puerta de su habitación; al salir se dio de bruces con un pecho duro, subió la vista y sintió un ataque de ira.

-Tú y yo tenemos muchos que hablar -dijo a Johnson, quien no pudo evitar echarse a reír cuando lo vio, ya que iba descalzo y con la ropa desarreglada.

Mientras corría hacia la entrada del jardín, Mathias esquivó a varios empleados y se dio cuenta de que apenas iban a servir la cena; salió y se dirigió a la fuente, ahí en donde la había visto. Anne seguía ahí, estaba frente a un rosal con una rosa en su nariz. Mathias sintió que sus pulmones necesitaban aire, su corazón galopaba a mil por segundo. Anne se veía tan hermosa bajo la luz de la luna; respiró profundo y se dirigió hacia donde estaba ella, moría por abrazarla, por besarla.



Anne había estado gran parte del día en la habitación, el conde le

había mostrado su colección de libros de terror y quedó encantada con ella, por lo que había permanecido los últimos días entretenida con ellos; luego de terminar el libro que había estado leyendo, bajó a guardarlo a la biblioteca y observó que había luna, recordó dos noches muy especiales para ella y decidió salir a dar un paseo al jardín; llegó hasta la fuente y se detuvo ahí, recordó que Teresa le había hablado de esas rosas en particular, se distrajo con una rosa y se inclinó para percibir su aroma cuando sintió una vibración en su cuerpo y sonrió, era la misma sensación que sentía cada que vez que Mathias se acercaba a ella; no tuvo que desviar la mirada para saber que estaba ahí, sintió su corazón latir rápidamente y dibujó una enorme sonrisa, no se movió de ahí, se quedó muy quieta esperando a que él se acercara a ella.

Mathias tragó grueso y empezó a avanzar lentamente hasta acercarse a Anne; temeroso de su reacción, intentó que las palabras salieran de su boca, pero su voz salió en un susurro, respiró profundo y lo intentó una vez más, teniendo un poco más de éxito.

-¡Te encontré!

Anne tenía una sonrisa dibujada en su rostro y al escuchar aquellas palabras su sonrisa se hizo enorme, ya que se habían hecho importantes para ella; inspiró profundo, sintiendo cómo él iba acercándose lentamente y suspiró. Moría de ganas de lanzarse a sus brazos y besarlo.

Mathias avanzó hasta quedar muy cerca de su espalda y absorbió su dulce aroma. Moría de ganas por fundirla en sus brazos.

-Anne, amor mío.

-Viniste.

Mathias se sorprendió, ¿lo estaba esperando? Sí, ella le había dicho que lo esperaba.

-Sí, mi niña, ya no podía estar más tiempo lejos de ti.

Anne se dio la vuelta y se quedó perdida en esa mirada ambarina, que en ese momento reflejaba anhelo, tristeza, deseo y amor; no pudo evitar subir su mano para acariciar su mejilla, su calor la hizo estremecer.

Mathias no lo resistió más y la abrazó, estrechó su cuerpo con el de él y ella subió los brazos a su cuello y se pegó mucho más.

-Mi niña, no sé qué debo hacer para que me perdones, para que me permitas amarte como debí hacerlo hace mucho, demostrarte que, aunque no te merezca, haré lo posible para merecerte, mi dulce, Anne, no quiero vivir un día más alejado de ti. Ya no soy capaz de vivir sin ti.

Le tomó el rostro con las manos acunándolo y la hizo subirlo, vio destellos de lágrimas en sus ojos, esos ojos que lo tenían tan cautivado; bajó su rostro y sorbió las lágrimas de sus mejillas con sus labios.

-Dime algo, mi niña, o juro que moriré de la angustia en este momento.

-Mathias, he estado esperando por ti, y yo tampoco quiero una vida sin ti a mi lado.

Ese fue el detonante para que Mathias se acercara a su boca y se apoderara de ella, empezó con roces suaves y lentos, luego lamió sus labios y poco a poco fue pidiéndole que abriera su boca; ella lo hizo y esta fue la invitación para que ambos se deleitaran con un beso lleno de pasión, deseo y anhelo. Mathias mordió su labio inferior y soltó su boca.

-Cómo extrañé tus besos, mi amor.

-¿Solo eso? -preguntó con inocencia.

-No, mi amor, te extrañé a ti, a mi niña, a...

Anne le puso un dedo en la boca para callarlo.

-Pensé que no vendrías.

-¿Por qué no iba a hacerlo, cariño?

-Me marché sin decirte y no estaba segura de que encontraras la carta o me siguieras amando.

-Sé que me comporté como un idiota y créeme haré que algún día me perdones; respecto a la carta, había decidido volver antes de encontrarla y, amor mío, nunca vuelvas a dudar que te amo.

-Oh, Mathias... Yo..., yo... también te amo.

Una brisa helada llegó y Anne se estremeció.

-Mi vida, creo que aquí está un poco frío, y bueno yo...

Anne observó a Mathias que únicamente vestía pantalones, la camisa apenas estaba abotonada dejando a la vista la piel de su pecho; bajó la vista y no pudo evitar echarse a reír, Mathias estaba

descalzo.

-Disculpa mi atuendo, mi madre me persuadió para dormir cuando llegué y así lo hice; cuando desperté, me asomé por la ventana y te vi, no pensé en nada solo bajé por ti, pensé que era una ilusión.

-No lo soy, he esperado por ti, de algún modo sabía que vendrías.

-Te necesito tanto, mi amor, y he estado desesperado buscándote.

Mathias se volvió a apoderar de su boca, esta vez el beso fue más frenético, más apasionado, ambos estaban llenos de deseo. Mathias soltó su boca y bajó a su cuello, donde depositó pequeños besos y mordidas que la hicieron estremecer. Anne exploró su espalda, sus brazos y su pecho y, cuando Mathias rozó su escote con la punta de la nariz, Anne llevó sus manos al cabello de Mathias y las hundió ahí. Mathias se detuvo y llevó su mano a la mejilla de Anne, en donde empezó a acariciarla.

-Si sigo así, me temo que te tomaré aquí.

Anne sonrió con picardía.

-No tengo ninguna objeción, pero creo que nos están vigilando.

Mathias desvió la vista hacia atrás y observó a sus padres en la ventana de la biblioteca y sonrió.

-Par de canallas, se lo tenían planeado. Mi amor, si tú me lo permites, te llevaré adentro, ya que debemos hablar.

-Mathias -dijo con timidez-, podemos hablar después de que me lleves a la cama y me hagas el amor.

-Oh, mi niña pervertida, estaré encantado.

La tomó en brazos y la llevó dentro de la casa; antes de llegar a las escaleras, Nataniel les interceptó:

-Hijo, debemos hablar.

-Lo sé, padre, pero podría ser luego de que mi mujer y yo nos reconciliemos, así me aseguro de dejar un hijo antes de que me mates.

Anne se sonrojó y ocultó el rostro en el pecho de Mathias, Nataniel sonrió por tal franqueza de su hijo.

-Ve, hijo, no te robó más tiempo.

Mathias subió los escalones de dos en dos con Anne en brazos, llegó a su habitación, entró en ella y cerró con seguro; dejó a Anne sobre la cama y se apoyó sobre ella y la besó.

Anne no evitó la tentación de que sus manos explorarán el cuerpo de Mathias y le quitó la camisa, que lanzó al suelo. Mathias buscó los broches del vestido y se los quitó con prisa, luego le quitó el vestido, se incorporó y le quitó los zapatos, masajeó sus pies y subió con suaves caricias hasta encontrar la piel de sus muslos que no era cubierta por las medias, se deshizo de ellas y besó sus piernas, concentrándose en aquellas zonas que causaban placer y se deleitó con los suspiros de Anne; besó la parte interna de su muslo y ella gimió, subió para besar su boca, mientras quitaba la ropa interior; ya desnuda, se embriagó de su cuerpo, «es hermosa», se dijo y era de él, por lo que a partir de ese momento se iba a dedicar a amarla y cuidarla; dejó un camino de fuego entre besos y lamidas por su cuello y pecho, en donde lamió uno de los pezones hasta hacerlo endurecer, luego se apoderó de él con glotonería mientras sus dedos jugaban con su otro pezón. Anne gimió y se arqueó, entregándole más su pecho, Mathias se deleitó con ambos y luego siguió su recorrido hasta llegar a aquel lugar que tanto lo atormentaba; besó el interior de sus muslos y sus manos rozaron suavemente sus rizos dorados, su mano fue explorando poco a poco entre sus pliegues hasta encontrar aquel botón para torturarla, luego bajó su rostro y se perdió ahí, se deleitó con su sabor mientras su lengua le daba placenteras lamidas y sus dedos la torturaban; Anne se estremeció y, como si una descarga eléctrica fuera su mente, quedó en blanco y se dejó llevar por el deleite de su orgasmo, mientras gritaba su nombre. Mathias absorbió su néctar, lamió sus labios para saborearlo, se puso de pie y se quitó los pantalones, luego se colocó sobre ella y besó su cuello.

-No sabes cómo te deseo, mi amor.

Deslizó la lengua por su cuello hasta llegar a su pecho mientras la punta de su erección rozaba la húmeda entrada. Lamió sus pechos y su lengua volvió a recorrer su cuello hasta llegar a su oreja y le mordió el lóbulo.

-Quiero hundirme en ti y no salir nunca más -le susurró en el oído.

Le volvió a morder el lóbulo. Mientras seguía con el suave vaivén, Anne subió sus caderas, Mathias sonrió y se detuvo.

-Por favor, Mathias, deja de torturarme...

-Oh, mi amor, lo haré, solo que no prometo durar mucho, son muchas...

-Calla y hazlo -exigió.

Mathias no pudo evitar reír por la exigencia de su niña, se apoderó de su boca y se adentró en ella con una rápida embestida, se quedó quieto por unos minutos deleitándose con su boca, hasta que Anne movió las caderas y Mathias inició el vaivén con embestidas lentas que poco a poco aumentaron. Anne suspiró, gimió y jadeó su nombre, se estremeció bajo de él, y Mathias sintió cómo su interior se contraía y la torturó; se detuvo y luego retomó el vaivén lentamente. Anne protestó y él volvió a retomar el ritmo, Anne clavó sus uñas en su espalda, jaló el cabello de su nuca y gritó su nombre. Mathias la siguió con un ronco gemido en donde inundó su interior de su simiente. Cuando los calambres pasaron, se dejó caer sobre ella y la besó suavemente mientras sus corazones se tranquilizaban. Luego rodó por la cama y la atrajo a él acurrucándola en su pecho, Anne besó su pecho y Mathias se dio cuenta minutos después de que se había dormido. Qué dichoso y feliz se sentía de tenerla ahí nuevamente en sus brazos, Anne era su vida y no pensaba alejarla de él nunca más.

Anne se removi6 en los brazos de Mathias y este le bes6 la coronilla.

-Hola, mi ni6a -la salud6 con una sonrisa.

-Pens6 que lo hab6a so6ado.

-No, cari6o, estoy aqu6.

-Gracias...

-No, mi amor, gracias a ti por permitirme estar aqu6, fui un imb6cil y me comport6 como el peor de los canallas y s6 que no merezco tu perd6n, pero te suplic6 que me perdones.

-Estaba muy dolida, Mathias, cambiaste tanto y me sent6a tan sola; tus salidas, llegabas ebrio, luego esa mujer, y la p6rdida...

-Espero alg6n d6a poder compensarte por todo eso, no voy a prometer nada, aun as6, cumplir6 y respecto a Rose, yo no tuve nada que ver con ella, hace mucho tiempo s6, pero ahora no.

-Ella me asegur6 que t6 estabas ah6 en ese lugar, y yo te vi entrar en una ocasi6n...

-Lo s6, y no te voy a mentir, estuve ah6. Rose me drog6, por lo que me dijo, la muy descarada estaba obsesionada conmigo, no le gust6 la forma en la que desaparec6 y, seg6n ella, pens6 que esta vez s6 podr6a ser de ella. Anne, hay muchas cosas que a6n no sabes y que debo dec6rtelas.

-Mathias, no es necesario que me lo digas.

-Lo es, mi amor, ya que es parte de mi vida, de mi pasado y t6 debes saberlo.

Anne se peg6 m6s a su cuerpo, bes6 su pecho y Mathias empez6 a hacer trazos invisibles en su espalda.

-Te escucharé si con eso te sentirás mejor.

Mathias suspiró.

-Como ya sabes, yo me fui a estudiar a Boston, Sebastián siempre había sido mi modelo a seguir, por eso decidí seguirlo; como sabes, me gustan los números, así que decidí hacer una carrera en Finanzas, pero se me daba muy bien la contabilidad y ahí fue cuando conocí a Maylon Larsson un año después. Él era un profesor de Matemáticas, de los mejores de la universidad. Maylon se interesó mucho en mí y notó mi agilidad con los números, establecimos una amistad cuando me dio unas tutorías y poco a poco nos hicimos grandes amigos.

»Maylon me ofreció empleo en la empresa para que le ayudara con las finanzas y acepté, a partir de ahí empezaron las invitaciones a su casa a cenar, acudí a ella en varias ocasiones durante un año, y un día conocí a su hija, Sarah, ella acababa de volver de New York en donde había estado viviendo con su abuela materna una temporada.

Anne levantó el rostro para observarlo.

-Dijiste su nombre muchas veces en sueños.

-Supongo que sí. -Hundió sus dedos en la melena rubia de Anne-. Sarah y yo nos hicimos grandes amigos, solíamos charlar y salir de paseo; sabes, ella era muy hermosa -Anne se removió-, pero no como tú; su cabello era castaño oscuro y sus ojos verdes. Luego de una conversación con Maylon, este me dio permiso para cortejarla sin que yo se lo pidiera, ya que su deseo era que la desposara, pero Sarah ya estaba enamorada y yo no la veía con esos ojos; ella se enamoró en New York de un muchacho y, antes de que ella viajara, este le prometió ir por ella. Un mes después de que Sarah volvió recibió una carta de su abuela en donde le comunicó que el muchacho había muerto en un accidente; consolé a Sarah, era mi amiga y ella me confesó que estaba embarazada, estaba muy asustada, ya que no sabía la reacción de su padre, por lo que le dije que nos casáramos y yo me haría cargo del niño, y así fue, me casé con Sarah, pero nuestro matrimonio no duró más que una semana.

-¿Por qué? -preguntó con curiosidad.

-Sarah murió.

-Oh -fue todo lo que consiguió decir.

-Encontré algunos faltantes de dinero en los libros de cuentas; usualmente, Maylon era quien los llevaba, pero su hermano había contratado a un ayudante, y él se siguió encargando de estos; entre él y uno de los arquitectos estaban robando grandes cantidades de dinero y yo se lo hice ver. Los hermanos Larsson los demandaron y cuando la policía empezó a buscarlos e investigarlos se volvieron locos, no era a los únicos que les había robado, por lo que ya tenían varios delitos; uno de ellos huyó, pero el otro no y decidió vengarse de Larsson.

Mathias guardó silencio, Anne percibió que había cerrado su mano en un puño y su mirada se perdió, subió su mano y le acarició su mejilla, Mathias la tomó y le besó la palma.

-Una tarde habíamos quedado en ir a comer, iríamos por Maylon a la oficina y luego al restaurante; antes de llegar recordé que había dejado un documento que era importante y le pedí a Sarah que se adelantara; cuando llegue a la oficina sentí que algo andaba mal y Mateo no estaba donde siempre, así que subí rápidamente; cuando llegué a la oficina de Larsson, él sujeto estaba ahí con un arma en la mano, apuntando a Maylon.

»Observé a Sarah, estaba pálida y me preocupé por ella y su estado; ella estaba muy cerca de la puerta, así que entré rápidamente y él se fijó en mí, movió el arma y me apuntó, dijo que yo debía ser el primero en morir, ya que era el causante de todo y era el protegido de Larsson. Todo pasó tan rápido, escuché el estruendo del arma, un grito ahogado y luego Sarah cayó al suelo, me dejé caer junto a ella -respiró profundo y Anne entendió que ese recuerdo le dolía-. Sarah se había interpuesto para que no me disparara, la tomé en brazos y traté de presionar su herida para que no sangrara, pero era imposible, tenía un disparo en el estómago y poco a poco la vida se le fue en mis brazos, lo único que dijo fue: «Mati, prométeme que cuidarás a mi padre y que algún día te vas a enamorar y serás muy feliz». -Dibujó una sonrisa-. Siempre me decía que no había nada más bello que enamorarse, luego todo fue rápido; la policía llegó, Larsson tenía una herida en un hombro, que le hizo cuando se lanzó a él; yo lo único que hice fue quedarme ahí en el suelo con Sarah en brazos, creo que quede en *shock*, no fui

capaz de asistir a su entierro y no salí de mi habitación al menos por un mes; cuando regresé a buscar a Larsson, este estaba en cama, al parecer la herida se le infectó, murió un mes después.

-Lo siento, debió ser duro para ti.

-Lo fue; la mitad de la empresa quedó a mi nombre, no la quería, ya que sentía que no la merecía, iba a ser de Sarah y ella había muerto por mí, ahí empezaron las pesadillas, la veía en mis brazos cubierta de sangre y empecé a beber, bebía para sentirme bien y para poder dormir y así fue por más de un año, hasta que un día llegué al club y conocí a Rose; mientras bebía empezó a seducirme y empecé a frecuentar su cama. -Se detuvo debatiéndose entre seguir o no contarle sobre esa parte de su vida a Anne, pero sentía que necesitaba hacerlo-. Rose me ofreció placeres que ninguna mujer jamás había hecho y en mi ebriedad todo me parecía bien, solía despertar aturdido después de una pesadilla y ella me hacía olvidar con su cuerpo, pero yo siempre me mostraba agresivo y ella le sacó provecho a eso, le gustaba que la azotaran, que la marcara y que fuera duro con ella, por eso me volví loco cuando te vi las marcas, no quería volver a ser el monstruo que ella me hizo ser, también disfrutaba verme con otras mujeres y por un tiempo no solo despertaba con ella a mi lado, sino que con alguna otra de las muchachas, no era yo mismo, estaba consumido por el alcohol y los demonios.

Anne lo escuchaba en silencio mientras las caricias de su mano le transmitían comprensión.

-¿Tu familia se enteró de tu matrimonio?

-No, como te dije, solo duro una semana. Sebastián recién había viajado y yo pensaba escribirles pronto, ya que todo fue rápido por su estado.

-¿Y qué sucedió después? ¿por qué decidiste volver?

-Un día desperté muy abrumado, en la cama había tres mujeres y ni siquiera había sido consciente de haber estado con alguna de ellas, me dije a mí mismo que ya era suficiente. Cuando llegué a la casa encontré una nota de Sebastián en donde me decía que dentro de un mes volvería a Inglaterra para cumplir con su compromiso. Sebastián había estado en New York, el último año, o yendo y

viniendo de Inglaterra a Norteamérica, por lo que no nos veíamos, así que regresé, pensé que el alejarme de aquel lugar me ayudaría, pero no fue así; cuando llegué aquí, las pesadillas siguieron y bueno creo que ya sabes cómo me comportaba aquí.

-¿A-aquí también dormías con varias mujeres?

Mathias le dio un suave beso en la frente.

-No, creo que eso se debió más a la influencia de Rose, ya que a ella le gustaba; sí, solía olvidar todo con sexo y alcohol, pero me volví muy arisco y al principio me metí en algunos problemas. Sebastián tuvo que salvarme de más de una paliza fuera de algún club de mala muerte. Cuando te conocí ya había intentado dejar todo eso, se puede decir que estaba cansado de esa vida, pero era mi anestesia y los que sucedió con el duque fue el detonante; cuando tú llegaste a mi vida, decidí que mi cambio tenía que ser definitivo, ya que quería merecerte, mis pesadillas fueron disminuyendo incluso no las tuve por un tiempo hasta que viajamos a Norteamérica y aumentaron en Boston, por eso empecé a beber otra vez.

Anne suspiró, no sabía que había tenido influencia en él.

-¿Qué va a pasar si vuelven o si siguen presentes, vas a volver a beber y perderte durante la noche?

-No, mi amor; antes de volver fui al cementerio a ver a Sarah, aquella noche que no llegué me pareció verla cuando salía de la oficina, no era la primera vez, pero me asusté mucho y perdí la razón. Jordán y Melissa me aconsejaron que hablara con ella y eso hice, desde ese día no volví a tener pesadillas, empecé a sentirme mejor y superar el pasado, pero si volvieran ya no las enfrentaré con alcohol, sino que te abrazaré fuerte.

-Nada me gustaría más que eso. Mathias, no te voy a negar que me sigue doliendo, si me hubieses dicho todo eso antes, te hubiera entendido incluso ayudado, pero solo te ausentaste y me sentía tan sola, pensé que habías vuelto a ser el mismo libertino de siempre y luego esa mujer...

-Lo sé, mi amor. Sé que no debí hacerlo.

-Aun así, me di cuenta de que quería luchar un poco más por ti, por mí, por nosotros.

-Y yo también estoy dispuesto a luchar. Anne, aquella noche no me equivoque, eres el amor de mi vida y estoy dispuesto a perder toda mi fortuna por tu amor, para que estés a mi lado y me ames, quiero contigo una familia, tener hijos y envejecer juntos.

-¿Hijos...?

-Sí, mi amor, hijos, todos los que podamos, aunque no sabíamos a ambos nos dolió la pérdida y a mí me hizo darme cuenta de que es algo que quiero; si soy sincero es algo que me ha hecho mucha ilusión desde que te conocí.

-Dijiste que querías que estuviéramos un tiempo así, solo tú y yo.

-Y no sabes cómo me encantaría; pero, mientras, podemos intentarlo, no es seguro que pueda ser hoy o dentro de un mes, solo llegará y seré más que feliz cuando llegue.

-Oh, Mathias. Desde la pérdida no sabes lo mucho que me ha hecho ilusión la idea de ser madre, de tener una pequeña parte tuya y mía creciendo dentro de mí y luego tenerlo en brazos. -Su sonrisa era radiante y soñadora.

-A mí también, mi amor, sueño con tener nuestros hijos. Ahora solo tengo una duda, ¿me has perdonado o qué tengo que hacer para que me perdones?

-Aún lo estoy pensando, pero, si me lo pones así, puedes empezar por hacerme el amor nuevamente -dijo en voz ronca y seductora.

-Oh, mi niña glotona, no sabes cómo me encanta esa penitencia.

Y Mathias la besó y se deleitó con cada centímetro del cuerpo de Anne mientras le hacía el amor una y otra vez rogando por su perdón. Si de algo había estado seguro era de que ella era la mujer de su vida y que daría una fortuna por su amor.

Epílogo

Un año después...

Mathias salió y por décima vez entró a la biblioteca cogido del brazo por Sebastián, mientras Nataniel lo observaba con una sonrisa bailando en sus labios. Mathias estaba angustiado y muy aterrado.

-Hombre, toma asiento y bebe algo -le aconsejó Sebastián llevándolo a uno de los sofás de la habitación.

-No puedo estar sentado y sabes que ya no bebo -dijo exasperado.

-Hijo, te aconsejo que bebas algo, aunque sea un té, eso calmará tus nervios.

-¡Por todos los demonios! Solo quiero subir a verla. Estar ahí con ella.

-Eso va a ser imposible; si no te hubieras comportado así con el médico, estarías ahí con Anne -replicó Sebastián.

-Maldito viejo decrépito, lleva ahí más de cuatro horas, ¡cuatro malditas horas!

-Tranquilo, hombre. -Sebastián le palmeó el hombro-. Así son los partos.

-En eso tienes razón, hijo -aseguró su padre.

-Yo solo quiero entrar -se llevó la mano a la nuca- y estar ahí con ella para ver que todo esté bien.

-Si no hubieras amenazado al médico con golpearlo, estarías ahí.

-Y cómo no hacerlo después de lo que me dijo. Sé que tú hubieras hecho lo mismo.

Luego de que Anne quedó embarazada estuvo con algunos síntomas de aborto, por lo que el médico les dijo que todo indicaba que su vientre no era lo suficientemente maduro aún para conservar

la vida del bebé y no le daba muchas esperanzas, pero, gracias a los cuidados de Teresa, Mathias, Rudy incluso Jonhson y todos los empleados de la finca familiar en Worcestershire, que fue donde se instalaron después de la noticia de su embarazo, Anne tuvo un embarazo todo lo normal posible, ya que tuvo mucho más reposo de lo acostumbrado y con muchas precauciones para que no corriera ningún riesgo. Cuando el médico se presentó y la revisó después de que Anne se pusiera en labor de parto, este les informó que el bebé o incluso Anne podrían tener algún riesgo, ya que no estaba seguro de que Anne fuera capaz de tenerlo, motivo por el cual Mathias se enfureció y estuvo a punto de golpear al médico, debido a eso, su madre le pidió a Sebastián que lo sacaran de la habitación y no lo dejaran entrar más, ya que podía poner nerviosa a Anne.

Sebastián asintió, él hubiera hecho lo mismo si le hubieran dicho que Kathy o sus hijos estaban en peligro.

-Te entiendo, recuerda que tengo tres hijos y uno de los partos fue doble.

Mathias consiguió sentarse y se llevó las manos al cabello, este quedó hecho una maraña, más de lo que ya estaba; en ese momento Elizabeth entró en la biblioteca; Mathias, como si tuviera un resorte, se levantó rápidamente para acercarse a ella.

-¿Cómo está? -preguntó desesperado.

-Cansada, debo admitir que los Beckham son bastantes testarudos; tu hijo no quiere nacer aún, pero Anne es fuerte, todo saldrá bien.

-Testarudos y escogen el mejor momento para nacer -dijo Eduardo, que entró tras Elizabeth con un bultito rubio en sus brazos, su hija.

-En un momento vuelvo con ella, Mati, solo bajé a ver a Eli; vas a ver que todo saldrá bien -lo tranquilizó.

Luego de que Elizabeth amamantara a su hija y regresara a la habitación en donde estaba Anne, Andrew entró observándolos a todos.

-¿Todavía no nace?

-No y sigo sin comprender cómo es que todos están aquí -aventuró Mathias al verlos a todos ahí reunidos.

-Debe ser porque los Beckham son bastantes peculiares, mira que querer nacer cuando tu familia celebra un baile; lo bueno es que tu

hijo va a celebrar el cumpleaños el mismo día que tu madre.

-Eso si nace pronto -sentenció Nataniel, que hasta el momento había permanecido tranquilo en el sillón de su escritorio.

Luego de dar un par de vueltas más en la biblioteca, Mathias se dispuso a salir nuevamente de ella, estaba muerto de miedo y sus nervios no ayudaban, ya que si a Anne le llegase a suceder algo moriría, solo quería estar junto a ella. Andrew y Sebastián lo detuvieron por los hombros y lo hicieron sentarse, Eduardo le puso una copa con whisky frente a los ojos.

-Bebe -le ordenó-. Te calmará. -Quería verse con autoridad, algo imposible tomando en cuenta que tenía a una bebé en sus brazos.

Había que ver que sus amigos eran peculiares, luego de que Anne se pusiera en trabajo de parto en medio de la celebración, las mujeres subieron a la habitación a atenderla y ellos se habían quedado dándole apoyo después de ser echado de la habitación, pero tanto Sebastián, Andrew y Eduardo se habían alternado para ver a sus propios hijos, ya que a pesar de que contaban con niñera estaban totalmente pendientes de ellos. Y todos había aumentado su familia a lo largo del año. Andrew había tenido una niña rubia de ojos verdes, Sebastián un niño de cabello castaño y ojos esmeralda y Eduardo una niña rubia con su mismo color de ojos; solo faltaba él, y ya moría de ganas por ver a su hijo o hija.

Una hora, dos tazas de té y una copa de whisky después, Katherine y Clara entraron en la habitación con una sonrisa, ambas estaban sudadas y el tan elegante aspecto que lucían para el baile ya no estaba.

-Felicidades, ya nació tu hijo -informó Clara sonriendo.

-Y es todo un Beckham -afirmó Katherine.

A Mathias se le iluminó el rostro y dibujó una sonrisa.

-¿Ya puedo subir a verlos? -preguntó ansioso.

-Ve, Lizzy y Tere están con ella.

Mathias salió rápido de la biblioteca, antes de salir escuchó a su cuñada gritarle:

-Procura no matar al médico...

Mathias subió los escalones de dos en dos; cuando llegó a la habitación, estaba agotado, había corrido muy rápido; se apoyó en

el umbral para tomar aire y en ese momento se abrió la puerta, el médico lo observó con un gesto desdeñoso y salió de la habitación seguido de su madre; Mathias no perdió el tiempo y entró.

Encontró a Anne cubierta con una sábana, estaba despeinada, con el cabello húmedo, pero con una radiante sonrisa, al acercarse más a ella observó el pequeño bulto envuelto en una sábana blanca que tenía en sus brazos; cuando llegó junto a ella, la besó en la frente y luego se fijó en su hijo.

-Es un niño precioso -dijo Elizabeth, quien estaba junto a Anne. Se había dado cuenta de que hasta el momento no había preguntado si era niño o niña.

Mathias observó a su hijo, tenía el mismo color de cabello que él, sus mejillas eran regordetas y rosadas.

-¿Cómo estás, amor mío? ¿Es un niño?

Anne lo observó con una sonrisa, Mathias pudo notar que estaba agotada, apenas si podía mantenerse despierta, aun así, estaba admirando a su hijo muy feliz.

-Agotada, pero valió la pena, es un niño hermoso.

Mathias se sentó en la cama junto a ella y tomó al bebé en brazos con mucho cuidado y se asustó cuando lo sintió moverse.

-Hola, campeón, no sabes el susto que me has dado. Te tomaste tu tiempo para venir al mundo. -Besó su frente y el bebé abrió los ojos, Mathias quedó encantado al verlo, sus ojos eran grises como los de Anne.

-¿Han pensado en un nombre? -Elizabeth los sacó de su embelesamiento.

-Nathan -dijo Mathias suavemente buscando la aprobación de Anne.

Anne asintió y susurró el nombre de su pequeño.

-Nathan Beckham, bonito nombre -aseguró Elizabeth al ver que ambos estaban de acuerdo.

Anne bostezó, sus ojos se cerraban por sí solos.

Mi amor, deberías descansar.

-Lo sé, es solo que no puedo dejar de verlo. Aún no lo puedo creer.

-Lo sé, mi amor, es un hermoso milagro, y es un pedacito tuyo y mío, pero ahora debes descansar, me quedaré aquí contigo y con él.

Cuidándolos.

-Mathias, no sabes lo feliz que me siento.

-Yo me siento igual, mi amor, y apenas estamos empezando a tener nuestras familias, te amo tanto, mi niña. -La besó suavemente-. Gracias por darme tanta felicidad y sobre todo gracias por tu amor.

Debía admitir que, gracias a su amor, un amor que nunca creyó merecer y el cual ella le había brindado sin pedir nada a cambio, hoy era feliz, demasiado feliz junto a la mujer que amaba y por la que había estado dispuesto a dar una fortuna; un amor, el cual acababa de ver nacer su pequeño y primer fruto, un amor al que estaba dispuesto a cuidar por el resto de su vida.

Fin

Agradecimientos

Una vez más quiero agradecerles a Selecta y todo el pequeño equipo que me ayudó a hacer mi sueño realidad. Hace un año no me hubiese imaginado que publicaría un libro y ya este es el cuarto.

Quiero agradecerles a mis chicas, Astrid, Flor, Cinthia, Leidys, Adri y Susana, porque me han ido apoyando poco a poco y me han motivado a seguir y me llenan de ánimos.

A Michael Aguilar que, de cierta forma, desde que apareció en mi vida, ha sido un gran apoyo para mí.

Y a todos mis lectores, que me siguen y son fieles.

Nota de autora

Cuando empecé a escribir la primera novela, *Mi hermosa apostadora*, no me pasó por la mente crear una serie, pero poco a poco fueron surgiendo ideas y más personajes y así llegó Anne a mi mundo. Cuando creé la historia de Anne, nunca me imaginé que llegaría a amar a Mathias, ya que era una muchacha muy tranquila e inocente, pero también era una mujer de carácter y era capaz de domar a un libertino como Mathias. Un libertino que en el fondo era un chico sensible y muy cariñoso.

Admito que pensé en hacer sufrir más a Mathias con la desaparición de Anne, pero no fui capaz, aunque Kathy me decía «hazlo», esa chica sí quería ver sufrir a su cuñado.

Esta fue una de las que me costó un poquito más escribir, pero debo admitir que me encantó escribirla, al igual que las demás.

Si te ha gustado
Una fortuna por tu amor
te recomendamos comenzar a leer
Un largo camino hacia ti
de *Luciana V. Suárez*



Los chicos del Donegal

Todo estaba llegando a su fin en la vida de Emmeline, o por lo menos una etapa: la de ir a una escuela y la de vivir en el pueblo en el que había residido durante toda su existencia, o sea, diecisiete años. No siempre había estado en sus planes marcharse de allí, más que nada por el aspecto económico, pero había trabajado duro y, finalmente, había conseguido una beca en una universidad que para muchos no sería una primera opción, pero para ella sería el lugar que le permitiría ser libre; libre de las ataduras que la tenían retenida a ese pueblo. Si bien le gustaba la vida en Capewood, a veces se sentía aprisionada, tal vez porque por mucho tiempo creyó que nunca podría largarse de ahí y, al imaginarse eso, una oleada de emociones se desataba en su interior y terminaba sintiéndose miserable.

Esa noche había una fiesta en su instituto, no una de graduación - esa había ocurrido hacía una semana-, sino más bien una de despedida a la que nadie iría vestido de etiqueta; todo lo que harían sería bailar, beber y luego irían a bañarse en el lago hasta el amanecer. A Emmeline le atraía la idea, en parte porque sería la última vez que estaría con sus compañeros, pero, por el mismo motivo, no le apetecía ir, pues los conocía poco o nada.

Tal vez la razón fuera que nunca había sido una muchacha sociable y, además, desde que en el verano anterior había comenzado a salir con uno de los chicos del Donegal (el colegio residencial que estaba a las afueras) se había convertido en persona non grata por ello. Al parecer los de su clase habían tomado tal relación como si fuera de su incumbencia, y no les había agradado para nada, aun cuando apenas tuvieran en cuenta su existencia, pero a ella no le importaba; ya bastantes problemas tenía en su vida como para dejarse influenciar por las habladurías de la gente, en especial de personas que no le interesaban en absoluto y a las que después de esa noche no volvería a ver.

Así que iría a una fiesta de graduación, pero no sería de su instituto, sino del Donegal, el colegio al que iba su novio, pronto a convertirse en exnovio; como cada uno tomaría un rumbo por separado, no tenía sentido que siguieran juntos.

Se puso un vestido rojo pasión que había comprado con los ahorros de todo el año del empleo de niñera; también trabajaba en una pastelería para juntar todo el dinero que pudiera y largarse de allí. Observó su imagen en el espejo y le costó reconocerse. El vestido era ceñido al cuerpo en la parte de arriba, con un escote no muy discreto, corto abajo y suelto, pero además sus labios estaban pintados de rojo, como el tono del vestido, y ella jamás se había puesto algo tan atrevido; si apenas había ido a fiestas y, cuando lo hacía, nunca se vestía así. Se vio tan sexy que le dio un poco de pudor y, de repente, hasta consideró cambiar de atuendo, pero ya era demasiado tarde, aparte de que se lo había comprado con un propósito en mente.

Tomó su bolso y bajó a la planta inferior de la casa para aguardar a que su amiga Heather fuera a recogerla. Su madre estaba sentada en el sofá, viendo un reality show; en cuanto oyó los tacones bajar por los peldaños, se volvió y se quedó mirándola.

-Vaya, Em, ¿de dónde sacaste ese vestidito? -le preguntó mientras bebía cerveza de una lata, haciendo un ruido que Emmeline lo encontraba molesto.

-Lo compré -le respondió en tono de obviedad. Nunca le había pedido prestado nada a nadie, ni siquiera a su madre, y eso que se lo había ofrecido en varias ocasiones alegando que "ambas tenían la misma talla".

-Hummm, pues ese noviecito tuyo querrá lanzarse encima de ti en cuanto te vea -dijo de forma risueña, que a Emmeline la hizo sentirse incómoda-, ¿o ya lo hizo?

Emmeline sintió que las mejillas comenzaban a arderle, y que probablemente habían adoptado el color de su vestido. Odiaba cuando su madre se ponía de ese modo, aunque, a esas alturas, debía saber que esa actitud era natural en ella; esa era una de las tantas razones por las que Emmeline jamás había llevado a Tanner, su novio, a su casa.

-¿Y papá? -inquirió, cambiando de tema para evitar contestarle, no porque tuviera que admitir que con Tanner no habían ido más allá de la segunda base, más bien no quería hablar de eso con ella.

-Debe estar en la taberna con los muchachos, o tal vez con una mujer, quién sabe -repuso de manera relajada que Emmeline se quedó mirándola incrédula. Que ella supiera, su padre nunca había engañado a su madre; de hecho, sus demostraciones sentimentales rayaban las normas de las relaciones maritales. No les importaba estar besuqueándose en cualquier rincón de la casa mientras se toqueteaban como si fueran adolescentes hormonales, y los sonidos que provenían de la habitación de ellos no eran nada disimulados que, en muchas noches, Emmeline debía dormirse con los auriculares puestos.

-¿Te engaña? -indagó, sintiéndose algo incómoda por la pregunta.

-No, no creo que se atreva a hacerlo, pero me refería a un flirteo inocente, como los que tengo yo con Henry, el lechero, o con Paul, el fontanero -le contestó sin más, como si le estuviera contando cualquier cosa trivial-. No hay forma de que consiga afuera lo que le doy aquí.

Emmeline no supo qué responder a eso, solo pensó en escabullirse de allí lo más pronto posible.

-Bueno, me voy; Heather llegará en un momento.

Y salió disparada antes de que su madre le dijera alguna otra cosa que no quisiera oír. A esas alturas, Emmeline debía estar acostumbrada a que esa era la personalidad de ella, así como la de su padre; ambos parecían haber sido creados con el mismo molde. Pero, por alguna absurda razón, esperaba que eso fuera a cambiar, que por una vez pudiera tener una conversación normal con ellos, que le preguntaran cómo andaban las cosas en la escuela, cómo le iba en el trabajo, qué tal su relación con Tanner, qué pensaba estudiar en la universidad... pero sabía que era algo que no sucedería; sus padres no cambiarían, siempre serían desinteresados con ella.

Heather arribó en su Audi a las ocho en punto y, tras que Emmeline se adentrara, se quedó mirándola con curiosidad.

-Vaya, ahora entiendo a qué te referías con que no sabías si era

para ti -le dijo su amiga-. No me malinterpretes, te queda hermoso, pero no es del todo tu estilo, aun así, para una noche como esta, está bien.

-Sí, bueno, no sé si vuelva a usarlo, pero, por esta vez, estará bien -musitó Emmeline mientras acomodaba su larga cabellera hacia adelante, cubriendo el escote con ella.

-Por Dios, Emme, relájate y disfruta de verte sexy por una vez en la vida -le espetó su amiga. Si bien no se sentía del todo incómoda en ese vestido, debía admitir que era extraño no llevar una camiseta larga y un jean, y sus típicas deportivas en lugar de tacones.

El auto de Heather subió la pendiente que llevaba a la calle principal y, cuando salió, dio vuelta hacia la derecha para dirigirse hacia el Donegal.

El colegio Donegal, como era residencial, estaba situado a las afueras del pueblo, en realidad estaba ubicado más cerca de Bellingham, la ciudad contigua, que de Capewood; aun así, alrededor, no había ningún edificio.

Mientras iban por la carretera, Emmeline miró a las aguas del río Nooksack que corría por el lado izquierdo. La luna, que estaba en lo alto, proyectaba su brillo en él, produciendo una capa resplandeciente semejante a una alfombra hecha de diamantes. Emmeline mantuvo la mirada en él; ese río cruzaba por frente a su casa, por lo que había crecido contemplándolo y, por alguna razón, siempre la había hecho sentirse mejor.

Cuando el imponente edificio de granito de estilo gótico comenzó a hacerse visible, una hilera de autos apareció flanqueando la zona de aparcamiento; de repente, los nervios se apoderaron de Emmeline; era la primera vez que iba a una fiesta allí, y fue consciente de que entraría en un mundo completamente diferente al suyo.

A ese colegio, como era de esperar, asistían los hijos de las familias más influyentes de Capewood, Bellingham y otras zonas circundantes de Washington y, si bien Emmeline llevaba tiempo saliendo con uno de ellos y hasta había acudido a algunas fiestas en casas de sus amigos, esto era distinto.

Había tantos autos que a Heather le costó encontrar en donde estacionar. Tras descender del coche, las dos se encaminaron hacia

la entrada con pasos nerviosos; si bien Heather era la más sociable de las dos, Emmeline sabía que incluso a ella la intimidaba un poco ese ambiente. Cuando llegaron a la puerta se quedaron expectantes, sin saber qué hacer; dos profesores les pedían nombres y una identificación a los que iban llegando. Si bien la fiesta era para los graduados de ese colegio, los alumnos podían invitar a quienes quisieran, siempre y cuando fueran adolescentes.

Entrar al Donegal fue para ambas como ingresar en el país de las maravillas. Desde niñas habían sentido curiosidad sobre cómo sería ese colegio por dentro; era solo una escuela de varones, por lo que, llegada a la adolescencia, se preguntaban si todos serían apuestos. Como el río Nooksack corría por el frente a la casa de Emmeline, siempre los veían remar en bote como parte de su formación deportiva, o correr en conjunto por los alrededores. En su escuela había muchachos apuestos, pero los chicos del Donegal representaban una especie de fascinación en todas las chicas de Capewood y, probablemente, en las demás ciudades colindantes; desde lejos todos se veían atléticos, guapos y distinguidos.

Las dos se adentraron en un salón inmenso, con pisos de linóleo blanco y negro y paredes color crema cubiertas por telas de seda; del techo pendían varias bolas de espejos y había mesas con bebidas a los costados. Ya habían muchos bailando en la pista; todos los muchachos llevaban esmoquin y la mayoría de las muchachas estaban engalanadas en vestidos tan elegantes que, por un momento, Emmeline pensó que debió de haberse comprado uno de esos vestidos largos llenos de brillos en vez del que tenía puesto.

-Esto es más sofisticado de lo que esperaba -comentó Heather mirando alrededor. Emmeline la observó bien, pues en el auto no había podido hacerlo: su vestido violeta era demasiado ajustado y ceñido en la cintura pero, a diferencia de ella, a Heather no le daba pudor mostrar demasiado las piernas, o su figura en general.

-Sí, lo sé -convino echando un vistazo, sin saber en dónde fijar su mirada.

-¿Y en dónde está Tanner?

-Oh, se suponía que debía enviarle un mensaje al llegar. -Se percató Emmeline, sacando su móvil del bolso.

Tanner apareció casi al instante, luciendo un traje sin saco y sosteniendo una copa en su mano izquierda. Era un muchacho alto, debía rondar el metro ochenta, delgado pero fornido, de tez clara, con el cabello negro cortado al ras. Ensanchó una sonrisa enorme en cuanto vio a Emmeline, aunque él siempre estaba sonriendo, y tenía unos labios grandes que hacía que su sonrisa se viera de oreja a oreja; una vez Heather le había dicho que le recordaba al gato de Cheshire.

-Hey, Emme, viniste -la saludó de manera efusiva, como siempre lo hacía, dándole un beso en cada mejilla. Heather le había preguntado en una ocasión por qué no se saludaban con un beso en los labios, en vista de su condición de novios, pero Emmeline le había dicho que se sentían más a gusto de ese modo, que guardaban ese tipo de demostraciones para cuando estuvieran solos.

-Claro que vendría -repuso ella y, entonces, él la miró de cuerpo entero y parpadeó un momento.

-Guau, estás... guau -fue todo lo que pudo articular, todavía con la mirada maravillada.

-Gracias -musitó Emmeline, sintiéndose algo incómoda de repente, como si hubiese hecho algo indebido.

-Hola a ti también, Tanner -le dijo Heather en tono irónico; él la miró y esbozó otra sonrisa.

-Heather, hola, estás guapísima, ambas lo están -comentó sonriendo.

-¿Y en dónde está tu tribu? -le preguntó Heather por sus amigos.

-Allá, cerca del escenario; tomemos algunas bebidas y vayamos a donde están.

Fueron hacia la mesa de refrescos y cogieron una copa de ponche que, al parecer, era la única bebida permitida allí; después se encaminaron hacia donde estaban los amigos de Tanner. Emmeline sabía que eran solo tres, pero parecían haberse triplicado. Estaban algo dispersos; dos se encontraban apoyados en unos muros, otros hablando, y otros dos, sentados en unos escalones, pero aun así se notaba que estaban en grupo. En cuanto vieron a Tanner acercarse, levantaron la mirada de forma curiosa y sus ojos se desorbitaron un poco al ver a Emmeline, o a Heather, o a ambas.

-Supongo que recuerdan a Emmeline -les dijo Tanner en general, señalando a Emmeline, que estaba a su lado; algunos asintieron, probablemente los tres amigos de él, los demás solo se quedaron mirándola, incluso hubo uno que quedó con la boca abierta. Emmeline los saludó con una expresión sonriente, aunque estaba tan nerviosa que, de repente, le hubiera gustado no llevar un vestido tan llamativo, o no estar en presencia de tantos varones; a pesar de que siempre había sentido curiosidad y fascinación por los chicos del Donegal, en esos momentos se sentía expuesta ante ellos-. Y ella es su amiga Heather. -Esta fue más expresiva y les brindó un "hola" acompañado de un gesto con la mano. Un par le devolvieron el saludo y los demás siguieron con la misma expresión pasmada-. Discúlpennos, es que por aquí no estamos acostumbrados a ver muchas chicas -se excusó Tanner medio en susurros y ambas rieron; uno de ellos invitó a bailar a Heather y ella aceptó, así que Emmeline se quedó con Tanner y sus compañeros. Se sentía un poco más nerviosa que antes, por lo que bebió un sorbo del ponche, deseando en secreto que fuera alcohol. No es que sintiera debilidad por el alcohol, pocas veces lo había probado en algunas fiestas y, más allá de la cerveza, no le gustaba mucho, pero deseaba ingerirlo para sentirse un poco más desinhibida.

-¿Quieres bailar? -le preguntó Tanner y lo consideró por un momento, pero le dijo:

-Tal vez después.

Sin saber qué hacer, solo les lanzó una mirada a los amigos de Tanner; todos eran apuestos, ni uno de ellos le parecía feo, además de que eran muchachos altos y fuertes. Tanner le había dicho una vez que, de acuerdo a la política del colegio, estaban obligados a involucrarse por lo menos en tres deportes diferentes, y los resultados destacaban en el exterior.

Sus ojos se detuvieron en un muchacho que estaba apoyado contra un muro, bebiendo de su copa; se fijó en su mirada: estaba escaneando el salón, pero no parecía contemplarlo realmente, sino estar sumido en alguna especie de recuerdo, o en sus propios pensamientos; sabía identificar ese tipo de cosas en las personas, tal vez porque ella también era así. A veces, cuando se encontraba en

un lugar atestado de gente, sin siquiera intentarlo, su mente se abstraía por un momento y se alejaba de la multitud y del entorno frenético que la rodeaba. Quizás se debía al hecho de que era hija única, y de que su casa estaba situada casi a las afueras del pueblo, por lo que desde niña se sentaba contra un árbol, enfrente del río, a leer o a dibujar, o solo a contemplar el agua serpentear, o el cielo cambiar de color, las aves volar y al sol desplazarse de un ángulo a otro; por lo tanto, no le era demasiado difícil aislarse mentalmente de la sociedad.

Mantuvo su mirada en la del muchacho hasta que él posó sus ojos en ella y, entonces, Emmeline desvió la vista de inmediato. Tuvo suerte de que Vinny, uno de los amigos de Tanner, se acercara a hablarle, así que pudo concentrarse en ello y sentirse un poco más relajada.

Un rato después, aceptó la invitación de Tanner de bailar; se desplazaron a la pista y comenzaron a moverse.

-¿Estás divirtiéndote? -inquirió Tanner, alzando la voz por encima de la música.

-Sí -le respondió, aunque no era del todo cierto-. ¿Qué harán más tarde?

-De seguro terminaremos en el lago, nadando o bebiendo a las orillas -le contestó, aunque ya se lo había contado. Emmeline trató de concentrarse en el baile, en el sonido de la música y en el momento, pero le costó hacerlo; se sentía nerviosa al saber lo que le aguardaba con respecto a Tanner esa noche.

Bailaron dos piezas más y, entonces, Emmeline le preguntó:

-¿Te parece bien si vamos a un lugar más privado a hablar?

Tanner alzó una ceja de manera burlona, quizás pensando que Emmeline sugería algo íntimo, pero, al ver su expresión seria, se percató de a qué se refería realmente y asintió. La condujo por un pasillo hacia una enorme puerta que daba lugar al patio; en cuanto vio la imagen, Emmeline quedó cautivada por ella: era un complejo extenso en el que había muchos árboles, rodeados de lucecitas amarillas, bancos y algunas esculturas. Caminaron un buen tramo hasta que se detuvieron enfrente de un estanque.

-Creo saber de qué se trata -repuso Tanner, tomando la iniciativa-.

Es sobre el hecho de que en una semana ambos nos marcharemos.

-Sí, así es -concordó ella, sintiéndose aliviada de repente.

-Pues supongo que esta noche se termina todo -le dijo él y ella asintió. Habían hablado al respecto por meses, aunque su relación no podía catalogarse como seria; ninguno de los dos había ido a la casa del otro (en el caso de Emmeline estaba claro por qué), tampoco se habían dicho que se amaban (quizás no lo sentían realmente). Así que sabían que, una vez que se fueran a la universidad, todo terminaría. Ella se iría a Nueva York; y él, a California; estarían en dos extremos muy alejados como para intentarlo siquiera. Pero era probable que, si hubieran ido hacia el mismo estado, tampoco lo habrían intentado, por lo menos por parte de Emmeline, quien, desde el principio, tuvo presente que se trataba de algo efímero.

-Sí, así es -convino ella-. Solo quiero decirte que me gustó conocerte, y que te deseo lo mejor de ahora en más.

Tanner era su primer novio; había tenido su primer beso con él, y era un muchacho tan bueno que se sintió agradecida de haberlo conocido.

-Lo mismo digo, pero tengo que hacerte una pregunta: ¿te gustaría quedar en contacto? Por mi parte no hay problema; podemos ser amigos o simplemente mantener correspondencia, pero si no quieres lo entenderé.

-No, está bien, podemos escribirnos de vez en cuando para ponernos al tanto sobre nuestras vidas -le contestó. Cuando pensaba en la ruptura con él, le resultaba extraño el hecho de tener que borrarlo de su teléfono y de sus redes sociales.

-Genial -musitó él de forma animada, después se inclinó hacia ella y le dio un abrazo-. ¿Quieres que regresemos a la fiesta?

-Ve tú si quieres, yo me quedaré un rato aquí. -Si bien se había mentalizado para la ruptura, necesitaba un momento para procesarlo.

-De acuerdo.

Emmeline lo vio marcharse y, luego, deslizó la mirada hacia el agua del estanque; se quedó con la vista fija en ella, pensando en lo acontecido: había salido casi un año con Tanner, aunque era una

relación de fines de semana, más que nada. Durante la semana él residía en ese colegio, y algunos fines de semana viajaba con el instituto, por lo que debían de ser contadas las ocasiones en que se habían visto, pero aun así él había sido bueno con ella, sabía escucharla y aconsejarla; lo extrañaría, sin embargo, debía admitir que como a un amigo. Cuando lo había conocido en el festival del pueblo en verano, no pensó que terminarían involucrándose de una manera romántica, pero al poco tiempo él le mostró sus intenciones y ella le correspondió y, si bien muchas veces se preguntaba si no habrían llegado lejos, no se arrepentía de lo que habían tenido y siempre lo recordaría con cariño.

Se quedó contemplando el agua, con la mente sumida en sus pensamientos, cuando le pareció oír unos pasos. Se volvió de inmediato y vio que una figura se encaminaba hacia allí; por el porte le pareció que era un muchacho y, cuanto más se acercaba, más reparaba en quién era. Su corazón comenzó a palpar de forma acelerada y, por un momento, pensó que vendría en su dirección, pero siguió de largo hasta llegar cerca de un árbol que estaba a unos metros de ella, en donde se apoyó.

Emmeline no supo qué hacer, si acercarse a él o no; el muchacho era amigo de Tanner y, aunque nunca los hubieran presentado, él sabía de su existencia. Sin embargo, cuando quiso moverse se dio cuenta de que no pudo hacerlo, no podía acercarse a él. En muchas ocasiones había fantaseado con la idea de hacerlo, quizás desde que era niña, y quería que fuera especial, pero ¿y si no lo era? ¿Si él no mostraba interés en ella? (¿Y por qué habría de hacerlo?).

Se quedó mirándolo, pensando en la primera vez que lo había visto, hacía ocho años, cuando con Heather decidieron salir a andar en bicicleta por el pueblo, antes de eso, su amiga lo tenía prohibido, no así Emmeline, a quien sus padres nunca le habían impedido nada, por lo que a menudo tendía a caminar por lugares por donde se suponía que no debía andar, o hacía cosas que se suponía que no debía hacer y, cuando veía que los demás niños como Heather tenían prohibiciones, se sentía diferente y deseaba tener a alguien que le pusiera límites e imposiciones, por lo que cada vez que Heather le contaba sobre algo que no tenía permitido hacer, ella se

autoimponía eso.

Así que no fue hasta que cumplieron los nueve que a Heather le dieron permiso de andar en bicicleta, pero solo por lugares seguros y a la luz del día. Subieron por la parte alta del pueblo y de ahí fueron bajando. Cuando pasaron por la calle Cornish Road, que estaba en la parte alta, pararon un momento en la esquina, como el padre de Heather les había aconsejado, en vista de que a veces los autos se aparecían de la nada y sin hacer el menor ruido. Entonces, Emmeline miró a la casa que estaba en esa esquina; la había visto antes, aunque desde abajo, de donde sobresalía una cornisa, pero, al verla bien, le pareció muy bonita: estaba pintada de blanco con celeste, tenía dos plantas y una mecedora en la entrada, del lado derecho se veía una torre y le pareció que desde allí la vista del pueblo debía de ser magnífica. Estaba tan absorta en la imagen de esa casa, que no se percató de que había alguien sentado en la mecedora: era un niño como de su edad; tenía algo en las manos y tecleaba con sus dedos, por lo que Emmeline pensó que se trataba de un vídeo juego. No podía verlo de cerca, pero le parecía que era apuesto; todavía no tenía edad para pensar en tal cosa y, aun así, no pudo evitar sentirse de ese modo. Le preguntó a Heather si sabía quién vivía allí y esta le dijo, en tono de obviedad, que los Davenport. Emmeline había escuchado ese apellido en algún lado, pero no sabía quiénes eran o qué hacían. Mientras seguían andando en bicicleta, Heather le contó que eran una familia integrada por los padres y cuatro hermanos, que el patriarca era un médico prestigioso en un hospital de Bellingham y, además, se estaba presentando a las candidaturas de la alcaldía por el partido republicano, que la madre también era médica; probablemente, así se habían conocido. Emmeline le preguntó si alguno de sus hijos tendría su edad y Heather le dijo que el más chico, que se llamaba Grayson. Desde entonces, Emmeline insistía en pasar por ahí para verlo.

Un día, cuando andaban con Heather en la heladería de la calle principal, lo vio de cerca y le pareció aún más bonito que desde lejos: tenía el rostro redondeado, las pestañas alargadas, los pómulos pronunciados y los labios rosados, sus ojos eran avellanas

y, lo que más le gustó a Emmeline, es que parecían brillar. Su cabello oscuro se amoldaba bien a su cara; le recordó a los dibujos de niños que veía en sus libros. A lo largo de los años, Emmeline pensaba a menudo en Grayson, en cómo sería vivir en su casa, qué tipo de cosas haría, qué le gustaría, qué no le gustaría, qué pensamientos rondarían en su cabeza.

Su fascinación por él no hizo más que crecer con el paso del tiempo; sabía que se llamaba Grayson Davenport, que asistía al colegio Donegal, que era un buen estudiante, un excelente atleta, que era bueno en todo lo que hacía, aunque esa información probablemente todos la sabían. Capewood era un pueblo de cinco mil habitantes, en donde mucho se conocía de sus residentes, en especial sobre la gente más importante, y la familia de Grayson entraba dentro de ese espectro, no así la de Emmeline, pero se sentía agradecida por ello, ya bastante tenía con que los pocos vecinos que habían en su zona y los padres de Heather pensarán quién-sabe-qué-cosas de sus padres.

A menudo se sentaba en la parte frontal de su casa a divisar a los chicos del Donegal remar o correr y, un par de veces, lo distinguió a lo lejos, e incluso desde esa distancia, el solo hecho de verlo hizo que los latidos de su corazón se acelerasen. En varias ocasiones él había ido a comprar galletas en la pastelería de la señora Edwina, en donde Emmeline trabajaba y, a pesar de que se moría por atenderlo, cuando lo hacía apenas podía emitir palabra y le temblaban las manos al envolver su compra. Lo mismo le ocurría cuando paseaba por el pueblo con los niños a los que cuidaba como niñera; en cuanto veía su auto a lo lejos comenzaba a sentir que su cuerpo sudaba y que los nervios se apoderaban de ella. No había llegado a salir con uno de sus mejores amigos por mera casualidad; se había acercado a Tanner para poder tener un contacto más cercano con él; acercarse a Grayson habría requerido un acto de valentía por su parte, y Emmeline no se consideraba una muchacha valiente en absoluto. Sus padres siempre le decían que debía ir por lo que quisiera, pero, viniendo de ellos, lo tomó como si se refirieran a drogas. La verdad era que Grayson la intimidaba, lo había visto crecer y se había convertido en uno de los muchachos más apuestos

del pueblo, sino el más de todos (por lo menos para ella), pertenecía a una buena familia y era un chico del Donegal. Tenía todos los atributos que le gustaban a las chicas, y ella bien sabía que muchas volteaban a mirarlo, lo había comprobado con sus propios ojos, y eso le había molestado, pero lo que le llamó la atención fue que él parecía ser inmune a ellas y, tras conocer a Tanner y hablar sobre sus amigos, le preguntó acerca de ello, de manera discreta, desde luego. Él le había dicho que Grayson nunca había tenido novia, que no era homosexual, simplemente no estaba muy interesado en relaciones formales, siempre tenía su atención fijada en otras cosas, y Emmeline no pudo evitar preguntarse qué tipo de cosas, pero, como Tanner no le dijo nada, no hizo más preguntas para no levantar sospechas.

Las pocas veces que lo había visto de cerca (debido a Tanner), lo había saludado de manera superficial, igual que a sus otros amigos, solo con la cabeza. Por alguna razón siempre creía que se armaría de valor y se acercaría a él para iniciar una conversación inocente sobre algún tema trivial, pues no esperaba tener una charla profunda la primera vez que hablaran, pero cada vez que tenía la oportunidad se acobardaba y, al final, se decía que lo haría "la próxima vez".

Esta parecía ser su oportunidad, lo tenía cerca, y no había nadie más allí, pero no era una buena idea; decidió, o más bien resolvió, que ella no era lo suficientemente valiente como para acercarse a él. Llevaba tanto tiempo pensando en su existencia, idealizándolo como si fuera un ícono pop, que temía llevarse una decepción si resultaba ser un pelmazo.

Se dio vuelta para regresar al salón, pero justo él volteó hacia ella, al parecer consciente de su presencia, y sus miradas se quedaron prendadas por un segundo. Si bien esa zona no estaba muy iluminada, a Emmeline le pareció percibir su mirada, y se le antojó que era curiosa, como si quisiera decirle algo a través de ella, pero después se dijo que era solo su imaginación, así que emprendió camino hacia el interior, pensando que esa era otra cosa que llegaría a su fin, en una semana se iría de allí y ya no lo vería; eso la hizo sentirse extraña, pues, por absurdo que pareciera, sentía que él era

una parte importante de su vida.

¿Podrías ser capaz de perdonar todo por amor?



Cubierta

Mathias Beckham, es uno de los libertinos más famosos de Londres, pero oculta un doloroso recuerdo del pasado que lo trastorna día a día en sus pesadillas, por lo que su vida gira en torno al alcohol, las mujeres y diversión. Sin embargo, una noche conoce a una misteriosa chica que hace latir de nuevo su corazón y se da cuenta que ella es el amor de su vida. Por eso, decide dar un cambio a

su vida, luchar por convencerla y conquistar su corazón.

Anne Williams ha vivido hasta la fecha con normalidad, esperando un amor que se marchó con la promesa de matrimonio a su regreso..., pero ahora, un año después, se ve incapaz de cumplir tal promesa tras conocer a un misterioso caballero en un baile de máscaras. Este declara que ella es el amor de su vida y la besa. Ambos se despiden con el propósito firme de reencontrarse sin revelar su identidad, poniendo el mundo y los sentimientos de Anne de cabeza.

Cuando por fin se reencuentran y comienzan un futuro juntos, los fantasmas de su pasado regresan y Mathias es incapaz de cumplir sus promesas. Anne decide entonces poner distancia entre los dos.

Mathias deberá superar el pasado que tanto le atormenta y perdonarse a sí mismo, buscar a la mujer que ama, reconquistar su corazón y ganar nuevamente su amor.

A. S. Lefebre. Tica de Nacimiento, y devoradora de libros, los mejores días de su adolescencia los paso escribiendo, pero no fue hasta que leyó su primera novela romántica que decidió escribir su propia novela y darles vida a sus personajes con el fin de conquistar el corazón de sus lectores.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: diciembre de 2020

A. S. Lefebre

Travessera de Gràcia, Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del . El estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Una fortuna por tu amor

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Epílogo

Agradecimientos

Nota de autora

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre A. S. Lefebre

Créditos